CATULLE MENDÈS
(1841-1909)

LAS MADRES ENEMIGAS

Centenario de la muerte de Catulle Mendès

Título Original: *Les mères ennemies*.
Edición original: Dentu et Cª editores. París. 1887
© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para http://www.iesxunqueira1.com/mendes

Primera parte

MIKALINA

LIBRO PRIMERO

LA PATRIA, LA ESPOSA, EL HIJO

I

Un hombre huía, desgarrando su piel con las cortezas de los árboles y abofeteado por las ramas. La espesura de la vegetación se iluminaba tras él con bruscos movimientos de rojos destellos entre el follaje. ¿Estaba amaneciendo al este del bosque? ¿o bien el sol descendía en el horizonte, a lo lejos, más allá de los negros árboles? No, una noche de nubes caía sobre las llanuras boscosas de la región de Cracovia; esos fulgores eran debidos al incendio, siniestro poniente de las batallas.

El fugitivo se detuvo. Había percibido entre los pinos una casa de cazador, reconocible por los colmillos de jabalí y los hocicos de bisonte que coronaban la entrada.

Gritó:

–¿Alguien duerme?

Un joven criado entreabrió la puerta.

–¿Quién eres?

–¡Que Jesucristo sea alabado!

–Por los siglos de los siglos. ¿Qué quieres?

–Hospitalidad.

–¿De dónde vienes?

–He combatido durante catorce horas.

–¿Cuál es tu nombre?

–Tengo hambre.

–¿De qué país eres?

–Tengo sed.

–¿Cuál es tu religión?

–Estoy herido.

–¡Sigue tu camino, vagabundo!

Pero una ventana se abrió encima de ellos; la blancura de una larga barba se destacó en las tinieblas bajo una lámpara que con temblorosos reflejos, levantaba una vieja mano pálida.

–¡Qué entre!

–Excelencia, se lucha en torno a Czenstochowa, a orillas del Varta, por todas partes; este hombre que huye debe ser un ruso.

–¿No has reconocido la boina blanca de los confederados de Bar? Haz entrar a ese hombre y apuntala bien la puerta tras él.

–Gracias, señor –dijo el fugitivo.

Cuando se sentó a la mesa en la planta baja, ante una escudilla de grano negro, se quitó la boina.

No tenía la cabeza rapada según la costumbre de los camaradas de Pulawski; sus cabellos ondulaban recogidos hacia atrás.

Era un hombre de unos treinta años, con cara flaca, finos bigotes, con ojos de gavilán redondos y claros y la boca sonriente y de aspecto bondadoso.

Una herida en el cuello dejaba salir un chorro rojo sobre la piel del pecho visible entre los desgarros de una vieja guerrera grisácea. En la cintura tenía la mitad de una hoja mellada de sable, donde se veía sangre.

El viejo, levantando los brazos fueras de las mangas dobladas de su pelliza de piel de oso marrón, dijo:

–Todo espíritu alaba al Señor – dijo.

–Yo lo alaba igualmente, –dijo el otro.

El anciano prosiguió:

–Me llamo Jean Rewienski. Soy propietario del castillo de Mikalina, en Lituania, y, como tal, tengo voz y voto en el Senado de la República. Me he refugiado en esta casa, lejos de mi castillo, con mi hija Élisabeth Boleska, casada con el conde Boleski, propietario del castillo de Pruzani, y aquí permanezco sin más sirvientes que un joven criado, pues los rusos de Suwarof han dispersado a mis siervos, tras haberme expulsado de mi hacienda. Dime tu nombre, hermano.

–¿Ha muerto tu yerno en una batalla?

–Mi yerno no está muerto.

–¿Entonces todavía combate por la independencia de su país?

–No combate. Está ausente. No hablemos de él. Dime tu nombre.

–¿Mi nombre?

–Puedes callarlo. Eres un confederado; eso es suficiente. ¿Dormirás en mi casa?

–Después de que haya recuperado fuerzas comiendo y bebiendo, continuaré mi camino.

–¿Quieres que mi hija venda tu herida?

–He cubierto la yaga con hierbas; las plantas que crecen en nuestros bosques curan rápido las heridas de los polacos.

–Bien dicho. Come y bebe.

El anfitrión había llenado dos vasos; tomó uno y lo levantó.

–¡Amémonos! – dijo como se decía antaño en los fraternales festines de Polonia.

–¡Amémonos! –respondió el otro.

–Y malditos sean los rusos.

–Y malditos sean los rusos.

El viejo noble continuó, mientras su huésped comía y bebía:

–¿Así que Pulawski ha perdido la batalla?

–La ha perdido.

–Yo estaba aquí solo, sin noticias fiables, no oyendo más que el tronar de los cañones. Tú que has combatido, háblame de la batalla.

–Nos comportamos con valentía. Sin pan, sin agua, casi sin armas, defendimos durante cinco meses los fosos, las murallas y las puertas del monasterio de Czenstochowa.

–¡Dónde los santos religiosos conservan una imagen de la Virgen Rena, pintada por el mismísimo san Luc. ¡Qué ella nos proteja!

–¡Así sea! La mayoría de los confederados, por falta de vestuario, montaban guardia en camisa; después de los días de asalto podían vestirse con los uniformes rusos, pero no nos eran de mucha utilidad porque los habíamos agujereado completamente con nuestras balas.

–¿Habéis realizado escaramuzas?

–La nieve, alrededor del monte Jasnagora, está repleta de sepulturas. Finalmente Pulawski decidió arriesgarse a un esfuerzo supremo. «Pasaremos a través de las líneas enemigas o moriremos,» dijo.

–¿Cuántos patriotas erais?

–Doscientos.

–¿Contra cuántos rusos?

–Contra tres mil.

–¡Benditos seáis, hijos míos!

–Bendices cadáveres. Muy pocos polacos han podido encontrar una salida entre el ejército moscovita.

–¿Y el más venerable de los lugares de oración y mortificación, el monasterio de Czenstochowa está ahora ardiendo?

–He huido para no verlo en cenizas.

Se callaron y bajaron la mirada. El viejo caballero en voz baja musitaba una plegaria.

Levantó la cabeza.

–¡No importa! La República vivirá libre o morirá. Un antiguo proverbio nos enseña que no es posible doblegar el cuello recto de un polaco, ni de enderezar su sable curvado, sin romper el uno y el otro.

–Mi sable está roto,– respondió el soldado amargamente.

–Que Nuestra Señora proteja a Polonia. ¿Se sabe lo que hace el rey Stanislao?

–¡El rey Stanislao hace lo que hacen los cobardes! Obedece a los más fuertes. Favorito de la zarina y verdugo de Polonia, ese bellaco quien, por haberse acostado en una cama, ha merecido sentarse en un trono, hace cantar en las iglesias, el día de nuestra derrota, el *Te diabolum laudamus.*

– El Turco había prometido ayudarnos.

–Ofrece hombres a cien monedas de oro por individuo, ¡hombres sin sangre en las venas! Resulta demasiado caro. No se paga el agua al precio de la sangre.

–El ejército prusiano está en nuestras fronteras. ¿Qué piensa Federico II?

–¿Qué piensa el cuervo cuando, inclinado sobre su rama encima de un moribundo, acecha su agonía?

–Que Austria nos proteja.

–Prusia es el cuervo y Austria la corneja.

–Francia nos ha ayudado; nos ayudara.

–¡Nos ha ayudado, sí! He visto llegar a los jóvenes franceses y les he visto morir por la libertad de mi patria, ellos riendo, yo llorando!... Por desgracia Francia ya no vendrá. París pertenece al amante de una muchacha, como Varsovia al chulo de una prostituta. ¿Por qué madame Dubarry se opondría a la voluntad de Catalina? Esas dos prostitutas están hechas para entenderse. Pero Polonia es una virgen.

–¡Pues bien! venceremos solos. ¡La victoria es posible mientras Pulawski esté vivo! Vencerá a los rusos como en Brzesc; logrará burlarlos como en Okopé. Es invencible o inalcanzable. ¡Mientras se pueda respirar el aire libre de nuestros bosques, habrá un patriota emboscado con el sable en la mano detrás de cada arbusto!

–Pulawski no puede hacer nada por nosotros.

–¿Qué has dicho?

–Cuando un árbol ha caído, incluso la cabra salta por encima. Señor, Pulawski ha muerto.

–¡No!

–Señor, Pulawski ha muerto.

–¡No!

–Yo lo vi caer, herido en el corazón, esta mañana en el fragor del combate.

–¡No! ¡Además, aunque fuese sepultado, resucitaría evocado por sus hermanos! ¿Acaso sería la primera vez que saliese de la tumba? Hace una año se le creía muerto, cuando de repente entró en Cracovia, rechazando a los rusos, y se vio su penacho en lo alto de la fortaleza, ¡ondear y palpitar como las alas de nuestra águila blanca!

–¿Conoces a Pulawski, anciano?

–No lo conozco.

–Morirás sin haberlo visto, pues ya no existe, te lo digo yo.

–¡Él es el jefe milagroso, el héroe necesario! No puede abandonar a Polonia puesto que es su propia alma.

–Los cadáveres no tienen alma.

–¡Cómo, soldado! ¿desesperas?

–¿Del futuro? no, sino del presente. Para muchos días o para mucho años, la República está vencida. Y, ¿quién sabe? tal vez haya merecido esa suerte.

–¡Hijo, tú blasfemas!

El confederado, bajando la cabeza, tomó su mentón en la mano, cerró los ojos y lentamente añadió, como hablando para sí:

–Sí, tal vez Polonia sea culpable, en efecto. El Sr. de Choizy, ese francés que enrojeció con su sangre nuestra tierra, decía un día: «Hermanos polacos, sois buenos y valientes, tenéis el alma ardiente para el bien y el sable dispuesto para los combates justes. Podríais expulsar a Rusia, que no es vuestro peor enemigo. Hay dos obstáculos más poderosos para la independencia de vuestra patria: el sacerdote y el campesino. Cualquiera que se curve demasiado, aunque fuese ante el altar, pierde el hábito de levantar la frente, y vosotros no sois libres porque tenéis esclavos. El sacerdote os abruma desde lo alto; el campesino os retiene por abajo; tenéis la Iglesia por presidio y la servidumbre por grillete. » Ese francés decía eso, lo recuerdo bien…

Cuando el soldado volvió a abrir los ojos levantando su frente sumida en sus pensamientos, vio a Jean Rewienski, noble de Mikalina, muy curvado; la larga barba del aristócrata tocaba las losas del la sala.

–¿Qué hace, mi anfitrión?

–¡Saludo al vencedor de Brzecs! Es cierto que nunca había visto a Pulawski; pero sé que se le llama Pulawski el de la mano larga, porque su derecha, a fuerza de manejar el sable, es más musculosa y dos pulgadas más larga que la de los demás hombres. ¡Qué el gran militar sea bienvenido a mi casa!

Casimir Pulawski respondió:

–Está bien. Me has reconocido. Lo lamento. Si se supiese que me has dado cobijo no podrías negarlo, y tu casa sería saqueada como lo ha sido tu castillo. Ahora te agradezco tu pan y tu vino. Adiós, hermano, debo irme.

–No te retendré, no te preguntaré a donde vas. Tus proyectos deben permanecer en secreto; pues es la salvación de la patria lo que se agita en tu pecho. Tan solo solicito de ti un favor, Pulawski.

–Habla.

El viejo salió de la sala.

Regresó pronto, llevando de la mano a una joven mujer que estaba en cinta y cuyo parto parecía próximo.

–Pulawski, ésta es mi hija. Es la esposa del conde André Boleski, se llama Élisabeth Boleska. Jefe de hombres bravos, puesto que he sido tu anfitrión, bendice el fruto de sus entrañas, consagrando a la patria al hijo de mi hija.

Pulawski murmuró:

–¡Oh, Polonia, eres eterna!

Luego dijo en voz alta:

–Mujer, si das a luz una hija, que envíe al combate a su marido y a su primogénito; ¡pero si tienes un hijo que combata él mismo y que muera por su país!

El héroe vencido salió rápidamente de la sala y continuó huyendo entre las tinieblas del bosque.

II

Cuando la guerra acabó, la condesa Élisabeth Boleska regresó al castillo de Mikalina, antigua residencia señorial, maciza y con una única torre, en el bosque de Lituania donde son frecuentes los osos negros.

Nacido el pequeño y muerto el abuelo, el marido no había dejado de estar ausente: Élisabeth Boleska vivió en soledad viendo crecer a su hijo.

Pero la dolorosa esposa no exponía su alma a las curiosidades banales. Si alguien le preguntaba: « ¿Estás triste, Élisabeth Boleska? » Ella respondía: « Lo estoy por la patria. »

La última derrota de Pulawski había entregado la República a la codiciosa rapiña de la zarina, del emperador y del rey. Esas tres malditas hienas, Rusia, Austria y Prusia, habían descuartizado a la sangrienta ajusticiada: ella era lo que fue antaño, más o menos como un tronco es un hombre. Y la voluntad del cobarde Stanislao, tanto o más pesada de lo que estaba ella misma oprimida, reinaba sobre Polonia y bajo Rusia, como un porteador sobrecargado pisotearía los restos de un cadáver.

Entonces no se veían en las ciudades polacas más que trajes de luto; los sacerdotes celebraban en las iglesias dos aniversarios de la crucifixión: el del día en el que murió Cristo y el del día en el que Polonia suplicó como su Dios: «¡Señor, ten piedad de mí! »

Así pues, en los campos o en los bosques, eran a menudo las viudas y los huérfanos quienes sembraban la tierra o talaban los árboles, pues muchos maridos y padres habían muerto bajo las balas rusas; era difícil realizar la siega porque las guadañas de los campesinos se habían mellado combatiendo.

En las dependencias de los palacios y los castillos, los nobles todavía se reunían para comer y beber tras largas cacerías; aún podía oírse el entrechoque de sables de disputas adivinadas; pero las alegrías y los enfados de los aristócratas habían perdido la soberbia fogosidad de antaño, pues los corazones estaban tristes, y a menudo los festines acababan en silenciosas borracheras.

El castillo de Mikalina mantenía sus puertas cerradas debido a la ausencia de amo.

Tan solo, su capilla, engalanada como una iglesia de ciudad y completamente iluminada por cirios, se abría a los peregrinos y a los viajeros miserables o ricos, a cualquiera que quisiera rogar a Dios por la patria; después de la misa, el padre Dominique distribuía entre los pobres las limosnas de la señora del castillo.

III

En una ocasión, la capilla dedicada a san Bobola, estaba llena porque era el quinto aniversario del día en el que los camaradas de Pulawski sucumbieron defendiendo Czenstochowa.

Los nobles de los dominios, oficiales, palafreneros, espadachines, lanceros, vestidos con modestas prendas o carmesíes y zamarras con galones, se arremolinaban ante el

altar, como conviene a personas que han nacido a mitad de camino del paraíso; al movimiento de las señales de la cruz correspondía un ruido de sables sobre las piedras.

En los ventanales de las arcadas laterales, bajo un desorden de tricornios grisáceos, se erigían las cabezas de los siervos, extasiadas en la humildad de su fe.

Atravesados por el sol, los vitrales proyectaban sobre la asamblea los colores de sus decorados; un reflejo era especialmente desmesurado, el de san Vicente de Paul pintado sobre el vitral del ábside; se hubiese dicho que el buen santo quisiera transportar en un paño de su manto azul a todos los huérfanos de la patria.

Pero los judíos habían quedado en el patio del castillo. De pie, con las cabezas cubiertas, practicaban sus devociones bajo el techo de un establo de cerdos, en el que habían hecho una sinagoga.

Cuando todos hubieron rezado, Élisabeth Boleska fue la primera en levantarse y salió de la capilla, llevando a su hijo de la mano.

La madre y el hijo estaban vestidos de blanco, pues el blanco en algunos distritos de Polonia, era el color del duelo; en los países del norte nada parece más desolador que la nieve.

Subieron la larga escalera del castillo y todos los seguían, los nobles, los campesinos y los judíos.

Cuando llegó a la segunda terraza, se volvió, alta, pálida, con ojos tristes, más serena que bella, más orgullosa que dulce, – dominando a toda la multitud escalonada sobre los peldaños.

Con un gesto que ordena detenerse y callarse, dijo:

–Respetables caballeros, amigos y servidores, en nombre del conde André Boleski, mi marido, que está ausente, y del conde Étienne Boleski, mi hijo, que es aún un niño, os agradezco haber elegido la capilla de su castillo para celebrar el ilustre día de desamparo en el que los mejores de los nuestros, tras haber combatido desde el alba, cayeron al anochecer, con la fortuna de Polonia. Tened presente que si vuestro señor y el mío estuviese entre nosotros, no marcharíais sin haberos sentado en nuestra hospitalaria mesa, ni sin haber bebido ampliamente por nuestra antigua gloria, alcanzada por nuestros antepasados y que nuestros hijos volverán a recuperar.

Hablando de ese modo, extendía las manos hacia la frente de su hijo, que, aunque muy pequeño, ya llevaba con su nacimiento y rango, el águila blanca de Polonia sobre una cinta azul que atravesaba el pecho desde el hombro izquierdo a la cadera derecha.

Ella acabó:

–Pero la solitaria esposa debe despediros en el umbral de la casa que habéis honrado.

Sin embargo los que la rodeaban no retrocedieron ni un ápice; uno de ellos, al contrario, dio un paso hacia delante.

Era viejo y fuerte, con una larga cicatriz de sable que le recorría desde la sien a la mejilla.

Era el estaroste[1] Kilinski. Había sido uno de los primeros en firmar el acta de la confederación de Bar; había sido el último en renunciar a una lucha imposible. Aunque fuese el jefe de una capitanía, por título, se había hecho vasallo del conde André Boleski; pero él mismo poseía muchos castillos, tierras y siervos. Su opinión era muy tenida en cuenta por su piedad, su valentía y su riqueza; los más audaces no se atrevían ni a discutir ni a beber en exceso cuando ese hombre estaba presente. Se adelantó y dijo:

–Habéis hablado bien, señora Élisabeth. Pero no nos iremos antes de que escuchéis nuestra queja.

–¿Vuestra queja? – dijo ello asombrada.

[1] Especie de gobernador en un distrito en el régimen monárquico polaco. (N. del T.)

El estaroste señaló a un hombre a su derecha, vestido con un vellón negro de oveja; era fornido con aspecto triste y una guadaña sobre el hombro.

–Éste es un siervo; representa en este lugar a los dos mil trabajadores de vuestros campos y a los ochocientos leñadores de vuestros bosques.

–Saludo a mis campesinos, – dijo ella.

El estaroste señaló a un hombre a su izquierda, con un largo chaleco negro, enclenque, ajado, con la cara pálida con una nariz curvada como el pico de un buitre.

–Este es un judío, un rabino; viene enviado aquí por los numerosos judíos que mercadean en vuestros barrios y en vuestros pueblos.

– Pido al Señor misericordia para los judíos de mis propiedades, – dijo ella.

El estaroste continuó:

– En cuanto a mí, os habla en nombre de todos los nobles de este distrito. Vos me conocéis. No cedo en nobleza ni en opulencia a ningún magnate de la Corona o de Lituania. Sin embargo he prometido ser, el día en el que la República, que fue libre, vuelva a serlo, aliado de vuestro marido y el servidor de su fortuna. ¿Por qué lo he prometido? Sabedlo. La liberación de nuestra tierra no será obra de un día; la tarea debe ser confiada a familias en las que se continuará de hombre en hombre, del mismo modo que se transmite la herencia; ahora bien, el cielo que os ha enviado un hijo no me ha dado más que una hija; es por lo que me he sometido a un padre más afortunado.

–Sabemos eso, señor estaroste, – dijo Élisabeth Boleska – sabemos además que Heliona, vuestra hija, crece para ser la esposa de nuestro hijo Étienne. ¡Qué Nuestra Señora los proteja!

–¡Qué la imploren y que ella los escuche! Aquí estamos, yo, este campesino y este judío; y esto es lo que tenemos que deciros.

Se produjo un gran silencio. Toda la multitud dispersa sobre la escalera señorial se agrupaba hacia la dueña del castillo, de pie, que tenía tomado a su hijo por la mano.

En ese momento un águila atravesó el espacio volando hacia el oriente; bañadas de luz, sus alas parecían blancas; pero, más allá, bajo una nube, se ensombrecieron y hubiese dado la impresión de ser un águila negra huyendo hacia Rusia.

Élisabeth vio esa águila cambiando de color y se estremeció.

El viejo noble dijo:

–A aquellos que son los servidores de vuestro marido y a los nobles que somos sus cortesanos o sus amigos, nos ha invadido la misma sospecha: pensamos que nuestro señor, el conde André Boleski, hijo de las tierras de Grodno, señor del castillo de Pruzani por su padre y del de Mikalina por el vuestro, es un traidor.

Esa palabra retumbó siniestramente en los coros como un toque de clarín que toca a retirada.

Pero Élisabeth Boleska, sacudida por la ofensa, dijo:

–¡Maldito sea aquél en el qué ha nacido tal sospecha! ¡Maldigo al que pronunció esa palabra! Pongo por testigo a la Virgen Madre, santa reina de Polonia…

–Comprendemos vuestra cólera, señora Élisabeth Boleska, y no estamos ofendidos, – interrumpió el portavoz; – pero calmaos y responded. ¿Por qué el conde Boleski no ha firmado el acta de la confederación de Bar?

–El ha sido engañado por las fingidas promesas del rey Stanislao.

–¿Por qué no ha combatido con los nuestros?

–Estaba prisionero en Varsovia.

–¿Por qué una vez libre después de nuestra derrota, no asistió a ninguna de las reuniones secretas que mantuvimos en este distrito?

–¡La rebelión de este distrito no hubiese desembocado más que en la masacre de los levantados! No podemos hacer nada sin la ayuda de toda la República.

–¿Por qué no ha establecido alianzas con los nobles de los demás palatinados?

–Debió hacerlo.

–Abandonó a la Gran Polonia y no ha venido a Lituania.

–Mediante cartas.

–No escribió.

–¿Quién os lo ha dicho?

–Los mismos a los que tendría que haber escrito.

–Es que no cree llegada la hora de un levantamiento general.

–Mientras espera podría vivir entre nosotros. ¿Desde cuando el gran señor de Mikalina no caza ya con sus amigos la garza de los pantanos, o los lobos, los ciervos y los osos de la Selva negra, y no le gusta beber hasta la madrugada en los grandes festines fraternales?

–Ha vivido en el extranjero por el servicio de nuestra causa. En Francia al principio.

–Durante seis meses.

–En Inglaterra.

–Algunas semanas.

–En Austria. Y ahora.

–¡Ahora, está en Rusia! Y vos bien lo sabéis. ¡Vos, a quién abandona y olvida al mismo tiempo que a su país!

Élisabeth Boleska dio un respingo a esta frase, y con los brazos elevados al cielo, magníficamente altiva:

–¡Por la madre del Redentor! ¡creo que os atrevéis a compadecerme! Insultar hasta ese punto, en el umbral de su propia casa, vosotros – dijo, dirigiéndose a los servidores, – a aquél con el que siempre habéis comido el pan; vosotros, – dijo dirigiéndose a los nobles – a aquél cuya hospitalidad habéis bendecido cien veces! Pero recordad pues, ingratos, que hombre fue el conde André Boleski! ¿Cuál de entre vosotros, campesinos, le ha pedido una moratoria de impuestos que él no haya concedido? ¿Por quién de entre vosotros, nobles, se negó a tocar sus ahorros? ¡En él afloraba la generosidad de los antiguos terratenientes, y reconoceréis en él su valor cuando se levante la aurora de la nueva guerra!

El estaroste dijo:

–Si no ha cambiado, que regrese.

–El volverá.

–¿Cuándo?

–Dentro de un mes.

–¿Estáis segura?

–¡Lo afirmo!

–¿Estáis dispuesta a jurarlo sobre la cabeza de vuestro hijo?

–¡Lo juro sobre la cabeza de mi hijo Étienne Boleski! y que este niño muera si antes de un mes él no ha abrazado a su padre.

Todos bajaron la cabeza y creyeron lo que ella decía, pues es sabido que una mujer no sacrifica al azar la cabeza de aquél al que ha amamantado.

Entonces el estaroste dijo:

–Eso nos basta, señora. La ausencia de vuestro marido constituía el mayor motivo de nuestras sospechas. Cuando regrese nos veréis llenos de respeto por el amo y enrojecer por nuestras dudas implorándole perdón.

–Ese día, – dijo Élisabeth Boleska con un gesto de despedida, – ese día hermanos míos, yo intercederé por vosotros.

Nobles, campesinos y judíos con la cabeza curvada ante esta brava esposa, descendieron retrocediendo los escalones de la amplia escalera.

De regreso al patio, los nobles, a excepción de los cortesanos domésticos que vivían en Mikalina por sus trabajos, montaron a horcajadas sobre sus caballos con telas

aterciopeladas y bridas de cuero y cobre, que unos escuderos tenían tomados en un tumulto de relinchos y cabriolas; los siervos recogieron sus bastones, viejos compañeros de viaje y de penurias, con los que marcan líneas y figuras a lo largo de los caminos mientras cantan alguna monótona mazurca; y los judíos se echaron sobre sus espaldas aquellos sacos vacíos, aquellos fardos de mercader, que habían llevado por precaución, pues a veces sucede que tras la celebración de aniversarios fúnebres, se presentan buenas ocasiones para comprar o vender.

Élisabeth Boleska, augusta figura blanca en el umbral de la casa calumniada, desde lo alto, los saludaba con gesto inmóvil, y su altiva actitud confirmaba la firmeza de su promesa.

IV

Pero cuando todo el mundo hubo desaparecido, su orgullo se desmoronó como una estatua a la que se le retira el pedestal.

Calló de rodillas y abrazó a su hijo envolviéndolo con su vestido de duelo.

–¡Oh! ¡no mueras, no mueras, mi Étienne! No morirás, ¿verdad? Ella, la querida Virgen, comprenderá que he tenido que mentir para preservar el honor de mi casa, ¡y como ella también es madre, no se llevará a mi hijo!

Ella lo alejó por miedo a verlo. «¡Qué guapo es!»,– murmuró, y lo volvió a abrazarlo llena de angustia:

–¡Ángeles bienaventurados! ¡Si él muriese!

El niño dijo:

–Mamá, me abrazas demasiado fuerte.

–¿Te he hecho daño?, responde ¿te duele? ¿No estarás enfermo?

–No, mamá. ¿Pero, por qué lloras? Si estás enferma yo lo estaré también y no quiero que estés triste.

Ella enjuagó sus ojos con los cabellos de su hijo, se levantó y consiguió sonreír.

–No, no estoy triste. No, mira, ya me río. Abrázame. Vete a jugar. Vete a jugar en la pajarera con Tzoryl. Hay unos bonitos pájaros en la pajarera de Tzoryl. Son juguetes que vuelan con alas de todos los colores y que cantan canciones del paraíso; el niño Jesús permite que se les capture en el bosque para divertir a los niños pequeños. Vete, sé prudente, no les arranques las plumas y si ves alguno que está triste, que ya no canta o que no vuela, abre la ventana del invernadero para que regrese al bosque donde tenía su nido. Un día, hijo, los prisioneros que tu liberes serán los polacos, tus hermanos.

–No te entiendo – dijo él.

–Vete a jugar – dijo ella.

Ella se retiró lentamente.

Entró en una amplia habitación donde se levantaban las cuatro columnas salomónicas de una cama de nogal negro.

Era la habitación conyugal; allí, una noche de antaño, una noche de luz y amor, el esposo encantado la había seguido.

Fueron felices tiempo atrás; el castillo de Mikalina, ahora desolado, era citado entre las más alegres residencias. Ella se acordaba de las fiestas celebradas en honor de san Bobola, patrón de la capilla; también recordaba sus queridas entrevistas solitarias, las caricias, las sonrisas y todas sus esperanzas comunes. El día en el que ella le había dicho, sonrojada, que el hijo de su amor se estremecía en su interior, los ojos del esposo se habían iluminado de orgullo y había besado en los labios de la madre el libre futuro de su raza.

Por desgracia había partido sin haber visto abrirse al día los ojos de su hijo.

Había sido para asistir a la Reunión convocada por el traidor rey Stanislao, por lo que él había dejado su hogar y todavía no había regresado.

Al principio ella había recibido algunas cartas. ¡Luego, ninguna noticia, durante largos años! ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? Tal vez los nobles y los campesinos tuviesen razón. ¡Dios mío! ¿y si no regresaba, si no regresaba jamás?

Élisabeth observaba la melancólica habitación; miraba la cama donde, desde hacía tantas noches, dormía sola tras haber orado por la patria esclava y por el señor ausente.

Tamizado por nubes de nieve, un día triste amarilleaba las alfombras y las cortinas, no arrojando del todo a las tinieblas en los pliegues de los paños, semejantes a enormes telas de araña.

El frío de la soledad la rodeaba, la envolvía, la penetraba, como el agua de un vestido mojado que entra por todos los poros y que hiela la sangre.

No quiso volver a ver la habitación taciturna ni la cama desierta. Caminó hacia la ventana y la abrió de par en par.

Bajo el cielo, donde se movían pesadamente unas nubes de un gris sucio, la lejanía de las solitarias llanuras y el descenso de los negros bosques huían hacia las brumas del horizonte; un camino largo, por donde no pasaba nadie, se alejaba hacia Rusia entre verdes pantanos.

Entonces, ante la visión de la triste Polonia, ante ese camino por donde el amo no regresaba, Élisabeth lloró silenciosamente.

V

Desde allá abajo, de lejos, bajo los árboles, alguien la miraba con ojos brillantes, fijos como los de una bestia hacia su presa, – un hombre con una gorra de paño marrón y el codo sobre el nudo de un roble.

Era Rhodzko, el jefe de los criados.

Veinticinco años antes, un tropa de cazadores había entrado una noche en una choza de campesinos.

Estaban borrachos porque habían vaciado por el camino un barril de vino de Hungría, que portaban tras ellos dos robustas mulas, y tenían sed porque estaban borrachos.

Además, magníficos y salvajes, con sangre de osos o de lobos sobre el oro y la piel curtida de sus ropas de caza, desbordando hipos y risas, en un guirigay de sables.

El campesino dijo:

–Nada, no tengo nada, salvo dos cántaros de hidromiel avinagrada.

Pero la mujer del campesino, una robusta lituana, que estaba embarazada y pronto amamantaría, les sirvió de beber levantando sus bellos brazos desnudos, hinchados de grasa blanca.

A mitad de la noche, durmiendo entre ronquidos, éstos sobre el arcón de turba, aquellos sobre la negra tierra grasienta, otros sobre las ropas arrancadas a la campesina, que, medio desnuda y de pie contra la estufa, roncaba más borracha que ellos, se despertaron sobresaltados debido a un calor que les lamía los miembros.

El campesino había prendido fuego a su casa.

Salieron, a medio despertar, escupiendo a las llamas, sofocados por el humo y, fuera de la cabaña en escombros, en un pánico de pesadilla, saltaron sobre las dos mulas que llevaron de nuevo el vino del que las habían aliviado, agravado con el peso de los borrachos.

Mientras el campesino, subido en el tejado, se precipitaba con él entre las ruinas de su casa, la mujer había huido.

Desolada, mendigó por los caminos; luego, una mañana, entregó el alma en una cuneta llena de espinos.

Unas personas encontraron en el camino a un pequeño animal recién nacido, que, al rodar se había envuelto con una piel de fango; un animal, no, un niño que perteneció al señor del castillo de Pruzani porque lo habían recogido dentro del cenagal que poseía ese señor.

Rhodzko fue un muchacho violento.

Encontrándole bien dispuesto, se le había admitido en las cocinas del castillo en lugar de enviarlo a pastar cabras en la llanura; pero no se doblegaba más que con altivos desdenes a sus deberes de lavaplatos, y a veces, con cara un poco salvaje, y sus cabellos pelirrojos, se atrevía a responder: ¡no! al cocinero principal con el aire de un joven magnates de los primeros tiempos de la República oponía su veto a la voluntad del rey.

Se le golpeaba frecuentemente con dureza.

El bastón había influido poco sobre su conducta; su espalda se volvía de levantar muy rápido tras el suplicio e incluso no siempre se conseguía cortar la piel que tenía muy dura. Decía con un chirriar de dientes: «Solo es en el corazón donde los golpes de me dejan huella.»

Le enseñaron a leer; como era católico hizo su primera comunión.

–¿Es cierto, – preguntó al padre Anastasio – que un ángel haya dicho a Dios: «¡Yo no te serviré!»

–Eso es cierto, –replicó el cura – y por esas palabras fue precipitado a los tormentos del infierno.

El niño permaneció pensativo. Tres días después alguien observó en el lindero del bosque, un joven roble aislado, muy recto, en cuya corteza habían sido talladas estas palabras por una mano torpe: «No volveré a implorar.»

Sin embargo el viejo propietario de Pruzani debió partir para Versalles y permanecer allí tres años, habiéndole encargado la Asamblea de la República una misión; Rhodzko fue con los que acompañaron al preboste. Arisco al principio y apartado del resto, escuchó, durante las largas esperas en las antesalas doradas, los comentarios divertidos y viles de los criados que, entre dos bostezos, se contaban las jugarretas infligidas a los amos o detallaban aventuras de casas de putas, exagerando el tono impertinente y los modos de hablar de las personas de alta alcurnia.

A esas risas, Rhodzko no tardó en unir la suya, más feroz, pero que poco a poco se fue haciendo socarrona. Pronto se dedicó a leer las revistillas y a canturrear las canciones de moda. Frecuentó el teatro, donde memorizaba pasajes enteros que le gustaba recitar luego repitiendo los gestos de los actores, más enfáticamente; le agradaba mucho que se le escuchase, y quería que le aplaudiesen. Poseyó a criadas, doncellas de marquesas y de bailarinas, robó a su amo, engañó a los vendedores y siempre vestía a la moda. La ira del esclavo se había transformado en la astucia del mayordomo. Esa especie de Espartaco convertido en una versión de Crispín.

Desde su regreso a Pruzani, todos se asombraron de encontrarlo tan diferente del que era antes de partir. Se habían apagado sus ojos de joven lobo, bajaba la frente, curvaba la espalda, con gestos que acarician y palabras que halagan. De modo que, poco a poco, se convirtió en uno de los favoritos de André Boleski, el hijo del señor del castillo, y lo añadió a su corte de confidentes de aventuras. Al mismo tiempo no dejó de ser un asiduo a la capilla, – tal vez porque había visto representar *Tartufo*, – ya no hablaba con el padre Anastasio del ángel caído, se confesaba, ayunaba, se infligía golpes de autodisciplina que endurecía fácilmente, acostumbrado como había estado al bastón y al látigo.

A decir verdad, cuando estaba solo, cuando creía que nadie podía observarlo, se levantaba de repente, sacudía sus cabellos, su mirada se iluminaba y extendía los dos brazos en un gesto amenazante y dominador; a veces incluso declamaba pomposas palabras, con un tono de trágico monólogo.

Pero esas liberaciones de su intimidad eran escasas, furtivas, poco percibidas, y, súbitamente, el enfático gigante se convertía en un enano meloso.

Cuando el conde André Boleski se casó con Élisabeth, Rhodzko abandonó Pruzani con su amo y fue ascendido a intendente en el castillo de Mikalina.

Los campesinos polacos tenían por costumbre decir: « Un señor que tiene intendentes, es un bastón con nudos.» Y tenían razón. Nada agrava más la tiranía que ser ejercida por un esclavo. El verdadero propietario, en lo que tiene de opresor, respeta al menos lo que posee, y su violencia tiene por freno su interés. Pero el esclavo viéndose superior a sus iguales ve en ellos la propiedad del amo y se encarniza contra ella. Por añadidura, el aplastamiento resulta inevitable como es natural, bajo el peso de dos pisos.

Rhodzko fue un intendente terrible.

Los siervos de Mikalina estaban sometidos a impuestos, ellos y sus animales, a tres días de trabajo por semana; él les exigió cuatro. Entregaban, en función de las tierras que tenían,

sacos de grano, capones, gallinas, ocas y pollos, a finales de Pascua, de Pentecostés y de Navidad; él añadió a las épocas acostumbradas, las de la Ascensión y de Todos los Santos, no admitiendo, como buen católico, que algunas fiestas fuesen menos favorecidas que otras.

El motivo de esas duras exigencias permanecía oscura. ¿Codicia? No; Rhodzko daba a su amo cuenta exacta de todos los impuestos cobrados. ¿Odio al señor prolongado en sus campesinos? Sin duda; pero quizás también no sé que intención de llevar al límite a los esclavos oprimidos. Más terrible para con lo débiles como servil se mostraba con los poderosos, ordenaba con cólera. Su miel se convertía en hiel. Jamás dejaba de asistir al castigo de los criados sorprendidos en alguna falta, y gritaba al ejecutador: «¡Golpeas muy suavemente!» tomando él mismo la fusta o el bastón, y cuando las carnes del desdichado sangraban bajo los golpes, le decía en voz baja: «¡Qué! cobarde, ¡soporta esto! »

Los campesinos, virilidades fatigadas, soportaban las exacciones y las crueldades. Una sola cosa les agriaba la bilis. Antes, cuando se encontraban con su señor, bastaba que inclinasen la cabeza retirando su boina de lana de oveja; ahora, al paso del intendente, siervo como ellos, debían curvarse hasta el suelo. Rhodzko escuchó los murmullos; hizo saber que a partir de ese momento los campesinos del distrito deberían arrodillarse cuando él pasara.

VI

Miraba a la condesa Élisabeth, pacientemente, ardientemente. De repente se estremeció, alguien se encontraba detrás de él, espiándole.

Era Tzoryl, el pajarero de Mikalina.

Aunque fuese un hombre, parecía un niño a causa de su pequeña estatura y también debido a la sonriente ingenuidad que tenía en los ojos.

Siendo muy pequeño, unos cosacos de Ucrania, que viven sin mujeres y que se llaman zaporogues porque tienen sus campos más allá de las Cataratas, lo habían traído de alguna lejana expedición, en una cuna de juncos decorada con abalorios. Luego lo

cambiaron por una camisa de seda, a un noble de Lituania que se lo regaló al señor del castillo de Mikalina como presente por año nuevo.

Tenía la encantadora gracia de un juguete; de buena gana se le hubiese puesto sobre alguna repisa entre un jarrón chino y una figurita japonesa.

Se le había confiado por divertirle la tarea de cuidar e instruir los pájaros en el invernadero de Mikalina, que se convirtió en una pajarera; tenía incluso esa libertad, yendo y viniendo a los bosques de la propiedad, de cantar y batir las alas que tienen los pájaros enjaulados.

¿Era feliz? Era bueno y reía.

Su gran afición era vigilar los nidos, tender trampas a los ruiseñores; en todo momento, se le veía deslizarse entre las zarzas de espinos con su bonita cara un poco regordeta que rozaban largos cabellos en bucles, en su traje de caza con colores rojizos y un chaleco de satén a rayas verdes y rosas, bordado con pájaros que vuelan, y un gorro donde se desplegaba en abanico una ala de un faisán dorado.

Casi siempre tenía sobre el hombro un pichón domesticado al que llamaba Gris-Plata a causa del plumaje del pájaro.

Rhodzko dijo:

–¿Estás ahí, Tzoryl?

–¿No me ves? He llevado al castillo al señorito Étienne, que ha jugado en mi pajarera; y ahora, allí, bajo los árboles, escuchaba una historia que me contaba Gris-Plata.

–¿Una historia?

–Pregúntale, él te la contará.

–¿Quieres enfadarme, Tzoryl?

Tzoryl emitió una risilla, sacudiendo sus cabellos.

–¡No pretendo enfadarte, pero no temo tu cólera! He conocido la dulzura con las tórtolas y el valor con las águilas.

–Ten cuidado. El oficio de pajarero siempre me ha parecido inútil en la casa de un noble polaco.

–Sí, los pájaros te ponen nervioso. ¡Tú sabes que son curiosos y valientes! No entiendes lo que dicen porque para comprenderlos hay que ser inocente y dulce como ellos; ¿pero temes que su trino hable al oído de los demás? Tienes razón: por la noche, cuando me acuesto en la pajarera, junto a las torcaces dormidas que arrullan muy bajo, y los loros que gorjean en sueños, una joven corneja, picoteándome los cabellos, me cuenta mil historias.

–¡Ah! ¿y qué dice?

Tzoryl se acercó.

–Dice que un campesino del castillo de Mikalina, antes el más humilde de los siervos y convertido ahora en jefe y tirano de los demás servidores, no parece todavía satisfechos de su rara fortuna; pues se lo encuentra a menudo en las más retiradas sombras del bosque, solo, con aire taciturno, y hablando en voz baja como alguien que urde algo; ella dice haberlo sorprendido leyendo en secreto y rompiendo luego cartas que le entregan hombres extranjeros que se marchaban de inmediato; finalmente, más de una vez, desgranando con su pico las uvas negras de una morera silvestre, ella lo vio, dijo, con sonrisa malévola – fíjate, como tu sonríes – mientras la señora Boleska, acodada en su ventana, observaba la ruta desierta por donde el amo no regresa.

–Te expulsaré, Tzoryl y haré destrozar tu pajarera.

–No, el señorito ama demasiado mis pájaros. Son sus pequeños compañeros. Le siguen cuando él corre; se posan en sus brazos cuando se detiene, como sobre las ramas de un joven arbolillo. El otro día no se sabía donde estaba, en el vergel, en el bosque tal vez, muy lejos; dije a Gris-Plata: «¡Ve a buscarlo!» y fue el pájaro quién encontró al

niño. Si destrozas mi pajarera, el señorito Étienne estaría triste, y una pena de su hijo es la única cosa que la condesa no perdonaría a nadie. Además, caza mis pájaros si te atreves! ¡Qué me importa! yo los seguiría. La Selva Negra es una pajarera más grande. Me haré un nido en los árboles, como las palomas, o dormiré con los petirrojos en alguna grieta de roca. No tendré necesidad de vuestro pan de trigo, pues los serbales tendrán frutos rojos; si fuese necesario el pinzón me enseñaría a conformarme con granos, y el ruiseñor a alimentarme de hormigas voladoras. Ni siquiera echaré de menos la capilla, ni al padre Dominique, pues tengo mi modo de rezar: Apenas recién despertado, recito un *Pater* al oído de mi alondra favorita, ella levanta el vuelo y sube derecha hacia la luz, con pequeños gritos, como un cohete que canta; planea y se pierde en el azul del cielo, del lado donde está el buen Dios, y cuando vuelve a bajar, con mi mensaje entregado, ella me trae un poco de perdón y de esperanza en la claridad de su bonito canto. Vamos, está claro, tú me expulsas y nosotros no tenemos más que advertir a la señora Boleska…

Rhodzko se había contenido, controlando su cólera. Dejaba hablar al hombrecito, con aire de regocijarse con ese discurso frívolo; luego, acariciándole los cabellos con mano que si hizo dulce, dijo:

–No, no te expulsaré. Si eres valiente como tus jilgueros, eres bonito como ellos. Te haré traer de Bengala o de las Grandes Islas unos colibríes y unos cardenales para embellecer tu pajarera. Hagamos las paces, Tzoryl. Me juzgas mal, y tu corneja no sabe lo que dice. ¿Adivinas en lo que pensaba antes, precisamente mirando a la señora? En una buena noticia de la que soy mensajero.

–No es un cuervo – dijo Tzoryl – quien lleva la rama de olivo. ¿Cuál es esa noticia?

–¡Bueno! Gris-Plata lo divulgaría por todos los nidos del bosque. Es la señora Boleska la primera que debe conocerla.

Rhodzko se alejó, y, en el momento de entrar en el castillos, hizo un gesto de despedida, sonriendo, al pequeño pajarero que volvió la cabeza hacia su pichón como para preguntarle: «¿Qué piensas de todo esto, Gris-Plata?»

VII

Entrando en la habitación nupcial, Élisabeth Boleska había dejado la puerta entreabierta.

Rhodzko se detuvo en el umbral.

Ella no lo había oído venir y estaba de pie, entre las oscuras tapicerías del alto ventanal, inmóvil, mirando el horizonte, como un alma solitaria enfrente a la soledad.

En silencio, sin movimiento, él la miraba y pasaban por los ojos de Rhodzko extrañas ensoñaciones llenas por turno de ternura y de cólera.

Esto era lo que él pensaba:

–Algunas veces, ciertamente, ante la dulzura y la grandeza de esta mujer, me turbo, vacilo. ¿Por qué no puedo basar mi elevación sobre su desmoronamiento y no he de regocijarme cuando llore? ¡Ah! ¡camina hacia tu objetivo sin siquiera ver lo que pisas! Para adquirir el poder al que tienes derecho, pues te sabes digno de ello, la elección de los medios no te es ofrecida. Esclavo como eres, ¿de qué te serviría la honestidad con ella? Permanece siendo un buen servidor, tú ¡que tienes un corazón de príncipe! Acepta la necesidad de la astucia, de la mentira, del daño. Nacido en el fango, es muy sencillo imitar a los reptiles. ¡Unas alas te impulsarán cuanto estés en la luz!

Él pensó más intensamente con un rictus más amargo en los labios.

–¡Oh! ¡cuánto tiempo me he arrastrado sin descanso en las sombras y en el lodo! ¡cuánto tiempo he tenido por amo, yo, corazón robusto, espíritu firme, a ese señor de Mikalina, lama débil, incapaz tanto de un crimen atroz como de una sublime hazaña, ¡impotente a toda grandeza! Más lejos de lo que la mirada se extiende desde lo alto de la torre, la tierra y los hombres le pertenecen; si él quisiera, él, magnate de Lituania, si se atreviese a desear alguna orgullosa empresa de liberación, sus campesinos harían de soldados y él encontraría veinte campos de batalla sin salir de su dominio. ¡Vencedor, qué triunfo! Y vencería, pues él tiene a esa santa esposa que le asegura mediante sus oraciones la parcialidad de la Providencia. Incluso vencido, ¡qué gloria! Pero no, alejado de la patria por una ambición mezquina, huido del hogar por una muchacha coqueta y perversa, abandonará todo: la posible victoria, la gloria segura, y hasta a su admirable esposa, por los favores de una corte extranjera, compartidas con cien otros, y por la belleza de una ávida aventurera. ¡El muy imbécil! Pues bien, ¡qué se haga su voluntad! la casa, de la que reniega, la patria, de la que se retracta; que sus tierras no sean más de él, que sus campesinos ya no le pertenezcan; ¡qué finalmente pierda, tal es su cobarde locura, el poder del que no se ha atrevido a hacer uso! ¡Habrá un hombre, un hombre digno de ella que se apoderará de todo! Ya, lentamente, tortuosamente, sube, se acerca, extiende las manos para tomar… y más tarde nadie recordará antiguos oprobios que fueron necesarios, ni siquiera Dios, que será glorificado por mi victoria, cuando me levante en mi orgullo, ¡salvador de un pueblo y más grande que un rey!

¡Su violento pensamiento se hacía gesto y palabra! A menudo tenía el defecto de dejarse transportar por sus ensoñaciones hasta el punto de proferir exclamaciones pomposas elevando los brazos que daban la impresión de sostener una espada o un cetro.

–¿Qué quieres, Rhodzko? – preguntó la condesa Élisabeth girando lentamente la cabeza.

Él se curvó, se contuvo y regresó por completo a su remilgada servidumbre.

–¡Qué los santos sean alabados!– dijo;– traigo un alegre mensaje. Una carta me anuncia que el conde André Boleski regresará esta noche a su casa.

VIII

¡Regresaba! Ella leyó la carta, era cierto: regresaba.

Una inmensa alegría le hinchó el pecho; sus labios se movían sin articular palabra; tenía palpitaciones en los párpados como ante el brusco resplandor de un fuego alegre en la noche.

Era singular que el conde Boleski anunciando su regreso a uno de sus criados, hubiese olvidado advertir a su esposa; ella no reparó en eso.

No pensaba más que en una cosa: lo vería esa noche, pronto, a él, a André, su señor, su amor, su eterna espera.

Desfalleciente de embriaguez – ella, tan firme bajo el peso de sus penas – se arrastró, apoyándose e los muebles, hacia una imagen de Nuestra Señora, que estaba allí, en un nicho con fondo azul y estrellas, arrodillándose extasiada.

En confusas palabras, fragmentos de letanías, exclamaciones de agradecimiento, ella expandía deliciosamente su alegría a los pies de la divina Madre.

Se levantó y dijo con mirada festiva:

–¡Rhodzko! ¡qué repiquen las campanas de la capilla! ¡Avisa la padre Dominique! esta noche oficiará una misa para dar gracias a Dios que nos trae al amo! Engalana las ventanas, adorna con hojas de tilo y de roble las escaleras y las losas! ¡Que se levanten

las mesas! ¡Que las bodegas se abran! El que tenga hambre comerá, el que tenga sed beberá! pues más adelante debe leerse en las historias: «Se celebraron dos fiestas en el castillo de Mikalina, dos fiestas que jamás fueron superadas ni en esplendor ni en generosidad: una, el día en el que el conde André Boleski, ausente después de cinco años, se dignó a regresar a su dominio; y la otra, el día en la que el conde André Boleski, a la cabeza de sus nobles y campesinos, expulsó al último ruso de la tierra sagrada de Polonia!»

Rhodzko se retiró, sombrío, con la mirada inquieta por una involuntaria misericordia, y, precisamente cuando él salía, entró Étienne, rosado de placer, con risas, con plumón de pájaro entre sus cabellos despeinados.

Ella lo llamó, lo estrechó contra sí, lo besó veinte veces.

–¡Tú te pareces a él! Te adoro.

Luego, sentada, con su hijo en sus rodillas, le dijo besándolo aún, con palabras familiares y alegres.

–¡Escucha! vas a ver a tu padre. ¡Ah! fue Nuestra Señora quién inspiró mi juramento antes. Vas a ver al señor de Mikalina, ¡tu padre! es un orgulloso noble, un magnate, pero no es un anciano como el estaroste. Es joven, es apuesto, –¡ah! te aseguro que es encantador. Presta atención a lo que te voy a enseñar. Desde el momento en que se baje el puente, cuando las trompetas hayan sonado como para dar la bienvenida a un príncipe, tú, entre la doble fila de sirvientes, caminarás el primero, ¡delante de mí! – pues, al fin y al cabo, tú eres el pequeño señor de todo este gran dominio, – y de entrada besarás la mano del amo, con una genuflexión; luego, con los ojos bajos, dirás… Recuerda bien lo que debes decir.

–Sí – dijo el niño, abriendo completamente sus ojitos.

–Le dirás: «¡Señor!...» Di conmigo: «¡Señor!...»

–«Señor» repitió el hombrecito.

–«Es una débil voz que saluda vuestro anhelado regreso…

–«Es una débil voz…

–«Que saluda…

–«Vuestro anhelado…

–¡Ah! sí: «Vuestro anhelado regreso…

–«Y una pequeña mano os ofrece…

–«Y una pequeña mano os ofrece…

–«Las llaves de vuestra puerta…

–«Las llaves de vuestra puerta…»

–¡Ah! fíjate, ¡no! estoy loca. Le dirás: «¡Padre mío!» ¡y subirás por sus piernas para colgarte de su cuello!

Ella corría por la habitación, llevando a su hijo en brazos, riendo extasiada por el querido parecido.

Se detuvo.

–Pero sí, – dijo – es cierto que estoy loca, loca por conservar estos pálidos trajes de duelo. ¡Ahora ya no soy una viuda! Hoy debo ponerme un vestido de bodas. Ven, mi Étienne, quiero ponerte guapo para que él esté orgulloso de la esposa que le ha esperado y del hijo que me ha dado.

En ese momento, ante la ventana, entre las ramas, luego, encima de los árboles, se produjo una gran palpitación de alas mezclada con mil gritos cantarines. En honor al regreso del amo, Tzoryl había dado la libertad a los prisioneros de su pajarera. Se movían en largas curvas o huían en vuelos rápidos, aquí rozando las hojas, allá horadando el cielo, y los arrullos de las palomas provocaban una lenta armonía en la que sonaban a pequeños estallidos las llamadas delicadas de los jilgueros.

A través de ese guirigay de plumas reunidas y de los trinos emitidos, Élisabeth Boleska, con la cabeza de su hijo sobre el hombro, miraba bajo una luminosidad azul, la llanura y los bosques de Polonia, ahora visos y luminosos como si un viento de libertad hubiese expulsado a las brumas dominadoras, y admiraba, con los ojos llenos de dulces lágrimas, el camino por el cual iba a regresar el esposo, el bello camino ahora alegre por el sol y de polvo de oro.

IX

Llegó antes de lo esperado. Entró, no por la puerta señorial, entre la doble hilera de sus cortesanos y sus criados, como un hombre que reconquistara su casa y su rango, sino por la portezuela del patio trasero, saludado solamente por Rhodzko, como un visitante furtivo.

Cuando estuvo en la sala baja donde había presidido antaño tantos gloriosos festines, se sentó en una gran tarima, al lado de una mesa en la que Rhodzko colocó silenciosamente una botella de vino de Hungría y un cáliz de plata.

No había quitado ni su pelliza de piel, ni su gorro de nutria.

Fijos los ojos en tierra, dijo con voz breve que sin embargo temblaba:

–¿Ha sido advertida la condesa de mi regreso?

–Por mi mismo, según las órdenes de Vuestra Excelencia, – respondió el intendente con las manos juntas, obsequioso.

–¿Se ha sorprendido?

–Se ha alegrado.

–¿Así que no sospecha del proyecto que me trae?

–Vuestra Excelencia, dignándose a comunicarme sus proyectos, no me había permitido revelárselos.

–Eres discreto y fiel. Di a la condesa que la espero aquí.

Rhodzko dio un paso hacia la puerta.

–¿Entonces, señor, –dijo – estáis completamente decidido?

–Decidido. He dejado mi montura detrás del castillo, al borde del camino. Es inútil desengancharla. Vuelvo a partir antes de que anochezca.

Rhodzko salió vivamente, con una llama en los ojos.

El conde estaba solo, dejó caer su pelliza, y con el dorso de la mano retiró su gorro.

Era un hombre muy joven, apenas treinta años, pálido, sin barba, sin bigote, ojos azules, demasiado grandes, que sueñan, y una frente baja, muy lisa, que no piensa bastante de ordinario; el arco de los labios un poco gruesos se distendía como por costumbre en fáciles consentimientos.

En ese momento, los rasgos dulces de ese rostros de contraían penosamente, con un instinto de rechazo; gotas de sudor, aunque hiciese bastante frío ese día, le perlaban la frente y las sienes, por el efecto sin duda de un intenso esfuerzo, y discurrían más debajo de los ojos, aunque se hubiese dicho que eran lágrimas.

Con la espada en el costado, no el sable, pues no tenía la costumbre de los nobles polacos; con su frac de terciopelo negro donde destacaba el encaje de la pechera, y su pantalón un poco largo, encintado, sin botas, estaba vestido a la moda rusa, al estilo de los elegantes de Francia.

Miró la gran sala. De los postes oscuros del techo pendían unas banderolas donde se movían lentamente las envergaduras de águilas blancas. Las tapicerías de las paredes contaban historias de guerras de antaño; bajo la doble estampa del pasado, unos turcos con turbantes huían en tumulto ante unos jinetes de pesadas armaduras, portando sobre

sus hombros alas de pájaros. Encima de la alta chimenea reinaba, en un marco de roble negro, el retrato del gran duque Jagiel en armadura, el primer Jagellon, y el más antiguo de los señores de Mikalina.

Rodeado de todo lo que constituía su patria y su raza, de todo lo que había sido su pensamiento, André Boleski bajó la cabeza, y tuvo vergüenza del ruido de encajes y de seda que había hecho estremeciéndose.

–¡Oh! –dijo– nada ha cambiado aquí.

No, nada había cambiado.

Vivamente, extrajo de su bolsillo un cofrecillo redondo que entreabrió.

Entre dos trenzados de rubís y perlas, sonreía una miniatura de mujer, rubia bajo el maquillaje, con ojos vivos y mejillas sonrosadas, la nariz rosa que se respingaba como un pétalo curvado y labios dulces, un poco matizados por una sonrisa que ordena.

–¡Sonia! ¡Sonia! – dijo él extasiado, y lentamente, como para hacer más larga la alegría de ese nombre escuchado.

Pero tras las puerta, se produjo un ruido de pasos que se apresuran, y la señora Élisabeth Boleska entró rápidamente, morena, con el rostro orgulloso, llevando el largo vestido de piel y la capa negra de los dueños del castillo, haciendo sonar las espuelas de sus botas, al igual que las polacas de antaño.

X

Corrió hacia él loca de alegría.

–¡Ah! ¡mi André! ¡mi André! ¡Déjame apoyar la cabeza sobre tu hombro, rodearte el cuello con mis brazos, asegurarme de tu presencia, convencerme de mi dicha! ¡Eres tú, tú! ¡Ah! ¡Virgen Madre! es él. Étienne va a venir, se le está vistiendo; verás que guapo es. ¡Como he llorado, cruel! Pero te adoro por esas lágrimas cuyo recuerdo incluso multiplica mi alegría.

Se alejó un paso para observarlo mejor; continuaba hablando con gestos nobles.

– Tus nobles y tus campesinos – ¡y esos judíos también! – decían que no regresarías. Pero mi obstinada esperanza afirmaba tu regreso. He ordenado que se les llame. Van a venir a saludarte, querido señor, ¡para que traigas la felicidad a tu hogar y la libertad a tu patria!

Él se turbaba, apartando la vista con miradas humildes. Sin embargo debía hablar. Dijo:

–En efecto traigo la libertad, pero no a Polonia que se agita en vano en mis sueños, sino a tí, Élisabeth.

Ella retrocedió como alguien que recibiera de repente, a pleno sol, un puñado de arena en el rostro.

–¿A mí? ¿Qué son esas palabras? ¡André, no me estás mirando! ¿Qué quieres decir?

Él jadeaba; el sudor le mojaba el rostro con gotas más gruesas. Se dominó y continuó:

–Siéntate. Escúchame. Sí, siéntate ahí. Hace cinco años que estás sola y sufres en esa soledad. Finalmente tal vida debe parecerte insoportable. Las tristezas que yo no pude evitarte en el pasado, quiero al menos ahorrártelas en tu futuro. Joven y bella, podrías encontrar todavía la felicidad si no estás vinculada a aquél que te abandona. ¡Bien! te dejo. He venido a ofrecerte y a aconsejarte…

–¿Qué? –dijo ella.

–El divorcio.

Ella se levantó, soberbia.

–¿Quién me ha calumniado? ¿quién ha mentido? ¡Oh! ya comprendo. ¿Alguien te ha contado que en tu ausencia he dilapidado los ahorros de tu casa, dejado tus campos en barbecho, o vendido a precios irrisorios tus siervos y tus pueblos para pagar joyas y fiestas? ¿O quizás te han contado que no he sabido enseñar a tu hijo la devoción a Nuestra Señora ni el respeto por el nombre de su padre? ¿o se te ha hecho creer que, una vez que te fuiste, un extraño ha dormido en la cama sagrada donde me hiciste tu esposa? ¡pues un noble no puede repudiar a su mujer salvo que sea adúltera, mala madre o ladrona!

–¡Élisabeth! – murmuró él – solo yo soy el culpable.

Ella fue hacia él con los brazos abiertos.

–¡Qué Dios sea alabado! pues aquí tienes tu perdón.

–¡Cómo! ¿podrías olvidar mis faltas?

–Tu las compensarás.

Él se apartó con timidez, respondiendo:

–No tengo ni el poder, ni la voluntad.

–¿Ni la voluntad? ¿Ese divorcio entonces es por ti, porque solo tú lo deseas? ¿Tu piedad no era más que un pretexto? ¿Tú ya no me quieres? ¡Ah! madre de Cristo, voy a volverme loca! Pero, André, ¡acuérdate! Tú me has amado cuando yo era una joven muchacha en la casa de mi padre; tu me decías palabras que me enervaban: ¡que yo era bella, que siempre me amarías! Finalmente casado, ¡qué felices hemos sido! mira, ¡encontrarás algo de nuestro amor en cada árbol de este jardín, en cada mueble de esta sala! ¡Por las noches te apoyabas en la mesa, bajo la lámpara, pensando en combates y glorias; yo, muy cerca de ti, hilaba silenciosa, y, cuando levantaba mis ojos, admiraba en los tuyos la nobleza de tus pensamientos! ¡No, no, tú no has olvidado tantas apacibles dichas y bellas esperanzas! Y el hijo que me has dado, tu hijo, que pronto estará aquí, que te hablará, que te sonreirá, ¿es que no piensas en él? ¡Ah! querido padre de nuestro hijo,¡ yo te desafío a abandonarme cuando lo hayas besado!

Él exclamó:

–¡No quiero verle!

–¿No quieres verle? ¿En qué hombre te has convertido durante estos cinco años? Tú no tenías un corazón malvado, solamente eras demasiado dócil a los consejos…

Ella estaba muy cerca de él.

–Ya lo veo. Alguien te dirige, te empuja.

Ella trataba de leer en los ojos de su marido, que él trataba en vano de apartar.

–Tal vez ames a otra mujer, ¡una rusa!, ¿con la que te quieres casar? ¡Oh! ¡André! ¡dime que no es cierto!

Él se curvó como un hombre que va a arrodillarse y confesó que amaba a otra mujer, diciendo: «¡Perdón!»

Entonces ella permaneció inmóvil, erguida, con la cabeza alta y los ojos cerrados; se hubiera dicho que era la estatua de una tumba.

XI

Se produjo un largo silencio. Ella no se movía. Él no se levantaba.

Finalmente, el dijo:

–Sin embargo es necesario.

Caminó vivamente hacia la mesa. Llenó el cáliz y bebió; lo volvió a llenar una vez más y lo vacío de nuevo.

Hecho eso, se acercó a Élisabeth que parecía una muerta que se mantuviese de pie, y le habló con voz más firme:

–Élisabeth, no prolonguemos más este suplicio. ¡Comprende que es necesaria una separación legal! Ella es vital para mi honor y tu reposo. Si quieres existe desde este momento. ¿Quieres entenderme?

Ella no respondió. Él prosiguió:

–He formulado una petición de divorcio ante el tribunal de Varsovia. Había que fundamentarla, sin nada que alegar que pudiese manchar tu buena reputación; lo he conseguido. Se necesitaban testigos; soy rico y tuve uno. También quise ahorrarte las amarguras de un proceso; he establecido, por una investigación hábilmente urdida, tu marcha hacia un destino desconocido. Soy poderoso, tengo amigos próximos al rey y el veredicto ha sido pronunciado. Aquí está, Élisabeth.

Extrajo de su bolsillo unos papeles, se los tendió a la señora Boleska que no hizo ni un movimiento.

–Sin duda, – continuó él – esta sentencia sin tu consentimiento es nula. Reclama, muéstrate solamente y estamos vinculados para siempre. Pero firma la fórmula de aquiescencia que he hecho redactar al final de esta acta, ante el notario de Grodno o de Troki –Troki está más cera – y el juicio será definitivo y seremos libres, señora! Naturalmente, la sentencia te asegura la posesión del castillo de Milakina y los pueblos que de él dependen, herencia de tu padre; yo me quedo con Pruzani que siempre me ha pertenecido; y, además, te dejo a tu hijo.

Sobre la mesa había un tintero de bronce, pesado y antiguo; la pluma era una pluma de águila blanca.

Él empapó la pluma en el tintero y se dirigió hacia la señora Boleska:

–Firma, Élisabeth – dijo.

Ella levantó los brazos, los cruzó sobre su pecho y respondió lentamente, casi sin mover los labios:

–Fue esa pluma con la que mi padre, el señor de Mikalina, firmó el acta de la confederación de Bar.

–Firmad, señora.

Ella no abrió los ojos y respondió:

–No.

–¿Te niegas?

–Me niego.

–¿Harás revocar la sentencia?

–Sí.

–¡Cómo! – dijo él humillado, – a pesar de la confesión que acabo de hacerte, tu fiel apego…

Ahora lo miraba.

–¡Conde André Boleski, no os engañéis! Ya no os amo. Mi amor no vivía más que de confianza y estima; comprenderéis que haya muerto.

–En ese caso, ¿por qué no firmar?

–El divorcio es un crimen.

–Nuestras leyes lo permiten.

–Mi fe lo prohíbe. ¿Qué ganaría además yo? ¿Me consideráis una mujer que tomaría otro esposo? Soy de las que mueren en la cama donde se han entregado.

–¡Vos sois de las que también no saben soportar un ultraje! Pensad que después del divorcio mi amor por otra ya no os resultará una ofensa.

–Prefiero ser vuestra víctima que vuestro cómplice.

–¿Así vuestro orgullo se conformará?...

–¡Mi orgullo se contentará cumpliendo con el deber contraído ante Dios! Vos volveréis a Varsovia o a Petersburgo. Seréis el ciudadano desleal a su patria, el marido desertor del hogar, el padre que reniega de su hijo; pues bien, al menos, esposa obstinada, yo mantendré tanto como me sea posible, la fidelidad a la República, a la casa, a la raza, y salvaré, incluso de vos, todo lo que no podáis llevaros de aquí.

–¡Vanas resoluciones, señora! No soportaréis sin una revuelta un abandono prolongado que, a ojos de vuestros nobles, pasará por desdén.

–Ya casi estaba acostumbrada a vuestro abandono, ahora lo deseo.

–Si unos rumores, malévolamente dispersados por vuestros vecinos, por vuestros sirvientes, vanaglorian a vuestra rival, cuentan detalles…

–No escucharé.

–Si algún día ella pasa ante vos, del brazo de vuestro marido…

–Abrazaré a mi hijo mientras pasen – dijo seriamente Élisabeth Boleska – y seréis vosotros, cobardes adúlteros, quiénes bajaréis la cabeza.

André Boleski sacudió la frente bajo la injuria; los más débiles tienen esos sobresaltos; y, con la bilis agriada, dijo:

–¡Ah! me insultáis. Tened cuidado.

–He dicho: «Cobardes.»

–¡Tened cuidado! ¡encontraré fuerza en la cólera para obligaros a obedecerme!

–Se romperán ante mi voluntad.

–¡Tal vez! vos sois imperiosa y celosa de vuestras prerrogativas en esta casa donde habéis ordenado, pero hay humillaciones que vuestro orgullo no podrá soportar.

–Amenazas.

–¡Vos lo habéis querido!

Él se volvió hacia la alta puerta de entrada, entreabierta sobre la terraza del castillo.

–¡Hola! ¡ven! – llamó.

Rhodzko entró.

–Rhodzko, ¿la condesa te ha ordenado llamar a los nobles y a los campesinos que han venido esta mañana a Mikalina?

–Sí, Excelencia.

–No tengas en cuenta esa orden.

La cara de Élisabeth, tan pálida, enrojeció.

–A partir de ahora, –continuó el conde – no obedecerás a la condesa excepto que yo lo haya ordenado.

–¡Oh! señor – murmuró ella, – con la cabeza entre sus manos.

Él le dijo muy bajo:

–Podríais ser la ama en vuestra casa.

Sin embargo Rhodzko se había acercado y saludaba a la señora con una deferencia donde se mezclaba no sé que compasión injuriosa.

–¿Qué debo hacer, señora?

Ella levantó la frente.

–¿Quién te habla? – dijo ella.– Obedece a tu amo.

Luego, volviéndose hacia André Boleski:

–¿Eso es todo, señor? Me retiraré si no tenéis en este momento algún otro ultraje que hacerme.

Él se sentía vencido, lleno de vergüenza; el fango que había removido le salpicaba en la cara.

–Id, señora, sí, podéis iros.

–Os juro, conde André Boleski, que tengo piedad de vos – dijo ella empujando la puerta con un gesto lento.

XII

Élisabeth le había dicho: ese corazón de hombre no era un corazón malvado; pero él tenía esa bondad que se parece a la debilidad y que puede convertirse en cobardía.

Incluso él había sido grande antaño, o había podido parecerlo, de tanto que luchaba generosamente por la libertad de la patria y el honor de la casa.

Un viento de desgracia alejó al conde de su casa, lo alejó de su patria. André Boleski no era como esos cedros que, transplantados en la tierra natal, asombran a los cielos con la persistencia de su primer orgullo. Su grandeza disminuyó, se debilitó, quedó al nivel de las tallas comunes.

En Varsovia escuchó que la independencia de Polonia era a partir de ahora un sueño; que, destrozada, ensangrentada, la República debía considerarse afortunada de no haber perecido por completo y consentir en su destino, acomodarse a su irremediable derrota, y que de ese modo estaría tranquila en su debacle, tendría sus comodidades en su bajeza, a condición de no irritar a sus vencedores y de hacerse la favorita de Rusia, como su rey Stanislao había sido el favorito de Catalina.

Su costumbre a ser libre se indignó al principio, pero poco tiempo. No tardó en creer lo que escuchaba, e incluso en decirlo. Una noche, después de alguna cena a la francesa, el señor de Mikalina se burló con algarabía del grotesco penacho de Pulawski, del pecho de león y de las gruesas manos cosacas de Sawa, que, de un solo puñetazo abatía un toro.

En Francia, donde solamente percibió el lado ínfimo de las cosas, se prendó de vicios frívolos que le arrojaron en los ojos el maquillaje de la esposa de un mariscal, y audacias de los filósofos, de las que no retuvo más que la parte cómica; cenó con Lauzun, leyó diez veces la *Pucelle*, concibió finalmente un modo de ser que no exigía ni melancólicas abstinencias, ni sangrientas aventuras, y que podían afirmarse con un encogimiento de hombros. No pensaba más que con una sonrisa en la iglesia de Mikalina, a donde iban a rezar, con ruidos de sables, los nobles de Lituania, y en la condesa Élisabeth Boleska, tocando el laúd o hilando en la rueca en el gran salón de la planta baja del castillo.

Luego, en Petersburgo, donde la emperatriz lo recibió con distinción, vio a la princesa Sonia Ivanowna, que era pariente de un favorito de Catalina; y, porque era fútil y bonita, le entregó su corazón a partir de ese instante.

–¿Estáis casado? – preguntó ella.

–Sí –dijo él.

–Pues bien, ¡no lo estéis!

Animado por las cartas de Rhodzko, y porque consideraba probable el consentimiento de la condesa a una separación definitiva, había regresado al castillo de Mikalina.

Sin embargo su corazón de antes no había muerto del todo en el, sin no se hubiese encogido ante la orgullosa acogida de Élisabeth Boleska; cuando ella hubo abandonado la sala, el conde permaneció un largo instante con la cabeza baja, bajo el recuerdo de la despreciativa despedida.

Estaba cerca de la puerta de entrada; la empujó ampliamente; vio los bosques y las llanuras, todo lo que él poseía de la triste Polonia.

En esos bosques, siendo niño, había jugado, luego ya joven, había soñado, mientras los leñadores, talando los viejos robles, cantaban alguna mazurca sobre los duques Jagellons al ritmo de los golpes del hacha.

Miraba los campos donde germinan los granos alimenticios, padres de la sangre que circulará por la patria, y notaba en su boca el gusto del trigo polaco que había sustentado su viril juventud.

¡El viento le traía los olores de la tierra y de las hojas, de los recuerdos parecidos a esperanzas! Sonó una campana, la campana de la capilla, clara, apacible, azul en el cielo, evocando días pasados y viejas oraciones.

En ese momento, un niño, que había entrado sin hacer más ruido que un pajarillo que camina, dio un tirón al conde de la tela de su traje, y, con sus bucles dorados y rojo de miedo, con una sonrisa tímida, dijo:

–¿Señor, sois vos mi padre?

André Boleski lo miró y lo abrazó violentamente.

Ese ser, allí, ante él, era su carne renacida, su alma renovada; era su apellido conservado en el futuro por un gallardo joven de frente pura; y también besaba entre esos bucles de niño, la gloria de sus antiguos ancestros.

Un dulce orgullo que jamás había conocido, le hinchaba deliciosamente el pecho; al mismo tiempo la dicha de ser padre, que impone el ejemplo, despertaba en el fondo de sí mismo las antiguas virtudes.

Dijo:

–¡Serás bueno!

Dijo:

–¡Serás grande!

Y, con los sentidos abotargados en el olvido de todo lo demás, mientras su hijo desgranaba cien palabras exquisitas, lo tomó en brazos, lo estrechó contra sí y lo transportó exclamando:

–¿Dónde está tu madre, Étienne, dónde está tu madre?

Subió la escalera con el niño en sus brazos. Pero cuando estuvieron ante la puerta de la habitación conyugal, no se atrevió a dar un paso más allá.

–Padre,– dijo el niño –¡entra ya!

Entonces el padre entró.

Élisabeth estaba arrodillada ante la santa imagen; rezaba con los brazos levantados.

Él se puso de rodillas también, y, sin palabras, tendió sus manos hacia ella que las tendía hacia Dios.

Ella lo miró, se levantó y permaneció silenciosa.

Pero el niño dijo:

–Es mi padre, ¿verdad?

Entonces, viendo que el conde lloraba:

–¡Sí, es tu padre, y ahora ha regresado!

Él quiso hablar, maldecir su crueldad, implorar su perdón.

Con un gesto dulce ella le impuso silencio.

–La esposa no juzga al esposo. Ella conserva en la memoria todo el bien que él ha hecho, no se acuerda del daño que quiso hacer. ¡Ahora sé que no te irás, pues has entrado con tu hijo en brazos en esta habitación donde hace cinco años tu amor me condujo, donde, durante cinco años, te esperó mi amor!

XIII

Detrás de la portezuela del patio trasero, Rhodzko esperaba al conde Boleski.

El intendente suponía que en el momento de la partida, el amo tendría órdenes que darle; y él estaba allí, lleno de pensamientos.

No lejos de él hablaban entre sí los dos escuderos tártaros del conde que tenían sujetos los caballos de su carruaje.

Seïd y Roussouf, bárbaros convertidos en criados, resplandecían de terciopelos carmesí y chamarras de oro; sobre unos gorros erizados se movían sus penachos, amarillentos y rojos, enormes. Pero, en sus rostros amarillos, donde la nariz retrocedía como por un olfateo continuo, sus ojos se guiñaban, claros y feroces. Unos lobos en traje de perros sabios.

De debajo de la plancha del asiento, Roussouf extrajo un trozo de carne cruda, aplastada, exangüe, cuyos bordes estaban verdosos.

La mordió con glotonería.

–¿Está bueno?– preguntó Seïd.

–¡Bueno!– respondió con una señal afirmativa Roussouf, que tenía la boca llena.

Entonces el otro también mordió la carne, y comieron juntos, cada uno por su lado, silenciosamente, sin tomar aliento, hasta que sus dientes chocaron en un último pedazo; sus suntuosos penachos se mezclaban encima de sus cabezas.

De repente, Tzoryl acudió con su pichón sobre el hombro, con este grito alegre:

–¡Desenganchad los caballos! ¡el conde no parte!

Luego, volviéndose después de transmitir esa orden, arrojó al aire su gorro decorado con plumas de faisán dorado, al que siguió Gris-Plata con un batir de alas, picoteándolo de modo que daba la impresión de estar produciéndose la disputa de dos pájaros en el aire.

Rhodzko comprendió todo en un instante.

El conde había claudicado ante la serena firmeza de Élisabeth Boleska, y dado que el amo volvía a ser el amo, él, Rhodzko, el esclavo, permanecería siendo esclavo para siempre.

Un amargo reflujo de esperanza le subió a la garganta; con los dientes apretados, profirió esta única palabra que contenía todas las contrariedades de sus sueños:

–¡Servir!

Y desenganchando los caballos, Seïd decía a Roussouf:

–Bien. Muy bien. Un lecho de paja en una cuadra es algo bueno después de novecientos verstas de camino.

A lo que Roussouf respondió:

–Sí, muy bien. Alguien estará menos feliz que nosotros.

–¿Quién, hermano?

–Sonia Ivanowna.

–¿Por qué?

–Si el amo no regresa hoy, no volverá nunca.

–Es posible.

–Seguro. Ni regreso, ni matrimonio. Tanto peor para el paje de la princesa.

–¿Para el paje?

–Los enfados de Sonia Ivanowna son unos nubarrones rosas como las brumas primaverales; de ellas caen granizos gruesos como nudos de knout. Pronto, cuando nos vea llegar, la nube descargará sobre la espalda del paje.

–¿Pronto? Mikalina esta lejos de Petersburgo.

–Más lejos que de Mikalina a Pruzani. Esta mañana, cuando hemos abandonado el albergue de Pruzani, después de haber cambiado de caballos, ¿qué hacías, Seïd?

–Miraba hacia delante.

–Yo miraba detrás. Vi detenerse ante la casa de postas una carroza de viaje donde iban dos personas.

–¿Sonia Ivanowna?

–Y su hermano, Yégor Ivanowitch.

–¿Nos seguían?

–Desde Petersburgo.

–¿Por qué?

–Seïd, tu domesticabas los halcones alrededor de las tiendas de los zarporogues en los pantanos de Ucrania; cuando soltabas por primera vez un gavilán largo tiempo cautivo, largo tiempo encapuchado, y que creías por fin adiestrado, ¿no lo seguías a galope en tu caballo para llamarlo con un grito por si se extraviaba y dispuesto a meterle una bala si huía?

Rhodzko había escuchado.

Saltó sobre uno de los caballos desenganchados que no tenía ni bridas ni silla, lo agarró por las crines y, espoleándolo con los talones, se diría que se producía, levantando volutas de polvareda, la violenta escapada y la desaparición de un fugitivo que en la grupa se ve invadido por el pánico.

LIBRO SEGUNDO

POR CULPA DE UNA MUJER EXTRANJERA

I

¡Tunantes! ¡brutos! ¡sucios! ¡hola! ¡Por todos los diablos! una cama, un sofá, un sillón, un taburete, un asiento cualquiera, ¡no importa que sea de piedra o de madera! Estoy roto, molido, machacado, casi en harapos. ¡Diantre de hermana y sus ganas de viajar!

Profiriendo estas exclamaciones, el príncipe Yégor Ivanowitch, – un apuesto caballero, maquillado, empolvado, con un frac con bordados rosas y pantalón de seda, largo bastón y cuatro granos de tabaco español en los bolsillos de la pechera,– el príncipe Yégor que se enfadaba en ruso, pero que blasfemaba en francés según la elegante moda de entonces, se dejó caer en una silla de alcornoque, ante un fuego de carbón y emitió el más bonito, el más ligero, el más delicado de los ¡uf! un uf de marqués a la moda que, saliendo del teatro, se hunde en mullidos cojines y se dispone, con las piernas cruzadas, a contar muchachas hermosas sobre la Saint-Val.

Esto ocurría a seiscientas leguas de Versalles, a novecientas verstas de Tzarskoï-Cèlo, en un albergue, en Pruzani, uno de los más grises burgos de la triste Polonia.

Aquí, el inmenso bosque y la interminable estepa. Por una parte, la profundidad que se oculta, por la otra toda una extensa oferta.

El castillo de Pruzani, edificio con cuatro torres cuadradas, se erigía pesadamente entre la alta vegetación.

Pero el pueblo estaba en la llanura, un poco lejos del bosque, como para alejarse de la dominación señorial, y se arrastraba, estrecho, con curvas como una larga serpiente gris anillada de chabolas.

El burgo acababa en una encrucijada, de dónde salían tres rutas: una, al principio bordeando las casas de los campesinos, se dirigía hacia Mikalina; otra, tras haber atravesado las tierras cultivadas, se hundía a lo lejos en el bosque llamado la Selva Negra, y allí se hacía menos largo, y pronto no era más que un sendero bajo las ramas; la tercera huía a través de la estepa, se prolongaba y espaciaba hasta perder su dirección, como la corriente de un río muere en el mar.

En la confluencia del camino hacia la estepa con el camino hacia el bosque, había una construcción de madera, sucia, con las planchas disjuntas, teniendo sobre la única chimenea de un tejado que se hundía, una cigüeña al borde de su nido, de pie, esbelta, con una pata suspendida en el aire.

Era la casa de postas, pero raramente se encontraban allí caballos; era el albergue, pero no acudían viajeros. Algunas veces, bajo un cobertizo abierto a todos los vientos, rebuznaba la mula o el asno de algún buhonero judío que, agachado al lado de su animal, buscaba un resto de vitualla en el fondo de un flácido y largo saco; alguna vez

un campesino regresando de su trabajo gritaba pasando por delante de la casa: «¡Qué tu patrón te tenga en consideración, Thaddéus! »; pero no se detenía ni para comer ni para beber. En realidad, la casucha no servía de ordinario para nada, excepto para proteger bastante mal del frío a su antiguo propietario, que no era ni posadero ni jefe de postas, sino que había sido húsar y estaba manco.

Tras haber dicho: «¡uf!» Yégor Ivanowitch estornudó a causa de la humareda de la turba.

–¡Qué país! Estepas, bosques donde se ven aquí y allá un lobo flaco y un campesino más flaco todavía, que parecen querer cazarse el uno al otro. ¡Sin hostelería! unos tugurios apestosos donde os alimentan, sin duda para envenenaros, con una espantosa sopa negruzca… y a mí, ¡precisamente a mí que soy para la mesa de una delicadeza inconcebible! En revancha, si los albergues de los caminos no son hospitalarias, las cloacas lo son demasiado. ¡Hemos volcado cuatro veces! Había partido de Petersburgo en traje francés, el más elegante del mundo, con la barba invisible y la piel oliendo a verbena. ¡Puag! ahora tengo el aspecto y el perfume de un cosaco que acaba de sumergirse en un tonel de alquitrán. ¡Los rizos de mi peluca deben estar a partirme el alma! A ver, vosotros,– añadió extrayendo de su bolsillo un pequeño espejo de tocador,– mostradme un momento ese espejo, os lo ruego.

Pues el príncipe Yégor Ivanowitch hablaba de ese modo porque estaba persuadido de que todos los criados del albergue estaban detrás de él extasiados con los ojos y las bocas abiertas de admiración.

¡Ilusión! Estaba solo.

–¡Bellacos! ¡inmundos! –gruñó.– ¿Pero es que no vendrá nadie? ¿Es que no nos servirán la mesa? ¡Ah! ¡maldita sea! ¡cómo me encolerice!…

Apareció un viejo, vestido con una piel negra de oveja. Era Thaddèus, fuerte, rudo, con la cabeza redonda y calva, con ojos claros que no pestañeaban.

Observó a esa muñeca de seda y encajes, se asombró, se encogió de hombros y permaneció cerca de la puerta, sin hablar, no contento.

El príncipe dijo:

–¡Ya era hora! ¿Eres el anfitrión?

Thaddèus guardó silencio.

–¿Has ofrecido tu mejor habitación a la princesa Sonia Ivanowna, mi hermana?

Thaddèus no emitió ni una palabra.

–¿Has llevado mis caballos a la cuadra y puesto al abrigo mi coche?

Thaddèus mantuvo apretados los dientes.

–¡Ah! ¿eres mudo o sordo, tunante?

Thaddèus respondió en francés:

–No hablo ruso. He servido a las órdenes del caballero Thesby de Belcour, un noble de Francia, que combatió por nuestros nobles polacos. Él era coronel; era valiente y alegre. Su caballo fue herido, cayó y fue tomado por los cosacos que lo condujeron al campo de Drewicz, tu compatriota. En ese campo había mucha sangre, no en las venas de los cosacos, sino en la tierra, a causa de los polacos torturados. Es suficiente. Lo pasado, pasado está, fuese lo que fuese; es el hombre quién dispara y Dios el que apunta. Así pues, hablo francés porque se aprende pronto la lengua de aquellos a los que se ama. ¿Pero cómo iba a aprender el ruso? He visto a muchos moscovitas; he visto como saqueaban castillos, como quemaban pueblos, como desvalijaban a los viajeros; ¡he visto a uno que anudaba, como mangas colgantes, a las espalda de mis hermanos, las pieles de sus brazos despellejados! ¡He cargado contra esos rusos empuñando mi sable! Pero no conversamos juntos. En una ocasión me hablaron; fue para decirme: «Condúcenos al barranco donde están escondidos tus compañeros, sino te cortaremos la mano.» Como no tenía nada que responder, nunca tuve necesidad de comprender.

–¡Ah!¡ah! viejo, ¿te han cortado la mano?

–Los imbéciles no sabían que yo no era diestro. Fíjate, mira.

Thaddèus tomó el bastón de Yégor Ivanowitch, y lo manejaba como un sable, lo dejó caer, después de tres vueltas rápidas sobre la peluca del príncipe, de dónde se desprendió el polvo.

–¡Tres veces bruto! –gritó el apuesto señor.

Pero el campesino, hinchando su pecho, dijo:

–¿Qué entonces? –dijo, dando un paso hacia delante.

La cara que puso dio que pensar a Yégor Ivanowitch. «¡Estos polacos! » masculló, y maldijo de nuevo a Sonia Ivanowna, por haber tenido la fantasía de un viaje a un país enemigo. ¿Pero qué hacer? Thaddèus era robusto y debía tener muchos amigos en el pueblo. El príncipe consideró prudente hilar suave.

–Sí, sí, manejas bien la izquierda – dijo con una risa. – Pues bien, tenme este espejo con la mano izquierda, mientras yo pongo un poco de orden en mi peinado.

–Yo fui soldado, – respondió el otro; – no sirvo a las mujeres.

Yégor Ivanowitch se mordió los labios (lo que le provocó, además, un bonito color rosa en su boca), pero quiso tomar el asunto a broma.

–¿Al menos sirves de comer a las personas que tienen hambre?

–Sirvo de comer a los hombres, incluso a los rusos.

–¡Pues bien! estás viendo un ruso hambriento.

–¿Qué quieres comer?

–¡Oh! – dijo Yégor Ivanowitch con aspecto angustiado, – no me gustaría esa horrorosa pasta de grano negro que se me ha servido en todos los albergues, desde que he puesto el pie en esta tierra de Polonia.

–¿Estás hablando del cacha?

–Sí, por desgracia.

–El cacha es bueno.

–No digo lo contrario.

–Los campesinos polacos comen cacha.

–No cuestiono ese derecho.

–Se sirve cacha en la mesa de los aristócratas.

–Los aristócratas no se equivocan comiendo lo que les apetece.

–Un día, Dumoulière, al que los franceses llamaban Dumouriez, comió cacha en la escudilla de un húsar y dijo: «Esto está bueno.»

–Y tendría razón desde su punto de vista. A mí me gustaría más otra cosa.

–¿Lo qué?

–Viniendo he visto un río.

–El Vilia-Dzita.

–¿Se pesca en ese río?

–El esturión y el lucio.

–Me gustaría comer un filete de esturión, cocido en vino blanco.

–¿Y después?

–¿Cómo dices? –Digo: después.

–¡Me sorprendes y me encantas! Pues bien, viniendo, he visto bosques.

–Hay bosques en Lituania. Pregunte a Suwarroff.

–¿En esos bosques, se caza?

–Al ruso.

–¿Solamente?

–Cuando el ruso ha muerto, se persigue el ciervo y el jabalí, el reno y el corzo. Los niños se divierten también cazando perdices, currucas, codornices y otros pequeños pájaros.

–¡Eh! ¡eh! probaría con mucho gusto un pernil de ciervo.

–¿Y después?

–¡Te había subestimado, mi anfitrión! Después, no rechazaría una ala de perdiz asada en un buen fuego de roble.

–¿Y después?

–¡Ah! vas demasiado lejos. El esturión, el ciervo y la perdiz serán suficientes. Hay que saber conformarse. Y acaso tengas una o dos viejas botellas de algún generoso vino…

–¡Es en Polonia donde se beben los mejores vinos dorados de Turquía o del país húngaro! Sobre todo el *tokay* está muy bueno.

–¿Lo tienes?

–Lo tengo.

–Se me hace agua la boca. ¿Cómo te llamas, mi anfitrión?

–Thaddèus el Manco.

–¡Pues bien! Thaddèus, apresúrate a prepararme mi comida.

–Obedezco, –dijo Thaddèus.

Entonces, el príncipe Yégor Ivanowitch se serenó ante el fuego. La certeza de ir a comer bien lo puso de buen humor. Un dulce calor le entraba por los poros, dejándole el cuerpo relajado. Se sentía menos cansado, y, realmente, quería mucho menos a su hermana por haberlo llevado por esas tierras extravagantes. Sonrió, se miró con complacencia en su pequeño espejo de tocador, no se consideró tan desaseado como había creído, sonrío aún para mostrar sus dientes, que tenía bellos, se balanceó sobre la silla y cabeceo un poco, cerró suavemente los ojos, y poco a poco, con la mejilla sobre el hombro, se adormeció en un tibio y lento bienestar – de dónde fue extraído por estas alegres palabras:

–¡La cena de su Excelencia!

–¡Caramba! –dijo – me muero de hambre.

Thaddèus había dejado sobre la mesa, entre un vaso y un pequeño cántaro lleno de agua, una escudilla repleta de un negro y lodoso líquido.

–¡Miserable! –exclamó el príncipe, – esto es cacha.

–Sí, –dijo Thaddèus.

–¿Y el esturión?

–Un polaco no pesca más que para su señor y para sí mismo.

–¿Y el ciervo?

–Un polaco no caza para un ruso.

–¿Y el vino?

–¡Cómo!– dijo Thaddèus, –¿Cómo iba yo a servir a un moscovita los buenos vinos que dan valor en el combate?

Finalmente Yégor Ivanowitch perdió la paciencia.

–Serás castigado, bribón.

Y corrió hacia la ventana, la abrió y gritó:

–¡A mí, Bogdan! ¡a mí, Ghereï!

Pero Thaddèus dijo apaciblemente:

–Tus sirvientes no están ya allí.

–¿Están con mi hermana?

–Tu hermana ha partido.

–¿Partido?

–Mientras dormías.

–¡Tú te burlas, desgraciado!

–Ha llegado un hombre a caballo. Ha solicitado ver a tu hermana. Le ha hablado y han partido.

–¿Juntos?

–Juntos.

–¿En la carroza? ¿con los escuderos?

–Tu hermana en la carroza con los escuderos y el hombre a caballo.

–¿Van a regresar?

–No lo sé.

–¿A dónde han ido?

–No lo han dicho.

El príncipe, estupefacto, cayó sobre un silla ante la mesa. ¡Por Dios santo! ¿era posible eso? ¡Cómo! Sonia Ivanowna había desaparecido, lo había abandonado, sin servidores para defenderlo, sin medios de huir en este absurdo país, en esta casa hostil, solo con ese posadero, viejo sin duda, pero robusto, no experimentando por los rusos más que una simpatía mediocre, y que, aunque no diestro, manejaba el bastón –¡diablo de hombre! – con una destreza muy poco tranquilizadora.

El príncipe estaba tan confuso que tomándose la cabeza en ambas manos, hizo desplazar su peluca, cuya cola, atada con una cinta, le colgó sobre la nariz; y no se daba cuenta de esta inversión tan contraria a la graciosa armonía de su vestimenta.

Entonces Thaddèus se acercó y dijo con seriedad:

–Come el cacha.

–¡Claro que no!

–El cacha es bueno para los campesinos polacos.

–Guárdalo para ellos.

–El cacha es demasiado bueno para un ruso.

–No lo quiero.

Pero Thaddèus tomó, con la mano izquierda, el largo bastón del príncipe.

–Come el cacha.– dijo.

Entonces el príncipe comió.

II

Apoyada sobre los cojines de su coche de viaje, menuda en la envoltura de su pelliza, no mostrando su rostro, bajo el sombrero de fieltro, excepto el extremo de una nariz rosa, Sonia Ivanowna seguía, al trote de dos caballos cosacos, el camino que, tras haber bordeado las casas de los campesinos, va de Pruzani a Mikalina.

Muy cerca del coche, Rhodzko se inclinaba sobre el cuello de su caballo.

Ella dijo al escudero que hacía de cochero:

–¡Más aprisa!

Y dirigiéndose a Rhodzko:

–Charlemos. Eres extraño. Confío en ti porque conocía tu nombre, ya que el conde Boleski me había hablado a menudo de Rhodzko como de un servidor inteligente, devoto a sus intereses y en consecuencia a los míos. No importa, me sorprendes. ¿De dónde has tomado el valor para venir a advertirme, a espaldas del conde, bruscamente? ¿No temes ser arrojado a la calle sin haber sido escuchado?

–No.

–¿Por qué?

–Yo había adivinado vuestra presencia, Excelencia. Vos no debéis ser mujer que rechace a un cómplice como yo.

–¿Un cómplice? Estás loco, pienso…

–Digamos entonces, un aliado.

–Eso es peor aún. ¿No eres un siervo?

–Mi amo me ha ofrecido la libertad; la he rechazado.

–¿No quieres ser libre?

–Por la piedad de los demás, no. La libertad no sería más que un favor cuando se acepta; la libertad es un derecho que debe ser conquistado.

–Eres listo, has leído libros franceses.

–He visto las águilas en el aire y los lobos en los bosques.

–Muy divertido. ¿Así que pretendes haberme adivinado?

–Sí.

–¿Acaso me has espiado?

–Sí.

–¿Has estado en Petersburgo?

–Tengo amigos entre los servidores del conde y entre los vuestros.

–Al menos, eres franco.

–Sí, con vos. Acabo de pronunciar unas palabras que nadie ha escuchado salir jamás de mi boca, pero sé que puedo contaros algunos de mis secretos sin peligro.

–¿Por qué?

–Porque yo poseo todos los vuestros.

–¿Crees eso?

–Estoy seguro de ello.

–A fe mía que no me enfadaré…

–¿De convenceros?

–Precisamente.

–Nada más sencillo; pero advierto a Vuestra Excelencia que hablaré sin rodeos.

–El camino es largo y me aburro, dime todo lo que tengas que decir.

–Hace siete años, vos teníais catorce años.

–Me envejeces.

–En dos meses. Vos estabais en Nijni-Novgorod, sirviendo en un albergue con vuestro hermano Yégor y vuestro primo Zoricz.

–¡Eso no es verdad!

–¿Por qué os molestáis? Vos fuisteis lo que fue la gran Catalina. Es una lástima que no hayáis servido de beber a un emperador. Un negociante húngaro que fue a traficar a Novgorod con las caravanas chinas os vio, os encontró bonita, y, una noche os dio un collar de medallas de oro. Luego, después de la feria, habiendo ganado grandes sumas, os compró, a vos, a vuestro hermano y a vuestro primo.

–¡Eso es una novela!

–Una historia. Él os llevó a Moscú. Era un hombre valiente que os adoraba. Os dijo una vez: «¿Cuándo seréis mía? » y vos le respondisteis: «Cuando ya no os pertenezca.» Eso fue una muy buena respuesta. Él os manumitió y vos fuisteis su amante.

–¡Rhodzko!

–No durante mucho tiempo. Con Zoricz y Yégor liberados al mismo tiempo que vos, os dedicasteis a viajar. Ya no erais la pequeña sirviente un poquito gruesa y demasiado sonrosada de Nijni-Novgorod. En Francia aprendisteis francés y a sonreír. Además no os costó nada. Yo tuve el honor, –ved como os conocí – de serviros champán una noche de desenfreno con unas muchachas de la Ópera, en la pequeña casa de Monsieur Fronsac.

–¡Tú!

–Yo era el amante de vuestra doncella. Luego regresasteis a Rusia, a Petersburgo. Yégor se dedicó a los negocios y Zoricz se hizo soldado. Vos esperasteis. Ahora bien, Zoricz era un muchacho robusto; fue admitido en la guardia imperial. La emperatriz Catalina pasa revista de vez en cuando. Ahora Zoricz es conde, vuestro hermano Yégor comanda un regimiento de dragones y vos sois la princesa Sonia Ivanowna.

– ¿Sabes, Rhodzko, que te haré enviar a las minas de Siberia?

–Eso sería una tontería. Pero continúo. Zoricz es conde y un favorito; a punto estuvo de ser ministro. Pero Catalina II asiste frecuentemente a las paradas militares. Basar su fortuna sobre los favores concedidos a las emperatrices es como edificar sobre arena de oro. Añadid a eso que, a pesar de las liberalidades de vuestro primo, vos sois menos rica de lo que parece. Un hermano como Yégor Ivanowitch ¡es el diablo! Ese antiguo palafrenero ha adquirido en Francia unos hábitos de desenfreno y juego que arruinarían a un obispo. Apenas le entregáis un pueblo con sus campesinos, cuando él ya ha vendido el que le entreguéis mañana. Vos misma, Sonia Ivanowna, no sois ahorradora. Cien músicos cíngaros tocan durante los festines que ofrecéis en vuestra villa de verano del parque de Peteroff. No hay nada más caro que un cocinero francés. Fijaos, tenéis en las orejas unos pendientes de zafiro que os fueron enviados desde París por Boehmer y Bassange, los joyeros de la reina; y la pelliza que lleváis con friolera coquetería ha costado cincuenta mil rublos en la última feria de Kharkoff.

–Cincuenta y seis mil.

–Así pues pensabais desde hace tiempo establecer vuestra fortuna sobre bases sólidas, cuando la emperatriz os presentó al conde André Boleski, señor del castillo de Mikalina; vuestros proyectos se hicieron más precisos. El conde es uno de los nobles más ricos de Lituania; además de los bienes de su esposa, posee siete pueblos, algunos de los cuales son grandes como ciudades, y el castillo de Pruzani, a la vez palacio y fortaleza, ante el que acabamos de pasar. Por otra parte el conde es un hombre débil hacia sí mismo y hacia los demás, siempre dócil al consejo, nunca rebelde a sus propios deseos. Era el esclavo que necesitabais. Ocho días más tarde os adoraba.

–¡Yo no soy la amante del conde!

–¡No, desde luego! quién entrega todo no tiene nada más que prometer. Vuestro plan es éste: convertirse en la esposa del noble cuando se haya divorciado de Élisabeth Boleska, y hacer nombrar a vuestro marido gobernador para Rusia de una provincia polaca, de Smolensk o de Grodno, por ejemplo. Será muy fácil que Catalina II nombre para ese puesto a un caballero lituano de raza ilustre; pues tal traición sería un buen ejemplo. De ese modo, y una vez alcanzado ese objetivo, vuestra fortuna no tendrá a partir de ese momento nada que temer del futuro y no temblaréis más cada vez que la emperatriz pase revista a su guardia.

–Todavía se queman los brujos, Rhodzko.

–Cuando se les necesita, no. Sin mí, vuestros proyectos fracasarán: la patria y el hogar reconquistarían al conde, y nunca lo hubieseis vuelto a ver.

Ella pensó.

–Sí, tienes razón; sí, te necesito. Pero tú, Rhodzko, criado, esclavo, ¿qué interés te anima? ¿qué provecho obtendrás tú del divorcio al que empujas a tu amo? ¡Ah! ¿quieres dinero?

–No.

–¿Entonces qué?

–No importa.

–El que no pide nada al principio pedirá demasiado más tarde. Habla, ¿qué quieres?

Él no respondió. Ella lo miró. Era joven, con una belleza fuerte y salvaje. Ella dijo, echándose a reír:

–¡Ya! ¡Apostaría que amas a Élisabeth Boleska y estás celoso!

El exclamó:

–Yo no amo a nadie ni amo nada, salvo a mí mismo y a Polonia.

–¿A Polonia?

–Sí, amo la tierra sobre la que mi madre me parió. Pero odio a los que la poseen y que me han ultrajado. ¡La serviré, la restituiré triunfante en caso de que su victoria me vengue y me glorifique! Soy una especie de héroe que acepta el peligro, pero no el martirio, y que pretende que sus virtudes le sean útiles.

Ella pensó que estaba loco, se preocupó un poco.

–No te comprendo, Rhodzko.

–¡Más adelante, más adelante se me comprenderá! – dijo él.

Sin embargo, la única torre de Mikalina, grave dominadora de las llanuras, erigía sus almenas, entre las cuales se dejaba ver la azulada lejanía del cielo, y sobre el tejado dorado de la capilla, una campana repicó lentamente, sin eco, en las brumas nacientes.

La princesa preguntó:

–¿Qué son esos grupos de hombres que surgen de todas partes en el horizonte y que parecen caminar hacia el castillo de Mikalina?

–Los nobles, los campesinos y los judíos del territorio han sido convocados por Élisabeth Boleska; vienen para asistir a la misa con antorchas que será oficiada esta noche en honor al esposo y al amo.

–¡Vienen, – dijo Sonia Ivanowna – para asistir a mi boda!

III

Caía la noche, poco a poco se iban oscureciendo las altas cortinas de la habitación conyugal y los paisajes de lana que decoraban las paredes, y, en el nicho azul y estrellado de oro, el rostro pintado de la imagen de la Virgen Madre, vestida con un traje típico polaco y tocada de un gorro con penacho, se destacaba todavía claro, sobre el fondo azul salpicado de estrellas.

Élisabeth Boleska, con los ojos mojados por el rapto, observaba a su marido casi arrodillado ante ella sobre una silla baja.

Tzoryl entreabrió la puerta.

–Excelencias, –dijo – la rueda de una calesa de viaje se ha roto ante la puerta del castillo. Los viajeros solicitan asilo durante la noche.

–¡Qué sean bienvenidos! – dijo Élisabeth Boleska entusiasmada.

Pero añadió con una sonrisa encantada:

–No, no me corresponde a mí hablar de ese modo. ¡El amo, el amo ha regresado! ¡Ah! ¡Qué Dios sea alabado! él está aquí. Id a recibir a vuestros huéspedes, señor. ¿No es un buen presagio que vuestro primer acto de señoría sea un saludo hospitalario?

Él le besó la mano y descendió rápidamente la escalera, y, cuando estuvo en la sala baja vio que una mujer estaba sentada ante la alta chimenea donde ardía un tronco de roble.

Él se dirigió hacia ella, preparando unas palabras de bienvenida.

–Buenas noches, André, – dijo una voz risueña.

–¡Sonia!–exclamó él.–¡Oh! ¡estoy soñando!

Ella había sacado su pelliza. Llevaba un vestido estrecho de paño verde, engalanado de oro; y tan joven, blanca y sonrosada, con unos labios un poco carnosos y sus cabellos claros brillando bajo el sombrero de fieltro donde temblaba una pluma roja, se levantó y se adelantó, con aire loco, arrojando al rostro del conde una rosa de gasa que tenía en el ojal.

–¿No me esperabas¿? Sí, me considero un poco extravagante. Apenas te fuiste de Petersburgo tuve el capricho de subirme en mi carroza. Sin pensar en ello, tomé el camino que tú seguiste. ¡Qué tontería hago! Después de algunas horas de paseo, encontré un albergue; cambié de caballos. Nuevo paseo, nuevos caballos, nuevos albergues, y así sucesivamente. Sin pensar en ello. Pero búrlate de mí: me he acostado en albergues, sí, yo. Me reía tanto que me impedía dormir. Me he encontrado con demasiados lobos en la estepa, tres bodas de campesinos y una gran piedra negra que al principio tomé por un oso. Siempre pensando en el vestido que se me iba a enviar desde París para el baile de la embajadora de Austria. Y heme aquí. No pareces muy satisfecho al verme.

Aturdido, estúpido, él miraba, con los brazos colgando, a esa princesa audaz y bonita, impertinente como una pluma en el gorro de un paje, y cuya vocecilla intensa gorjeaba, en el silencio de la vieja sala de armas, con tintineos de risas.

–¡Vos! ¡vos! en este momento, en la casa…

–¿De Élisabeth Boleska? ¡Pues bien! ¿por qué no? ¿Acaso no soy de tan buena nobleza como ella? ¡Ah! sí, una rusa en casa de una polaca. ¡Bah! ¡se es lo que se es, rusa o polaca! Un filósofo como tú no tiene esos prejuicios. Además hay una excusa: tus criados están ocupados arreglando la rueda de mi coche que se ha roto precisamente ante tu puerta. ¿No encuentras eso muy ingenioso? ¿No? Vamos, está bien, me arrepiento, – continuó ella con una mueca de chiquilla sumisa – Está muy mal lo que he hecho, regáñame. ¡Pero no te quejes André! al no verte me aburría y no he pensado solamente en mi vestido durante todo el camino.

Él escuchaba todo ese parloteo a su alrededor como pequeños aleteos que envuelven y acarician; y sentía en el aire la tibieza de los cercanos olores y roces posibles que le debilitaban toda su alma. Sin embargo se mantuvo firme.

–Sonia Ivanowna –dijo – no debéis quedaros aquí ni una hora, ni un instante. ¡Por favor, abandonad esta casa! Han pasado cosas de las que ya os hablaré. ¡Es necesario, princesa! ¡Marchaos!

Ella adoptó un aire asombrado, como irritada.

–¿De verdad? ¿en serio? ¡Ah! muy bien, marcho. Eres un hombre muy maleducado. Ya me voy.

Camino hacia la puerta muy seria, pero de pronto se echó a reír.

–¡Bueno! ¿me concederás al menos tiempo de arreglarme un poco el peinado? Allí, ante ese espejo, bajo ese gran retrato en armadura, ¿el duque Jagiel, supongo? ¡Ah! ¡Dios mío! fíjate, mira, sobre mi sombrero, – es una paja. Sí, señor, ¡por tu amor me he acostado sobre paja!

–¡En nombre del cielo! – dijo el conde – ¡no prolonguéis esta espantosa broma! Pueden aparecer aquí en cualquier instante.

Ella había quitado su sombrero; sus cabellos se soltaron en una larga cascada de donde emanaron perfumes.

–¿Así que, – dijo ella con normalidad, – no regresarás a Petersburgo?

–No lo sé… ¿quién ha podido deciros?...

El rubio de sus cabellos le quemaba en los ojos.

–No me han dicho nada, lo adivino. Has vuelto a ver a Élisabeth Boleska y nada mejor que quedarte. ¿No se dice que la dueña de este castillo sea muy bella? Con veintiséis años ya es muy vieja, y además morena, eso la hace seria. ¡Apuesto a que tu mujer hila con rueca¡ Es divertido mirar hilar a la esposa. Ayúdame a hacer entrar mis cabellos bajo mi sombrero.

Él tendió las manos, levantó la pesada cabellera, y creyó tener entre los dedos un fuego lleno de olores tostados cuya fragancia le llegaba al corazón.

–¿Las prefieres morenas? – dijo ella. – No te lo censuro. ¿Qué podías esperar de Rusia? Un gobierno, el de Smolensk o el de Grodno, que es casi un virreinato. Mi primo Zoricz lo habría obtenido para ti. Nadie en Polonia, salvo el rey Stanislao, hubiese sido más grande que tú. Y quién sabe incluso si, algún día… pues, al fin y al cabo, en tu república la monarquía no es hereditaria. Pero todo eso es poca cosa. Más vale ir a confesar y escuchar los sermones del Padre Marc o de algún otro, cazar, beber después de cazar, y, después de beber, intercambiar sablazos con el estaroste o el panetero[2] mayor. En cuanto a Sonia Ivanowna, a la que ibas a esposar, ¡oh! no vale la pena hablar de ello. Princesa, sin duda, bastante bien situada en la corte, aunque de una familia arruinada –¿quién sabe? tal vez era por tú fortuna por la que ella consentía en casarse! – bonita, según dicen, con las manos pequeñas, es cierto, ¿verdad? pero rubia, – lo que es insoportable, –frívola, coqueta, no sabiendo ni lo que quiere ni lo que dice; una muñeca parlante cuya cuerda se ha vuelto loca. Haces muy bien en regresar con tu esposa, te felicito, y ahora que ya estoy un poco menos feo, me retiro y te digo adiós.

Él ya no escuchaba, solamente la miraba, poseído, absorbido, y cuando ella dio la vuelta:

–¡Oh! ¡Sonia! – dijo.

–¿Y bien, qué? ¿qué es lo que te ocurre ahora? ¿Has olvidado algo? He aquí una «Sonia» demasiado tierna. No, señor, se acabó Sonia. «Élisabeth», magnífico. Buenas noches. Yo ya no os quiero.

–¡Os juro que he hecho todo lo posible para obtener el consentimiento de la condesa! – dijo él.

–Y no lo habéis conseguido. ¿Quién os censura? Está bien.

–¡He amenazado, he sido cobarde, cruel! Para conquistaros me convertía, indigno de poseeros. Pero cuanto más infame me volvía, ella se mostraba más magnánima, y, si la hubieseis escuchado, habríais retrocedido como yo de respeto y admiración. Además ella no estaba sola; tal vez hubiese triunfado sobre la esposa, pero no he podido luchar contra la madre. He sido derrotado por la sonrisa de un niño. Una alegría desconocida hasta entonces me ha invadido, poseído, sometido. Esos pequeños brazos que os retienen, no se pueden rechazar por miedo a hacerles daños, y a causa de su debilidad uno se deja cautivar por ellos. ¡Ah! todavía tengo en los oídos la voz con la que me ha dicho: «¿Sois vos mi padre, señor?» Es terrible, un hijo, porque es tan dulce. Os había prometido renunciar a mi hogar, a mi patria; no había pensado en mi hijo. Nunca lo había visto, para mí era como si no existiese, pero existe, encantador, tan pequeño, tan poderoso. ¡Ah! ¡Dios es testigo de que os adoro, señora! pero hay ahí un niño que no quiere que me vaya.

–¡Bien! pues quedaos – dijo ella –¿quién os reclama? Por lo que a mí respecta, ya me voy. Os creía un buen marido y un excelente polaco; pero hete aquí que por añadidura sois el mejor de los padres. Realmente nada tengo que hacer en esta familia perfecta.

–Eso está mal, Sonia Ivanowna.

–No, soy sincera, os lo juro, y os admiro por completo. De entrada admiro muy fácilmente. Hasta el punto que me he prendado con verdadero entusiasmo del general Mouravief. Vos le conocéis, ¿verdad? ¡Tengo una idea! ¿Y si me casase con él para tranquilizar completamente a Élisabeth Boleska?

–¿Todavía os burláis?

–De ningún modo. Es mi forma de ser, pero soy muy seria. La risa es mi rostro.

–¿Mouravief, habéis dicho?

---

[2] Título dado al oficial de palacio encargado de la panetería o departamento destinado a la distribución del pan y el cuidado de la ropa de mesa.

–Sí. Alexis Alexandrowitch. Está muy bien, ¿verdad?

–¡Un anciano!

–¡Bueno! seré viuda.

–¡Un inválido!

–Por gloriosas heridas.

–¡Un fanfarrón!

–¡Ah! en absoluto. Lo que cuenta de sus guerras en el Cáucaso es perfectamente auténtico, y es cierto que si no hubiese tenido la superioridad en el número, habría asestado un buen golpe a los rebeldes. Pero tenía demasiados soldados, lo que molestaba sus movimientos en las montañas, y, naturalmente, fue vencido por los circasianos, que tenían la ventaja de no ser más que un puñado de hombres.

–¡Un idiota!

–¡Para nada! Un héroe.

–¡Vamos, Sonia, no podéis pensar en ser la esposa de ese hombre!

–Sois increíble. Ya no me esposáis y me caso con otro, nada hay más sencillo. Dentro de dos meses seré generala.

–¡Ese matrimonio no tendrá lugar!

–Perdonadme, mi querido conde.

–¡Yo sabré impedirlo!

–¡Bueno! ¿Cómo?

–¡Mataré a ese imbécil de Alexandrowich!

–¡Ah! ¡ultrajáis a mi marido! Y además, ¿creéis que él se dejará?

–Al fin y al cabo, todo esto no es más que un juego, ¿verdad?. Vos me amáis. Estoy seguro.

–¿Porque yo os lo he dicho?

–¡Ah! ¡qué cruel sois!

–No es mi deber en este momento. ¿Acaso no está Élisabeth Boleska, y… el otro?

–¿El otro?

–Sí, ya sabéis, el pequeño. Realmente no os comprendo.

–¡Eh! ¿Acaso creéis que yo me comprendo a mí mismo? –exclamó el conde llevándose las dos manos a la frente donde se debatían mil pensamientos. ¿Qué hombre soy al final? Nadie más que a mí me asquean las cosas malvadas y viles, y, arrepentido, y con el deseo de rehacerme, no puedo resistir a los empujes que me precipitan. Esto es espantoso. Al menos habría debido serme rechazada la fuerza de querer, puesto que carezco de la de poder.

–Eso es muy filosófico, –dijo ella. – Me gustaría leerlo; pero me disgusta escucharlo y os dejo pensando en ello.

–¡Sí, bien, marchaos!, pero os seguiré. Por desgracia, os adoro, eso es lo que comprendo – pase lo que pase, hasta morir incluso, os amo. Vos sois todo lo que quiero, me enerváis, me arrastráis. Salen de vos unos lazos que me envuelven. Tiemblo cuando toco vuestro vestido. Antes, vuestros cabellos me incendiaban los ojos. ¡Os amo! ¡Marchemos!

Él la tenía abrazada, pero ella lo rechazó.

–¿Esperáis que sea vuestra amante?

–Seriáis menos deshonrada por ser mi amante que por haberme obligado a una cobardía.

– ¡Ah! esta vez, señor, adiós, y para siempre.

–No.

–¡Para siempre!

–¡Bien! obedezco, sí, sucumbo. Romperé mi matrimonio, la condesa cederá, tendrá que hacerlo puesto que vos lo exigís.

Él había caído ante ella, de rodillas, y decía:

–Mirad, estoy derrotado. Vos sois mi mal genio. No importa. Mi voluntad es vuestro capricho. No puedo ya resistir, cómo un plumón no puede resistir al viento. Pero decidme, Sonia, ¡decidme que os volveré a ver, que al final me perteneceréis!

–Sin embargo, – dijo ella, – me parece que antes teníais razón. Seguramente tenías razón, y puesto que está en juego vuestro honor…

– ¡Ah! ¡todo el honor para que tú me sonrías! Miradme. Vuestros ojos son un infierno que sería como un cielo. ¡Que bella sois! ¿Era para provocarme, no es así, cuando hablabais del general? ¿Me amáis? ¡Ah! me amáis, lo quiero.

Ella dejó, como por descuido, deslizar su pequeña mano sobre los cabellos del conde.

–Yo os amaba, – dijo ella desviando la mirada.

Entonces, siempre arrodillado, él la estrechó entre sus brazos, con los ojos llenos de lágrimas, tartamudeando, hundía la frente en la calidez de la falda ondulante.

Élisabeth Boleska acababa de entrar en la sala y los observaba en silencio.

IV

Esas dos mujeres que se encontraban en presencia por primera vez, se observaron durante un largo instante en la penumbra de la sala, y tan helada como fuese la mirada de los ojos de Élisabeth, no apagó la sonrisa en los labios de Sonia.

André Boleski se levantó. La violencia es el recurso de los débiles; dijo a la condesa, en un brusco arranque:

– ¡Sí, la amo! Es ella a quién amo. Sí. No quiero reproches, serían en vano. No os engañaba antes, me engañaba yo. Soy de ella, solo de ella. Ya os lo he dicho y vos sin duda no lo habéis creído puesto que no consentisteis nuestro divorcio; pero ahora consentiréis, ¡ahora que lo habéis visto!

Ella dijo muy bajo:

–No he visto nada.

Luego, con una voz más alta y dando un paso hacia delante:

–Señor del castillo, todavía no me habéis presentado a la viajera que nos pide asilo.

Él quiso responder; la princesa lo impidió, y, sin bajar los ojos, repuso:

–Se me llama Sonia Ivanowna.

Tras una inclinación de cabeza, Élisabeth le indicó un asiento cerca de la mesa, y se sentó a su lado. Ambas se miraban muy de cerca.

–Vos sois rusa, señora, y yo soy polaca. Las mujeres de mi país experimentan por las del vuestro un distanciamiento que de ordinario yo suelo disimular mal. Pero vos habéis entrado en casa del señor de Mikalina, mi marido; eso es suficiente; os doy la bienvenida. Cualquier otra consideración sería contraria a los deberes de la hospitalidad.

Tendió la mano hacia la mesa y golpeó sobre un timbre. Rhodzko entró.

–¡Unas antorchas! – dijo ella. – Haz servir la cena en esta sala y da órdenes para que se prepare la habitación de huéspedes. La princesa Sonia Ivanowna nos hace el honor de pasar la noche en nuestra casa.

V

Los pájaros de Tzoryl hubiesen querido levantar el vuelo, pero no hubiesen podido huir. Llegada la noche habían regresado a la pajarera abierta, uno a uno a veces, y en ruidosas bandadas en otras ocasiones.

Tzoryl les dijo:

–¡Buenas noches, pequeños! ¡Hace mucho frío en el aire o habéis tenido miedo de los gavilanes de la llanura y de la comadreja del bosque que, con un zarpazo, rompe la rama y mata al pájaro! Volved, volved, pequeños. Contadme novedades del bosque. ¿Ya se ven brotar los nuevos pinos y se pueden picar para degustar su amargo azúcar? Este pardillo tiene algo rosa en la pata izquierda, como si hubiese tomado una fresa entre sus dedos, el muy goloso. ¿Fresas, ya? ¿las has visto, gorrión? Las currucas han traído musgo en sus picos; ¡todavía no es tiempo de hacer el nido, impacientes! Gorjead menos tiernamente, no os arranquéis las plumas unas a otras. ¡Oh! ya sé que estáis enamoradas y sois fieles. Se ha hablado mal de vosotras. Se os ha considerado frívolas y poco constantes a causa de la pequeña caperuza negra, impertinente como un gorro de colegial, que tenéis sobre la cabeza. Sin embargo vuestro corazón es seguro y valéis más que las palomas que se arrullan en cualquier rama. Fijaos, mis pequeñas, el hombre no se conforma con juzgar mal a los hombres, también calumnia a los pájaros. ¡Pero eso os da igual, porque vosotros tenéis canciones y alas!

En el gran invernadero, que ahora era una gran pajarera como si a las flores les hubiesen salido alas, entre los cristales teñidos por el crepúsculo, sobre la arena que todavía enrojecía el resplandor de la puesta de sol en el horizonte, él iba y venia, ponía agua en las pequeñas escudillas, se aseguraba de que los comederos estuviesen llenos, entre los familiares vuelos que lo seguían, lo envolvían, le rozaban el cabellos, le cuchicheaban mil pequeños trinos en el oído.

Un pájaro carpintero, de color verde y matizado de azules, se atrevió a picotearle el labio. Como represalia le arrancó un ligero plumón blanco que pasaba entre sus bellas plumas, como sale de entre la guerrera un poco de camisa de un escudero que se ha vestido demasiado aprisa. Luego le bajó el pico con ternura; pero dijo a Gris-Plata, que se subiera al hombro de su amo:

–¡No estoy celoso! Es que te prefiero a ti.

La arena se volvía grisácea, los cristales estaban más oscuros. Se acostó, vestido, sobre una pelliza de piel de oso negro extendida en el suelo; y allí, con su gorro blanco donde temblaban las plumas de faisán, con su chaleco a rayas verdes y rosas, bordado con veinte alas abiertas, parecía en la noche, un arbusto primaveral que se inclina, completamente florido y repleto de pájaros.

–Dormid bien, queridos – dijo.

Desde el instante en el que su amo hubo cerrado los ojos, Gris-Plata, con una pata en el aire, introdujo su cabeza bajo el ala.

Sobre los largueros transversales, en los bordes de los comederos, en los nidos colgados en los ángulos, había unos agrupamientos de plumas en forma de bola, donde todavía podían destacarse algunos colores, donde tintineaban pequeños trinos sordos como cascabeles sonando en la guata. En medio de la pajarera, un loro blanco y rosa, cerrando el abanico de su cresta, se adormecía en la ensoñación de un balancín; luego, poco a poco, los últimos trinos se extinguieron, con bruscos despertares a veces, que pronto volvían a quedarse dormidos, y, en la sombra densa, los matices mezclados oscurecieron, ennegrecieron y también fueron de la noche. Incluso en un rincón de la pajarera, delante del cristal que daba al oeste, donde se había quedado retrasado un resto de rosado fulgor como una bufanda que se arrastra a tierra, se apagó por fin el pequeño brillo dorado de una ala de jilguero.

Tzoryl abrió un ojo; había oído un grito. ¿Un grito de pájaro? No. La voz había hablado. Prestó atención; nada.

–Ya estoy soñando – dijo.

Pero Gris-Plata no se durmió. Arrullando con cólera, batiendo las alas, se paseaba sobre su amo, y de repente, como tomando partido propio, voló hacia la puerta cerrada de la pajarera, la golpeó violentamente con el pico y las patas, rozándola con las plumas.

Tzoryl dijo sin vacilación:

–Sí, Gris-Plata.

Ambos salieron, siguiendo los senderos blancos, bajo el azul laminado de la noche salpicado de plateadas estrellas.

VI

La comida se desarrollaba silenciosamente en la sala de Mikalina, donde las antorchas rechazaban las tinieblas en la profundidad de las esquinas.

Ante el luminoso mantel que relucía de vajilla de plata, los tres comensales comían y bebían con gestos lentos, teniendo tras ellos tres serios servidores que llenaban los vasos y llevaban los platos vacíos, sin ruido.

Élisabeth no había dicho más que unas palabras: cuando el señor se sentó.

–Conde Boleski, ese asiento, menos alto que los nuestros, no es donde se sentaban antaño los propietarios de Mikalina; sin embargo ha sido puesto ahí en honor a vuestro regreso; pues es la silla en la que ha reposado durante un breve instante, tras su última derrota, el gran Pulawski, en la casa de mi padre. Las huellas rojas, sobre la paja, son de sangre.

Nada más, e incluso cuando hubieron bebido y comido, Élisabeth no levantó su vaso diciendo, según la ancestral costumbre: «¡Amémonos!» Solamente recitó las *gracias* con silenciosos movimientos de labios. Sonia Ivanowna y André Boleski no la imitaron; pero se persignaron furtivamente, de derecha a izquierda, según el rito griego.

Élisabeth comprendió que la princesa era herética y que había convertido al conde.

Después de lavarse, dijo tomando una antorcha:

–Sonia Ivanowna, es a mí a quién corresponde acompañaros a vuestra habitación; espero que el sueño os sea dulce bajo mi techo.

La princesa se levantó, sonriendo todavía; sus labios estaban muy rojos porque los había mordido con sus pequeños dientes de loba.

Las dos mujeres se alejaron; Élisabeth caminaba delante, alta y pálida, llevando en alto la antorcha.

Iban a salir cuando Tzoryl entró bruscamente, muy alterado.

–¡Excelencia! se llevan a vuestro hijo.

–¡Etienne!– gritó la madre.

Y la pesada antorcha le cayó de las manos.

–Se lo llevan, os digo. Yo seguía a Gris-Plata, que se iba no sabía adonde. Y he aquí que se echó a volar. Corrí tras él y seguía volando siempre. Lo vi posarse a cien pasos del castillo, sobre el coche de esta dama que ha venido. Lo alcancé y logré cogerlo. Entonces me pico, sí, Excelencia, me mordió, él que es tan dulce! Pero no le guardo rencor; él no quería separarse del amito que estaba allí, sumido en llantos, en la carroza dispuesta a partir.

Élisabeth Boleska caminó hacia el conde.

–¡Me devolveréis a mi hijo! – exclamó ella.

El conde respondió:

–Tzoryl está loco.

Sin embargo Rhodzko había llegado; se había deslizado a lo largo de las tapicerías, desapercibido; y tirando de la manga del frac de André Boleski, le hablaba en voz baja.

André Boleski prestaba atención, se estremecía, se resistía, hacía gestos involuntarios.

–¡Mi hijo!– repitió Élisabeth Boleska imperiosamente.

Finalmente el conde respondió con voz que quería ser firme:

–Vuestro hijo es mi hijo. Tengo derecho a llevármelo. Si sigo siendo esposo, sigo siendo padre. Étienne sera educado cerca de mí, en Rusia.

En el fondo más oscuro de la sala, Sonia Ivanowna osbservaba a Rhodzko con una sonrisa agradecida.

Durante ese tiempo, Élisabeth Boleska, de pie en medio de la casa señorial, había cruzado los brazos, y, con la frente levantada, parecía interrogar a las Águilas blancas del techo.

Luego inclinó el cuello y dejó caer sus brazos; dos lágrimas paralelas discurrían a lo largo de sus pálida cara, que parecía como diluirse.

–¡Virgen Madre! he resistido – dijo con un gemido de agonía.

Miró a esos hombres junto a ella, a esa mujer que se acercaba, victoriosa, y habló brevemente.

–De acuerdo, cedo. ¿Dónde está el acta?

–Aquí está – dijo el conde.

–¿Y la pluma?

–Aquí – dijo Rhodzko.

Firmó y entregó el legajo a Tzoryl.

–Que un hombre monte a caballo.

–Bien, Excelencia.

–Que parta para Troki, y no se detenga ni un instante en el camino.

–Bien, Excelencia.

–Ese papel debe ser entregado…

Se interrumpió para interrogar al conde:

–Al notario territorial, ¿no es así?

–Sí, señora.

Ella dijo a Tzoryl:

–Al notario territorial, sin demora.

Luego añadió, destrozada:

–Ahora, quisiera que se me devolviese a mi hijo.

VII

Ella lo tenía entre sus rodillas, lo besaba, le acariciaba los cabellos, le decía: « ¡Mi Étienne! » y, en ese momento no veía más que una cosa: era que habían querido llevarse a su hijo y lo había reconquistado.

Ellos, la princesa y el conde, ellos se marcharon a lo largo de las paredes, casi furtivos, y ya no estaban allí.

Pero subió del patio del castillo un ruido de pasos, de voces, mezclado de choques sonoros de herraduras de caballos sobre las losas, y la campana de la capilla a todo repicar, sonaba alegremente.

–¿Qué sucede?– preguntó el conde.

–La contraorden, –dijo Rhodzko,– no ha podido ser transmitida. Vuestros nobles, vuestros campesinos y vuestros judíos vienen a saludar el regreso de Vuestra Excelencia.

El conde se estremeció.

–¡Échalos!

–Lo intentaré.

Pero repentinamente Élisabeth se había puesto de pie.

–¡Señor! –exclamó – el divorcio que os desvincula a liberado este dominio. A partir de ahora yo solo ordeno aquí, y quiero que mis servidores entren en mi casa.

Ella misma corrió hacia la entrada; pero antes de abrir, dijo:

– Sed mi huésped un instante, señor conde, y vos, señora, quedad también; me complace que seáis testigos de lo que va a pasar.

Luego empujó con un gesto los dos batientes de la gran puerta.

En toda la noche resplandecieron antorchas iluminadas sobre la terraza y sobre las escaleras, y por grupos, los nobles con bonitos cinturones, arrastrando sus sables, los campesinos vestidos con pieles de animales, los oscuros judíos que buscan los rincones, entraron en la vieja sala polaca, y los estandartes del techo ondearon con un aire de gloria ante el luminoso soplido de las antorchas.

Entonces, Élisabeth dijo:

–¡Mis nobles hermanos, amigos y servidores! Venid todos. Juntaos detrás de mí, tan lejos como sea posible de este hombre – ¡y que nadie salga antes de que se me escuche!

Obedecieron en silencio, asombrados. Ella se encontraba delante de ellos, tomando a su hijo de la mano. Continuó:

–Yo, Hélene-Élisabeth, hija del gran espada de Mohilew, señor de Mikalina, que fue el último de los polacos que recibió en su domicilio a Pulawski el de la mano larga, pongo a Dios por testigo, y a la muy santa Virgen, reina de Polonia, de la verdad de lo que voy a pronunciar: el conde André Boleski, antes señor de Mikalina y que ya no lo es, antes vuestro señor y que ya no lo es, antes mi esposo y que ya no lo es, el conde André Boleski es el más vil de los hombres que, sobre la tierra, ofenden al cielo.

–¡Señora! –exclamó el conde.

–¡Qué se calle!– dijo ella.

A una orden que ella dio, cuatro fornidos campesinos tomaron al conde y lo mantuvieron quieto y estremecido.

Ella prosiguió:

–Él era mi esposo ante Dios; ha renegado del santo sacramento del matrimonio. Era católico, se ha hecho ortodoxo. Era polaco, se ha convertido en ruso.

Se volvió hacia el grupo de los nobles:

–Señor estaroste Kilinski, vos sois un magnate de Lituania; ¿qué hacen vuestros iguales ante tal crimen?

El anciano dijo:

–Si lleva un sable se le retira; si tiene el Águila en el pecho, se le arranca.

–¡Hágase! –dijo Élisabeth Boleska.

El estaroste se acercó al conde y le arrancó el Águila blanca diciendo:

–El honor te abandona.

Y le retiró su sable, diciendo:

–Tu sable te desprecia.

Y pasó ante el aristócrata envilecido.

Élisabeth se volvió hacia el sombrío grupo de judíos.

–Vosotros, judíos, a un culpable así, ¿que le hacéis a los de vuestra raza?

Un judío respondió:

–Uno de los rabinos hunde su dedo en la ceniza y traza sobre la frente del traidor la siniestra palabra: Raca.

–Vos sois rabino.

–Lo soy.

–He aquí la ceniza. Hágase.

Otro judío se inclinó sobre el hogar, bajo la figura en armadura del viejo duque Jagiel, y recogió la ceniza en el hueco de su mano; el rabino metió allí su dedo, y pasó ante el conde marcando sobre su frente: Raca.

Élisabeth se volvió hacia donde estaban los campesinos.

–Es vuestro turno, labradores y leñadores, – dijo ella.

–Un campesino dijo:

–En nuestros pueblos, cuando un hombre reniega de su Dios y de su patria, todos los niños, conducidos por sus madres, se acercan al culpable y señalándole con el dedo, le dicen: «¡Qué la desgracia caiga sobre ti!»

Élisabeth pensaba.

–Aquí no hay más que un niño – dijo – pero ese niño bastará.

Étienne levantó su carita asustada.

–Étienne, di a este hombre: «¡Qué la desgracia caiga sobre ti!»

–¡Oh! mamá, –murmuró el niño, eso no es lo que me has enseñado esta mañana…

–¡Hazlo! –dijo ella – ¡y en voz alta!

Entonces, el conde, silencioso hasta ese momento en la estupefacción de una rabia impotente, gritó:

–¡No! ¡no! ¡eso no! no. La muerte, sí, la muerte, la muerte sobre todo. ¡Ah! cobardes que ultrajáis a un hombre sin defensa y cautivo, he soportado todo sin dignarme a mostrar mi cólera, ¡todo! la mano de mi vasallo sobre mi pecho y el dedo de ese judío sobre mi frente! pero no quiero que mi hijo me maldiga. ¡No, eso no! ¡Étienne, no dirás esas palabras! ¡Te obligan a hacer algo que no puedes comprender y que es terrible! ¿Recuerdas como te besaba antes? Vete a jugar, vete, no estés aquí, no te mezcles en estas infames venganzas. ¡Te lo ruego, hijo mío, no digas esas palabras!

Élisabeth dijo:

–Te lo ordeno. Hijo mío, obedece.

En efecto, el niño se aproximó, luego, temblando y con una vocecita que duda y gime, pronunció:

–¡Señor padre, que la desgracia caiga sobre vos!

Mientras esas palabras iban sonando una a una en el taciturno silencio, una cascada de lágrimas mojaba el rostro del conde, convulso de horror; y pese a estar retenido, tendía los brazos, como si hubiese querido besar la maldición en los labios de su hijo.

–Se ha cumplido todo en lo que concierne a este hombre, – dijo Élisabeth. – En cuanto a ella, su cómplice, ¡recordad bien su nombre, amigos y servidores! Se llama Sonia: que vuestras hijas y vuestras esposas que hayan recibido ese nombre dejen de llevarlo, ¡pero que a partir de ahora sea sinónimo de un título de infamia para ladronas y prostitutas!

Sonia Ivanowna apretaba los dientes en su eterna sonrisa.

–¡Y ahora, traidor y adúltera, salid, ya he bendecido vuestra unión y celebrado vuestras bodas!

Sonia no se movía.

–¿Qué esperas? – dijo la señora del castillo.

–Miro a tu hijo para reconocerlo un día.

Sin embargo la muchedumbre, completamente enrojecida bajo los reflejos de las antorchas se había apartado lentamente, y los dos malditos se alejaban, ella, aún orgullosa, él curvado.

En el umbral de la puerta encontraron al padre Dominique, cuya barba gris caía sobre su sotana blanca, y a los niños del coro, vestidos de púrpura y encajes, haciendo oscilar unos incensarios.

El sacerdote dijo:

–La maldición de los hombres quedaría sin efectos si no estuviese confirmada por la maldición del cielo.

Extendió las manos.

–En el nombre del Señor, por la virtud del Espíritu Santo y la autoridad concedida por Dios a sus apóstoles, ¡qué este hombre y esta mujer sean separados del seno de nuestra madre Iglesia! ¡Qué sean malditas sus personas y sus allegados! ¡Qué sean malditos en la casa y fugitivos en los campos! ¡Malditos sean los frutos de su tierra! ¡Qué ningún sacerdote celebre la santa misa en su presencia, y no los confiese, y no les de la comunión, aunque fuese in rigor mortis! ¡Pero que sean enterrados en la sepultura de los herejes, de los renegados y de los asnos!

Tomó una antorcha.

–Y como hoy apagamos estas llamas, que sus almas se apaguen para siempre.

Todas las antorchas fueron bajadas y se apagaron contra las losas de la sala, luego volvieron a levantarse, humeantes, en las repentinas tinieblas.

–¡Qué así sea! –dijo Élisabeth.

–¡Qué así sea! – dijeron todas las voces en la noche.

Los excomulgados, estrechados el uno contra el otro y temblorosos, huyeron bajo la bóveda extinta de las antorchas.

VIII

El cielo estaba oscuro, salpicado de estrellas.

Sobre la única torre de Mikalina, sólida y alta, que dominaba los bosques y las llanuras, una sombra se encontraba de pie, más opaca que la noche.

Era Rhodzko.

Un vuelo de murciélagos giraba encima de él, luego se aplastaba contra un paño de almena al igual que un flácido escupitajo negro.

Miraba las luces de las linternas que se alejaban por el camino, allá abajo, a través de las tinieblas; enrojecían, disminuían y por fin desparecieron.

Dijo:

–¡Te he arrojado! ¡Vete con tu vana conquista, amo inútil de campos fecundos y de hombres valientes! Para otro germinarán los granos de tu tierra y sangrarán los corazones de tus siervos. Cobarde al que compadezco, besa en jóvenes labios el olvido de la esposa y del hijo que te ha maldecido. Conviértete en el desertor que no se acuerda de los deberes a cumplir. ¡La tarea que sacudes con un encogimiento de hombros, otro la recogerá más orgulloso y más fuerte, y la llevará hasta el extremo en el que las aclamaciones de las multitudes saluden al triunfador!

Miró ante él la patria.

–¡Te amo, oh, sombría Polonia! Eres tan dolorosamente grande y bella! Cuando tus reyes eran reyes; cuando tus nobles que no eran criados, se reunían en armas y deliberaban a caballo, eras una nación de pie como un dique, y, sobre tu muralla viva, los pueblos del Oriente bárbaro leían estas palabras escritas por Dios: ¡No iréis más allá! Pero ahora languideces, caída, y, semejante a los cautivos arrastrados por los cabellos, ¡tu libertad gime y llama! ¿Quién le responde? Otros siguen y seguirán a aquél que huye allá abajo. Como Élisabeth Boleska, tú lloras al ser viuda, oh Polonia, de tus esposos

vivos, y, muerta con tus bellos ojos cerrados, donde sobreviven las lágrimas, ¡tus siniestros bosques son los cipreses de tu tumba!

Pensó y continuó:

–Ahora escucha, nación dormida. ¡Alguien te evocará en tu sepulcro! Aquél que te nombre tres veces y te salude resucitada, no será uno de esos débiles hombres, muchachos hijos de aristócratas, que cazan en tus bosques y beben en tus castillos; no será uno de esos monjes que sermonean en tus capillas o se arrodillan ante las cruces en las encrucijadas del camino. ¡La Polonia señorial y católica renuncia a tus viejos sueños! Toda una raza robusta pulula sobre la tierra, una raza mucho tiempo doblegada bajo el sable de tus nobles, mucho tiempo arrodillada bajo la cruz de tus obispos. Llama en tu socorro a tus labradores, ¡oh, llanura! ¡y tú a tus leñadores, oh, bosque! ¡pues serán los esclavos los que te harán libre! ¡Pero piensa que han sufrido! Piensa que la tiranía de tus amos les ha enseñado la cólera y el odio. Ellos han adquirido durante ocho siglos de crueldades el derecho a no ser buenos. Si todavía te bendicen, Polonia donde ellos han nacido, también maldicen a los usurpadores para quienes trabajaron y murieron en vano. No quieren sudar más para los nobles, ni sangrar más para el sacerdote. Ellos que plantan la viña, están hartos de tantos borrachos; ellos que plantan el trigo, están hartos de tantos glotones; y pretenden no vendimiar nada más que para calmar su sed y no sembrar más que para saciar su hambre; – ¡de igual modo que no combatirán a partir de ahora más que por su libre independencia!

Tras un silencio, acabó:

–¡Pues bien, todos aquellos que han sufrido, soy yo! Una raza, un día, se encarna en un hombre: ¡yo soy toda la vieja servidumbre polaca, y elevando los brazos hago un ruido de innumerables cadenas! Implacable, puesto que se me ha doblegado; sanguinario, puesto que he sangrado; asesino, puesto que se me ha asesinado, ¡puedo ser terrible! Sin embargo te amo, oh mi patria, ¡esclava como yo! Te ofrezco, para la común liberación, mi antigua cólera y mi joven fuerza. ¿Quieres un héroe de una especie nueva? ¿País de nobles guerreros y de sacerdotes aguerridos, Polonia? Pero ten en cuenta que el siervo esta harto de las heroicas mistificaciones. Él no te hará libre y grande si tú no lo haces a él grande y libre, ¡y te dejará esclavizada si tiene que seguir sirviendo!

Segunda parte

LA ENCRUCIJADA DE PRUZANI

LIBRO PRIMERO

JÓVENES FLORES EN VIEJOS ÁRBOLES

I

Hélyonne Kilinska bordaba en la ventana, bajo las ramas retorcidas de las hiedras, donde se mezclaban flores de enredadera, mientras un petirrojo, que había pasado el invierno en Polonia, se suspendía por las patas a la punta de las más larga guirnalda, con sus plumas rosas hinchadas y girando el cuello.

El negro castillo del estaroste, que era la más antigua capitanía de los distritos lituanos, se doraba al sol; unas flores se esparcían por todas partes en verdes cascadas sobre la fachada, y de cada grieta, la risa de una correhuela o de una campánula formaba como un hoyuelo.

En vano el puente estaba bajado, en vano el rastrillo levantado; el asalto siempre renovado de la primavera franqueaba el foso con manteles de iris húmedos, aplicando a las murallas la escala de sus floraciones trepadoras, y el ala de nieve de una cigüeña batía sobre el torreón como un estandarte victorioso.

Blanca, de una blancura insensiblemente azulada entre las ondulaciones lisas de sus cabellos de oro pálido; velando a medias, bajo unos párpados de un rojizo transparente, las violetas pensativas de sus ojos; con el cuello un, poco largo que se inclina con la curvatura casi recta de una flor de lis, Hélyonne Kilinska bordaba en la ventana, interrumpiendo a veces su tarea para mirar en el horizonte, encima de los bosques, las nubes desgarradas de la mañana que la aurora doraba todavía con un fulgor rosa pálido. Era en una larga, muy larga banda en muselina de Estambul, entrelazada de oro y rojo por una extremos y de plata por el otro, donde bordaba unos emblemas y unas rosas con los extremos de sus finos dedos; se hubiese dicho que deshojaba unas flores en una clara nube recogida sobre sus rodillas.

Bordando, cantaba una canción de noviazgos, un poco triste porque era una canción polaca:

« Cuando su señor lo envió al bosque a luchar, cuando sus vasallos juntos le decían un último adiós, yo le sustraje su pañuelo y lo mojé en la fuente del arroyo. Quería retener a mi amigo algunos instantes más!

« ¡Ah! el pañuelo se secó, y ahora lo mojé con mis lágrimas.

« Ha partido, tan lejos, tan lejos, que no veo ya detrás del galope de su caballo levantarse la polvareda.

« Pero buenas señales acompañaron su marcha, la cigüeña hizo su nido, la corneja no graznó. Pronto regresará, y la urraca me ha indicado el camino de su retorno!

« Liberará nuestras tierras y nuestras moradas. Desde aquí salió, aquí fue donde tomó fuerzas, aquí donde sus antepasados duermen bajo la sagrada cruz.

« Cuando regrese, veré desde lo alto de la montaña, brillar su lanza y ondear su estandarte. Su señor admirará su valor, pues nos traerá la vida y la patria; vendrá de muy lejos para besarle y bendecirle, y la alegre hidromiel correrá a cántaros como el sagrado día de Navidad.

« Pero yo lo conduciré a un bosquecillo donde he plantado flores; le enseñaré la claridad sombría del follaje. ¡Qué bella será la corona que trenzaré para el día de nuestra boda!»

Se calló. Su palidez se volvió rosa. Allá abajo, al final de un sendero donde se evaporaba en brumas el húmedo rocío de los bosques, un jinete venia hacia ella al galope con el penacho al viento, bajo el diáfano estremecimiento de las hojas de oro verde.

Se detuvo en el borde del foso, agarrando las bridas de su caballo blanco, que movía su humeante hocico,

con las patas delanteras extendidas, Con gorro de terciopelo negro, bordado de plumas de cisne, blusa de satén carmesí con cintas trenzadas de oro y perlas, botas de cuero rojo reforzadas con cobre, el jinete se incorporó sobre los estribos en los claros vahos del aire, esbelto, audaz, elevando su joven rostro donde podía apreciarse la profunda dulzura de sus ojos, donde la boca, muy roja, reía bajo unos pequeños bigotes negros, que, más cortos que los labios, se retorcían en sus finas puntas.

–Hélyonne Kilinska – dijo – ¿habéis rogado a Dios esta noche por vuestro ángel de la guarda? pues sois perfecta, y yo os digo que él ha cometido más pecados que vos.

–¡Qué el nombre de Jesús sea glorificado!

–¡Tanto como te amaré!

–¡Ah! esa no es la respuesta, Étienne Boleski.

–¡Por los siglos de los siglos! ¿No es lo mismo?

El hijo de la señora del castillo y la hija del estaroste habían crecido para ser novios, y los noviazgos, como dice el proverbio, es la yema de las bodas. De pequeños, a él con siete años y a ella con cuatro, les estaba permitido estar juntos en los bosques, solos o en compañía de Tzoryl, que decía: «Estos son dos pájaros más grandes.» El castillo de Mikalina estaba poco alejado del castillo del estaroste; pero parecieron más próximos todavía a causa de los dos niños que iban y venían con sus juegos y sus risas de una a otra residencia; las dos viejas mansiones severas se intercambiaban sonrisas gracias a esos jóvenes. Fueron educados juntos, él comprendía, ella aprendía. Élisabeth Boleska, llena de recuerdos, y Tzoryl, lleno de ensoñaciones, fueron sus mejores maestros; ella les contaba acerca de la patria, madre de los hombres libres; él les enseñaba el bosque que es la patria de los pájaros. Un día, Hélyonne mostró con su dedo un águila blanca que planeaba. «¡Esa es Polonia! » dijo Étienne. Pero cuando fue un hombrecito, se les dejaba más raramente juntos; se había observado que regresando del bosque, traían menos flores y tenían en los ojos una ensoñación ya. La residencia de la señora del castillo y del estaroste se hicieron más lejanos. Por fortuna, Tzoryl se apiadó de los niños separados, y Gris-Plata, que aún no había volado hacia el paraíso de hojas y flores a donde van las almas de los pájaros, hizo un viaje nocturno, con una nota atada al cuello por una cinta, desde el castillo de la señora Boleska al castillo del Sr. Kilinski, mientras que la castellana y el estaroste, confiados, dormían en sus viejas y austeras camas.

Luego Étienne, a los catorce años, partió para Francia con su educador francés; miró, escuchó, meditó también; de modo que, de regreso a Lituania, decía muchas cosas nuevas, contaba extrañas historias. Pero lo que mas sorprendió a Hélyonne Kilinska fue

que él tenía bigote; él se asombró de encontrarla más bonita, un poco pálida; y esas dos sorpresas consolidaron un bello amor. Una cosa estaba decidida: se les casaría pronto. Pero el Padre Dominique decía, a causa de unos presentimientos de guerra que, aquí y allá, sacudían la republica dormida, como una ráfaga antes de la tormenta, estremeciendo el bosque a lo lejos: « ¡Quiero bendecir los sables de las batallas y no los anillos de bodas! » Constituye una gran tristeza en los países oprimidos que los enamorados no puedan amarse como quisieran, y la patria es muy celosa.

–No, no he rogado a Dios por mi ángel de la guarda, pues soy una gran perezosa, – dijo Hélyonne Kilinska; – incluso antes estuve distraída mientras mi padre decía las oraciones matinales.

–¿En quién pensabas, Hélyonne?

–No pensaba en alguien. Hay que reconocer, señor, que desde un tiempo a esta parte sois muy arrogante; fue en Francia desde luego donde adquiristeis esa vanidad de imaginar que inquietáis el pensamiento de las jóvenes muchachas.

–Me corregiré, señorita.

–Pensaba en un cinturón que estoy bordando.

–¿Para engalanar algún santo de vuestra capilla?

–Ni los santos ni las mujeres llevan tales adornos.

–¿Para decorar la imagen de un bienaventurado o del mismo Cristo?

–No se bordan portasables y águilas en los trajes de los bienaventurados.

–¿Entregaréis el cinturón a vuestro padre el estaroste, cuando monte en su viejo caballo de guerra?

–Mi padre tiene otros cinturones donde la sangre de los rusos ha dejado bordados rojos, y esos le bastan.

–Dado que es así, no adivino lo que haréis con vuestra obra.

–Es que sois muy poco cortés, ¡señor Étienne Boleski! pues ya estoy en edad de casarme y pienso, que como mucha gente no me encuentra fea, que podría deciros que tengo un novio al que quiero hacer un regalo.

–¡Ah! ¿Tenéis un novio, Hélyonne Kilinska?

–No, señor, no, pues si tuviese uno, él habría adivinado hace tiempo que el cinturón es para él, ¿y no sería un motivo para tener ganas de llorar?

–Él tiene miedo de ser embaucado, – dijo Étienne sonriendo.

–¡Oh! ¡qué tonto!

Luego, tomando a manos llenas la muselina completamente brillante de flores de oro y emblemas:

–Fíjate, mira – dijo ella, –¿te gusta? ¡Tú la llevarás cuando vayas a batirte y la empuje el viento haciéndola ondear al lado de la ventana donde siempre te esperaré!

Pero en ese momento sonó una trompa a lo lejos, en el bosque.

Étienne dijo:

–Es el cuerno del porta estandarte, que llama a nuestros amigos; adiós, Hélyonne, tengo que darme prisa.

–Tal vez sea el cuerno de algún pastor…

–Escucha.

La trompa sonaba por segunda vez.

–Perdóname – dijo Hélyonne. «Yo mojaba tu pañuelo en el agua para retenerte algunos instantes más. » Vete, apresúrate. Mi padre ya ha partido. Mi honor estaría en entredicho si se supiese que mi novio se ha retrasado bajo mi ventana mientras sus amigos se unían en armas. Te has equivocado siguiendo esta ruta, que no era tu camino.

–¡Tu ventana, – dijo Étienne, – está siempre en mi ruta! Y, gracias al cielo, mi caballo es veloz.

–¡Qué vuele, cuando cargues contra los rusos!

–¡Pero que sea abatido si yo huyese!

Picó con sus espuelas. El caballo salió al galope con las crines al viento; y, alejándose, él giraba a menudo la cabeza, aunque el deber estuviese delante de él.

Hélyonne, que le siguió con la mirada, emitió de pronto un pequeño grito; el cinturón que bordaba, colocado al borde de la ventana, acababa de caer en el foso.

Con su blancura desplegada y ligera, se mantenía, sin mojarse, sobre los iris y las palmas verdes que cubrían toda el agua.

Hélyonne salió de su habitación y bajó la escalera; utilizando una rama larga, recogería la muselina que había volado. Atravesó el patio, dijo al sirviente del portón: « ¡Levanta el rastrillo! » y al del pontonero: « ¡Baja el puente! »

Pero, cuando estuvo fuera, quedó sorprendida porque el cinturón había desaparecido, como si la clara muselina tejida en oro, semejante a los vahos matinales, se hubiese fundido con ellos en la calidez del día.

Quedó sorprendida y luego sonrío. Adivinó que Étienne Boleski, al volverse, había visto también caer el cinturón; y, mientras ella hacía levantar el rastrillo y bajar el puente, había tenido tiempo de regresar sobre sus pasos, recoger sobre el mantel de iris la bella muselina y desaparecer con su trofeo en la profunda vegetación. A causa de eso, Hélyonne se enfadó un poco – de ese tipo de enfados que hacen amenazar con un dedo, – porque había esperado bordar una cosa más sobre el cinturón, no una flor ni un sable, sino un nombre, el suyo, para que Étienne no la olvidase jamás cuando hubiese partido para la guerra.

II

Un campesino caminaba por el linde de los bosques de Pruzani, repletos de hojas nuevas, un poco doradas por el sol.

Era de complexión esbelta y tenía el porte y los andares de un joven y orgulloso muchacho.

Sin embargo e gorro en piel de oveja negra, el traje gris, con bordes de gasa roja, sobre la camisa en tela blanca que no entraba en el pantalón gris que entraba en la botas, era más o menos similar a todos los campesinos del distrito. Pero su gorro le cubría a medias los ojos, circunstancia bastante extraña, pues el viejo proverbio dice: «Un caballo de Turquía, un sable húngaro, un gorro cuadrado y un campesino polaco es lo mejor que hay en el mundo;» y no hay razón para ocultar las cosas buenas.

Siguió un sendero y caminó más aprisa. Pero al llegar a un pequeño claro, donde se bifurcaban dos rutas, se detuvo, no sabiendo cual seguir, con gesto preocupado, como temiendo tener que decidir al azar.

Unos pasos de caballo sonaron tras él. Se volvió y vio a un hombre montado sobre un fornido caballo y lo esperó, sin duda para preguntarle por el camino a seguir.

El jinete hizo un alto. Tenía una dura barba pelirroja que se le rizaba hasta bajo los ojos; aunque fuese un día caluroso de mayo, llevaba une pelliza de piel negra que lo cubría desde el cuello del gabán hasta las espuelas de las botas.

–Voy al castillo de Pruzani, – dijo el campesino, – ¿estoy en el buen camino?

El otro dijo, sin gestos:

–Me pareces imprudente.

–¿Por qué?

–Por cuatro razones.

–Dime la más importante.

–Las cuatro son buenas. De entrada, tú no has quitado tu gorro.

–¿Y bien?...

–Eso induce a pensar que no te preocupa ser conocido.

–¿Luego?

–No me has llamado «Excelencia».

–¿Soy tu siervo?

–Voy a caballo, tu a pie; tiene un gorro de cuero de oveja negra, yo tengo un sombrero de astracán; deberías llamarme «Excelencia » y no lo has hecho.

–¿Qué demuestra eso?

–Que tal vez no seas un campesino.

–Continúa.

–Preguntas tu camino.

–Me he extraviado.

–Precisamente. Te has extraviado. Será entonces posible concluir que no eres de este país.

–¿Y por último?

–Por último, tu hablas polaco, no con acento lituano, sino con el acento de los habitantes de la Corona.

–Hablo mejor.

–Precisamente, hablas mejor. Nada me impide deducir que has aprendido el polaco, no en alguna choza de la Selva Negra, sino en una escuela, como hacen los alemanes y los moscovitas.

El campesino dijo con una sonrisa:

–Tú eres un hombre singular.

El otro saludó.

–Pero, –continuó el paisano – habéis hablado de imprudencia. ¿Dónde está el peligro?

–Por todas partes.

–No os comprendo.

–Me explico. Hace diez días, estaba en Nowogrodec. Por las esquinas de las calles, aquí y allá, había reuniones, como con la esperanza de alguna gran noticia o de algún espectáculo especial. Los burgueses iban el uno hacia el otro, vivamente, y se agrupaban, luego parecían muy sorprendidos de encontrarse juntos.

–Esas personas estaban locas.

–No. Un doctor italiano, hombre de mucho sentido común, que, en tiempos de Confederación de Bar, estaba al servicio del gobernador de Cracovia, acostumbraba a decir: « El pueblo nunca es tan peligroso como cuando quiere por la fuerza, sin saber precisamente lo que quiere. »

–Hay una guarnición cosaca en Nowogrodec.

–¡Muchacho, tu despiste es serio! Tal respuesta es una confesión. Pero prosigo. Ayer y hoy he atravesado pueblos. Los campesinos polacos, que de ordinario hablan en voz alta y clara, cuchicheaban sobre el umbral de las casas en voz baja.

–¡Han gritado, cuchichean, se callarán!

–El doctor italiano repetía frecuentemente: «En todas las ocasiones que se observe una disminución de tono en el habla popular, es que los espíritus están enfermos de algún proyecto.»

–¡Bah!

–Además, es cierto que, desde hace varios meses, en el distrito en el que estamos, unos mensajeros van misteriosamente de castillo en castillo, llevando o recibiendo cartas; y, en el bosque de Pruzani, se ha realizado más de una asamblea secreta.

–Lo sé.

–¡Podéis estar seguro, señor, de que no os lo habría dicho si no hubiese estado convencido de que en efecto ya lo sabíais!

–Pero si hay polacos en el bosque, hay rusos en la llanura.

–Observad que estamos en el bosque. Es pues una evidencia que se está preparando un movimiento en Lituania, – una rebelión señorial como la Confederación de Bar, o un levantamiento popular como el motín de Polock, no importa, en cualquier caso, una revuelta.

–¿Y bien?

– ¡Y bien! en tales circunstancias, que una partida de nobles o una banda de campesinos encuentre en un claro a un hombre joven que no se quita su gorro cuando habla; que, yendo a pie, no trata de «Excelencia» a un transeúnte a caballo; que, vestido como un pastor, pregunta el camino a seguir en los bosques, y que, en Lituania, se expresa con acento de Varsovia; que se produzca ese encuentro, hay grandes probabilidades de que uno de los nobles levantará su sable o uno de los paisanos su guadaña, y que el imprudente quedará exangüe sobre la hierba, sin orejas y sin lengua, según el trato que de ordinario se inflige a los espías de tu especie.

Al escuchar esas palabras, el campesino sacó su gorro negro de lana de oveja, sacudió sus bucles rubios, casi pelirrojos, y, con la mano en la cadera, con un gesto que busca una espada, se mostró altivo y joven, casi un niño, de mirada clara y dura, con la boca completamente rosa, hermoso y salvaje.

–¡Basta! – dijo. – ¡Soy el conde Iván Boleski. Mi padre es gobernador de Troki y castellano de Pruzani; el castillo me pertenece, los bosques me pertenecen y puedo castigar a bastonazos a cualquiera que me ofenda con la palabra o la mirada!

El hombre a caballo respondió:

–Los gallos de buena raza cantan antes incluso de que la cresta no se les haya arrancado! Me veo muy obligado a vuestro traslado, mi joven señor; pues, vuestro nombre era precisamente lo que quería saber.

–Entonces – dijo el niño – tú me has enfadado a propósito.

–Tal vez.

–¿Quién eres?

–Nadie.

–¿Tu nombre?

–Lo he olvidado.

–¡Ten cuidado!

–Levanta tu bastón.

–¡Él cae!

Pero el caballo se había encabritado y había tomad entre sus dientes el bastón del joven conde, y, con un sobresalto de su cuello, lo había arrojado entre los helechos.

–Pequeño – dijo el jinete, – no te aconsejo mantener un duelo con mi caballo; tiene mala mordedura y coz ruda. Escucha. Me has preguntado por tu camino, yo no te lo he indicado; no te he preguntado tu nombre, has sido tú quién me lo has dicho; hemos jugado: tú has perdido. Ahora ¿por qué no eres un buen jugador?; toma tu partido alegremente. Además, quiero explicarte las cosas. Desde hace cinco días, sin conocerte, te sigo. ¿Por qué? Porque todo lo que yo no comprendo me preocupa. Tú salías temprano, disfrazado de campesino, del castillo de Pruzani y pasaste tus jornadas detrás de los árboles, con la mirada hacia la ventana donde se encontraba Hélyonne Kilinska. Yo vigilaba como la acechabas. Tú no sabías de mi presencia porque eres un espía ingenuo; cualquier espía debe tener ojos detrás de la cabeza para asegurarse de que no es visto. Todavía hace un rato, te observaba delante del castillo del estaroste; a riesgo de mancharte en el agua sucia, has robado un cinturón caído desde una ventana y has huido. Ahora bien, yo tenia interés en conocer al rival de Étienne Boleski; ahora sé que

eres tú y estoy satisfecho. Dirás a Sonia Ivanowna, tu madre, que sin duda te ha enviado a este país: «He encontrado, no lejos del burgo de Pruzani, a un hombre que habla extrañamente de muchas cosas ignoradas, y parece saber más aún de lo que no dice.» Es posible que tu madre se acuerde del nombre que yo tenía hace diecisiete años.

El caballo dio un brinco. Caballo y jinete desaparecieron en la abigarrada espesura de los helechos, mientras el joven conde Ivan Boleski, furioso por esa especie de derrota, impotente, golpeaba con el pie, retorcía sus dedos entrelazados y mordía su labio rojo con el aire de un joven lobo que se enfada.

III

En el corazón del bosque, en el salvaje claro virgen que delimita y que estrecha la frondosidad de la sombría vegetación, el portaestandarte de Lituania, inmóvil sobre su caballo negro, con el águila de nieve en el pecho sobre su guerrera de satén carmesí, había hecho sonar el cuerno tres veces, muy prolongadamente.

Tras él había una gran cruz de madera donde se crispaban los miembros torturados de Jesús, rey de Judea y Polonia.

El primero que acudió a la llamada fue el estaroste Kilinski. Cuanto más viejo era, más erguido se mantenía, como si los años hubiesen sido para él, no unos fardos, sino unos alivios. Su montura de terciopelo granate se dividía en dos paños sobre la grupa de su alazán.

Luego llegó el Sr. Syruc de Molawac, oficial panetero de Slonim, fornido, de sangre azul en las mejillas, con una gran sonrisa bajo sus gruesos mostachos. Su padre fue uno de los más férreos compañeros de armas de Sawa, el matador de toros. Él todavía no había aún destripado a ningún moscovita, aunque ya tenía treinta años, pero se le conocía por ser un cazador temerario; los campesinos de su dominio cantaban: « ¡El ha matado bastantes osos en Naliboki y bastantes bisontes en Lacheva! » Ahora, bien ,¡por el cerdo negro!, como tenía por costumbre jurar, que el que mata osos bien puede matar rusos; quién abate bisontes, bien puede apuñalar cosacos. Llevaba una vestimenta de cuero, sin adornos, y el sable sonando contra una hacha desnuda, montando a pelo un corcel turco.

Tras él, a través de las ramas removidas, aparecieron cuatro jinetes: Jean Tryzna, escudero convertido en segundo de Nowogrodec, un viejo gris, con una prenda forrada de piel de zorro; Gaëtan Massaliki, administrador del convento de los bernardinos de Wilna, mofletudo, sonrosado, con la mirada sutil y la nariz fina, con aspecto de un monje al que le gusta contar buenos cuentos – y de hecho tenía el espíritu como un diablo – llevando por devoción una especie de hábito marrón que se levantaba por la punta curvada del sable; Étienne Boleski, castellano de Mikalina, el más joven, de grandes ojos azules; Su Excelencia Ladislas Potocki, oficial escanciador[3] de Lida, muy satisfecho de su rostro y cuerpo, levantando alto su cabeza coronada con un penacho de plumas de aguilucho blanco, por el cual juraba, a menos que no exclamase sencillamente: «¡Bala! ¡bala! » a manera de dicho familiar. Con la carabina en bandolera, tenía un chaleco de franjas rojas que se estrechaba en un cinturón de seda tachonado con oro macizo, y relucía, según el proverbio, como un lucio al azafrán en vísperas de Navidad.

[3] Al igual que el panetero se encargaba del pan en palacio, existía la figura del oficial escanciador que era el encargado de las bebidas.

Cuando los siete nobles se hubieron reunido en círculo, si bien los hocicos de los siete caballos se arrugaban en sus vapores mezclados, el estaroste Kilinski, siendo el más viejo, hizo la señal de la cruz, luego, juntando las manos ante sus bigotes canos, dijo:

–¡Señor Jesús, hijo de María!, tú, que has sufrido por toda la humanidad, ¡permítenos sufrir por la tierra en la que hemos nacido!

Los nobles dijeron:

–¡Así sea!

Pero, después de haberse persignado, el administrador de los bernardinos añadió haciendo restallar su lengua:

–¡Todo buen católico adora a san Bobola! Esta mañana, respetables hermanos, he bebido en el albergue de Pruzani un vino dorado que me ha puesto de muy buen humor.

–¡Por el cerdo negro! – dijo el oficial panetero Syruc, resoplando en sus gruesos mostachos, – cuando vengas a Solonim, te daré de beber algo mejor!

Pero Su Excelencia Ladislas Potocki, vestido de seda y oro, sacudió su pluma de nieve.

–¡Bala! ¡bala! ¡no tan bueno como el de mi bodega!

–¿Qué sabrás tú? – dijo Syruc.

–¡Estoy seguro! –dijo Ladislas.

–El mejor es el turco.

–El mío húngaro.

–Doscientos rublos la cuba.

–Diez ducados el barril.

–Sin tener en cuenta el gasto de la navegación.

–Sin hablar del precio del transporte en carreta.

–¡Con tan solo olerlo, uno ya se alegra!

–¡Uno se arma de valor nada más verlo!

–Harías bien en mirar tu vaso.

–¡Por mi penacho de águila! – gritó el escanciador.

–¡Jura por tu cresta, loro! – respondió el panetero.

Ladislas extrajo su sable; Syruc había desenvainado; se distanciaron para tomar carrera, y, habiéndose retirado los demás para dejar sitio al duelo, ambos caballos chocaron cruzando sus cuellos.

La hoja de la espada del oficial escanciador salió volando por el fuerte golpe que le había asestado el panetero.

–¡Bala! ¡bala! – dijo Ladislas Potocki – mi sable se ha roto, reconozco que me he equivocado, abracémonos, hermano.

–Abracémonos –dijo Syruc de Molowac; pero todos los errores son míos.

–Estoy confuso.

–Acepta mis excusas.

–No se bebe bien más que en tu castillo.

–Es en tu casa donde se bebe con satisfacción.

–Mi vino no vale lo que el tuyo.

–Tu vino es cien veces mejor que el mío.

–¡Eh! ¿y cómo lo sabes?

–Estoy seguro.

–¡Tú afirmas con mucho atrevimiento!

–¡Y tú bien tontamente!

–¡Bala! ¡bala!

–¡Por el cerdo negro!

Volvieron a desenvainar.

Pero el viejo Kilinski les interrumpió el gesto y la palabra.

–No es vino lo que vale la sangre roja de las venas de los nobles; no hay nada más exquisito que el agua de los arroyos en una llanura libre. Liberémosla, hermanos.

Ya las siete monturas habían aproximado sus hocicos, cuando Étienne Boleski dijo a sus compañeros:

–Falta alguien todavía.

–¿Quién? preguntó el administrador.

–Un noble al que espero.

–¿Su nombre?

–Michel Sawa.

–¡Ese es un buen nombre!–exclamó el panetero; – pero el matador de toros ha muerto sin descendencia. ¿Conoces a ese Michel Sawa, administrador?

–No lo conozco.

–Ni yo, dijo el oficial escanciador.

–Ni yo, dijo el escudero.

–Ni yo, hijo mío, dijo el estaroste.

Étienne respondió:

–Yo lo conozco y le quiero. Es un pobre noble urbano que no posee ni tierras ni castillos, pero que tiene el alma buena y orgullosa. Tras la derrota de los confederados de Bar abandonó Polonia; aunque era joven, estaba triste y sin esperanzas. Fue en Francia donde lo conocí, envejecido por la miseria, afligido por el exilio. Para subsistir, enseñaba polaco y alemán en el colegio donde me instruí. Hablamos de la patria en nuestra amada lengua, hasta la noche, ¡con lágrimas de dicha en los ojos! Fue para mí como un hermano mayor, pero tan tierno, con objeciones paternales. Un día, en París, el pueblo, tomando picas y llenando el aire con gritos de libertad, tomó la Bastilla. ¡Mi corazón latió! Yo seguí a esos hombres, y Michel Sawa iba detrás de mí. Cuando entraba el quinto en el patio del gobierno, un suizo, desde lo alto de la torre, me disparó; no fui alcanzado, pero recibí en mis brazos a Michel Sawa, herido, que se había interpuesto entre la bala y mi pecho. Lo saqué de allí, lo cuidé y curó. Yo estaba feliz debiéndole la vida. Le decía: « ¡Cuando se declare un día nuestra guerra, tú serás mi compañero de armas, y ningún sable te alcanzará antes de haberme golpeado a mí! » Él me abrazaba sonriendo. Luego una carta le recordó que tenía en Lituania, en Troki, un padre enfermo. No le he vuelto a ver, pero he mantenido la palabra. Puesto que hoy debemos tomar las armas, he enviado un mensaje a Troki y espero a Michel Sawa.

–Hijo, – dijo el estaroste – tal mensaje es cosa seria. ¿Estás seguro del mensajero?

–Es Tzoryl, el pajarero de Mikalina, un extraño soñador al que a veces se le creería loco, pero es fiel y valiente.

–Sí, – dijo el estaroste sonriendo.

Luego añadió:

–Tu hermano de armas será bienvenido. Tal vez se haya extraviado al no conocer este país.

–Conoce este país del que me hablaba a menudo. Sin embargo, ruego al portaestandarte que haga sonar de nuevo su trompa.

La trompa sonó una vez más, luego otra. Nadie vino. Étienne Boleski creyó oír un ruido de pasos, a lo lejos. Pero no, no había nadie; se equivocaba.

El portaestandarte tomó la palabra violentamente:

–Polonia era un república libre, ahora es un reino esclavo. Tres mil novecientos cuarenta y cinco mil acres han sido robados a nuestro imperio: ¡Austria se ha apoderado de mil trescientos ochenta y nueve, Prusia de quinientas cincuenta y seis, y dos mil Rusia! Sobre la tierra que nos queda se han construido capillas heréticas al lado de nuestras iglesias católicas. ¿Quién reina en Varsovia? Stanislao-Augusto. El rey

Stanislao, elegido por la voluntad de Catalina, no es un rey polaco, es un siervo moscovita. En Troki – muy cerca de nosotros, a doce horas de marcha desde este claro – ¿quién gobierna? André Boleski, ¡traidor como su rey! Es por lo que os daré lectura de la siguiente proclama que firmaron antaño los grandes de Lituania y que vos firmaréis a su vez, queriéndolo Dios, con la mano que sostiene el sable:

Desenrolló un pergamino y leyó:

«¡Convencidos de la justicia de nuestra causa por el testimonio de nuestra conciencia, atacados en nuestro honor, heridos en los derechos de nuestra fe y en las prerrogativas de nuestra libertad, oprimidos en nuestra legislación, arruinados en nuestras fortunas, sin seguridad en nuestro país, despojados de nuestros bienes, expulsados de nuestras casas, privados de todo lo que sirve para que un pueblo se agrupe en nación y de los vínculos que constituyen la fuerza y el mantenimiento de un Estado, habiendo perdido todo lo que nos puede aferrar a la vida y sin otro recurso que nuestra desesperación y una muerte gloriosa, nosotros nos confederamos y declaramos caído de su gobierno al traidor André Boleski, y caído de su trono al traidor Stanislao Augusto, y juramos, mediante un inviolable juramento, emplear la sangre que todavía nos anima, para la gloria de la religión y la libertad de la República! »

–¡De acuerdo! ¡de acuerdo! ¡de acuerdo! – gritaron los nobles al unísono.

–El acta será legal, – dijo Jean Tryzna, que, al mismo tiempo que escudero era notario territorial en Nowogrodec; el rey no puede hacer un noble, pero los nobles pueden derrocar al rey, siempre que haya acuerdo entre ellos, quiero decir que no solamente se haga por unanimidad, sino también según la regla: *Nemini vox deneganda*.

El oficial escanciador aprobó con el plumón de su gorro. Solamente hizo observar que los rusos ocupaban las ciudades, tenían guarniciones en varios castillos, se dispersaban por grupos a través de los campos; que, para ser eficaz, el levantamiento de Lituania debía coincidir con un levantamiento de la gran Polonia y con una invasión de los tártaros de Crimea en los países moscovitas; preguntó si los grandes de la Corona habían revelado sus intenciones; si el kan de los tártaros había respondido al mensaje que se le había enviado.

El viejo estaroste replicó:

–Los de la gran Polonia han escrito de entrada a los de Lituania: « Comenzad. » Pero no hemos recibido otro mensaje. Los moscovitas controlan todos los caminos preguntando a todos los que pasan: « ¿Tienes una carta? Muéstrala.»

–En cuanto a mí, dijo el panetero, amo a nuestros hermanos de la Corona, ¡pero no tanto como a nuestros lituanos! Yo también tengo en la Corona un pequeño trozo de tierra; ¡pero al diablo si quiero permanecer allí! Allí se encuentra más fácilmente un peletero que un cazador. Cuando aquí matamos osos, allá van en grupos a matar codornices. En la gran Polonia, las marmotas son de caza mayor. ¡Contemos con nosotros, hermanos!

–Señor estaroste – preguntó el oficial –¿qué ha respondido el kan de Crimea?

–Ha respondido: « En los bosques de Pruzani hay una cruz sobre la que está clavado el gran profeta Jesús; fue ante esa cruz donde Pulawski, vuestro general, y un emisario del Grim-Gueray, nuestro señor, intercambiaron antaño promesas que no fueron vanas. Deliberad el cuarto día del mes de *mesroum*, antes del mediodía, ante la imagen de vuestro Dios.» El mes de *mesroum*, este año, es el mes de mayo. Por eso el portaestandarte ha hecho sonar el cuerno hoy en el claro.

–¡Juramento de pagano, falso juramento! – dijo el panetero.

Pero no añadió ni una palabra más, porque acababa de ver a un tártaro que estaba sentado al pie de la cruz.

–Respetables hermanos – dijo el estaroste, – no debemos proferir juicios desconsiderados.

El tártaro, con cara larga y plana bajo cortos cabellos encrespados y erizaos, la piel muy amarilla, los ojos brillantes de una hiena hambrienta, el labio tapando a medias unos hermosos dientes de carnicero, llevaba una vestimenta estrecha en cuero de cabra negra, y tenía un aire tan salvaje, con un apestoso olor a liebre, que se hubiesen podido tomar sus ropas por su auténtica piel.

–¿Hablas polaco? – preguntó el estaroste.

–Mal.

–¡Qué Jesús te guarde! eres nuestro amigo.

–¡Que Alá os proteja! Yo soy vuestro aliado, no soy vuestro amigo; el león no es amigo del tigre, el buitre no es amigo del cernícalo, el tártaro no es amigo del polaco. Pero, como el tigre y el león, como el buitre y el cernícalo, el polaco y el tártaro persiguen la misma presa. Antiguamente, cuando los embajadores del kan se dirigían a Moscovia para reclamar el tributo, el gran duque heredero del imperio salía de la ciudad y venía a su encuentro, no a caballo, sino a pie, como un mendigo, sin gorro y descalzo; presentaba al jefe de los enviados una gran taza de oro espumosa de leche de jumento – pues no hay bebida mejor – y si el embajador, al soltarse, dejaba caer alguna gota sobre las crines trenzadas de su caballo, ¡el gran duque lamía la gota con su lengua! Pero ahora Rusia es rebelde; es el perro que ha lamido y que muerde. También os digo: «¡Qué Alá os proteja y os conceda la victoria! »

Se acercó. Estaba de pie entre los siete caballos de los nobles lituanos.

El estaroste le preguntó:

–¿Vienes de parte del kan?

–Sí.

–¿Traes una carta?

–No.

–¿Te ha encargado algún mensaje verbal?

–No.

El panetero, reprimiendo una risa, miraba a sus asombrados amigos.

–¡Un emisario bromista! – dijo el administrador de los bernardinos. Sin duda los caminos están infestados de soldados moscovitas que registran y despojan a los transeúntes sospechosos; pero sin embargo es llevar la prudencia demasiado lejos enviando un mensajero sin mensaje, temiendo que el mensaje sea capturado.

El estaroste preguntó al tártaro:

–¿Entonces a que has venido?

–El kan me ha dicho: « Parte » y he partido, he cabalgado durante mucho tiempo y he llegado.

–¡Cómo! ¿no tienes nada que entregarnos?

–Esto.

Extrajo de un dobladillo de su chaleco una jabonera de madera, un jabón, un brocha de espuma, una navaja de afeitar, y se la ofreció al estaroste, con seriedad.

Esta vez no tuvieron ganas de reír. El kan de Crimea se burlaba de ellos manifiestamente; el panetero fue de la opinión de dar cien bastonazos al tártaro que los miraba inmóvil.

–No, – dijo un hombre que en ese momento descendía del caballo en el claro.

–¿Quién está ahí?

–¿De dónde vienes?

–Cojámosle.

–¡Es un espía!

El hombre ataba su caballo a las bridas en las ramas bajas de un roble. Se volvió. No se veía de su rostro más que una gran barba pelirroja bajo un gorro de astracán. Se adelantó hacia los nobles.

–¿Un espía? – dijo –¡Qué ni uno me toque! me defenderé. Además, vengo a haceros un favor. No conocéis las costumbres de las hordas de Crimea; estos bárbaros son muy sutiles. He viajado. Dejadme preguntarle a mí.

¿Qué podían temer? Estaba solo. El administrador le dijo:

–¡De acuerdo! interrógale.

El hombre exclamó:

–¡Hassan!

–¿Me conoces? – dijo el tártaro.

–Sí. He ido a Batchi-Saraï el año pasado. Escúchame. ¿Dónde has cenado la víspera de tu partida para Polonia?

–Bajo la tienda del jefe.

–¿Entonces sabías que se te encargaría una misión?

–No.

–¿Dónde has dormido?

–Sobre la mesa.

–¿Estabas borracho?

–Sí.

–¿Y, antes de levantar el día, el kan te ha despertado mediante una orden de partida?

–Sí.

–¿No eres un guerrero?

–¡Desgraciado! ¡He vendido a mercaderes de Estambul ochenta y ocho cosacos que había tomado prisioneros con mis propias manos en tres combates!

–¿Por qué no tienes la cabeza afeitada como los demás guerreros de tu horda?

–Mi cabeza estaba afeitada cuando partí, pero durante el viaje mis cabellos han crecido.

Entonces el transeúnte de la barba pelirroja tomó de las manos del tártaro la jabonera, el jabón, la brocha y la navaja de afeitar.

Un arroyó fluía no lejos de allí. Llenó de agua la jabonera, hizo fundir el jabón, esparció espuma en el cráneo del mensajero y abrió la navaja que estaba muy bien afilada.

Cuando la piel quedó al descubierto, se volvió hacia los nobles.

–Excelencias, – dijo – leed el mensaje del Kan.

El panetero exclamó:

–¡Por el cerdo negro! he aquí un hábil barbero.

–Leed vos mismo en alta voz, – dijo el estaroste.

El hombre leyó esto, que había sido grabado al aguafuerte en el cráneo del emisario:

« A los muy gloriosos señores de la nación cristiana, el refugio de los grandes entre los Nazarenos, la República de Polonia, nuestros aliados, que al final se vea colmada de prosperidad:

« El Kan de los tártaros de Kraniew, magnánimo señor y digno de ser el que ordena, os hace saber que tiene a su disposición ochenta mil guerreros; reunid los vuestros. Él devastará Ucrania; liberad Lituania; que los tártaros y los polacos se reúnan sobre los cadáveres de los moscovitas. »

–¡Gloria a Nuestra Señora, reina de Polonia! – gritó el viejo estaroste.

–¡Gloria! ¡gloria!

–¡Por el cerdo negro! – dijo el panetero – alimentaré a veinte nobles, armaré a trescientos campesinos y tengo cien mil monedas de plata en un viejo agujero de mi muralla.

Jean Tryzna, que lloraba de alegría, dijo con la cabeza oscilante:

–Yo no valgo demasiado para el combate, pero he hecho amistades con burgueses de Nowogrodec, y me atrevo a esperar que me resultará fácil sorprender y hacer degollar, con la ayuda de Dios y de san Bobola, a toda la guarnición cosaca.

–¡Yo puedo entregar doscientos campesinos! – dijo el portaestandarte. – Poseo un poco de dinero contante y sonante; venderé mis tierras a los judíos.

–Yo tengo seis cañones con cuatrocientas balas bajo los toneles de mis bodegas, exclamó el oficial escanciador de penacho blanco. Me los han enviado ocultos desde Austria en carretas llenas aparentemente de ciruelas y uvas. ¡Bala! ¡bala! ¡Ofrezco ochocientos leñadores que manejan el hacha como un noble el sable!

El estaroste dijo:

–Mis trescientos labradores, con sus guadañas, y mis cincuenta criados con fusiles, hacen trescientos cincuenta combatientes. Ochenta mil ducados, la dote de mi hija Hélyonne, pagarán la pólvora y las armas si Étienne Boleski consiente en ello.

–Señor estaroste, exclamó Étienne Boleski, de pie sobre los estribos, ¡cambiaría mi lecho de bodas por un fusil de caza! La señora Élisabeth Boleska, mi madre, tiene sesenta cortesanos y más de tres mil fornidos siervos; se reunirán a mi voz; y yo marcharé a su cabeza para mostrar a las balas rusas a quién deben saludar primero.

-Y bien, yo, ¿pensáis que no daré nada? – dijo el administrador que había venido con sotana marrón, pues hacía penitencia. ¿Es que no tengo a mis bonitos, a mis piadosos, a mis excelentes pequeños bernardinos? ¡Habladme de esos valientes religiosos para despachar un cántico, para beber un litro de vino sin mojar los labios, y para descoser el dobladillo de las camisas moscovitas! Además tienen el don de los milagros y son grandes exorcistas. ¡Eh! ¡eh! – añadió con un guiño de ojos dirigiéndose al panetero Syruc – hay más de uno entre nosotros que tal vez tenga necesidad de su oficio.

A esas palabras del administrador, Syruc de Molowac se echó a reír en sus bigotes cuyas puntas se doblaron.

–¡Ah! ¡ah! sí, – dijo – es cierto, eso, ¡por el cerdo negro! es cierto, creo que más de uno tiene el diablo en el cuerpo.

Y se agarraba las costillas sobre su caballo, al que su sable, por los sobresaltos, golpeaba al animal en sus amplios flancos.

Entonces todos prorrumpieron a reír, sacudiendo los pechos, saliendo de sus bocas, como el vino de las barricas, gruesas y sonoras carcajadas. Éste decía: «El diablo, ¡oh! ¡oh! seguro; » aquél: « ¡Este administrador es un bufón!» Un tercero: « Aquí, aquí, yo quiero que se me exorcice.» Los demás, tronchándose, no podían hablar, y los siete caballos encabritados por el ruido entrechocaron los brillos de sus hierros delanteros, con un estrépito de alegres relinchos.

Pero el estaroste se ajustó con la mano sus bigotes erizados.

–Polonia sufre – dijo.

–¡Ella se regocijará! – respondió Étienne Boleski.

Y todos se tendieron las manos en un fraternal guirigay.

–¡Muerte a los rusos! ¡muerte a los asesinos de mujeres y niñas!

–¡Que ni un ruso vivo permanezca en Polonia!

–¡Tenían la tierra, ahora que la tierra los tenga!

–¡La sangre moscovita fecundará nuestros campos!

– ¡Su humo es el incienso que agrada a Nuestra Señora!

–¡Romperás tus cadenas, oh, patria!

–¡Serás gloriosa, oh, madre dolorosa!

–¡Serás entre las naciones como el cedro en el bosque!

–¡Y nosotros, tus pájaros libres, cantaremos en tus ramas!

Detrás del panetero, había una haya; el noble tomó su hacha, y en cuatro golpes abatió el árbol.

–Hermanos, los rusos son menos duros de talar que esta haya.

Un cernícalo sobrevolaba por encima del claro; el oficial escanciador tomó su carabina, apuntó y disparó; el pájaro cayó entre las hierbas.

–¡Amigos, los rusos vuelan menos aprisa que las aves de presa!

Luego, con una sola voz, profirieron este juramento, con la mirada dirigida hacia la gran cruz donde su dios estaba clavado:

–¡Los hijos morirán, la madre vivirá!

¡Y la vieja y boscosa Lituania, negra y taciturna, se estremecía hasta sus profundidades donde gruñe el oso y donde el águila grita, en el tumultuoso ruido de su salvaje amor!

Sin embargo se calmaron pues debían elegir un jefe.

La deliberación no fue larga. Antaño el estaroste había firmado el acta de la Confederación de Bar; él había sido compañero de Pulawski; era prudente, aunque robusto todavía; era valiente aunque viejo.

–¡Te pedimos, Kilinski – dijo el castellano de Mikalina – que seas nuestro mariscal!

–¡De acuerdo! – dijo el administrador.

–¡De acuerdo! – dijo el oficial escanciador.

–¡De acuerdo! ¡de acuerdo! – dijeron los demás.

–Hay acuerdo, – dijo Jean Tryzna, notario territorial; – Kilinski comandará el ejército.

Pero el hombre que había leído el mensaje del kan tártaro levantó la cabeza y dijo:

–No, no hay acuerdo.

–¿Por qué?

–¡Sí! ¡sí!

–¡Tu no tienes voz!

–¡Silencio!

–¿Quién eres tú?

Él dijo:

–¿Quién soy yo?

–Sí.

–Un siervo.

El panetero prorrumpió a reír.

–¿Y a quién propones por jefe?

–A mí – respondió.

Quisieron echarle de allí; pero ahora conocía sus secretos. Además, siendo concertados, pensaron que ese hombre desconocido tal vez fuese algún famoso señor, usando un disfraz para sustraerse a las curiosidades de los rusos en el camino; pudiese ser que estuviesen ante un grande de la gran Polonia, que traería ayuda y reclamaba la jefatura.

Según la opinión del administrador de los monjes, que era prudente, y del notario territorial, que era astuto, el estaroste dijo:

–Explícate.

Entonces, con el codo sobre el hombro del tártaro, que se mantenía inclinado, el siervo se expresó de este modo:

–Se cuenta en vuestros distritos que una mujer blanca deambula por la noche a lo largo de los pasillos gimiendo. ¡Es la vieja Polonia que ha muerto! Vosotros fuisteis los frutos nacidos muertos de su cadáver. Vuestra existencia no es más que una ilusión; vosotros sois unos fantasmas de guerreros, de gloriosos espectros. Cuando creéis defender vuestra patria no defendéis más que vuestro sepulcro; y vuestra incierta

quimera se desvanecerá al amanecer como se apagan al alba los cirios de vuestras capillas en torno a los catafalcos. Series vencidos, nobles, sacerdotes, ¡todo el pasado! Pero otra Polonia, surgida de la Polonia antigua, se levanta y emite el grito de guerra, poderosa, sin embargo mortal, pues es la hija y no la madre que ha padecido las angustias de la infancia. Ésta, gigante de millones de brazos, atacará Rusia y podrá vencerla. Ahora bien, ¿queréis saber mi nombre? Me llamo el que vive: yo soy la muchedumbre anónima de todos los que han sufrido y que viven; yo porto en mi viejo pecho la antigua angustia y las esperanzas de una raza, y es por eso por lo que el jefe necesario de la rebelión soy yo.

Ellos comprendieron mal.

–¿Un loco? – preguntó el oficial escanciador.

El otro continuó:

–Las palabras son vanas. ¡Qué el notario territorial abra el tintero que cuelga de su cintura y escriba bajo mi dictado no palabras, sino cifras! ¿El panetero proporcionó veinte nobles y trescientos campesinos? ¿Qué es eso? la cadena de una doble bola sería bastante larga para rodear a ese ejercito, cuando incluso se le añadieran los doscientos campesinos del portaestandarte, con los trescientos campesinos y los cincuenta criados del estaroste. Los bernardinos de Wilna se limitarán a rezar y expulsarán, no a los moscovitas de la tierra lituana, sino a los diablos de la cabecera de los heridos. La sombra de un gorro cosaco hará ocultarse en sus bodegas a los burgueses de Nowogrodec. Vuestros ochocientos leñadores, señor oficial, ¡no está mal! ¿Pero no es en sueños como los habéis contado? El señor Étienne Boleski marchará firme ante los rusos, lo sé; e incluso, delante de la frente de su padre, su sable no se levantará más que para golpear alto. Pero, si ese joven vuelve la cabeza a la hora de la carga, no vera tras él más que los espinazos polvorientos de sus campesinos en una espantosa huida. Pues vuestros siervos, al fin y al cabo, oh amos, encuentra demasiada pesada la faena de la batalla valorando su impuesto en sangre. En cuanto a mi, os ofrezco a mí mismo de entrada, un brazo seguro y un espíritu firme, ¡soldado y jefe! Vos habéis obedecido bien a Sawa, el matador de toros, que era cosaco y no me valía: ¿Por qué no obedecerme a mí? Mientras bebíais, cazabais o confabulabais en las asambleas, yo combatía en Nueva Inglaterra por la libertad de un pueblo, con los franceses y algunos de los vuestros a los que no habéis seguido. ¡He visto a Pulawski en Savannah y a Kosciusko bajo York-Town! Pero ofrezco algo más a la patria: ¡tres millones de sus hijos! Lo que yo le aporto para su salvación es toda la miseria polaca, es la sed, el hambre, la desnudez, los bastonazos sufridos, el rencor de un pueblo mártir, es el innumerable, ¡el invencible! « Labrador! ¿quieres sembrar para tu granja? toma tu guadaña y expulsa a los rusos. ¡Leñador! ¿quieres que tu parte del bosque te pertenezca? ¡toma tu hacha y somete al invasor! Pues a partir de ahora vuestros señores son vuestros hermanos y ya no son vuestros amos: el día que veais huir a sus opresores, veréis desaparecer a los vuestros. ¡Y podéis liberar la tierra puesto que la poseeréis!» Si hablo así, tendré un ejército tan numeroso que la zarina sentirá su trono peligrar a causa del temblor que producirán sus pasos en la estepa! Comprended y responded: ¿seremos vuestros iguales? ¿Debo llamar a las armas a los esclavos convertidos en ciudadanos, y si sucumben, daréis la libertad a los hijos a cambio de los cadáveres de sus padres?

–Los siervos – dijo el panetero – han nacido esclavos y deben morir como tales.

–¡Por vos!

–Ellos siembran el suelo…

–¡Para vos!

–Ellos deben defenderlo…

–¡Para vos!

–¡Puesto que nosotros los poseemos, al suelo y a ellos!

–¡Ladrones!

El oficial escanciador levantó su sable, pero ya el panetero había abofeteado al siervo con el reverso de su dura mano.

Entonces, el hombre habiendo dado un salto bajo el ultraje, se dispuso a la pelea; algunos pusieron el pie en tierra, lo envolvieron, lo agarraron, y ,con las bridas de los caballos y las correas arrancadas de las cinchas de las sillas, lo ataron, estremecido pero silencioso, al tronco de la haya que el hacha del panetero había talado hacía unos instantes.

El administrador de los bernardinos opinó que lo mejor sería dar muerte sin demora a ese hombre que había sorprendido una parte de sus secretos.

Un asesinato repugnaba al estaroste, viejo reflexivo; la sola idea revolvía el estómago a Étienne Boleski, que era un joven piadoso.

–¡Qué la sabia Trinidad lo juzgue! – dijo el viejo señor.

–¡Qué ella ilumine todas las conciencias! – dijo el joven castellano, pensativo ante el rebelde.

Los demás consintieron en ese perdón, porque el hombre estaba sólidamente atado a la haya, y porque los osos lituanos surgen de súbito entre las ramas, con el hocico peludo y los ojos de fuego rojo, sabiendo husmear sus presas desde muy lejos.

IV

Las lentas sombras, elevándose desde toda la llanura, subían dificultosamente poco a poco por la alta fachada de Mikalina, cuya única torre, en su cima, permanecía todavía iluminada.

Élisabeth Boleska, de pie, tocaba el laúd en su ventana de viuda, y, a lo lejos, inmóvil, vestido de blanco, se la hubiese tomado por la estatua de alguna santa protectora, en un nicho en una muralla negra.

No se hace esperar a las novias, y la ventana donde ellas bordan siempre da al camino de los jóvenes enamorados; pero las madres esperan incluso muchas más horas el regreso de sus hijos.

Étienne tardaba. ¿La deliberación de los nobles en el claro había sido muy larga? Élisabeth Boleska, con las manos tañendo las cuerdas del instrumento, se decía: ¿Han decidido la guerra? ¿Ha llegado el día de hacer justicia? ¿Mi hijo combatirá para liberar a su patria y restaurar su casa?

Los años habían cambiado su rostro, no su alma. Pálida como las vírgenes de marfil, ya vieja, con hijos de plata en sus largos cabellos morenos, seguía siendo la orgullosa polaca que había defendido hasta los límites de las fuerzas humanas el honor de la patria y el honor del hogar. ¿Sufría? Horriblemente, en silencio; pero esperaba el desagravio de las antiguas afrentas. Su hijo, criado en el odio a los extranjeros y a los traidores, vengaría a Polonia y a ella, a Élisabeth, sus dos madres repudiadas. Ella esperaba.

Una sola cosa la turbó un día en la paz de sus augustos rencores. Un siervo – era Rhodzko – se atrevió a decirle: «Estáis sola, habéis sido despreciada, los niños se convierten en hombres muy lentamente. ¡En cuanto a mí, soy fuerte, y tengo el alma llena de ambiciones y sueños! Polonia y tú, castellana, ¿queréis un vengador? ¿Queréis concluir, para la independencia común, con la alianza de la nobleza esclavizada por los rusos, con la servidumbre que la nobleza aplasta? » Ella lo expulsó, con una mirada orgullosa, sin respuesta. Él desapareció y no fue más que una injuria olvidada. ¿Qué le importaba ese hombre? Ella soñaba, rezaba, visitando a los enfermos y a los miserables, mirando a Étienne, menos pequeño, cantando mazurcas de antaño, llenas de rumores de

batallas, acompañado de laúd. Como esos caminantes decididos que conocen su camino, su pensamiento no se había desviado.

Esa noche, allí, cantaba en su ventana una canción de Polonia, casi una oración, porque era una canción maternal:

¡Gloria a Dios! mi hijo es bueno. Es fresco como una brisa de primavera; es alto y flexibles como un joven sauce.

¡Lo he educado con mucho amor! ¡Cuantas penas y cuidados para criarlo, creciendo, hasta la adolescencia! Ahora, cuando pasa, las muchachas corren al umbral de sus puertas, y dicen: «¿Quién es ese jinete con ojos tan dulces y tan finos bigotes?» ¡Bienaventurada aquella de nosotras que él elija por novia!

¡Gloria a Dios! mi hijo es valiente. Es fuerte como un viento de verano; es viril y está erguido bajo la armadura, como un roble cubierto de corteza.

¡Lo he educado con mucho amor! ¡Cuántos penas y cuidados para criarlo, creciendo, hasta la adolescencia! Ahora, cuando carga contra el enemigo a la cabeza de los suyos, los viejos guerreros interrumpen su combate para admirarlo y dicen: « ¿Quién es este héroe con ojos llenos de destellos y tan orgullosos bigotes? ¡Bienaventurada la república que tenga tal defensor!»

Se calló y una sonrisa de orgullo afloró en sus labios; allá, por el camino, entre los sombríos pantanos, un jinete venía hacia ella al galope, con el penacho al viento en las brumas dispersas.

Pasó el puente, entró en el patio, y de pie sobre los estribos:

– ¡Qué María, reina de Polonia, sea glorificada! – dijo.

–¡Durante toda la eternidad! – contestó ella.–¿Qué han decidido los nobles?

–¡La guerra!

–¿Qué esperan?

–¡La victoria!

–¿Cuándo partirán?

–Dentro de treinta días.

–¿Quién mandará el ejército?

–El estaroste.

–¿Quién conducirá a los nuestros?

–¡Tu hijo!

Ella extendió los brazos hacia la gran llanura oscura.

–¡Polonia! te entrego a mi hijo; ¡lo quiero más que mi vida, pero menos que a ti! ¡Qué la Virgen madre me lo devuelva vencedor, pero si muere, ¡que así sea, a condición de que tú seas libre!

Luego, tomando el laúd, acabó la canción de las madres polacas:

¡Gloria a Dios! mi hijo ha muerto. Su armadura caída brilla como la escarcha de otoño, su porte es orgulloso y magnífico como el de un árbol abatido por el rayo.

¡Lo he educado con mucho amor! ¡Cuántas penas y cuidados para criarlo, hasta la adolescencia! Ahora, mientras está caído en el campo de batalla, los arcángeles de la patria hacen a su alrededor un gran ruido de alas victoriosas, y dicen: «¿Quién es este difunto con una frente tan altiva y con tan rojas heridas? ¡Bienaventurada la madre que llorará sobre este cadáver!»

V

Bajo el resplandor un poco vacilante de un lámpara de estaño con tres mechas, que descendía desde las altas vigas, Hélyonne Kilinska, a medio vestir, con sus largos cabellos recogidos en trenzas realzando un peinado nocturno completamente dorado, ya metía una rodilla, larga y blanca, en el borde de la cama entreabierta.

Dos golpes un poco tímidos sonaron en la puerta de la habitación.

–¿Dormís, Excelencia?

–¿Qué quieres, Casimira?

–El señor estaroste envía un mensajero a Vuestra Excelencia.

–¡Mi padre!

–El mensajero insiste para ser recibido sin demora.

–Que espere; bajo enseguida.

El corazón le latía aprisa. ¡Un mensaje! ¿A cuento de qué? El estaroste le había advertido que quizás regresase mucho antes del anochecer, ¿anunciaba una prolongación de su ausencia? ¿o había ocurrido alguna desgracia? Se envolvió en una bata larga atada con un cinturón y descendió apresuradamente entrando en la gran sala, reteniendo con sus dos manos todos sus cabellos desordenados.

Un campesino, achaparrado, con la cabeza grande, se encontraba allí, bajando la mirada, poniéndose de puntillas sobre los talones con un balanceo de oso.

–¿Os envía mi padre?

–¡Bendita sea la patrona de Vuestra Excelencia!

–¡Por los siglos de los siglos! ¿Os envía mi padre?

–Sí, Excelencia, y también su Excelencia el señor Étienne Boleski.

–¡Santa María! hablad aprisa.

–El señor estaroste y el señor castellano –¡qué el bienaventurado Bobola los proteja! – ruegan a Vuestra Excelencia que se reúna con ellos.

–¿Esta noche?

–Parece que la guerra va a comenzar mañana temprano. El señor estaroste ha dicho: «Quiero besar a mi hija,» y el señor castellano: «Quiero saludar a mi novia.»

–¡Qué Dios los haga vencedores! ¿Dónde están?

–En el albergue de Pruzani, con sus compañeros. Yo soy Serge, sobrino de Thaddèus el Manco, que me ha cedido su posada; me han enviado al no tener servidores a su lado.

–¡Bien!–dijo Hélyonne.

Hizo sonar un tiembre.

–Casimira, ordena enganchar la briska; el camino es bueno de aquí a Pruzani. Vendrás conmigo. Dos criados armados nos seguirán a caballo, Soplica y Michel.

Serge dijo, sin levantar la mirada y sin dejar de balancearse:

–Vuestra Excelencia no puede hacerse acompañar ni por su doncella, ni por los criados de su castillo.

–¿Por qué?

–El señor estaroste, el señor castellano y los demás señores, no quieren que se sepa el lugar donde están reunidos.

–Vos lo habéis dicho antes en voz alta.

–Vos estáis sola, Excelencia.

Ella dudaba.

–Es muy extraño, – dijo ella, – que mi padre no os haya entregado una carta.

–El señor estaroste quería escribir, pero mi tío y yo somos ignorantes, sabiendo decir el *Pater* pero no sabiendo escribirlo; no hay ni plumas ni tinta en el albergue.

Se volvió hacia Casimira:

–¿Conoces a este campesino?

–Sí, Vuestra Excelencia. Es el sobrino de Thaddèus el Manco, Serge, de Pruzani.

Sin embargo ella no se decidía. Serge dijo de pronto:

–Olvidaba una cosa. El señor Étienne Boleski me ha dicho: « Para que la señorita Hélyonee Kilinska sepa que yo te envío, le mostrarás este cinturón que he recogido esta mañana bajo su ventana.» He aquí el cinturón, Excelencia.

–¡Ah! – exclamó Hélyonne toda alegre, y pasando sus manos entre sus cabellos sueltos, – ya sabía que me lo había robado!

Luego dijo a su doncella:

–Mi abrigo de piel, mi sombrero negro, sin penachos ni galones, y haz enganchar enseguida; Serge conducirá.

Pocos minutos después, el coche, tirado por dos caballos de Hungría, flacos y rápidos, rodaba por la ruta pedregosa que pasa ante Mikalina con dirección a Pruzani.

El cielo muy azul estaba salpicado de pequeñas estrellas, pero la llanura estaba negra, a causa de los bosques que prolongaban sus sombras.

–Serge, –dijo Hélyonne –¿no oís?

–¿Qué, Excelencia?

–Un ruido de un galope detrás de nosotros.

–No, Excelencia, no oigo nada – dijo él.

–¿Por qué los caballos van menos aprisa?

–El camino asciende, Excelencia.

Ella dijo bruscamente:

–Os digo que unas personas vienen detrás de nosotros.

–En efecto, ahora me parece oír…

–¿Qué hacéis?

–No os preocupéis, Excelencia.

–¿Detenéis el coche?

–Sí, Excelencia.

–¿Por qué os bajáis del asiento?

Serge dijo tranquilamente:

–Porque tengo órdenes de esperar aquí al que me ha enviado.

VI

Sin embargo Élisabeth Boleska había dicho a su hijo:

–Ven.

Caminaba delante de él, llevando en lo alto un candelabro de plata de seis brazos donde ardían unas mechas de cirio amarillo.

Atravesaron el patio interior del castillo, bañado de una blancura de luna, que interrumpía unas tupidas sombras, y entraron en la capilla. Cada vitral, uno tras otro iluminado al paso de la luz, brillaba aquí y allá, coloreándose y extinguiéndose con una palpitación de fulgores dispersos que ya no volvían.

–¿A dónde vamos, madre? – dijo Étienne.

–Sígueme – dijo ella.

Cuando se inclinó y se persignó ante la custodia, que se iluminó, subió hacia un paso semicircular, un poco amplio, que se encontraba detrás del altar.

En el centro de ese paso, la llama iluminó una puerta baja de bronce verde en el muro.

–Abre – dijo ella – Aquí está la llave.

Étienne obedeció. El pesado batiente se abrió y chocó contra la piedra.

Una escalera de estrechas losas se hacía visible, descendiendo y desvaneciéndose en la oscuridad de la profundidad.

Ella pasó en primer lugar sin que la llama temblase en su mano levantada.

Cuando hubieron descendido, él doce escalones, ella catorce, vieron otra puerta de piedra, donde estaba esculpida una cruz.

Élisabeth Boleska se volvió hacia su hijo.

–Étienne, –dijo – escucha antes de entrar. La hora está próxima. Vas a combatir.

–Sí, madre.

–¿Sientes tu alma decidida?

–Inquebrantable.

–¿Sobre que ciudad marcharás en primer lugar?

–Después de haber reunido en Kowno a los campesinos del portaestandarte, a los bernardinos de Wilna y a los burgueses de Nowogrodec, marcharemos sobre Troki.

–¿Sabes quién gobierna en Troki?

–Un traidor.

–¿Sabes que ese traidor es tu padre?

–Lo sé.

–¿No experimentas piedad por el que te ha engendrado?

–Solo experimento odio por el que ha traicionado a mi patria y repudiado a mi madre.

–Ese hombre tiene otro hijo que es tu hermano.

–¡No es mi hermano, puesto que no es tu hijo!

–Lo encontrarás sobre tu primer campo de batalla.

–No pregunto el nombre a los enemigos de Polonia y los golpeo sin conocerlos.

Ella dijo:

–Eres tal como te querido. Ahora, toma la llama y entra solo. Es costumbre de los caballeros polacos hacer su vigilia de armas juntos a los huesos de nuestros antepasados. Ve, serás bienvenido entre las cenizas de las razas, y las estatuas de las tumbas, sonrientes al verte, te darán buenos consejos.

Ella lo besó en la frente ampliamente, y volvió a subir las escaleras en la sombra, desapareciendo.

Él quedó solo, empujó la puerta de piedra; penetraba sin temor en el horror del sepulcro.

Una pesada palpitación de alas a punto estuvo de apagarle las velas del candelabro, huyó, se encarnizó desesperadamente allí abajo contra las negras piedras, se golpeó en la sombra, y el joven castellano vio brillar al pie de la pared dos ojos amarillos, fijos.

Un quebrantahuesos frecuentaba la cueva, penetrando allí sin duda por alguna grieta del muro.

Étienne aumentó la claridad oscurecida por un hormigueo blancuzco de mariposas.

Lleno de veneración, pero sin terror a causa de su inocencia, consideró la oscura sala funeraria, alargada, estrecha, con viejas paredes negras, supurando salitre. Alineados a un solo lado de la enorme cripta, contó muchos sepulcros blancos coronados con figuras; eran como grandes camas adosadas a un muro, donde soñarían inmutables durmientes.

En medio de la sala se erigía una cruz de madera, plantada en un pedestal de tierra solidificada con cal; la madera, en la humedad de la sombra, se había debilitado con los dos brazos del travesaño inclinándose hacia las tumbas como para bendecirlas.

Étienne Boleski, con recogimiento en medio de las orgullosas ruinas de los castellanos, se persignó ante la cruz y saludó las sepulturas.

Caminó hacia la primera tumba.

Allí, sobre el duro colchón, estaba acostado, con los brazos en cruz, un gran anciano de piedra, Jagiel, el primero de los Jagellones, que fue gran duque de Lituania, rey de Polonia y castellano de Mikalina. Habría podido ser sepultado en la basílica de su capital, pero prefirió dormir en el subterráneo del castillo donde había residido tanto tiempo. Todos aquellos que, en el futuro, poseyeron por herencia, por don o por alianza, su castellanía favorita, tuvieron el honor de descansar allí, al lado de Jagellon; y se decía: «Los castellanos de Mikalina eligen a sus novias en todos los palatinados, se casan con la gloria sobre todos los campos de batalla; pero se acuestan con la muerte en su casa.»

Étienne Boleski hizo una genuflexión ante el antepasado rey.

–Sire, –dijo – un día, siendo un anciano de ochenta años, ofreciste vuestra corona a Witolde, vuestro enemigo, al que juzgabais más digno. Padre, si algún día regreso de un combate sin que mi sable esté rojo, lo entregaré a uno de mis compañeros, y a partir de ese momento, me dedicaré a hilar la rueca.

La segunda estatua era la de un obispo orando; había combatido contra los turcos y los cosacos, vestido de malva, sobre una mula blanca que el santo padre había bendecido; no golpeaba más que con la cruz a los enemigos de su patria y de su dios; pero su carne sangraba bajo los golpes, porque un sable invisible se había enganchado con el báculo pastoral.

–Sacerdote – dijo Étienne – tú fuiste el arcángel que expulsó al extranjero del Edén de Polonia. ¡Concédeme ser terrible y puro como tú lo has sido!

Sobre la tumba vecina dormía un guerrero armado; a causa de los labios deformes, Étienne reconoció a Michel Rewienski, cuyo alias era Boca al Revés, que combatió a los jinetes teutónicos bajo Wladislas VI; en una ocasión había visto a un traidor recibir dinero, y el rictus de asco se había eternizado en su rostro.

–¿Verdad, señor, – dijo Étienne Boleski – que Jesús no ha perdonado a Judas?

Levantando la cabeza, Étienne Boleski observó con asombro, encima de la imagen de piedra, otra imagen pintada, que estaba suspendida en el muro. Pero se acordó de una costumbre establecida en Mikalina desde hacía muchos siglos: el mismo día en el que un nuevo castellano tomaba posesión del dominio, se comenzaba a erigir en la cripta, el sepulcro que debía recibirlo un día; luego, encima del granito horadado, vacío aún, se colgaba el retrato del caballero, en muy ricas vestiduras, con cinturón de parada con franjas de oro. Así, mientras que el castellano, rico, vencedor, prospero, batallaba o festejaba, su tumba lo esperaba muy abierta, y, constantemente, desde el alba a la puesta de sol, desde la noche al amanecer, él podía contemplar, por los ojos de su gloriosa imagen, el lugar donde dormiría su nada.

Étienne Boleski saludó, uno tras otro, los monumentos donde reposaban, con los ojos abiertos, en la inmóvil ensoñación de la piedra, Alexandre Vanda, noble territorial, que nunca hizo cultivar sus campos por temor a que los moscovitas invasores comiesen sobre su dominio el trigo polaco; Segismundo y Segismunda, esposo y esposa, que combatían juntos, bajo dos armaduras semejantes, como dos hermanos de armas; Hermann Korybut, llamado Korybut el de las piernas débiles, – aunque tuviese las piernas tan robustas como sus brazos, – porque se arrodillaba a menudo en las iglesias, y permanecía siempre sentado en presencia de Enrique de Valois, que no fue un buen príncipe polaco; Thaddèus Rewienski, no un guerrero, pero un buen legislador, y tan obstinado defensor de las leyes de la República, que una vez mantuvo durante catorce horas ante el rey Étienne Bathori, que la corona de Polonia no debía ser hereditaria, de modo que el rey, gustándole poco esa opinión y mediocremente paciente por naturaleza, lo mató en un acceso de cólera; muchos nobles hombres aún, desde Bolelas, que batalló bajo los muros de Viena con Jean Sobieski, hasta Soplica, digno de estima por sus virtudes y su moderación en las asambleas, aunque fuese un gran bebedor y

desenvainara fácilmente su espada después de beber; siendo muy sutil, el solo observó, el día en el que, en la iglesia de San Juan, los nobles engañados lloraban lágrimas de alegría y sollozaban de satisfacción viendo a Stanislao Augusto prestar juramento a la Convención polaca entre las manos del primado, él solo observó que el traidor Poniatowski aprovechaba esta generosa emoción para no enumerar las penas a las que todo rey nuevo, jurando leyes, debe condenarse él mismo en caso de perjurio.

Luego, el visitante de muertos ilustres se arrodilló ante el monumento donde reposaban Michel Rewienski, su venerable abuelo, el que una noche recibió en su casa de caza al vencido de Czentochowa, Pulawski el del pecho de león.

Finalmente se acodó al borde del último sepulcro. Estaba vacío, y la tapadera de piedra no había caído. Étienne dijo en su alma:

–Se me sepultará en esta tumba después de las fúnebres oraciones, puesto que el castellano mi padre, por quien se elevó, se ha hecho índigo de dormir ahí. Que yo pueda, a la hora marcada por Dios, reposar en paz ahí, el pecho largo tiempo rojo por alguna herida aceptada en una bella tarde victoriosa, – cuando más de un ruso, cuando más de un traidor no mancille la santa tierra polaca, ¡después de que mi patria sea reconquistada y mi madre vengada!

Levantaba su joven frente, levantaba el candelabro en la sombra.

Entonces vio el retrato de su padre, a la luz de las velas, – de su padre, un rostro olvidado, y dio un paso atrás, emitiendo en un grito este nombre:

–¡Michel Sawa!

Sus manos estremecidas habían dejado caer la llama; sobre el suelo húmedo, las velas, rodando se apagaron; el retrato se desvaneció.

A tientas, de tumba en tumba, Étienne ganó la puerta de piedra que santificaba la forma de una cruz.

Subió la escalera, tiró del batiente de bronce y se encontró en la capilla.

La luz de las estrellas, tamizada por los vitrales, iluminaba dulcemente la pálida forma inclinada de Élisabeth Boleska orando ante el altar.

–Madre, – gritó,– ese retrato, encima del sepulcro vacío, ese retrato no es el de mi padre, ¿verdad?

–Es el retrato de André Boleski, – dijo ella.

Entonces cayó de rodillas, desfallecido, con el pecho hacia delante, y gemía con palabras confusas, golpeándose la frente contra las losas.

VII

Ella escuchó ese nombre: « Michel Sawa; » y se acordó de una historia que Étienne le había contado; adivinó, comprendió y dijo, altiva y grande:

–¡Por los siete dolores de la muy santa Virgen! mi hijo se conmueve ante el destino de un traidor.

–Por desgracia, él me ama.

–¡Yo lo amaba!

–Fue herido en mi lugar.

–¡Mi corazón todavía sangra!

–Me ha salvado la vida.

–¿Acaso no te he amamantado?

–Hablaba de Polonia llorando.

–¡Ese ruso!

Ella añadió:

–¡Entonces, vacilas!

Al principio él no respondió. Pensaba, rezaba. Se levantó penosamente, con la cara roja y brillante de sudor, como un hombre que levanta un fardo muy pesado.

–Madre – dijo – un noble polaco no tiene en cuenta su vida, ni sus bienes, ni sus amistades; desenvaina su sable y dice a su deber: «¡Ordena!» Mi patria está oprimida, mi casa ha sido mancillada; por una y otra, venceré o moriré. ¡Pero que Dios, el día del combate, empuje o doblegue mi sable!

Ella extendía las manos para bendecirle; un débil grito, procedente del exterior, llamó a través de los cristales:

–¡Étienne!

–¡Mi nombre! – dijo el joven castellano sobresaltado.

–¡Étienne! – repetía la voz, más lejana, mezclada con ruidos de ruedas.

Reconoció la voz de Hélyonne, sí, de Hélyonne con toda seguridad.

Saltó fuera de la capilla. Dos criados atravesaban el patio.

–¡El puente! ¡bajad el puente!

La voz, más apagada, todavía suplicaba:

–¡Étienne! ¡ayuda! ¡Étienne!

Él gritó:

–¡Mi caballo!

No esperó a que el animal hubiese sido cinchado ni ensillado, le saltó sobre los riñones, los picó y con los puños en las crines, franqueó el extremo descendente del puente, encontrándose sobre el camino; de una sola mirada recorrió toda la llanura y se lanzó furiosamente en dirección a Pruzani, porque había visto, allá, bajo la luz de las estrellas, en un rápido coche, una forma levantada hacia el castillo de Mikalina con los brazos tendidos, que pedía auxilio!

Inclinado sobre el cuello del caballo, le arrancaba las crines, y lágrimas de rabia quemaban el borde de sus párpados.

¡Secuestraban a su novia, a su ángel adorado! Por las heridas de Cristo, ¿cómo era posible? Era así. Pero ¿por qué? ¿y quién? Distinguió, sobre el asiento de la brizka, a dos hombres; otro hombre, en el coche, ahora a Hélyonne. ¡Tres cobardes! Bastaría él solo contra los tres.

¡Oh! ¡los alcanzaría! Los hombres sobre el pescante, habiéndose percatado de que eran perseguidos, habían fustigado a sus caballos; un buen alazán, entre dos rodillas robustas, alcanza y sobrepasa el más ardiente tiro. En el viento que hacía ondear sus cabellos, en una dispersión de guijarros y polvo, se precipitaba, con la mirada desorbitada y el oído agudizado.

Ya veía mejor a Hélyonne de pie, debatiéndose; oía los ruidos de las ruedas más próximas; ganaba terreno.

En ese momento, un ruido seco sacudió el aire y saltó de eco en eco; una bala había atravesado el sombrero del joven castellano.

Pero Hélyonne gemía:

–¡Étienne!

Se arrojó más perdidamente gritando: «¡Aquí estoy!»

VIII

Los árboles de grandes ramas, que parecen hacer gestos en la noche, delimitaban la estrecha claridad emitida por los pálidos reflejos de las estrellas. Unos sonidos sordos, crecientes unos, disminuidos otros, graznidos de currucas, tal vez lejanos, trinos en

nidos muy cércanos, y unos rozamientos también, brotaban de todas partes como para desvanecerse en ese espacio abierto, y la espesura del abigarrado follaje donde gruñía, murmuraba, silbaba, batía el ala, la inmensa vida difusa del bosque, parecía querer estrechar la claridad entre continuas aproximaciones de tinieblas acumulándose bajo el empuje de la frondosa vegetación.

No lejos de su caballo que pacía en la hierba, y a veces relinchaba de espanto, el siervo, atado a la haya desde hacía doce horas, a regañadientes, hosco, se lamentaba por no poder morder, como un dogo azuzado al ataque.

Una cabeza salió de entre las armas.

–¿Sigues ahí?

–El otro dijo:

–¿Quién eres?

–Hassan.

–¡Desátame!

–He venido a liberarte, –dijo el tártaro. Los nobles han hablado durante mucho tiempo, luego se han ido a beber al castillo del oficial escanciador. Me he escapado. Escucha, no he comprendido todo lo que les has dicho; pero he oído que hablabas de los hombres iguales. Tenías razón. Cualquiera que sepa montar un caballo a pelo y con las crines rapadas, parte a un cosaco de un solo golpe de sable desde el cráneo hasta la entrepierna y bebe un cubo de leche fermentada sin tomar aliento, es un hombre que no tiene amo. La estepa es bastante grande para que todos los vientos soplen en ella, y el viento del sur no es el amo del viento septentrional. Es por eso por lo que he regresado. Eres libre. Toma tu caballo. Huye.

El siervo, desprendido de las ataduras, extendió sus brazos entumecidos.

Exclamó:

– ¡Tú te estirarás así, antiguo siervo, después de que los tiranos hayan sido degollados!

Luego saltó sobre su robusto caballo, diciendo:

–¡Gracias, Hassan! adios.

–¿A dónde vas? – preguntó el tártaro.

–¡A Varsovia!

–¿A ver al rey Stanislao?

–Al palacio del rey.

–¿Por qué? ¿Qué le dirás?

–Le diré: «Queréis ser el jefe de cuatro millones de hombres libres, en lugar de el criado de algunos grandes nobles? Liberad a los esclavos, ellos os liberarán de los amos.»

–¿Quieres someter a Polonia?

– Para que sus mejores hijos se levanten.

–El rey Stanislao es Catalina, es Rusia!

–¡Qué importa de que lado soplen los vientos de la libertad!

–¡Serás un traidor, como Stanislao!

–¡Tal vez Jesucristo haya humillado a Judas!

Golpeó con los talones el vientre de su caballo y se hundió en un sendero, desapareciendo entre la noche.

Alcanzó el camino sobre el linde del bosque; su pesada montura marchaba a galope tendido.

Vio venir en su dirección, muy rápidamente, un coche de viaje, donde un hombre retenía entre sus brazos a una mujer que se debatía.

Instintivamente, iba a detenerse y gritar: «¿Quién va ahí?» a preguntar a ese hombre que le hacía a esa mujer.

Pero reconoció a Ivan Boleski.

–Va, pase – dijo. –¡Una polaca noble violada por un ruso! Acepto este buen augurio de próxima venganza.

Siguió su camino. El caballo blanco de Étienne Boleski llegaba, más blanco de espuma y no hubiese tardado en alcanzar en su persecución a los secuestradores.

Pero el siervo reconoció al castellano.

–¡Alto! – dijo interrumpiendo el camino.

–¡Retiraos!

–No.

–¡Voy a rescatar a esa mujer que se llevan!

–Sí, tu novia, Hélyonne Kilinska, secuestrada por Ivan Boleski, tu hermano.

–¡Maldita sea! ¡Hazte a un lado!

–¡No pasarás!

Étienne Boleski desenvainó su sable; el otro no lo tocó; pero, tomando una pistola bajo su pelliza, hizo fuego.

El caballo, que se había encabritado, recibió la bala en el pecho y cayó sobre su jinete derribado.

Entonces el siervo lanzó su caballo hacia delante, a lo largo del camino que, después de haber pasado por delante de Mikalina, se dirigía a Varsovia, – a Varsovia, donde, desde hacía veinte y seis años, reinaba Stanislao Augusto, rey elegido fraudulentamente, traidor a su pueblo, traidor a su Dios, y al que, para el día de su coronación, he habían podido enviar desde Rusia una corona que le iba muy bien, porque había dejado la medida de su cabeza sobre la almohada de Catalina.

LIBRO SEGUNDO

EL BAILE DE SONIA IVANOWNA

I

La tarde del 26 de mayo de 1790, Sonia Ivanowna ofrecía un baile en el palacio del gobernador de Troki.

¿Qué era Troki?

Yégor Ivanowitch decía algunas veces bostezando:

–Hermana mía, admitiría Grodno; me conformaría con Smolensk; pero Troki es una ciudad absurda.

Sonia Ivanowna respondía, con un leve encogimiento de hombros:

–Absurda, sí. Pero algunas veces subo con mi hijo a la torre de San Casimiro, en la que el duque Gédimen puso la primera piedra, y yo te lo digo, Yégor, desde lo alto de la plataforma se podría ver el castillo de Mikalina, ¡si ardiese una hermosa noche!

Vieja ciudad amurallada y almenada, pesadamente situada a orillas de su lago, Troki era el puesto de avanzadilla de la dominación moscovita.

Al pie de la fortaleza, discurría el Brezzala, torrente más que un río, de repente erizado por bloques de granito, luego desmoronándose en cataratas desde lo alto de los bancos de calizas; no tenía puentes; era algo así como un animal demasiado fogoso no sufre la silla.

Pero el río libre bañaba una tierra esclava.

Después de la dispersión de los confederados de Bar que había seguido al desmembramiento de Polonia – el Expolio tras la Muerte – el burgo de Troki, en el Palatinado de Wilna, pertenecía a Rusia, al igual que los palatinados de Minsk, de Polotsk, de Vitebsk, de Mstizlaw y el de Nowogrodec, que se llamaba la Rusia negra.

A decir verdad, Catalina II hacía gala de discreción no reivindicando a todo trance ni Troki ni Wilna, y fingía dejar la soberanía a Stanislao Augusto; la emperatriz era la ladrona, el rey era el encubridor.

De ahí la necesidad de gobernadores polacos de nacimiento y rusos por la traición; el gobierno de Troki fue el regalo de bodas que recibió de Stanislao, a una orden de Catalina, el marido de Sonia Ivanowna.

Él hubiese deseado otro puesto menos cercano al distrito de Mikalina; el favor de la emperatriz, dirigido quizás por alguna otra voluntad, lo mantuvo en Troki obstinadamente.

Cuatro veces al año, durante diecisiete años – las mañanas de los cuatro días que preceden Pascua, la Trinidad, Todos los Santos y la Navidad – un hombre a caballo, sin uniforme, al que seguía un estado mayor resplandeciente de entorchados dorados, se dirigía al campo de maniobras, donde pasaba revista a dos escuadrones de cosacos con sombreros de astracán puntiagudos, a cuatro batallones de artillería con su tumulto de

armas, un regimiento de húsares negros y catorce compañías de ucranianos a pie, vestidos de rojo.

Era André Boleski, envejecido, pensativo, con la mirada desviada, saludado demasiado bajo por los unos, y al que otros no saludaban.

Sin embargo Sonia Ivanowna, en esa gris residencia, desplegaba una furiosa alegría y una extravagancia en el lujo que dejaba estupefactos a los humildes habitantes de la ciudad y deslumbraba a la nobleza de las castellanías vecinas. Su calesa, que era tirada por cuatro caballos blancos conducidos por dos lacayos en librea, se sacudía con movimientos de penachos, chasquidos de fustas y sonidos de cascabeles desde las calles verdes de hierba, de donde huían los niños bajo las ventanas de los serios burgueses, hasta la estepa, donde la soledad también se asombraba.

Con Ivan y con Yégor, Sonia ordenó la elegancia y decretó el buen humor. Inventaba fiestas. Imaginaba embarcar mascaradas venecianas en el lago de Troki, que era un sucio Adriático; el notario territorial debió disfrazarse de gondolero; la estarostina tropezó con su cola de dragona. En cualquier época, los oficiales de la guarnición formaban una especie de corte frívola, llena de ruidos de sables y risas. Conmocionada, extasiada y arruinada, la ciudad de Troki conoció la despiadada tiranía del placer.

Al principio, André Boleski participaba poco en esas diversiones, en esas fiestas, puesto que quedó al margen de ellas absolutamente. Le gustaba permanecer solo en una vieja sala de vigas negras donde unas armaduras brillaban; allí caminaba, con la cabeza baja, se detenía, volvía a reemprender la marcha, como un hombre presa de inquietud.

Su puesto no carecía de peligro, ni estaba exento de amenazas; si bien los nobles del distrito, contentos de vivir con el espinazo curvado y la espada oculta bajo el abrigo, no abrían la boca nada más que para decir: « De acuerdo,» al crimen de la emperatriz y a la complicidad del rey; muchos otros resoplaban de cólera en sus bigotes y se lamentaban de tener pesadillas después de beber, donde unas rusas se sentaban sobre sus estómagos.

Más de una vez, André Boleski, con la frente sobre el cristal, inmóvil, miraba espesarse, a lo lejos, en dirección a Mikalina, los negros bosques de Polonia, de donde podía surgir a cada instante una nueva rebelión, como un joven lobo salido del bosque.

Una mañana, el coronel Wladimir Petrowitch, que comandaba la milicia ucraniana, entró bruscamente y dijo:

–¡Hay novedades, Excelencia!

El conde se sobresaltó. Tenía esos escalofríos cuando alguien que él no conocía le dirigía bruscamente la palabra.

–¿Qué ocurre, señor?

–Un destacamento de mis ucranianos se ha apoderado, en el camino de Slonim, de dos carretas llenas de pólvora y balas.

–¡Ah! – dijo el conde; – ¿y quién las conducía?

–Unos campesinos que se han dado a la fuga.

–¿De modo que no ha sido posible saber a quién estaban destinadas esas municiones?

–Perdonadme, Excelencia. Uno de mis hombres, que tiene por costumbre pasear bastante lejos con sus monturas, ha reconocido a los campesinos; pertenecen a Syruc de Molawac, panetero de Solonim.

–Eso me tranquiliza, coronel. Syruc es un gran cazador de osos y bisontes. Municiones de caza, y no municiones de guerra.

Despidió al oficial. Retomó su taciturno paseo con la frente baja de una pared a otra.

En otra ocasión, un monje Bernardino, procedente de Wilna, solicitó una audiencia con el gobernador.

–Excelencia, ¡el cielo conoce mis intenciones! Sabe que yo me he decidido, sin largas controversias conmigo mismo, a desvelaros los complots de los hermanos de mi orden y de su digno administrador Gaëtan Massaliki. ¡Perdonadlos señor, pues no están más que confundidos!

–¿Un complot? – dijo el conde.

–¿Seré abad? – dijo el monje.

André Boleski llamó a sus guardias e hizo conducir a ese delator a las puertas de la ciudad. Pero desde ese día pareció más melancólico todavía.

Algunos días más tarde, el Mayor Dréwics le habló en estos términos:

–Señor, es evidente que se está preparando un levantamiento en Lituania. De todas partes nos llegan informaciones que están contrastadas y coinciden entre sí. Los nobles polacos se envían mensajes los unos a los otros, se reúnen en misteriosas asambleas, compran en el extranjero fusiles e incluso cañones. Es hora de actuar, Excelencia.

El conde palideció.

–Los rumores exageran, – dijo. – Sin embargo, disponed la ciudad en estado de defensa; a partir de hoy las puertas se cerrarán a las ocho de la noche, y no se abrirán hasta que sea pleno día. Por el momento esas medidas serán suficientes. Además, deberemos mantener en secreto las alarmas que os han llegado para no inquietar a la población.

–Vuestra Excelencia será obedecida. ¿No cree que sería conveniente ocupar militarmente las rutas que desembocan en Troki y enviar patrullas de reconocimiento a los bosques de Pruzani y de Mikalina?

–Mayor, –dijo el conde – os ruego que os limitéis a ejecutar mis órdenes.

Una vez solo, André Boleski pensó durante mucho tiempo con la cabeza entre sus manos.

Luego hizo llamar a uno de sus correos cosacos, en quién tenía mucha confianza. El correo entró; el conde escribía.

–¡Aquí estoy, Excelencia!

–Espera.

Una vez firmada la carta, la introdujo en un sobre:

–Tarass, – preguntó el conde – ¿cuánto tiempo necesitarás con un buen caballo para ir a Petersburgo?

–Dieciséis días, – dijo Tarass, – porque es necesario que el caballo duerma. Ya he hecho ese viaje. Pero llegaría la noche del decimocuarto día forzando al caballo.

–Hazlo.

–Catorce días entonces.

–¿Otro tanto para regresar?

–Menos, Excelencia: la ida sube, el regreso desciende.

–Partes hoy, 26 de mayo; ¿estarás de regreso el 24 de junio?

–El 24 de junio, quizás por la mañana, antes de la noche con toda seguridad, a menos que se me haya retenido en Petersburgo.

–No serás retenido.

–¿Cuál es mi misión?

–Entregar esta carta a la zarina.

–¿Se me dará audiencia sin demora?

–Tú eres el correo del gobernador de Troki.

–¿Y si Su Majestad está ausente?

–Si Su Majestad está ausente, te harás anunciar en casa del feld-mariscal.

–¿Alexandrowitch Potemkin?

–Sí.

–¿Le entregaré la carta?

–Sí.

–¿Su Majestad o Su Alteza darán una repuesta?

–Sí.

–¿Al instante?

–Al instante.

–Señor, el 24 de junio os traeré la respuesta de la emperatriz o del feld-mariscal.

–El 24 de junio –dijo el conde con la voz temblorosa, – estaré aquí, en esta ventana, esperándote desde el amanecer; y tu caballo, que habrá llevado un siervo, traerá un hombre libre.

II

Esa noche, Sonia Ivanowna daba un baile, y aunque no fuese época de carnaval, había ordenado que fuese de disfraces.

Satenes acolchados en las paredes, lazos de cintas en los rincones, encajes doblados de seda, plegados en torno a la tela azul y blanca, abandono de trapos preciosos sobre los frágiles brazos de oro de las sillas, alegorías del techo, todos los carmesíes claros y todos los azules tiernos de los pasteles mostraban sus delicadas armonías en la sala imbuida de fragancias, donde Sonia Ivanowna, entre las velas rosadas de dos altos candelabros, a medio vestir con un vestido de Diana, estilo Boucher, deslizaba su delicado busto en una blusa de arlequín, estilo Watteau.

–¡Toc! ¡toc!

No fue un golpe, sino una onomatopeya vocal, según el modo de los nobles rusos que se jactan de elegancia francesa.

–¡Ivan tal vez! – dijo Sonia Ivanowna despidiendo vivamente a las dos doncellas que mantenían levantado el traje de disfraces del baile.

En corsé, con los brazos desnudos y el pecho hinchado fuera de un doble nido de ballenas y gasas, dirigió hacia la puerta su bonito rostro claro y rosado, maquillado con una leve capa de polvos, en donde los severos años no habían conseguido exorcizar la belleza del diablo.

–Entra – dijo ella.

Pero fue Yégor Ivanowitch quién entró, y con él un ruido de músicas, de cuchicheos, de risas y telas rozándose en el torbellino de las danzas.

En frac de gruesa tela azul de Nápoles, a lo Lauzun, pechera de seda, pantalón a juego con el frac, medias de seda rosa, empolvado, maquillado, almizclado, con el tricornio bajo el brazo, Yégor Ivanowitch se mostraba absolutamente perfecto.

Ahora era un personaje considerable, en cierta medida porque era el ayuda de campo de André Boleski, gobernador militar de Troki, y mucho porque no tenia igual en repartir chocolatinas que se le enviaban desde París, y por mantener su sombrero bajo su axila izquierda, con un gesto al que nadie podría poner objeciones.

En realidad ejercía la función de maestro supremo de las elegancias, siendo bastante francés para parecer sobrenatural a los nobles polacos, ya rusos, y a los administradores rusos, aún cosacos, que dominaban la ciudad y la provincia de Troki. Lo que puso la guinda a su ya célebre renombre, fue que hizo edificar un palacio cuyo tejado adoptaba la forma de un tricornio. ¡Cómo no admirar semejante imaginación! Desde entonces fue establecido que la chapska polaca era buena para los campesinos, y, en lo referente a los sombreros redondos, ya no había medio de adaptarse a ellos.

–Vaya, hermanito, – dijo Sonia, – ¡entrar de ese modo! ¿en qué estás pensando? Me vas a ver completamente desnuda. Rápido, Varvara, una bata.

Se envolvió en una muselina clara, pareciendo mucho más desnuda todavía.

–Creía que era mi hijo. Hace siete mortales días que ha partido para Pruzani; estoy loca de preocupación. Pero a ti, ¿qué te trae por aquí? Habla rápido. Estoy haciendo un «cambio» como dicen las actrices de la Ópera. Estaba bonita disfrazada de Diana, ¿verdad? ¡poca tela, pero tan transparente! Mi marido estaba furioso. Nadie podrá reprocharme mi segundo disfraz. De seda muy espesa, muy pegajosa, muy mullida. Todas esas gordas lituanas se morirán de rabia. ¡Ah! dime, Yégor, ¿has visto a la esposa del castellano de Polotsk? una torre de nieve que se funde. Pero vete ya. No puedo ponerme las medias delante de ti.

–Hermana, – respondió Yégor – no hay más que una mujer en el mundo que sea más charlatana que tú, ¡la mía! Además, eras un demonio vestida de Diana, y serás un ángel de arlequín.

Se dejó caer en un sillón, no dejando de decir: « ¡Uf! » cruzó las piernas y dijo:

–Es absolutamente necesario que hable contigo.

–¿Un mensaje de Ivan?

–No.

–¿Noticias de Polonia?

–¡Eh! no. Se trata de mí, sólo de mí y de mi esposa.

–Te escucho,– dijo ella, resignada; – mientras tanto me peinarán y cambiaré mis lunares postizos. Pero habla en francés por culpa de estas doncellas.

–¡Ah!, hermana, me has hecho una buena jugarreta. Si hubieses convencido a tu marido para que me prestase cien mil rublos, no habría dejado de ser soltero. Pero, claro, había vendido mi último siervo y ya no me quedaba un copeck para hacer acabar el tricornio de mi palacete; mi reputación estaba perdida; no me quedó más remedio que optar por el ridículo y me he tenido que casar con Nadine Pétrowka, es decir el diablo.

– Cuantas exageraciones; Nadine es muy bonita.

–¡Bueno! pasable.

–Rubia.

–Tengo predilección por las morenas.

–Joven.

–¿Se es esposa antes de los treinta años?

–Una bonita gordura.

–Sí, un pequeño tonel.

–Nada tonta.

–¡Caramba! el diablo.

–Un poco habladora, es cierto.

–¡No duerme, por miedo a callarse! en definitiva, insoportable.

–Es tu esposa, eso es todo.

–Además, me engaña.

–¡Eh! ¿cómo puede ser eso? ¿Has cometido la locura de casarte, pero imagino que no tendrás la estupidez de estar celoso?

–Soy un patán, hermanita. Pero Nadine sobrepasa los límites.

–¡Bueno! ¿Es que hay límites?

–¡Ah! sí, tú no los ves porque hace tiempo que corres del otro lado.

–¡Yégor!

–Entre nosotros. Además, hablamos francés.

–Eres un impertinente. Vuelve con Nadine.

–¿Sabes a quién prefiere?

–¿A ti?

–Sí, a mí.

–¡Oh, hermanito, y a otros! –dijo Sonia con una risita.

–En fin, ¿sabes a quién prefiere?

–A Grégor Grégorowitch, el director de la prisión militar.

–¡Sí! ¡un carcelero! un dispensador de bastonazos. Hace un instante les he sorprendido delante del buffet, bebiendo champán…

–¿Qué hay de malo en eso?

–¡En la misma copa!

–¿A la vez?

–¡Hermana!

–No te enfades. Veo lo que te preocupa. Tu no le dedicas demasiado tiempo a tu mujer, y hace mucho que os habríais divorciado si no estuvieses arruinado; incluso aceptarías de buen grado algunas de sus galanterías a condición de que ella no se comprometiese más que con nobles de bonito porte y elegantes maneras, – el coronel Wladimir, por ejemplo. Pero te hierve la bilis que se muestre inclinada precisamente hacia Grégor que ha llegado de Tobolsk, sin ninguna idea de las costumbres de la buena sociedad, barbudo y melenudo, de gruesos labios, ojos de buey y gestos que parecen golpear, con una voz que dice: «¡Sois encantadora!» con el mismo tono en el que diría: «¡Veinte latigazos a esta mujer!»

–Me ha deshonrado.

–¡Oh! te compadezco.

–¿Te ríes? Se diría que encuentras natural…

–¿La conducta de Nadine? no digo que impertinente, sino pasablemente natural.

–¡Rayos! – exclamó Yégor Ivanowitch.

–¡Ah! ¡mira que eres tonto!

Ella lo miró, un lunar postizo al lado del ojo y otro cerca de la comisura de los labios, empolvada, exquisita, no más de veintiséis años.

–Date la vuelta, – dijo ella – mientras me calzo.

Él giró su sillón y ella continuó:

–¿Conoces un poco a tu esposa?

–Sin duda.

–Bien poco, ¿verdad?

–Demasiado.

–No bastante. Créeme, Nadine es una extraña criatura, y bastante misteriosa por infantil y charlatana que parezca. Yo se la habría prohibido a Ivan, que es demasiado pequeño. Redonda, gordita, pero con una piel que la ciñe como un corsé natural; y si cayese, rebotaría. Ojos de fuego amarillo que deben quemarle los párpados. ¿Te has fijado como sus pómulos, un poco altos, pómulos de auténtica moscovita, se vuelven de repente de un blanco mate cuando baila con cualquier otro que no seas tú? Muchas mujeres enrojecen; ella palidece, eso es serio. Mírate, hermanito, un frac de tela de Nápoles o de terciopelo de Anvers, esta muy bien, y no tengo nada que decir de tu sastre; además tienes, desde hace tiempo y debido a nuestra estancia en Francia, un aspecto de noble que, seguramente, te tomarían en Versalles – en la época en la que la reina no recibía más que a las damas de la Halle – por un asiduo al Biribi de las Virtudes, pero que es completamente suficiente en este país mitad ruso mitad polaco y completamente bárbaro. Ten cuidado, sin embargo; el otro día, no sé quien pedía su coche, y tu gritaste: «¡Aquí, aquí! Excelencia!» como antaño, en Nijni-Nowgorod. No importa. Eres delicioso para Troki. Pero, que quieres – te digo esto como hermana,– ser delicioso no basta. La pechera no dispensa el pecho. Nadine cuenta, muerta de risa, que tus bombones a lo Richelieu no proceden de la casa de un buen fabricante, y el director de la prisión es un oso completamente notable. Ahora puedes volverte, ya estoy vestida. Varbara, dame mi antifaz y mi mazo.

Se dejó ver fina y espigada en su estrecho chaleco a rombos negros, rosas, blancos y verdes. Además, más arlequín que arlequina, pues había desdeñado la falda, que hubiese quitado al disfraz un poco de su graciosa virilidad. El pequeño fieltro se inclinaba hacia la oreja izquierda con aspecto de no querer mantenerse allí, y bajo la negrura de la máscara, la brusquedad de la boca más roja hacía el efecto de una doble fresa reventada.

Esperaba algún comentario, pero Yégor Ivanowitch, la miró indiferente, sin despegar los labios. Evidentemente, Sonia lo había herido en lo más hondo; ella levantó los hombros e hizo sonar su mazo.

–¿No tienes nada que decirme?

–No, condesa.

–¿Fue por el placer de una simple charla por lo que has interrumpido mi cambio de disfraz? Eres un gran inoportuno. Vamos, dame tu brazo, y regresemos al baile.

Él exclamó:

–¡Bien! sí, ¡tengo algo más que decirte!

–¡Magnífico!

–¿Puedes obtener todo lo que quieras de tu marido?

–¡Ah! Yégor, yo envejezco y el conde es muy gris. Veamos, ¿que quieres?

–¡Necesito una orden del gobernador para hacer encerrar a mi esposa en el convento de las carmelitas de Smolensk!

–¿Estás loco?

–Lleno de razón.

–¡Eso sería un abuso de poder!

–Ya lo sé.

–¡Nadine montaría un escándalo!

–No se la escucharía.

–¡No es católica!

–Se convertirá.

Sonia Ivanowna estalló a reír.

–¿Convenido? – preguntó él.

–Dios mío! – dijo ella. – ¿Es que puedo negarte alguna vez algo?

–¡Ah! Sonia, eres la más bella del mundo en ese traje tan picante, y soñaré esta noche que no soy tu hermano.

–Muy bien, señor, – dijo ella tomándole del brazo – veo que hay que complaceros para que seáis galante.

Iban a salir del salón. Se abrió la puerta bruscamente empujada.

–¿Dónde está mamá?

Era Ivan Boleski, en pelliza de viaje, polvoriento, con los cabellos despeinados.

–¡Oh! ¡por fin!– exclamó ella.

–Él se detuvo, mirándola.

– Pero fíjate en este mal hijo que no reconoce a su madre.

Ella le saltó al cuello, radiante, besándole en los cabellos, sobre la frente, en los ojos.

–¿Tú? – dijo él. ¡Oh, es muy bonito este traje!

Pero frunció el ceño.

–Debo hablarte enseguida, a ti sola. Vete Yégor. Ni una palabra de mi regreso a nadie. ¡Bien! ¿entiendes? Déjanos.

Yégor Ivanowitch salió, tras un pequeño golpe propinado por el mazo del arlequín en el encaje de su pechera, y a una señal de Sonia, las dos doncellas lo siguieron.

Tenía a su hijo tomado por el cuello, lo miraba, ansiosa.

Él dijo:

–Quítate ese traje y ponte una pelliza. Nos espera un coche. Date prisa. He dejado a Hélyonne Kilinska en la casa de postas, a dos verstas de la ciudad.

–¡Te ha seguido! – dijo Sonia con un grito de loca alegría.

–Está herida. Mira, tengo sangre en mis mangas. Ven, tu la salvarás. Me mataría si ella muriese.

III

Cuando era muy pequeño, Sonia Ivanowna, a medio despertar, con un resto de sueño que todavía se delataba debajo de sus cejas, se estiraba ampliamente en la calidez de la cama, con un bonito suspiro de bostezo y tendía la mano haciendo sonar un timbre para que le trajesen a su hijo; se despejaba rápidamente desde el instante en que el niño estaba allí, encima de ella, alzado en el aire por la nodriza, completamente blanco, gordito, el queridito encanto, que movía sus piernas fuera de la camisa corta, y crispaba los dedos de sus pequeños pies, mostrando sus plantas un poco rosadas. «¡Ven, te adoro!» La presencia del niño y cuando extendía los brazos hacia esa aurora, provocaba en ella un desvanecimiento de sombras, un despuntar del día. ¡Le hacía mil locuras!. Ella le ponía en cada mano uno de sus dedos, a los que él estrechaba con fuerza y, por débil que fuese, comenzaba a caminar sobre su pequeño cuerpo; ella al principio se sentaba y luego se incorporaba para que se arrojase a su cuello. Algunas veces resbalaba, entre el pecho y el brazo, y caía con su cabecita hacia delante, entre los cabellos largos y finos de su madre que lo envolvían y adornaban, haciendo con ellos collares, cinturones, abrazando y girando, con besos y risas, a su bello amor prisionero en la gran red de oro.

–¡Ah! será un fastidio – dijo ella una vez, – cuando tenga veinte años.

Cuando tuvo tres o cuatro, lo sentaba a su lado mientras las doncellas la peinaban. Ella decía: «Mira el espejo.» Dentro de su camisita de encajes, él inclinaba la cabeza un poco, apoyando la palma de la mano entre dos potes de maquillaje, y, como los rostros de un doble pastel, sus reflejos rosas se sonreían con los labios juntos. Una vez peinada, ella le preguntaba: «¿Estoy bien?» pues ya casi hablaba. Era extraordinario para su edad, distinguiendo los colores de los vestidos, siguiendo los gestos de las doncellas, sabiendo ya muchas palabras. Una vez, cuando ella partía para un baile, – pues se le acostaba muy tarde, – levantó el dedo hacia la frente de su madre y dijo: «¡Polvo!» En efecto, una mecha olvidada por la borla había quedado marcada en la blancura de la cabellera.

Él crecía. Más vestidos, un pequeño frac de terciopelo rosa con flores de perlas. Le enseñó como se gesticula con los labios, como poner la mano sobre la vaina de la espada para dar una apariencia provocativa; Yégor Ivanowitch, – pues el príncipe tomaba parte en la educación de su sobrino, – le reveló el secreto del gesto para colocar el tricornio bajo la axila. Pronto, con una nube de polvo sobre sus cabellos rubios que se volvían pelirrojos, un poco de rubor en sus mejillas y un lunar postizo muy cerca del ojo, – que se propia madre le ponía arrodillándose – tuvo todos los ademanes de esos marqueses niños que se dibujan sobre los abanicos, que señalan hacia un bosquecillo de rosas donde un Cupido dispara una flecha a una pequeña pastora pompadour cuyo cuello se dobla hacia atrás para hacer destacar el seno, y que, con rápido movimiento, hace ondear por detrás su falda de satén claro estampada a flores.

Como se había encargado de instruir a su hijo, Sonia Ivanowna quiso enseñarle a bailar el minué y la gavota. « ¡Mira! » Ella lo tomaba, recomenzaba veinte veces unos pasos con zapatos de satén azul, levantando la falda hasta el blanco rosado de los

tobillos. «¿En qué piensas?» el se volvía rojo, trató de bailar, no había aprendido del todo la gavota.

De vez en cuando, una doncella francesa, joven, pero no bonita, le hacía deletrear una novela de La Popelinière, que encontraba tirada en la habitación de Sonia, por el día, sobre algún mueble o al pie de la cama, al lado de las chinelas con tacones dorados. Mas tarde, cuando supo leer – tenía unos diez años por ese entonces – la doncella, durante las ausencias de la madre, se tumbaba sobre un sofá con la cabeza hacia el hombro, y escuchaba la lectura de Ivan, que, una vez, con un salto de joven gato, le echó las uñas al cuello y la mordió en el corsé: «¡Cómo!, ¿ya? » dijo la madre, presa de una risa loca, cuando supo esa historia. Ella le reprendió en voz alta, diciéndole luego muy bajito: « ¡Uf! ¡vaya adefesio! » Pero se mostró muy prudente y prohibió a Ivan introducirse en la habitación de las mujeres antes de la hora en que se acabasen de vestir. Él obedeció. A partir de ese momento él miraba siempre por el agujero de la cerradura, para ver si podía entrar.

André Boleski reclamó a su hijo. « Sonia, dijo, déjame hacer un hombre de nuestro hijo.» Ella respondió: « Lo mimarías. » Sin embargo obtuvo que se le nombrase un instructor. El padre asistió a las lecciones, atento, supervisando el despertar del pensamiento en los ojos de su hijo. Le hablaba mucho tiempo, con cariño, trataba de interesar, de atraer, de conquistar a esa joven alma; entristecido desde hacía años, desprovisto de muchas esperanzas, hubiese querido fundir su vida en la de su hijo, para continuarla en él, rejuvenecido y feliz. Iván escuchaba a su padre al igual que miraba los libros, aburrido, un poco arisco. A veces tenía bruscos e incontrolados arrebatos de cólera. Una vez que se le había reprendido a propósito de una lección mal recitada, salió y, sobre la escalera abofeteó a un criado. El pequeño cosaco surgía del pequeño marqués. Pero, cerca de Sonia, se calmaba, se rozaba contra ella, ronroneando como un pequeño tigre domesticado, al que se le dicen zalamerías; y le chiflaba galopar, con la cabeza hacia su madre, en la portezuela de la carroza, o bailar con ella en el baile: él, emperifollado de cintas y sedas; ella, toda de satén, con los brazos desnudos y que tan bien le sentaban.

Andre Boleski, más taciturno, partió para un viaje; permaneció ausente durante un año entero.

Cuando estuvieron solos, se adoraron más locamente. Como él iba a tener quince años, decía todo y ella no le ocultaba nada, a su cariño se añadía un poco de complicidad. «¿Sabes?, ¡él te hace la corte! » Y ella: « ¡Es extraordinario que te hayas enamorada de la gordita estarostina!» Era por las tardes cuando se contaban sus cuitas, después de almorzar con champán.

Él a punto estuvo de batirse en duelo – a los dieciséis años – con el coronel Wladimir, que era de muy buena casa, por la gordita estarostina, precisamente. En Troki, se encontraban siempre, porque allí no había más que un lugar de paseo, y ocho o diez jóvenes mujeres apenas. Sonia creyó perder la razón. Tuvo una crisis de nervios, y gritaba: « ¡Mi Iván! ¡a espada!» Se lo devolverían quizás herido, moribundo, con un pequeño agujero rosa en su fina piel. Ella se dijo: « ¡No! » Fue a ver al coronel. Una madre puede hacer esas gestiones. Era de noche, no importa; no habia tiempo que perder. Temiendo que se sospechase a donde iba, se hizo vestir con un vestido claro escotado, como para una fiesta. «¿Sabes?, dijo ella al regresar, el coronel te pedirá excusas.»

Por otra parte continuaba con la educación de Iván. Una vez, se sentaron en la salita, cada uno de un lado de una mesa de abedul, ante un mapa de Polonia desplegado.

Ella dijo:

–Escúchame bien, tengo una idea.

–¡Qué seria estás!

–Mira ahí. Eso es Mikalina.
–Sí, mamá.
–Dame los lunares.
–¿Por qué?
Ella marcó con los lunares postizos, sobre el mapa, los puntos que designaba.
–Mikalina. ¿Ves?
–Sí.
–En ese castillo, hace diecisiete años, pasó algo espantoso.
–Sí, sí, ya sé –dijo él.
Se levantó, fue a arrodillarse ante ella y le besó uno tras otro los dedos.
–¡Yo te vengaré, mamá!
–Tú puedes.
–¡Yo quiero!
–Te adoro. Vuelve a tu sitio. Más cera de Troki, ahí, está el castillo de Pruzani, que pertenece a tu padre; que te pertenece, ¡una fortaleza!
–Mamá, instalando cañones sobre las torres de Pruzani, ¿no se podría destruir Mikalina?
–Creo que sí. Pero se necesitaría un pretexto, ¿comprendes?, a causa del rey y la emperatriz. ¡Ah! las represalias serían terribles. ¡Yo prometí a Elisabeth Boleska que reconocería a su hijo! Pero esos polacos son unos cobardes. Por pesado que sea el yugo, lo soportan. Desde hace diecisiete años los espío: nada, ni un complot, y vigilo; ¡es espantoso! Antes de ser vengada, seré fea.
–¡No!– dijo él apretando los puños.
– No, ¡gracias a ti! Mira aún. Del otro lado hay otro castillo; no figura en el mapa.
–¿Aquí?
–Donde pongo el rojo.
Con el extremo de una uña, ella había tomado un poco de colorete en su mejilla, e hizo sobre el mapa un pequeña señal rosa.
–Es la residencia del estaroste Kilinski, que arrancó el Águila blanca del pecho de tu padre. Tiene una hija, Hélyonne Kilinska.
–¿Hélyonne Kilinska?
–Sí, ella es la prometida…
–¡De mi hermano!– exclamó él.
–De Étienne Boleski. ¡Tú no tienes hermano, Iván!
-¿Su novia? – repitió él frunciendo el entrecejo.
–Sí.
Se produjo un silencio. Él dijo:
–¿Joven, sin duda?
–Creo que dieciocho años.
–¿Bonita?
–Eso dicen.
–Pues bien, mamá, – dijo él estallando en risas – ¡parto para Pruzani!
Ella le tendió los brazos, le tomó por el cuello, lo atrajo hacia sí por encima de la mesa y lo besó apasionadamente diciendo:
–¡Ah! ¡mi pequeño querido! ¡has comprendido! ¡Eres tan guapo! ella te amará.
Siete días más tarde, regresaba de Pruzani con un poco de sangre en los encajes de sus mangas.

IV

El coche los transportaba. Sonia tenía metida la mano en su propia pelliza, estrechamente, como para protegerla del frío o de un peligro.

Dijo:

–¿Herida? ¿por quién? Ivan, no me vuelvas loca. Háblame, querido. Cuéntame todo lo que ha pasado.

–¡Oh! mamá, ¿tú no la dejarás morir, verdad? La herida es cerca del cuello, allí donde yo puse mis labios. Casi no se ve. Es como un pequeño bocado muy fino, manando sangre de vez en cuando.

–Pero, ¿quién se la ha hecho?

–¡La amo tanto! – dijo él.

Sonia es estremeció.

–Déjame explicártelo. De madrugada, vestido de campesino, yo abandonaba Pruzani, y a través del bosque me dirigía al castillo del estaroste; ella se encontraba siempre en su ventana, una ventana en la que hay pájaros y flores constantemente. ¡Dios mío! ¡qué bonita es! Tanto como tú. Pero de otro modo.

–¡Ah! ¿De otro modo? – dijo la madre.

–Sus largos cabellos son de oro pálido, muy lisos; tiene el rostro un poco largo, de una palidez azulada, como si el azul de la mirada se le deslizase por la piel. Cuando partí, ¡no había pensado que pudiese ser tan dulce! Bordaba en su ventana. ¿Mostrarme? ¿hablarle? No me atrevía; me escondía detrás de los árboles, frente a ella. Allí permanecía hasta el atardecer, mirándola, muy contento de estar tan cerca y muy triste de estar tan lejos.

–¿Y a él, lo has visto? – preguntó Sonia con los dientes apretados.

–¡No hables de él! ¡no hables de él! – dijo.

–¿Has visto al hijo de Élisabeth Boleska? Responde.

–¡Sí, lo he visto!

Ella preguntó:

–¿Es apuesto?

–Creo que sí.

–¡Oh!, menos que tú, ¡estoy segura de ello! – dijo abrazándolo ardientemente.

–¡Ella le ama, madre! Era para él el cinturón que bordaba con flores, – ¡flores tan bonitas que parecían sonrisas que hubiese dejado caer! ¡Oh! yo ya lo odiaba por tu causa; ¡ahora lo odio más debido a ella! Si no hubiese existido tal vez yo pudiese seguir viendo siempre a Hélyonne de lejos; pero puesto que era suya, ¡la he secuestrado!

–¿La has secuestrado? – dijo Sonia.

–Sí. Ella siguió, sin desconfianza, a un hombre mío, Serge, un campesino, gracias al cinturón del que me apoderé. Había leído historias como esta en las novelas, a espaldas tuyas.

–¡Ah! ¡eres un encanto! – dijo ella.

–Los caballos tiraban de la brizka, a galope tendido. Yo tenía a Hélyonne entre mis brazos, llorosa, gritando siempre: « Étienne » Pronto vi a alguien que nos seguía a caballo.

–¡Él!

–Él

–¿Estabas armado?

–Ella continuaba gritando: «Étienne». Se acercó e hice fuego.

–¿Cayó?

–No, continuaba su persecución. Pero, finalmente, no volví a oír el galope de su montura.

–Te digo que lo alcanzaste.

–No lo sé. Hélyonne dejó de llamar. Permanecía inmóvil, con los ojos abiertos, sin lágrimas. Como había cesado de resistir, yo me mantenía un poco más alejado de ella, avergonzado.

–Niño, – dijo Sonia, – ¡ella no esperaba más que una palabra para ser menos severa, tal vez para sonreírte! ¿Es que una mujer puede ver a mi Iván sin adorarlo?

–¡Oh! fueron largas horas, tristes. Yo no la miraba. Algunas veces tenía ganas de decirle: « ¡Vete! ¡te libero! ». Miraba los grandes árboles durante la noche, tan negros y siniestros a ambos lados de la ruta. Tenía miedo algunas veces, a causa de las sombras, como cuando era pequeño y no había luz por la noche en la habitación, mientras tú estabas en el baile. Y me sentía destrozado. Cerraba los ojos. Cuando comenzó a amanecer y abrí los párpados, Hélyonne ya no estaba en el coche.

–¿Había huido?

–Durante mi sueño, Serge y su compañero, adormecidos sobre el pescante, no la habían visto ni oído descender y precipitarse sin duda sobre el camino, a riesgo de matarse. ¡Los habría golpeado! ¿Desde cuanto tiempo no estaba allí? ¿Podría volver a buscarla? Había que buscar a través de todos esos bosques, por donde ella había podido irse. Ya había luz en la llanura: pero el bosque estaba repleto de sombras. Serge me acompañó. Nos abrimos paso entre la espesura. ¿Llamarla? Habría huido; teníamos que sorprenderla. Luego, no sé como, me encontré solo; Serge que había creído seguirme, perdió mis huellas. Completamente solo, mamá, en la oscuridad, con grandes troncos de cedros, que se movían crujiendo un poco. Las hojas hacían unos ruidos como si detrás de ellas se encontrasen personas ocultas; en los musgos unas formas largas que eran verdes y amarillas también, se deslizaban en zigzag, despareciendo, dejando tras ellas un movimiento de briznas de hierbas; y de repente un gran pájaro, que parecía ser de oro en llamas, levantó el vuelo desde unas zarzas, galopeándome con un violento batir de alas asustadas. Pero seguía caminando. Quería encontrar a Hélyonne, ¡la encontraría! Como había olvidado mis pistolas en el coche, llevaba mi cuchillo de caza en la mano, por si acaso me topaba con un oso o un bisonte.

–¡Oh! ¡qué valiente! – dijo la madre.

–¡Fue ella quién me llamó, mamá! Yo, no; ella pidiendo auxilio. Un animal, sin duda, la había asustado al pasar, y el miedo le arrancó un grito. Me dirigí presto al lugar y la vi, temblando, agachada entre unos helechos, con los brazos cruzados sobre su pecho, más espantada de mí que del animal que había pasado. Caí a sus pies, deshecho en lágrimas.

–¡Magnífico!– dijo Sonia.

–Por fin me habló. « ¡Sois infame! ¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí? ¿Por qué me habéis secuestrado? » Yo no sabía que responder, pero dije mi nombre, lo recuerdo. ¡Oh! me equivoqué, pues ella se volvió loca; comenzó a proferir precipitadamente palabras crueles. « Que era el hijo del maldito; que no era sorprendente que fuese un monstruo, puesto que mi madre era Sonia Ivanowna!» La agarré. ¿Comprendes? ¡Ella te insultaba! y además era bella, tan bonita, estaba tan hermosa en su cólera, ¡que su piel era más blanca y sus labios más rojos! Quería escaparse de mí; ¡pero yo, aunque bajo, soy fuerte! La tenía bien sujeta. La sentía contra mí, tan cerca, tan ligera y ondulante, y, como la aferrase con vigor, en cada uno de sus esfuerzos se me aproximaba más. En esta lucha, donde yo me sentía vibrar de rabia y amor, desgarré, no sé por qué, su manga con mis uñas o con mis dientes. Su piel, como el frescor de un fruto de nieve, rozó mis labios. ¡Ella gritó! Me volví loco. Le arranqué el vestido y rozaba la frente, las mejillas, los labios sobre esos luminosos hombros que eran como una pálida luna creciente de carne. Ella decía: «¡Cobarde!» Y la besaba, mordía sus insultos. La amaba como el lobo al hambre. ¡Me abofeteó! La arrojé al suelo, desfalleciente, y mis labios seguían su

cuello, su cuello tan largo y tan pálido, que sangraba, porque besándola había hundido allí la punta de mi cuchillo.

–¡Oh! ¡Iván! ¡Iván! ¡qué brutal eres! – dijo Sonia Ivanowna.

–¡Yo la había herido, yo, yo, que la adoro! Se desvaneció en las hierbas con apariencia de estar muerta. Imagínate, que a punto estuve de matarme con mi propio cuchillo. Iba y venía, llamando, retorciendo los brazos, llorando de rabia. ¡Oh! ¡no me atrevía a tocarla en ese momento! No, incluso para asegurarme de si su corazón seguía latiendo, no toqué a Hélyonne. Me senté a su lado, estúpido, esperando que abriese los ojos, mirando salir de la blancura de su cuello pequeñas perlas de sangre, como la sabia roja que llorase una flor de lis. Pero Serge me había oído. Transportando ambos a Hélyonne, que estaba viva, según me decía Serge, regresamos al coche. Fue necesario que los caballos marchasen muy lentamente; cada bache hacía que Hélyonne suspirase o emitiese un pequeño grito. Yo mantenía sus manos, donde regresaba el calor de la vida. Pero ella levantó los párpados, se estremeció al verme, y el pañuelo que yo había puesto sobre su herida se tiño de repente de un rojo más intenso. Entonces, me di la vuelta y no volví a tocarle la mano.

–¡Pobre Iván! – dijo Sonia.

–Caía la noche cuando advertimos las afueras de Troki. No sabía a donde conducir a la pobre herida. Nos detuvimos ante la puerta de la ciudad, en la casa de postas. Ahora, Hélyonne está acostada, muy pálida, sobre una pobre cama de campesina. ¡Oh! la salvaremos, ¿verdad, mamá?

–Sí, querido, y pronto te amará. Tu le hablarás durante su convalecencia. Creo que te preocupas por poca cosa, y seguro que no le has hecho un gran daño con tu cuchillo.

–¡Oh! madre, tiemblo. Cuando llegamos a la casa de postas, había ante la puerta un viajero a quién se le acababa de alquilar un caballo; un hombre singular, que parecía un niño y también tenía aspecto de un hombre mayor. Estaba vestido de un modo extravagante, bonito, donde los colores se mezclan, bordado por todas partes de franjas verdes; y tenía sobre el hombro un pájaro domesticado, como un paje de caza. Viendo a Hélyonne herida, con los ojos cerrados, bajó del caballo rápidamente. Contó que conocía grandes secretos para curar las heridas. Nos siguió, entró en la habitación conmigo, y, tras haber mirado la herida roja, dijo que era grave, muy grave, por desgracia.

La briska se detuvo; sin embargo, todavía no había pasado la muralla de la ciudad; Sonia vio merodear alrededor del coche formas sombrías de hombres, que habían salido de un gran muro, elevando unas antorchas en la oscuridad.

–¡Bien! ¿qué ocurre? – preguntó ella bajando el cristal de la portezuela.

Un oficial se adelantó; reconoció a Sonia Ivanowna; y dijo muy vivamente:

–Perdónadnos señora, por haber detenido vuestro coche. Las órdenes son rigurosas. Las puertas de Troki cierran a las ocho de la noche.

–Hacedlas abrir.

–¿Debo obedecer, Excelencia?

–Puesto que yo os lo ordeno, señor.

–Esta noche, señora, ya he faltado a mi consigna dejando entrar al conde Ivan a la ciudad. ¿Vuestra Excelencia querrá disculparme ante el mayor Dréwics?

–Yo asumo la responsabilidad. Apresuraos, os lo ruego.

El oficial se inclinó, hizo una señal a dos cosacos que se encontraban detrás de él, ariscos y negros.

Se oyó un ruido de enormes goznes que chirrían. Sonia dijo de pronto:

–¿Desde cuando estas ordenes, señor, y a cuento de qué?

–¿Vuestra Excelencia lo ignora? Se teme un levantamiento en Lituania.

–¡En Lituania! – exclamó Sonia.

–Sí, señora, no lejos de Troki, en los distritos de Pruzani y MIkalina.

–¿En Mikalina, decís? ¿Estáis diciendo que la nobleza de Mikalina piensa en rebelarse?

–Corre el rumor, señora. Gracias a Dios, la ciudad está preparada para resistir un asalto.

–Señor, dijo Sonia, creo que sois lugarteniente, ¿verdad?

–Lugarteniente, Excelencia.

–Pues bien, – añadió ella muy alegre y dando palmadas – gracias a vuestra buena noticia, ¡os doy la palabra de mi marido de que se seréis capitán!

Se había levantado el rastrillo y bajado el puente. La brizka corrió vivamente en un gran ruido de vigas que gimen y de hierros que se sacuden.

–¡Por fin! ¡por fin! ¡se rebelan! – decía Sonia.

–Sí, – dijo Iván – había olvidado decírtelo. Parece que se va a luchar. Por desgracia es la sangre de Hélyonne la primera que ha corrido.

Ella no se atrevía a mostrarse demasiado contenta a causa de la tristeza de su hijo. Pero todo su corazón se henchía de gozo, sus labios se movían con intensidad como para decir mil palabras, y, contra el cristal de la portezuela, con el extremo de sus dedos finos, donde brillaban unos rubís sangrantes, golpeaba, con un ritmo de marcha militar, el sonsonete de una danza francesa que había bailado esa noche.

El coche se detuvo de nuevo; esta vez fue ante la casa de postas, una baja construcción de planchas, frágil, oscura, donde brillaba una sola ventana.

Iván saltó del coche y Sonia lo siguió. La puerta no estaba cerrada y entraron en la casa.

–Toma mi mano – dijo él.

Condujo a su madre. Subían en las tinieblas una escalera de madera, que giraba angostamente y crujía bajo sus pasos.

Una luz se deslizaba por debajo de una puerta.

–No me atrevo a entrar – dijo él.

Ella empujó el batiente y entró en primer lugar. Vio, en la leve claridad melancólica de la habitación, sobre la gran cama sin dosel, una larga forma blanca, extendida, con los brazos en cruz.

Un hombre extrañamente vestido estaba de rodillas ante el lecho, al lado de una mesa donde ardían tres altas velas, adornadas de rosas blancas.

–¡Oh!–dijo Iván, de lejos, no atreviéndose a dar un paso, – ¿por qué habéis encendido esos cirios rodeados de flores?

Tzoryl respondió sin volver la cabeza:

–Porque es costumbre en mi país hacer arder cirios y hacer florecer rosas a la cabecera del lecho de las muchachas muertas.

V

Ella se había llevado a su hijo llorando y gimiendo inconsolablemente. Lo había desvestido y acostado ella misma en su propia cama, diciéndole: « No me aflijas. Es una gran desgracia lo que ha ocurrido; pero hay otras muchachas en el mundo, jóvenes e igualmente bellas. Procura tranquilizarte. Estás roto, trata de dormir, duerme, querido, te lo ruego. Quedaré a tu lado y te vigilaré como cuando eras pequeño.» Él no quería escuchar, mordía con sollozos sofocados los encajes del la almohada. Algunas veces la música entre bailes, llegada de la sala vecina, donde el baile todavía duraba, atravesaba las paredes, las colgaduras, deslizándose bajo la puerta, empujando la algarabía de un

estribillo hasta el pie de la cama, subiendo y desvaneciéndose en los pliegues de las cortinas.

Iván cerró los ojos bajo las suaves caricias de su madre, y lentamente se quedó dormido.

Sonia dijo:

–¡Sueña con Hélyonne, querido!

Pero a ello la poseía otro pensamiento.

Besó en la frente a su niño mimado, y, como mantenía bajo la pelliza el alegre traje de arlequín, regresó a la fiesta, con el antifaz en la mano, tras haberse pasado ante el espejo, una borla de polvo níveo sobre sus mejillas un poco desmaquilladas, pues las emociones intensas y también el aire frío de la noche no son aconsejables para el cutis.

En la sala de baile, completamente cálida por las luces, los sudores vaporizados y los vahos de los alientes, entre las altas tapicerías donde unos Agnés Sorel, medio desnudos entre grupos de Cupidos rellenitos, se asombras de su belleza reflejada en un espejo enmarcado de palomas, bajo el techo mezclado donde languidecen tiernas mitologías, se sacudía una gran muchedumbre, gruesa, pesada, pero maquillada, demasiado almizclada, con gran movimiento de faralás y perifollos, toda la nobleza alemana o rusa del distrito, estupefacta de sí misma: castellanos, grandes cazadores de osos, disfrazados de Tircis del Linon, chambelanes embutidos en sus disfraces de satén azufre, mariscales de cabeza rapada, bizqueando a cusa de sus narices postizas, estarostinas, poderosas matronas en faldas cortas de señoritas, escuderos de chinos, directores de cacerías vestidos de pierrots, portaespadas que eran portacayados, notarios territoriales que eran crispines, todo un torbellino multicolor de osos y osas danzando en alguna extravagante feria bajo las correas sonoras de la orquesta.

Sonia buscaba al conde Boleski. Le informaron que el conde había aparecido un instante y se había retirado. Ella no hizo más que atravesarla sala, deslizándo entre los grupos su endeble elegancia, sonriendo a todas esas alegrías, con un aire de joven reina sutil que aprueba con un poco de desdén.

En un saloncito vecino, encontró a Yégor Ivanowitch que trataba, en vano, de discutir con su esposa.

Disfrazada de Iris, pero casi sin tela, demasiado gorda, demasiado blanca, demasiado rosa, demasiado desnuda, con una boca que parecía un doble pimiento rojo, Nadine Pétrowka charlaba sin parar.

–¿Y bien, que? ¿Qué ocurre? ¡Aquí estamos solos! ¿Qué pasa? ¿Qué quieres? ¿Qué tienes que decirme? ¿De quién estás celoso? ¿De Wladimir, que es guapo, o de Grégor Grégorowitch, que es enorme? Habla, habla pues. Concedo una audiencia a tu mal humor. Doy la palabra a tus celos. Pero date prisa, he prometido la mazurka.

Sonia se encogió de hombros y siguió buscando al conde.

En cuanto a Yégor, había abierto la boca para responder. Vana tentativa.

–¡Ah! ¡Supongo que no dirás que carezco de complacencia! – continúo Nadine sin tomar aliento.– Estoy en el baile, mi peinado es un prodigio, mi vestido un milagro. Sí, señor, mi vestido; ¡no se creerá, pero tengo uno! Las mujeres dicen que mis brazos están bien y mis hombros son mejores; los hombres, – exceptuándote a ti, claro está, – los hombres… en definitiva, un triunfo. Entonces, vienes tú, me haces una señal furiosa ¿por qué? Aparentemente no estoy tan fea como para dar miedo. Podría hacer caso omiso. Por supuesto, te obedezco. Te sigo a este salón apartado. Afronto el ridículo de ser sorprendida cara a cara con mi marido, y, tranquilamente, escucho todas las naderías que te pasan por la cabeza.

Ella se hinchaba, se sonrojaba, se sofocaba, el pecho palpitando como dos gruesas alas de pájaro color de ibis demasiado pesadas para volar. Entonces el creyó que hablaría. Pero ella continúo desaforadamente:

–¡Oh! ¡discute, arma un escándalos, desgañítate! Me espero de todo. Dime que soy frívola, fea, tonta, incluso charlatana –¡charlatana! ¡qué maldad!– ¡amenázame con el convento, se arisco conmigo a tus anchas, golpéame, muérdeme! Ya ves, estoy resignada.

El no se resignaba. Dando un puñetazo en su tricornio se adelantó.

– ¡Pero créeme que no soportaré todos los días semejantes escenas! ¿Estoy condenada a las minas? ¿Vivimos en Siberia? No. Estamos en Troki, en un país más o menos civilizado, aunque las mujeres se vistan tan mal como en los tiempos de Pedro el Grande. Yo pretendo ser libre de ir, venir y vestirme a mi guisa…

–Y de…

–¡Desnudarme también! y bailar, comer y beber…

–En la copa…

–¡Del mayor! de escuchar a quien me habla, –¡te escucho bien! – y de sonreír a quien me sonríe. ¿Quieres divorciarte? divorciémonos. Yo no te gusto, tú no me gustas. ¡Siempre gritos y mil palabras vanas! Está claro: el divorcio. Ahora, voy a bailar la mazurka. Tu verás, tengo en los talones pequeñas alas que hacen un ruido de castañuelas doradas. – ¡Pues creo que ya no tienes nada más que decirme!

Un criado pasaba llevando sobre una bandeja unas copas de champán y unos sorbetes de hielo.

–Déle un helado al príncipe, está muy sofocado.

En ese momento, Sonia reapareció, saliendo del apartamento del conde.

–¡Ah! Sonia Ivanowna, tu baile sería perfecto si no hubieses invitado a mi marido.

Allá encima, escarlata, toda despeinada, se escapó en la nube vaga de su pedazo de tela, con risillas que arrastraban detrás como un desfile de guirnaldas.

Yégor dijo:

–¡La estrangularé!

Pero miró a su hermana y se calló, porque estaba muy pálida en torno a sus pómulos con colorete.

–¿Qué sucede, Sonia?

–¡Sucede –dijo con los dientes apretados – que André Boleski me roba mi venganza! ¡Sucede que no regresaré jamás, triunfante del brazo de mi hijo a ese castillo de Mikalina, donde fui expulsada aquella noche!

–¡Diantre! yo mismo esperaba vengarme de un cierto plato de engrudo negro que he guardo en el estomago. ¿Pero que te ha dicho?...

–El propio conde ha enviado a la emperatriz su dimisión como gobernador militar. Tarass ha partido para Petersburgo.

–Pero entonces, ¿ya no soy ayuda de campo?

Ella estaba sentada. Miraba las flores de la alfombra con mirada fija. Mezclaba, torcía sus frágiles dedos cuyas falanges, al chasquear, se pusieron rosadas.

De repente dijo, sin mirar a su hermano:

–Yégor, ¿quieres que Nadine Pétrowka sea encerrada en el convento de las carmelitas de Smolensk?

–¡Ah! ¡ya lo creo! –suspiró.

–Se sale de un convento.

–Es verdad, por desgracia.

–Líbrate de tu mujer por completo con un divorcio.

–¡Bueno! ¿y mis deudas?

–Yo las pagaré.

–¿Todas?

–Incluso podrías adquirir algunas.

–¡Oh, hermana incomparable!

–Además, te regalo la granja que tengo en el distrito de Grodno.

–¿Es rentable?

–Seis mil rublos al año. ¿Callas? ¿No aceptas?

Yégor Ivanowitch se rascaba la punta de la nariz con el extremo de la más larga de sus uñas.

–Divorcio, deudas pagadas, la granja de Grodno, es demasiado bueno, me asustas –dijo –¿Qué diablos quieres pedirme a cambio?

Ella se levantó. Estaba más pálida. Se ajustó con una mana su pequeño gorro de fieltro de arlequín que no se inclinaba lo suficiente, golpeó con su mazo y dijo, con el cuello extendido hacia el baile:

–Una mazurca, ¿verdad? Invítame, Yégor; hablaremos mientras bailamos.

VI

Una palidez circular, angosta todavía, emergía por el oriente sobre el oscuro azul del lago de Troki; unas sombras que ya eran ya jirones de la noche inquieta, se estremecieron, se dilataron sobre la superficie lisa del agua, donde un intenso soplido, procedente del inmediato amanecer, dejó deslizante una larga estela de pequeñas arrugas luminosas. La claridad del horizonte se hacía cada vez más amplia, subió detrás de las blancuras de algodón que, pronto penetradas de un atisbo de dia, transparentaron y se desvanecieron en una niebla de llamas pálidas. Entonces, mientras un velo, que parecía de plate, atravesaba la estela luminosa sobre el agua, una sola ventana de la ciudad se iluminó con un brusco resplandor, como un indicativo de un despertar, y en el doble azul, al mismo tiempo iluminado, del gran lago y del cielo, lentamente, con expansiones de nieves enrojecidas, cuyos bordes se fundían en arroyos de brasas, surgió la bella aurora de la ciudad, hizo lucir las esmeraldas mojadas en las cimas de los lejanos bosques, y allá abajo, al borde de la ruta, al lado de una cruz de madera inclinada, alumbró como un fuego de alegría el tejado de paja de una casa de campesinos, donde, levantando la cresta y batiendo el ala, un gallo rojo cantó.

Tzoryl salió de la casa. Pese a los años, siempre tenía la cara un poco gruesa y sonrosada, ingenua, entre largos cabellos caídos en bucles; algunas arrugas cerca de su boca, eran como costumbres de sonrisas.

Sobre el satén escarlata de su manga, una paloma gris y blanca se encontraba en su pechera, con la cabeza todavía bajo el ala.

El pajarero miró, en el claro crepúsculo, del lado de Troki, cuyas murallas y casas se amontonan como enormes escaleras hasta el puente de la fortalea.

La ciudad estaba silenciosa, todas las ventanas permanecían cerradas, no había ningún transeúnte sobre la ruta.

Sin embargo dijo, fiándose mejor con ojos de pájaro:

–¿No ves nada, tú, Gris-Plata?

Ese no era el Gris-Plata que antaño fuera el más amado entre todos los huéspedes de la pajarera de Mikalina.

Las palomas también mueren, las alas no vuelan siempre. Pero aquél que ya no era más que un montón de pequeños huesos y plumas bajo tierra al pie de un rosal, y una pequeña alma melodiosa en algún paraíso desconocido, había tenido un hijo que merecía llevar el nombre paterno.

Gris-Plata sacudió sus alas, estiró una tras otra sus patas donde las garras se abrieron, giró el pico hacia la ciudad, luego se alisó las plumas del cuello sobre la almohada de su amo, con un largo arrullo.

Sin duda había respondido, pues Tzoryl dijo:

–Esta bien.

Se volvió hacia la casa, abrió de par en par la puerta, que no tenía más que un solo batiente muy largo.

–Venid – dijo.

Apareció un campesino, con la cabeza hacia delante y las dos manos en los bastidores de una camilla hecha con algunas ramas de árbol.

Tras él, sobre esa especie de lecho, estaba la joven muerta, Hélyonne, extendida, con los dos brazos a lo largo del cuerpo, más blanca que pálida y que parecía estar viva a causa de una sonrisa de aurora que lucía sobre las mejillas. Otro campesino sostenía los otros dos bastidores.

Tzoryl dijo:

–Marchemos. La joven damisela, cuya alma está en el paraíso, sentada sobre las rodillas de Nuestra Señora la Virgen, me pidió llevarla, muerta, al país donde ha nacido. Iré pues hasta Mikalina; pero para vosotros sería un camino demasiado fatigoso; os detendréis en Pruzani donde encontraré otros porteadores.

Entre la pálida llanura, rosada en algunas zonas por suaves claridades, y el lago que deslumbraba, completamente fresco y estremecido bajo halos de vahó, la ruta se prolongaba indefinidamente en el frescor del aire, hacia el occidente todavía brumoso de vapores.

Pero no siguieron mucho tiempo a orillas del lago. Un camino más estrecho se extendía en el bosque, entre la clara vegetación, un poco removida bajo una bóveda a menudo formada de estremecidas hojas, atravesadas de azul aquí, y salpicada de oro allá, sacudidas de súbito por disputas de pájaros que se acababan en una dispersión de alas. Dos relucientes acebos y de verdes espinas mostraban sus bolitas rosas y sus frágiles florecillas, donde merodeaba un tropel de abejas salvajes, donde se oían pequeños gritos de insectos. Por todos partes había cantos, estremecimientos, perfumes, el misterioso y dulce despertar de los bosques.

Tzoryl recogió flores, correhuelas, gavanzas, campanillas que lloraban gotas de rocío, violetas de los musgos, pequeñas estrellas de los fresales. Sus manos, sus brazos eran unas cestas desbordantes; Gris-Plata tuvo en el pico una larga brizna de hierba, de donde todavía permanecía posada una mariposa blanca. Luego el pajarero se acercó al lecho fúnebre, y dejó caer todas las flores sobre la muerta; las correhuelas se enredaron en los cabellos, unas violetas pusieron en los párpados cerrados dos pequeño ojos que sueñan, una gavanza cayó sobre los labios como el beso de otra boca, también bonita; y, bajo la luz dorada que temblaba, la muchacha difunta tuvo una mortaja de nieve rosa y pálida. Se hubiera dicho que la primavera quería seguirla para ser enterrada con ella.

Uno de los campesinos exclamó:

–¿Oís?

–¿Qué? – preguntó el pajarero.

–Pasos de caballos que galopan.

–¿Detrás de nosotros?

–No, delante.

–Entonces, ¡qué me importa! – dijo Tzoryl.

Pero el campesino continuó, con aspecto asusado:

–Nos importa a nosotros. Ya estamos lejos de Troki. Esos hombres ue vienen, son polacos seguramente. Se dice que la nobelza se ha levantado en ese distrito. Ahora bien, Excelencia, mi hermano y yo estamos con los rusos porque regentamos la casa de postas. Es natural, ¿no? Los rebeldes pueden reconocernos, detenernos, ¡y quién sabe lo que podría ocurrir!

–Nada bueno, – dijo el otro campesino.

–¡Aquí están! ¡unos penachos, sables, polacos seguramente! ¡Qué los santos os protejan, Excelencia!

–¡Y que la Panagia os acompañe!

Allí, los dos campesinos, tras haber depositado sobre la ruta la florida camilla, se arrojaron bosque a través, entre un gran ruido de ramas rotas.

Tzoryl dijo a Gris-Plata:

–¡Unos cobardes!

Sin embargo cuatro jinetes acudían en efecto a todo lo que daban de sí sus monturas.

–¡Sitio! – dijo uno.

Pero detuvo su caballo, con este grito:

–¡Hélyonne!

Era Étienne Boleski. A pesar de su madre, a pesar el viejo estaroste que decía: « ¡Pensemos primero en la patria! » había dejado Mikalina, en la búsqueda de Hélyonne secuestrada, transportado por la vana esperanza de encontrarla, de rescatarla, de recuperarla!

Saltó del caballo, luego, espantosamente pálido, se lanzó con un clamor de horror, cayendo sobre sus rodillas.

Veía a Hélyonne muerta.

Estaba muy cerca de ella, con el pecho sacudido por sollozos y la cabeza entre las flores sobre el seno de la difunta.

Pero sintió una tibieza bajar y subir bajo su mejilla; una lenta caricia lo tomaba por el cuello, quería que él girase la cabeza… y vio entonces, extasiado, a Hélyonne, medio incorporada en un dispersamiento de gavanzas y campanillas, sonreírle reabriendo sus ojos de ángel donde las violetas caídas dieron paso a la verdadera mirada.

Tzoryl dijo a su pájaro, que forcejeaba con las plumas estremecidas:

–¡Tenías razón Gris-Plata! Esta estratagema me repugnaba; pero tú, que sabes hacer el muerto, has insistido para que la damisela fingiese haber dejado de vivir. Te felicito. No hemos descubierto a Michel Sawa, pero traemos a Hélyonne. Iré a cogerte moras un poco verdes – ¡a ti te gustan así, goloso! – y tu paloma preferida tendrá musgo en el olmo, que es más suave que las plumas, para perfumar vuestro nido de bodas.

Sobre el florido camino, entre las agitaciones inclinadas de la vegetación, ella sentada, él de rodillas, y con las manos ardientemente estrechadas, ¡Hélyonne y Étienne se miraban, sin palabras, deliciosamente! No había sobre toda la ruta más sol que en torno a ellos.

LIBRO TERCERO

LOS TRAIDORES

I

Tres pesadas lámparas de bronce con tres brazos, descendiendo a igual distancia de las vigas del techo, iluminaban malamente una larga sala con paredes de roble negro; unas armaduras aquí y allá parecían unos espectros de acero.

Sentado en una vieja silla, ante una ventana abierta, André Boleski miraba el exterior, arrugando su frente, donde el crepúsculo hacía palidecer los reflejos de las lámparas.

Había envejecido muy aprisa, se había encorvado, abandonado. La luz de sus ojos se apagaba en una triste mirada; dos profundas y blandas arrugas le descendían desde los párpados hasta los labios, como si las lágrimas hubiesen horadado un surco; y toda su actitud revelaba en él un irremediable agobio por una pesada y antigua carga.

Fuera de la ciudad, a orillas del lago, unos faroles rojos corrían aquí y allá, y fuegos de vivaque iluminaban bruscamente grupos sombríos donde brillaban las armas: el pequeño ejército moscovita, ucranianos, húsares y cosacos, acampaban sobre las murallas, dispuestos a entrar en campaña.

Cada mañana, desde hacía varios días, el gobernador militar de Troki fijaba para el día siguiente la partida de las tropas; cada noche, decía:

–Mañana será.

No daba razones, parecía no oír los murmullos y se volvía de hora en hora cada vez más melancólico, con gestos de preocupación.

En general se pensaba que esperaba refuerzos. Lo que en realidad esperaba era la respuesta de Catalina II; pero Tarass no regresaba. ¿Qué le habría ocurrido? Hoy, 27 de junio, ya habían pasado más de setenta y dos horas desde que debería haber regresado. Tras una última mirada, no al campamento que se fundía en el más oscuro crepúsculo, sino a la ruta todavía gris, donde no aparecía ninguna forma viva, André Boleski, sin levantarse, giró su asiento hacia una mesa que estaba allí. Tomó una pluma diciendo en voz baja:

–Tarass llegará esta noche o mañana. Todavía hay que dar una contraorden, ganar un día.

Escribió lentamente y golpeó un timbre, permaneciendo pensativo con la frente entre las manos.

Alguien entró y se acercó. El conde, sin volver la cabeza, tendió la carta y dijo:

–Para el coronel Wladimir. Entregadla.

Luego, como por instinto de huir a toda presencia, incluso la nula presencia de un criado, se levantó y caminó con los brazos colgando, hacia el fondo de la sala, lejos de la ventana.

Durante ese tiempo, el hombre que había recibido la carta la abrió lentamente y leyó.

Ese no era un criado; llevaba una pelliza de piel oscura que se alzaba levemente por la punta curva del sable.

El conde se volvió.

–¿Quién sois? – exclamó, – ¿y qué hacéis aquí, señor?

El hombre respondió:

–¿Quién soy? no importa. ¿Qué hago?...

Rompió la carta y añadió:

–Vuestro deber.

André Boleski, invadido por la cólera, avanzó violentamente. El otro también dio algunos pasos; luego, haciendo una genuflexión hasta tierra, tendió al gobernador un pergamino enrollado de donde pendía un sello de cera y dijo:

–De parte de Su Majestad el rey Stanislao Augusto, que me presenta ante Vuestra Excelencia.

Los ojos del conde brillaron como atravesados de esperanza.

–¡Daos, – dijo olvidando cualquier otra cosa, –daos prisa, señor!

Desenrolló el pergamino; estaba de pie, en medio de la sala; el otro dijo:

–Si Vuestra Excelencia lee dificultosamente bajo la claridad de esta lámpara, yo podría resumirle el contenido del despacho.

–¿Lo habéis leído?

–Yo lo he escrito.

Y mientras André Boleski, cuyos ojos se apagaron de inmediato, recorría la carta real, el hombre continuó:

–Su Majestad se sorprende de vuestra inacción extrañamente prolongada; Al principio había pensado en destituiros simplemente; pero juzgó conveniente oponer a los polacos un polaco, la deserción y la apostasía pueden ser un buen ejemplo. Os conmina a entrar en campaña sin más demora, y me encargó de que me asegurase de ello obligándoos, siendo una necesidad acuciante. Eso es todo, ¿no es así, Excelencia?

El conde, casi desfalleciente, había dejado caer la carta; de una mirada fugaz observó al mensajero que todavía hablaba.

De pronto lo miró más fijamente, de más cerca, y exclamó:

–¡Rhodzko!

–Había renunciado ya al honor de ser reconocido. – dijo Rhodzko inclinándose.

–¡Tú! ¿al servicio del rey de Polonia? ¿y poderoso?

–Muy poderoso.

–¿Cómo puede ser eso? ¿tú, un siervo?

–Sí, un siervo.

El conde continuó vivamente:

–¡En fin, no importa! se trata de una afortunada casualidad lo que te trae. Escúchame. ¡He sido un buen amo, no tienes razones para odiarme!

Rhodzko sonrió:

–Yo soy muy devoto a Vuestra Excelencia.

–¡Pues bien! retrasa un día aún la marcha del ejército. Tú puedes hacerlo, en nombre del rey puedes. Una demora de veinticuatro horas, no pido nada más.

–Así que es cierto, – dijo Rhodzko con una mirada que aclara las ideas, – ¿tenéis piedad por vuestra patria?

André Boleski exclamó con un brusco sollozo:

–Rhodzko, ¡amo a mi hijo!

–¿A cuál, Excelencia?

El conde no escuchó. Se había dejado caer en la silla, delante de la mesa. Lloraba con el rostro entre sus manos. Dijo:

–¡Ah! ¡si supieses mis torturas! Las sabrás, me escucharás. Un antiguo servidor es un amigo.

–¿Vos creéis? – dijo el otro.

– Debo hablar con alguien que pueda comprenderme y compadecerme. ¡Desde hace muchos años me ahogo! ¿Conoces a Sonia Ivanowna? ¿La has vuelto a ver? Joven aún, siempre seductora. ¡Miserable aquél que la tomó por esposa a causa de la belleza! Él sufrirá por los encantadores ojos, llorará por las sonrisas. ¿Su corazón? ni siquiera sé si late. Jamás he obtenido de ella una mirada sincera que consuela ni una palabra dulce y auténtica. Ardiente en los placeres vanos, fría en las dichas reales, frívola hasta la barbarie, y ¿quién sabe? a menudo la he considerado traidora e infame, eso es lo que ella ha sido durante diecisiete años para mí, que tanto la he adorado, ¡que todavía me ruborizo por amarla!

Rhodzko dijo:

–Vos habéis repudiado a Élisabeth Boleska, señor.

–Eso no es todo. Tengo un hijo de esta mujer.

–Un día me lo encontré en un bosque.

–He esperado viéndole crecer. He querido volcar en él todas mis ternuras avivadas con todas mis angustias. ¡Esa alma nueva sería buena y me amaría! Pero no, es igual a Sonia, ¡igual! Como si el cielo, para redoblar mis amarguras, hubiese querido volvérmela a entregar en él.

Rhodzko dijo:

–Vos habéis abandonado a Étienne Boleski, señor.

–Por desgracia, el recuerdo de ese niño, que apenas había visto, ¡y en qué día fatal! me acosaba como una visión del Paraíso. Tú no estabas allí, tú, en Mikalina, – no, tú no estabas allí, – cuando él vino corriendo para tirar de mi traje y decirme con su voz de pajarillo: « ¿Sois vos mi padre, señor? » Me lo imaginaba crecido, encantador con todas las inocencias, provisto de todas las virtudes como su hermano; lamentablemente, nada había de ello. ¡Quise conocerle! Su madre lo había enviado a Francia para que acabase allí sus estudios. Estuve en Francia, hace dos años; le he visto, le he hablado. ¡Ah! Rhodzko, es todavía mejor de lo que había soñado.

–¿Le habéis hablado?

–Al principio no. Pero me bastó verlo una mañana saliendo el domingo temprano del colegio con sus compañeros; verlo regresar por la noche. Tomé un nombre, el primero que encontré, Michel Sawa. Me mostré humilde y pobre; fui admitido como profesor en el colegio donde él estaba. Le vi jugar, trabajar, reír, pensar ya. ¡Ah! ¡su joven corazón de ángel y de héroe! Conversábamos. Yo le llamaba: «Mi alumno;» algunas veces, engañándome: « ¡Hijo mío! ». Él me quería, Rhodzko, ¡me quería! ¡Un día le salvé la vida! ¿Comprendes qué alegría? Mi sangre corrió por él; a punto estuve de morir por mi hijo. Como estuve enfermo bastante tiempo, él vino a verme muy a menudo. Me cuidaba y me decía: « ¿Habéis dormido bien, Michel? ¿No habéis tenido fiebre? » y se sentaba en mi cabecera con su mano en mis manos. En ocasiones me decía: « ¡Vos seréis mi hermano de armas! » ¡Con qué cariño y orgullo hablaba de su madre ausente y de su patria doblegada!… ¡Un día, Rhodzko, me contó una historia sin comprender por qué yo lloraba!

–¿Jamás le habéis revelado vuestro nombre verdadero?

–¡Ah! Rhodzko, ¡me desprecia!

Rhodzko dijo:

–Sois castigado, en efecto.

–¿Por su desprecio? no. Todo lo que procede de él me resulta dulce, incluso la desesperación. No me lamento de su odio a causa de mi amor. Piense lo que piense lo acepto con dicha. A esos sueños, la independencia reconquistada, la Polonia restaurada, no puedo más que sonreírles ya que él cree en ellos. Los mismos polacos – ¡ah! tú sabes con que espantosa vergüenza me han expulsado, tú concibes la rabia que fue creciendo en mí, tú adivinas los juramentos de venganza durante tantas noches sin dormir donde, en un chirriar de dientes, volvía a ver a esa sombría multitud a mi alrededor, y esa mano sobre mi pecho, y ese dedo sobre mi frente, y esas antorchas apagadas que me arrojaron a la noche! – ¡Pues bien! los temerarios que me han humillado hasta tal punto, ya no sé si los odio desde que él los ama. Su dulzura mitiga mi cólera. La maldición que he sufrido me ha parecido un recuerdo menos odioso porque ellos lo han hecho cómplice, y el eco de estas terribles palabras: «¡Qué la desgracia caiga sobre vos!» me hace sonreír como un deseo de felicidad, ¡porque él me las ha dicho!

Rhodzko lo miraba fijamente.

–Así pues, ¿no atacaréis a los rebeldes?

–Piensa que Étienne y yo podríamos encontrarnos cara a cara, ¡los dos armados! ¡Oh! ¡no me defendería! ¡pero exponerlo a él, tan puro, a un parricidio! Piensa que si él muriese sería por mi orden. ¡Étienne matado por mí! ¡oh! esa idea es un lobo que devora mis entrañas.

–¡Pues bien! –dijo Rhodzko bruscamente, – puesto que lo quieres, ¡atrévete a hacerte amar! Él te ha reconquistado, merécelo.

–¿Qué quieres decir?

Rhodzko hablaba con el rostro iluminado.

–¡Escucha! ¡escucha! hace diez días, más o menos a esta hora, he vendido mi patria a Stanislao Augusto. Le he ofrecido al enemigo esta alianza invencible: la miseria polaca; ella servirá a quién la alivie. Para ser poderoso y para que mis iguales no tengan más el talón de los nobles sobre la nuca, he prometido retirar los privilegios a los magnates, sus insolentes riquezas e incluso el nombre de su país; y el embajador de Catalina II ha jurado sobre las santas imágenes – ¡esa noche tronaba! – que el día en el que ya no hubiese más nobles polacos, ¡todos los siervos de Polonia serían rusos libres! Ya he reunido a los rebeldes; antes de seis meses, los esclavos estarán armados y habré realizado mi doble sueño de venganza y liberación. ¡Ah! sin embargo, escucha bien. A pesar mío, mi voluntad desfallece por instantes. Siento, siento que mi vieja alma polaca no está muerta. ¡Qué hermoso sería ser libre y polaco al mismo tiempo! ¿Puedes comprender, tú mejor que nadie, que los otros no lo hayan hecho? Yo les he dicho: « Liberad a vuestros siervos, señores y ellos os liberarán de los moscovitas! Olvidad vuestro orgullo y nosotros olvidaremos nuestros rencores. » Me abofetearon! ¡Pues bien! esta necesaria alianza entre el siervo y el noble, entre la guadaña y el sable, ¿quieres que la establezcamos nosotros dos? Aún podemos. Ven. La insurrección todavía no es poderosa: ¡solo algunos miles de valientes! Yo haría surgir quinientos mil. Ningún jefe de momento! Habrá solo dos, tú y yo. Conviértete en el primero de los nobles y hazme tu igual a mí, el primero de los liberados. Eso es posible. Tu regreso, a pesar de tu antigua deslealtad, no será rechazado; tu apellido vive en el recuerdo de tus antepasados; y si tú me impones los tuyos me aceptarán. Ven, compartamos el triunfo que espero, el martirio que no temo. Regresarás con la mano sobre el hombro de tu hijo, en tu dominio liberado, o caerás con él sobre algún campo de batalla.

–¿Qué tipo de hombre eres, Rhodzko? ¡Traicionar Rusia!

–¡Tú has traicionado a Polonia!

–Sería una gran mancha. Yo no puedo salvar lo que me queda de honor más que permaneciendo fiel a mi deslealtad.

–¡Lava la antigua vergüenza!

–¿Con el lodo? Además la guerra para Étienne sería la guerra contra Iván; en cualquier caso la angustia sería la misma.

–¡Cómo! ¿temblarías por ese hijo que no vacilaría en golpear a su padre?

–¿Es que crees que Adán no amaba a Caín?

–¡Así que no quieres la gloria que te propongo!

–¡Ah! ni una palabra. ¡He servido diecisiete años a mi país de elección y lo serviré hasta la muerte! a menos que él mismo me desligue de mi deber. Además, sabed, señor, que el conde Boleski no podría hacer una alianza con su servidor.

Rhodzko dio un respingo y exclamó con atronadora voz:

– ¡Caerá sobre vosotros la desgracia, imbéciles y orgullosos! ¡Ellos me habrán rechazado, y este cobarde igual! Tu esposa también, – sí, la otra, la verdadera, la única, – ella me ha expulsado. Yo la había liberado de ti mediante un crimen; ¡crimen inútil! Ella ha despreciado mi genio, ¡oh! del que estoy seguro. «Tú eres un siervo. El día del combate, sigue a tus amos! » ¡Seguir! ¡cuando uno se sabe digno de preceder a los más grandes! ¡Oh, eterna rabia! ¡Pues bien! lo que ellos no han querido que yo fuese para ellos, lo seré contra ellos. ¡No han aceptado al siervo de los rusos! ¡Me vengaré de ellos porque me han obligado a doblegarme y de ti también porque rechazas aceptarme! ¿un plazo? ¡no lo tendrás! Arriesgar mi cabeza por convertirla en ilustre, era posible; pero ¿para satisfacerte, a ti que me rechazas? estás soñando. ¡Ah! ¡quieres ser ruso! ¡de acuerdo! lo serás, completamente, hasta el final. Montarás a caballo al amanecer, marcharás contra los polacos, y antes del final de la noche próxima verás aparecer a tu hijo a la cabeza de su ejército, y gritarás: ¡Fuego! te lo juro.

André Boleski no escuchaba. Aferrado al borde de la ventana, miraba a un hombre descender de un caballo en el patio del palacio, entre una algarabía de criados que acudían, apresurándose, subiendo los peldaños de la escalera y entrando.

El conde se volvió.

–Rhodzko, – dijo con voz potente, – ¡ahora ya no te temo!

–¿Quién acude en tu ayuda?

–La voluntad de la emperatriz es más poderosa que la tuya, y anula la del rey!

–¿La emperatriz?

–¡Ya no soy gobernador militar de Troki!

Rhodzko exclamó:

–¿Una dimisión?

–¡Aceptada! – dijo André Boleski.

Y se lanzó hacia la puerta.

Ésta se abrió antes de que hubiese tocado la llave; pero fue Sonia Ivanowna quién entró.

Tocada con un leve casco de cobre brillante, completamente redondo, llevaba un traje extraño de damisela guerrera, un poco de Bellona, un poco de Armida, luciendo lunares postizos sin embargo; las mangas serpentinas de una cota de malla salían de un corsé de fino cuero color azufre, y en la falda corta, blanca, donde colgaba la cota, se mezclaban ruidos de satén con el roce del acero.

–¿A dónde vas tan aprisa? – dijo ella. – He tenido una idea: antes de entrar en campaña, cenemos; una medianoche hasta la hora de la partida. Tú serás de los nuestros, ¿verdad?

Él exclamó:

–¡Tarass ha llegado!

–¿Tarass? No sé, – dijo ella.

–Ha llegado. Acaba de descender en el patio.

–¡Ah! entiendo. Pero estas un poco despistado. Ese no era Tarass, era mi hermano.

–¿Yégor Yvanowitch?

–Sí, tú ayuda de campo. Yo lo envié a Petersburgo.

–¿A Petersburgo?

–A causa de ciertos asuntos que tengo allí, asuntos muy serios. Mi primo Zorics – que goza de grandes favores, ¿te lo dije? – vendía su mobiliario; y precisamente yo quería cambiar el mío. A este respecto, una buena noticia: Yégor ha visto a la emperatriz; Su Majestad no quiere aceptar la dimisión que le has enviado en un momento de melancolía o despecho. ¡Tú mandarás sobre el ejército, señor conde! En cuanto a mí, estoy de un humor completamente belicoso, y mi vestido de guerra es bonito, ¿verdad?

II

En el salón de Sonia Ivanowna, el gris un poco azul y rosa de la mañana atravesaba los cristales, poniendo aquí y allá, sobre la seda de los muebles, unas pálidas redondeces que se movían, mientras que, bajo un esplendor de velas aún victorioso sobre el día, los oficiales de la guarnición, en uniformes verdes con hombreras doradas, bebían alegremente alrededor de la mesa iluminada, con jerga de combate y ruidos violentos de sables que entrechocan.

André Boleski, caminando de una pared a la otra en la sala vecina, oía ese tumulto.

Las lámparas se habían apagado sin que él se hubiese dado cuenta. Por la ventana que permanecía abierta, la lívida melancolía de la mañana hacía palidecer a la amplia sala.

Rhodzko estaba de pie delante de la mesa; miraba una carta desplegada bajo sus ojos.

Dijo:

–Espero el beneplácito de Vuestra Excelencia, para comunicale las instrucciones relativas a nuestro plan de campaña.

El conde se acercó y se sentó como cayendo.

–Hablad, señor.

–Este es, – dijo Rohdzko. – Según los informes de los espías, los diversos grupos rebeldes de vuestro distrito deben reunirse en Kowno, sbore el Niémen, y desde allí marchar sobre Troki. Aislados, son poco temibles; reunidos, serán peligrosos; hay que vencerlos uno tras otro. Ahora bien, las revueltas del distrito de Mikalina son las más numerosas y las mejor armadas; marcharemos pues sobre Mikalina.

–Entiendo, – dijo André Boleski.

–En la noche del 26 al 27, es decir mañana por la noche, los insurgentes de Mikalina partirán para Kowno. Pasarán por Pruzani, seguramente. Creo que no necesitáis consultar el mapa. El país os es muy familiar. En Pruzani hay dos posibles caminos que pueden tomar: uno, vos lo sabéis, atraviesa la llanura descubierta, donde su marcha sería fácilmente advertida; por tanto no lo eligirán; el otro, menos directo, se hunde en el bosque, muy denso, muy oscuro; lo preferirán. Vos conocéis ese bosque llamado la Selva Negra: allí se encuentra valles y gargantas optimas para las emboscadas; y es allí donde se levanta el castillo de Pruzani, una fortaleza que os pertenece. En los barrancos, quinientos hombres míos, que son la promesa de una multitud, se mantendrán ocultos, en silencio; vuestros soldados, por destacamentos, habrán ocupado el castillo: los rebeldes se verán envueltos, destrozados, sin incluso tener tiempo para combatir.

–¡Oh, qué monstruosa encerrona! – dijo el conde golpeando su frente contra la mesa con un ruido de mazo. ¡Y soy yo, soy yo, quién tiendo a mi hijo esa espantosa emboscada!

En ese momento se abrió la puerta tras él, dejando entrar la claridad, risas y choques de vasos.

Sonia Ivanowna, semejante a alguna loca Pentesilea, amazona bacante, levantaba una copa clara donde espumeaba el champán.

Iván estaba allí. ¿Consolado? tal vez; ¿un poco borracho? con toda seguridad.

Con su esbeltez de joven mujer travestida en muchacho, tenía un aire atrevido en su uniforme de lugarteniente, donde lucían demasiados entorchados.

Él entro, con el casco un poco inclinado y un vaso en la mano, diciendo a André Boleski:

–¡Por el éxito de vuestra expedición, padre mío!

Al mismo tiempo, en el frescor matinal, un clarín tocó a rebato.

III

Una noche de luna caía sobre la ruta de Pruzani a Mikalina.

Tzoryl, que regresaba del pueblo, se acercaba al castillo; en la mano izquierda llevaba una gran cesta de mimbre cerrada por todas partes.

Gris-Plata se encontraba enjaulado allí, seriamente castigado. Desde luego el pichón había cometido alguna falta grave.

Tzoryl decía:

–¡Tu padre no habría corrido esa aventura! Jamás habría elegido su pareja lejos de la pajarera natal. ¿No tenias en Mikalina bastantes hembras enamoradas? ¿Piensas que las palomas de Thaddèus el Manco tienen unas plumas más lisas y que arrullan más voluptuosamente? Solo una cosa te disculpa, y es que Thaddèus el Manco es un buen polaco. ¡No importa! Yo he oído que tú te escabulles para ir a extender tus alas e hinchar tu cuello en los palomares ajenos. ¿Y qué hora has elegido para tal escapada? ¡Aquella en la que el joven amo va a partir a enfrentarse con los peligros, donde los nobles y campesinos del distrito, antes de marchar sobre el enemigo, acuden a la capilla de Mikalina a ofrecer sus armas a la bendición del Señor! Por eso estás prisionero. ¡Ah! ¡ah, hermano, ya no son tiempos para batir libremente tus alas sobre mis hombros, ni para volar alrededor de las plumas de faisán que decoran mi sombrero! Estás enjaulado como un pájaro sin educación, como esos pichones ciegos que se ven a la entrada de los pueblos, en los puestos de los zapateros remendones.

Gris-Plata no respondía a esos amargos reproches; pero mantenía su cuello retorcido en un rincón de la cesta, abriendo y cerrando el pico con gesto enfurruñado.

Tzoryl atravesó el patio del castillo, entró en la capilla y suspendió la jaula del pájaro en el dedo levantado de un obispo de piedra, al lado de una alta y estrecha ventana completamente decorada de vidrios verdes y rojos.

–Sin embargo, –dijo Tzoryl con voz menos severa, – te permito asistir a la ceremonia. ¡Polonia también es tu patria, pequeño pájaro de nuestro bosque!

Grandes haces de luna, un poco azulados, atravesaban los vitrales, haciendo más alargado el pavimento de la iglesia, y toda la penumbra, solitaria y silenciosa, estaba llena de ese presentimiento solemne de armonía que sale del órgano mudo.

Apareció Hélyonne en largo vestido de lana blanca donde caían sus cabellos, con una cesta de flores entre sus manos levantadas.

Con una lentitud deslizante caminó hacia un altar lateral, se persignó, se arrodilló en la dulzura de la luna, bajo una gran Virgen vestida con gloriosos hábitos y con una corona en la frente; pues como todo el mundo sabe, la divina María, madre del precioso

Salvador, fue elegida reina de Polonia por la asamblea republicana en el año de liberación de 1656, siendo rey Juan Casimiro.

–¡Querida señora! ¡adorable soberana! ¡que la paz de vuestra iglesia sea dulce! ¡que también sea sublime! ¡Que apacigüe los corazones turbados por los asuntos terrenales, y que la luz del cielo se prosterne sobre las losas de vuestro santuario.

Arrojaba, una a una, las flores de su cesta, que pusieron sobre los escalones del altar unas palideces esparcidas, como si unos rayos de luna se hubiesen condensado en copos aquí y allá.

–¡Os ofrezco estas rosas blanca, tal vez las últimas de esta primavera! Pues han llegado días de batalla, y las flores inocentes van a enrojecerse de sangre en el jardín de vuestra Polonia.

Luego recitó las largas letanías; y, blanca como era, inmóvil, con sus cabellos semejantes a alas de oro replegadas, parecía una de esas figuras de ángel esculpidas y pintadas que se colocan algunas veces sobre las escaleras de los templos para dar ejemplo de recogimiento.

Debajo de ella, con la rodilla sobre el primer escalón, alguien le dijo:

–Rogad a María, Hélyonne, mientras que yo rogaré por Helyonne, arrodillado también!

Era Étienne. Él continuó:

–¡La hora es solemne, oh, prometida mía! Voy a combatir, voy a matar. Polonia, como Jesús, está en la tumba; ¡resucitará, aunque las piedras levantadas tengan que destrozar a los guardias del sepulcro! Pero soy indigno de ayudar a la obra sagrada. ¡Oh, vos, pura como los mártires cristianos y que resucitasteis como ellos, querida santa, rogad por mi! Sois la intermediaria a quién Dios nada niega. Id hacia él con las manos llenas de nuestras faltas y nuestras ofensas y regresad con las manos llenas de sus perdones. Ocultadme tras vos, a fin de que el Señor me vea más puro a través de vuestra pureza. Querida Hélyonne, llena de gracia, ¡interceded por mi!

Ella se había levantado y dijo con voz que quería hacer un reproche:

–Étienne, así no se adora más que a Nuestra Señora.

Luego añadió, ruborizándose y cerrando a medias los ojos:

–Solamente ámame…

No hablaron más a causa de un ruido de pasos. Vieron venir hacia ellos al viejo staroste Kilinski con el rostro dulce y serio, gloriosamente acuchillado por un sable moscovita, y a la gran castellana, Élisabeth Boleska.

El padre de Hélyonne y la madre de Étienne percibieron la presencia de sus hijos, y se enorgullecían con toda su alma viéndolos tan puros y bellos.

Élisabeth les dijo:

–Arrodíllate, hija mía. Permanece de rodillas, hijo mío.

Madre augusta, miró de frente, con un piadoso orgullo, a la imagen de la Madre divina; luego, con una mano sobre la frente de Étienne y la otra sobre la frente de Hélyonne, dijo:

–Reina de Polonia, ¡escúchame! Él me ha sido confiado por el abandono de un traidor que vive blasfemándoos; ella me ha sido confiada por su padre, que va a combatir. Ambos fueron educados el uno para el otro en el amor de vuestra misericordia y en el amor a vuestro país de elección. El joven partirá para la batalla; la joven quedará para la oración. ¡Defendedle! ¡Escuchadla! y que en la hora inquieta de la separación se haga la paz en sus corazones por vuestra gracia, ¡oh, Virgen Madre!

El viejo estaroste dijo extendiendo la mano:

–Intercambiad vuestros anillos, estáis prometidos.

Entonces, mientras Hélyonne y Étienne, inclinados bajo el consentimiento del padre y de la madre, intercambiaban, sonrientes y solmenes, las sortijas de oro de sus dedos, el

órgano comenzó a sonar, y su gran voz, dispersa en la silenciosa iglesia completamente atravesada de cielo, fue como una bendición aprobadora del noviazgo planeando.

Pero el órgano dejó de sonar. Ahora proclamaba furiosamente las magnificencias triunfales de la guerra sagrada, y ya el padre Dominique, ante el altar iluminado, estaba de pie, dispuesto a bendecir las armas.

Uno a uno, o por grupos, los nobles, en número de doscientos, entraron con roces de penahcos y estrépito de acero; acudieron unos campesinos también, – más de quinientos, – multitud grisacea, sobre la que se levantaban los brillos de afiladas guadañas; y, cada vez que se abría la puerta, del exterior entraban ruidos de caballos encabritados, gritos de escuderos, y los crujidos de los maderos del puente bajo los pasos de nuevos recién llegados.

Élisabeth Boleka, yendo de un lado al otro, gritó ardientemente:

–¡Amigos! ¡Todos fieles! el alma decidida y el brazo armado.

El oficial panetero de Slonim, resoplando en sus bigotes, dijo:

–He prometido veinte nobles, trescientos campesinos y cien mil rublos de plata! ¿Alguien quiere contar?

–¡Tú enumeras mal a tus nobles, – dijo Élisabet Boleska, – pues tú solo ya vales por veinte, hermano mío!

El oficial escanciador de Lida anunció tristemente que muchos de sus campesinos se habían negado a seguirle. Sin embargo traía a sus órdenes a doscientos leñadores.

–¡Leñadores del bosque ruso! – dijo Élisabeth.

Además él había aportado diez años de sus ahorros para comprar fusiles y municiones de guerra.

–¿De qué se quejará el enemigo?–dijo ella. Vos le enviaréis vuestras riquezas.

Un campesino habló humildemente:

–Nosotros no tenemos más que guadañas, Excelencia.

–¡Vosotros haréis la siega del Señor!

Otro campesino dijo:

–Nosotros no tenemos más que mayales.

–¡Vosotros golpearéis el trigo sangrante! – dijo ella

Entre un pasillo abierto por la multitud, hicieron aparición unos hombres armados con fusiles y marchando de cuatro en cuatro, vestidos con chalecos negros y la cabeza cubierta.

Eran cuarenta judíos precedidos de su rabino.

–¡Judíos en nuestra iglesia! – dijo Élisabeth, volviéndose.

El rabino respondió:

–Los judíos aman la tierra en la que han nacido.

–¡Judíos! – repetía ella, – ¡ante esta cruz!

Y la multitud gritó:

–¡Fuera de aquí!

Pero Étienne Boleski, con un gesto dulce:

–Madre, Polonia también esta sobre la cruz. Ellos quieren arrancar los clavos; ¡que sean bienvenidos!

Y, dirigiéndose a los judíos:

–Nosotros tenemos la misma patria, aunque no tengamos el mismo Dios; rogad al vuestro por ella.

Élisabeth Boleska, inquieta tal vez por esas palabras, no se opuso a la voluntad de su hijo, y con la cabeza inclinada, dijo al padre Dominique:

–Bendecid a los soldados del Señor, padre.

Entonces, todos – a excepción de los judíos – se arrodillaron, no solamente los que habían encontrado lugar en la capilla sino también aquellos que habían quedado fuera y

que miraban, apelotonados, por la larga abertura de la puerta, al padre Dominique erigiendo su sotana blanca en el esplendor de los cirios cien veces reflejados por los oros del altar, bajo la gran cruz donde se suplicaba por la futura resurrección.

IV

Los hombres habían partido, siguiendo al padre Dominique. Ahora estaban solos en la capilla, Élisabeth y Hélyonne; ya no escuchaban los innumerables pasos sobre el camino que se alejaba, ni los gritos, ni los cánticos guerreros y piadosos; pero siempre conservarían en su alma esas palabras dolorosas y queridas: «¡Adiós, madre! ¡Adios, mi amor! » Ambas rezaban, la madre con más orgullo, la novia con más tristeza.

–¡Élisabeth!

Ella emitió un grito de horror.

El hombre que estaba allí, cerca de ella, al volver su cabeza, era el conde André Boleski.

Ella se echó hacia atrás, enloquecida, arrastrando a Hélyonne.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿Quién te llamó? ¿Qué quieres?

–Os lo ruego, ¡escuchadme! – dijo él.

Ella estrechaba entre sus brazos a la novia de su hijo.

–¡Hélyonee! estás viendo lo peor de nuestra casa, tú has escuchado hablar del maldito de la patria y del cielo. Es él; va a entrar la desesperación. Es la primera vez que tiemblo por Étienne.

–¡Vengo a salvarlo! –dijo él.

–¡Mientes! ¿qué puede esperarse de ti que no sean desastres o angustias?; nunca la salvación. ¿Acaso Judas puede salvar?

–¡Lo juro por el santo nombre de Jesús!...

–Tú has renegado de Él.

–¡Lo prometo por las tumbas en las que duermen los antepasados!...

–Sus huesos se estremecen de horror bajo tus pasos. ¡Sal! ¡vete! no te quedes más aquí si no quieres ser expulsado por los espectros.

–¡Oh! ¡me escucharéis, aunque tenga que cerraros la boca con la mano!

–¡No!

Pero Hélyonne intervino:

–¡Se trata de Étiene, madre mía! Hablad, señor.

–¿Quién sois, señorita? Ya adivino, vos sois Hélyonne Kilinska y amáis a Étienne. Os lo agradezco. Escuchadme. ¿Él tiene que pasar esta noche por la cruce de Pruzani?

–¿Quién te lo ha dicho, espía? – exclamó Élisabeth.

–¿Va a dirigirse al cruce de Pruzani y desde allí introducirse en la Selva Negra para reunirse con sus amigos en Kowno, sobre el Niémen? ¡Pues bien! en la Selva Negra lo están esperando tres mil rusos, ocultos en la fortaleza o emboscados en las gargantas, detrás de las rocas. Que no parta, o que pase por la llanura, sino morirá sin siquiera haber podido defenderse.

–¡Ya ha partido!– dijo Hélyonne en un sollozo.

–¡Partido!

Ella se volvió hacia Élisabeth.

–¡Madre mía, todavía podemos alcanzarle!

Pero ésta:

–¡Es la mentira quién ha hablado! Un traidor no ama a su hijo.

–Por desgracia, – dijo André Boleski, – todos estos minutos están siendo perdidos, pero vos, señorita, creedme, ¡digo la verdad! ¿Por qué habría de venir si no fuese para salvar a Étienne? He abandonado el campamento, a hurtadillas, sin que nadie me viese. A caballo he tomado por atajos que no he olvidado. Así es como he llegado, aún a riesgo de ser hecho prisionero por los vuestros, de quizás ser asesinado… ¡No importa! Étienne debía advertir a Étienne. ¡Ah! creedme. Élisabeth desconfía de mí y tiene razón; yo he sido culpable, lo confieso; la he ofendido, es cierto. ¡Pero yo quiero a Étienne! ¡lo adoro! ¡Dios me ha enviado el castigo de ser padre y no tener hijo! ¡Estoy a sus pies, salvadle! ¡Solo vos podéis hacerlo! No puedo más que suplicaros que me creáis. ¿Enviar uno de mis criados? ¡No tengo siervos fieles para semejante mensaje! ¿Yo? ¡Vuestros polacos me fusilarían antes de haberme escuchado! Id a su encuentro, os digo. ¡Ah!, por piedad, apresuraos, ¡lo van a asesinar! ¡Pensad que el tiempo pasa! El cruce de Pruzani está muy cerca de aquí. Van a asesinarle, señorita, ¡a mi hijo! a vuestro novio, ¿no es así?... ¡Ah! ¿es que tengo que romperme la cabeza contra esas losas para que me creáis?

–¡Está llorando, madre! – dijo Hélyionne.

Entonces Élisabeth, mirándolo de frente, dijo:

–Michel Sawa, te creo – dijo ella. – ¡Pero que el cielo, en la noche de tu agonía, rechace tus lágrimas de arrepentimiento si me engañas con esas lágrimas!

Ellas salieron de la iglesia. Él pudo escuchar el ruido de un coche que se alejaba y cayó ante el altar de rodillas.

–Señor Cristo – dijo – a vos que habéis sufrido y que tenéis piedad de los que sufren, ¡gracias! Hace una hora aún, no me habría atrevido a arrodillarme ante vos, pero me parece que estoy perdonado, puesto que os habéis dignado a permitirme intentar la salvación de mi hijo.

Una voz respondió en la penumbra de la iglesia donde se apagaban los cirios:

–La justicia eterna no está satisfecha por tan poca cosa.

–André Boleski se estremeció, y sin atreverse a volver la cabeza, temiendo la aparición espectral de algún antepasado, dijo:

–¿Quién me habla?

La misma voz continuó:

–¿Qué has hecho para conmover a la misericordia? el oso, el lobo y el perro aman a sus cachorros; ¿crees que los impulsos del instinto bastan para borrar los crímenes de la inteligencia?

El culpable dijo:

–¿Qué espectro me juzga?

–¿Un espectro, señor? es el orgullo de vuestro remordimiento os confunde; vuestro castigo no vale un milagro.

Y aquél que hablaba puso la mano sobre el hombro del conde.

–¡Rhodzko!

–Rhodzko.

El siervo añadió:

–Habéis abandonado en secreto el campamento; he pensado que haría bien en seguiros.

–¿Por qué?

–Por curiosidad.

–Entiendo. Revelarás al rey o a la emperatriz lo que he intentado esta noche y será mi perdición, ¿no es así?

–Sí, más tarde, tal vez. Mientras tanto estoy feliz sabiendo que no habéis hecho nada que comprometa el éxito de nuestra expedición.

André Boleski lo miraba, preocupado; Rhodzko añadió con tono de negligencia:

–Era fácil prever vuestra tentativa de traición y más fácil desbaratarla. Habéis dicho a los rebeldes: «Hay rusos en la Selva Negra, no hay rusos en la llanura; no partáis o pasad por la llanura.» Eso es lo que le habéis dicho, ¿no es así?

–¿Y bien?

–¡Y bien! el bosque está libre.

–¿Libre?

–Pero por el contario la llanura está ocupada. El coronel Wladimir, con sus ucranianos, y el mayor Drèwics, con sus húsares, que esta vez combatirán a pie, han tomado posiciones en la estepa, detrás de las ruinas del convento.

–¡Santo Dios! ¿Quién en mi ausencia ha dado esas nuevas órdenes?

–El que manda – dijo Rhodzko. Además, los jinetes cosacos saldrán del castillo de Pruzani cuando la banda rebelde haya sobrepasado el pueblo, y, mediante una envolvente semicircular, irán a posicionarse detrás de las tropas polacas para cortarles la retirada.

–¡Miserable!

–Sí, miserable, – dijo Rhodzko, sombrío.

Y continuó sonriendo:

–Así todo está bien. Si los insurgentes, después de habar pasado Pruzani, avanzan por la estepa, según vuestro consejo, serán masacrados por la artillería de Drèvics o fusilados por los ucranianos de Wladimir, y los que quieran escapar se arrojarán sobre las lanzas de los jinetes cosacos. Supongo, señor gobernador militar, que nada tendréis que objetar a este plan de batalla.

André Boleski, con los puños en los dientes, se mordía las falanges.

–Es verdad que dos medios de salvación se presentan a los rebeldes, – dijo Rhodzko – penetrar en la Selva Negra, pero no lo harán porque gracias a vos, la creen ocupada; detenerse antes de llegar al pueblo y dispersarse por grupos en sus respectivas castellanías; pero no emplearán ese medio porque vos le habéis asegurado que la llanura está libre.

–¡Torpe! – dijo el conde con un grito de esperanza, – has hablado demasiado pronto. Mi caballo alcanzará el coche de Élisabeth y mi hijo será advertido a tiempo.

–¿Habéis pensado, señor, cómo saldréis de aquí?

–¡Ah! paso, ¡déjame pasar o pasaré sobre tu cuerpo! – dijo el conde.

Lo empujó, queriendo apartarlo; pero con un violento movimiento de hombros, Rhodzko evitó el abrazo.

–La faena, señor, hace a los siervos muy ágiles.

–¡No tienen espada!

–Algunas veces.

–¡Sea! Un duelo.

–Me honráis, Excelencia.

Tenían cruzado el hierro. Lo claros golpes del acero resonaron de eco en eco en la iglesia.

–¡Vas a morir! – dijo el conde.

–No lo creo,– dijo Rhodzko.

André Boleski fue alcanzado en pleno pecho, se tambaleó y cayó.

–Mi amo, – dijo el siervo introduciendo su espada en la vaina, – ¡yo os ofrecí a vuestro hijo y la gloria!

V

Cuando el conde pudo levantar la frente, no vio más que sombra a su alrededor. ¿Es que todos los cirios estaban apagados o bien su vista había comenzado el tránsito final? Trató de levantarse apoyándose en las manos que resbalaron llenad de una humedad tibia y rojiza. Volvió a caer. ¡Estaba hecho! Iba a morir ahí, sin que su hijo fuese advertido de la emboscada. ¡Ah! Dios, morir no significaba nada. Morir, es la esperanza de los desesperados. Pero Étienne, de pronto rodeado de sables, de balas, de metralla, Étienne abatido, con la cabeza sobre alguna piedra para no volver a levantarse! El conde se dijo: «¡Lo intentaré! ¡Llegaré a tiempo! » Se puso de pie mediante un inmenso esfuerzo, avanzó en las tinieblas tendiendo los brazos, buscando a tientas la puerta. Finalmente la tocó con la yema de sus dedos, quiso agarrarse, pero la sintió eludirse bajo sus diez uñas dobladas, y desfalleció sobre las losas con un grito de rabia y de angustia.

Entonces, a ese grito sin duda, acudió Tzoryl, llevando una lámpara. Vio a ese hombre caído, herido, y se horrorizó al reconocerlo:

–¡El maldito! – exclamó.

–¡Oh! ¡sí, sí, el maldito! – dijo el conde jadeante, – pero no te asustes, Tzoryl. No solicito nada para mí. No se trata de mí, sino de mi hijo.

–¡Del amito!

–Mira si mi caballo está aún en el patio. Lo he ataca al lado de la escalera. Tú me llevarás, tú me pondrás en la silla…

Tzoryl dijo:

–Acabo de pasar por el patio y no he visto ningún caballo.

–¡Oh! ¡ese Rhodzko! ¡ese demonio! Pero no importa. Ayúdame a caminar hasta las caballerizas.

–¡Todos los caballos de Mikalina, – dijo orgullosamente Tzoryl, – han partido para cargar contra los rusos!

–¡Oh, mi Étienne! ¡mi pobre Étienne!

El pajarero levantó al conde que se mantuvo sobre las rodillas y un puño sobre la piedra.

–¿Así que se trata de un mensaje realmente importante para el señorito Étienne?

–¡Ah! Tzoryl, ¡si no se le advierte del peligro que lo amenaza, morirá!

–¿No me engañáis?

–¡Oh! ¡qué castigo! ¡qué castigo!

–Pues bien, yo sé de alguien que va más veloz que un caballo.

–¿Tú?

–Mi pájaro.

–¡Estás loco, pobrecillo!

–Mi pájara no está loco. Escribid lo que el señorito Étienne Boleski deba saber a Thaddéus el Manco. Fuera de esta jaula, Gris-Plata irá recto a Pruzani. ¡Conozco bien a ese libertino! Por despertar a su favorita no le quedará más remedio que golpear con su pico en la ventana de Thaddéus.

–¿Y bien?

–Thaddéus abrirá su ventana, leerá la nota colgada en el cuello del pájaro, y, como es un buen patriota, transmitirá el aviso al señorito Étienne.

–¿Antes de que los polacos hayan entrado en el pueblo?

–Gris-Plata tiene las alas rápidas, y no le faltan piernas a Thaddéus el Manco.

–¡No, es una quimera!

–Escribid.

–Allí, en mi bolsillo, tengo un cuaderno…

Tzoryl encontró el cuaderno y lo abrió.

–Ahora sostenme el brazo, –dijo André Boleski.

Escribió algunas líneas a lápiz: «Ha sido dada una contraorden a mis espaldas. Regresad, dispersaos o hundíos en la Selva Negra.» Por el esfuerzo que hacía su herida se abría y se hubiese dicho que todo su corazón, en una huida roja, se le salía del pecho.

Tzoryl pensaba: « No habría necesidad de escribir; Gris-Plata podría encargarse de dar el mismo la noticia. Pero no todo el mundo entiendo lo que dicen los pájaros.»

– Aquí está, toma, – dijo el conde – pero por desgracia tú sueñas.

–No, – dijo el pajarero; – ¡Gris-Plata ha hecho otros prodigios!

Corrió hacia la jaula suspendida en el dedo levantado del obispo de piedra; el pichón, despertado, sacudió sus plumas y arrulló hacia su amo con las patas en los barrotes de mimbre.

–¡Bien! ¡bien! –dijo Tzoryl – te perdono, sí, e incluso te permito regresar a Pruzani.

Lo había tomado entre sus manos; en medio de una cinta arrancada de su camisa, le ató al cuello el mensaje del conde, y el pajara, depués de un beso de Tzoryl, levantó el vuelo con un estallido de alas hacia Pruzani, entre la niebla azulada de la luna.

Mientras tanto, André Boleski se había vuelto hacia el gran crucifijo, y uniendo sus manos llenas de sangre, clamó:

–¡Oh, Justicia!, ¡no debéis milagros a los culpables, pero haréis uno por un inocente!

VI

Esa misma noche, en Pruzani, una mujer, portando elegantemente un sombrero de fieltro empenachado, y esbelta en el vuelo de una capa echada por el encima de los hombros, golpeó la aldaba de la puerta de la casa de postas.

A su derecha estaba un hombre, vestido como un caballero francés, y tras ella cuatro cosacos, levantando sus sables desenfundados.

–¡Maldita posada! – dijo el noble.– Ahí se come un engrudo negro a menos que no se quieran unos bastonazos.

La puerta se abrió, no en su totalidad sino lo suficiente para dejar pasar la cabeza calva de un campesino.

La mujer dijo:

–¿Eres el posadero?

–Sí, Excelencia.

–¿Tu nombre?

–Serge, Excelencia.

–Has servido fielmente a mi hijo y sé que se puede confiar en ti.

–¿El señor Ivan Boleski es hijo de Vuestra Excelencia?

–Sí.

–La puerta se abrió completamente y el posadero se inclinó casi hasta tierra si no hubiese encontrado las rodillas de la viajera, a la que besó la capa.

Ella continuó:

–¿Es aquí la encrucijada de Pruzani?

–Sí, Excelencia.

–¿A dónde va este camino?

–A Mikalina.

–¿Y este?

–Hacia la Selva Negra.

–¿Y aquél?

–Hacia la estepa.

–¿Entonces, los viajeros que parten de Mikalina que deseen ganar el bosque o dirigirse a la estepa tienen que pasar por este cruce?

–Sí, Excelencia.

–Bien – dijo la viajera hablando consigo misma – ¡los veré decidir!

Y preguntó:

–¿Estaré segura en tu albergue?

–¿Por qué no?

– Tal vez se entable una batalla esta noche.

–He oído hablar de algo aproximándose. Pero Vuestra Excelencia puede estar tranquila. Si los insurgentes se dirigen hacia Pruzani, evitarán quedarse aquí. Los campesinos de este burgo – a excepción de mi digno tío, Thaddèus el Manco – no quieren saber nada de las confederaciones de los nobles; y nosotros pertenecemos al conde André Boleski.

La viajera entró seguida del noble al que a su vez seguían los cuatro cosacos, y, tras haber entregado una bolsa al posadero, dijo:

–Cierra sólidamente tu puerta, y que nadie entre.

–Sí, Excelencia.

Los huéspedes penetraron en la sala baja, donde humeaba una llama amarilla; Serge echó un vistazo al exterior para ver si venía alguien.

–¡Todo buen cristiano alaba a Nuestra Señora!–dijo un hombre que avanzó rápidamente hacia la casa de postas.

–¿Todavía no te has acostado, tío Thaddèus?

–¿Quién puede dormir esta noche?

–Yo, – dijo Serge. –¿Pero que tienes ahí, sobre el hombro? Parece una guadaña. ¿Vas a segar, tío?

–Soy demasiado viejo para ser segador. Pero te traigo mi guadaña. Ve a luchar, jovencito.

–¿Para quién?

–Para los polacos.

–¿Contra quién?

–Contra los rusos.

–¿Por qué?

–Para que tu país sea libre.

–¿Lo seré yo?

–No, tú has nacido siervo.

–Entonces, ¿qué me importa?

–¿Te niegas?

–Tío Thaddèus, no me preocupa ser manco como tú. Tú eres de una época que ya no volverá. Los jóvenes razonan. Luchar es cosa de los nobles. ¿Por qué habríamos de dar nuestra sangre? ¿Para cambiar de amo? Inutil. El de mañana no estará mejor que el de hoy. Que nuestro campo reporte lo menos posible al señor y lo más posible al campesino, es suficiente. ¡Buenas noches, tío Thaddèus!

–Hijo, se trabaja más alegremente en una tierra independiente.

–No existe para el esclavo.

Thaddèus el Manco pensó un instante y dijo:

–Muchas personas jóvenes, hoy, no aman su patria; es algo triste y hubiese preferido morir antes de ver esto. No importa, Polonia triunfará: pues los viejos que ya no tienen fuerza, todavía tienen el valor y Dios está con los débiles.

Se marchó, con la guadaña sobre el hombro, sin duda a encontrarse con los confederados de Mikalina.

Entre tanto, Serge vacíaba en su mano la bolsa de la viajera y contaba los rublos de plata, uno a uno, bajo el claro de luna.

–Has hablado bien, – le dijo un hombre a caballo, detenido no lejos de la casa.

–¿Quién sois vos?

–Pasaba por aquí; he oído algunas palabras y me he detenido para escuchar. Eres un hombre con sentido. Ven a luchar conmigo.

–¿Con vos?

–Sí.

–¿Para quién?

–Para los rusos.

–¿Contra quién?

–Contra los polacos.

–¿Por qué?

–Para ser libre. La emperatriz ha prometido que los siervos polacos serían manumitidos si combaten para ella contra los señores de Polonia.

–¿Ya no tendría amo?

–No.

–¿Mi buey y yo ya no trabajaríamos más sin salario las tierras de otro?

–No. Además te vengarás de aquellos que te oprimieron.

–¿Podremos golpear a bastonazos a los nobles?

–Sí.

–¿Se saquearán los castillos?

–Sí.

–Es una oferta tentadora.

–Ven pues.

–No. Las balas también apagan a los que combaten por Rusia.

Serge se embolsó su plata, entró en la casa y cerró violentamente la pesada puerta de roble.

Rhodzko pensó:

–La esclavitud no solo engendra odio; también engendra cobardía. El odio soy yo.

Picó las espuelas y prosiguió su camino hacia la Selva Negra.

VII

Mientras el coche se apresuraba hacia Pruzani, Hélyonne decía llorosa:

–¡Oh, madre mía! ¿los alcanzaremos antes de que hayan entrado en el bosque?

Élisabeth guardaba silencio, cerrando los ojos. Desde luego, la esperanza de arrancar de una derrota segura a su hijo y a tantos valientes, y, con ellos, la libertad de Polonia, exaltaba violentamente su pensamiento; pero también ella se sentía con el corazón oprimido por la amargura porque André Boleski salvaba a Étienne por segunda vez. Le parecía injusto que el bien le estuviese permitido a un traidor.

Hélyonne gritó:

–¡Son ellos!

En efecto, los caballos no tardaron en alcanzar la retaguardia del ejército polaco, larga fila oscura, salpicada de brillos de acero, que, allá abajo, más sombrío, se acercaba ya a las primeras casas del pueblo.

Las dos mujeres se apearon vivamente, rompieron la estrecha multitude de campesninos lituanos, diciendo: «¡Abrid paso, hermano!» y pronto alcanzaron las filas de los nobles a caballo.

Detrás del padre Dominique, que, en su sotana blanca sobre un jamelgo blanco, llevaba en alto la cruz de Polonia, el estaroste marchaba el primero seguido del castellano de Mikalina, que tenía a su izquierda al penetero de Slonim, y a su derecha al oficial escanciador de Lida.

Étienne dijo:

–¡Madre!

Y añadió:

–Alto, caballeros.

Pero ella respondió:

–No. Te traigo una noticia. El tiempo apremia y debéis deliberar marchando.

Ella casi corría, seguida de Hélyonne, entre las monturas de los jefes.

–¡Habéis sido traicionados! El gobernador militar de Troki ha sido informado de que debíais introduciros en la Selva negra para uniros a vuestros amigos en Kowno. Tres mil moscovitas ocupan el bosque. Os veréis rodeados, hechos prisioneros o muertos, antes de haber sacado el sable. Pero la estepa está libre. Es amplia y clara bajo la luna; cualquier sorpresa allí es imposible. Pasad por la estepa.

Los nobles se sacudieron sobre sus sillas.

–¿Estáis segura de eso? – preguntó el estaroste.

–Segura.

–¿Quién os ha advertido?

Ella no nombró a André Boleski, tal vez porque los jefes no habrían dado crédito a la opinión transmitida por un renegado, tal vez porque ella no quería que su hijo escuchase ese nombre en esas circunstancias.

–No importa – dijo ella, – Lo que digo, lo sé. Tomad la ruta de la llanura. ¿Cuándo os he dado un mal consejo?

La creyeron. Seguían marchando; estaban llegando a la encrucijada en donde se abrían dos caminos, el que penetra en la Selva Negra y el que se pierde en la estepa.

El estaroste detuvo su caballo.

–Más valdría retrasar la marcha y regresar sobre nuestros pasos. En la llanura seremos vistos por los centinelas que el enemigo ha debido situar sobre el linde del bosque.

–¡Oh! sí – dijo Hélyonne, – es mejor retrasar la marcha.

Pero Étienne dijo:

–No, ¡apresurémonos, caballeros! Antes de que los rusos, que nos esperan en la Selva negra, hayan podido abandonar sus puestos de embocada para perseguirnos por la estepa, ya estaremos fuera de su alcance. ¡De todos modos, tenemos que pasar! Nuestros amigos pueden ser atacados en Kowno, y, sin nosotros, serían vencidos.

Esta opinión prevaleció pues era la más noble. A una señal de los jefes, las mujeres se apartaron con gestos de devoción hacia Étienne, y cuando el viejo estaroste gritó: « ¡Adelante! y que Dios nos guíe! » el escuadrón de los nobles se puso en movimiento en dirección a la llanura, seguido por la larga multitud de campesinos.

VIII

Solos, en el cruce de Pruzani, en las negras casas ruinosas bañadas de claridad lunar, Élisabeth y Hélyonne escucharon durante un largo intervalo de tiempo el ruido de los caballos y el ruido de hombres alejándose.

Entonces la madre y la prometida se abrazaron ardientemente, estrechando cada una la ternura de la otra por su adorado Étienne.

Luego, Élisabeth dijo:

–Regresemos hija mía. Para ellos el combate, para nosotras la oración. Cuando se es polaca hay que acostumbrarse a los hombres en peligro.

Regresaron lentamente, llenas de ensoñaciones. Cuando pasaban por delante de la casa de postas, una voz clara, un poco sacudida por una pequeña risa, dijo estas palabras tras ellas:

–Élisabeth Boleska, el camino es largo desde Pruzani a Mikalina. Lamento no poder daros hospitalidad en este albergue del mismo modo que vos me la distéis en vuestro castillo, una noche.

Un rebato que estaría producido por unos ligeros sones, fue lo que sintió en el pecho la castellana.

Antes de volverse, antes de haberla visto, exclamó:

–¡Es ella!

En efecto, Sonia Ivanowna estaba allí, sobre el umbral de la posada, en su bonito vestido de guerra, todo de acero, satén y oro, que la luna hacía brillar por delante y que un reflejo de lámparas enrojecía por detrás.

Semejante a una viva completamente petrificada en un movimiento de mecánica estupefacción, Élisaberth Boleska permaneció inmóvil, con el cuello caído y un brazo tendido.

–¿Quién sois vos, señora? –preguntó Hélyonne.

–¿No me conocéis, Hélyonne Kilinska? ¡Ah! sí, teníais los ojos cerrados cuando me acerque a la cama en la que estabais muerta. ¡Una superchería muy hábil, vuestra simulada defunción! y os apruebo el haber hecho un poco de comedia en nuestra trágica aventura. Mi hijo será el más feliz del mundo al conocer esta sutil resurrección. En verdad que tiene buen gusto. No la hay más bonita que vos, señorita, y la luna os pone sobre las mejillas una sombra de maquillaje azulado que os da un aire completamente interesante de ensoñación e ideal.

¡La madre de Iván, repentinamente aparecida, debía ser algún presagio de desastre! Hélyonne tenía miedo; ella dijo:

–¿Qué queréis? ¿Qué sucede?

–No quiero nada – dijo Sonia – sencillamente sucede algo completamente natural; he sido ultrajada por esta polaca y me vengo.

–¿Sobre quién, señora?

–¡El hijo! Sobre Étienne Boleski y sobre Polonia, puesto que ella no ama más que a su patria y a su hijo. ¡Ah! he esperado este momento hace mucho tiempo y os aseguro que comenzaba a aburrirme mucho.

–¡Étienne!, no es cierto, no es posible. Vos, una mujer, ¿qué podéis hacer contra Étienne? ¡Ah! ya veo, queréis asustarnos o estáis loca.

–¿Loca! ¡Oh! seguramente, soy un poco extravagante. Sin embargo mirad a Élisabeth. Ella no tiene aspecto de creer que yo haya perdido la razón. ¡Ella recuerda y comprende que si estoy aquí es porque su hijo está perdido!

–¿Qué decís?

–¡Oh! está perdido, lo apostaría. En este momento se aleja pensando en su madre y en su prometida, confiado, feliz; ¿sabéis, Hélyonne, que se va a encontrar frente a él? Tres mil inesperados hombres armados y despiadados.

A estas palabras Élisabeth Boleska salió de su inmovilidad.

–¡La emboscada! – exclamó ella alegremente.

–Muy cerca de aquí. Puede que vos lo escuchaseis. ¡Oh! imagino que reconoceréis su voz.

–¿Así que una encerrona es tu esperaza, toda tu esperanza? ¿No has ideado nada nuevo? ¡Ah! Hélyonne, hija mía, ven, no llores. Tenías razón, es una loca.

Sonia dijo:

–No conseguiréis disimular vuestro espanto.

Luego, acercándose:

–¿Os atrevéis a reír, cuando yo sonrío?

–¡Te digo que está a salvo!

–No lo creo.

–Ha pasado por la llanura.

–Así es, pero se ha equivocado.

–¡La llanura está libre de enemigos!

–¡Eh! no, puesto que ha habido una contraorden. Sí, una contraorden. Fijaos como las cosas se han arreglado tan bien. Sois vos misma quién ha enviado a Étienne Boleski a la muerte.

Un grito de Hélyonne desgarró el aire, y con las manos hacia delante, agitadas, se tambaleó cayendo sobre las escaleras de la casa de postas.

–¡Oh! socorredla, – dijo Sonia. – Es posible que muera realmente y estimo mucho su vida por culpa de ese loco de Iván.

Pero Élisabeth se mantuvo terrible:

–Has mentido, ¿no es así? – dijo.

–¡Qué tozuda sois! Es cierto que se es salvaje en Polonia. Y respecto a eso debo deciros que con vuestro sombrero de astracán y vuestras botas rojas, vais vestida de un modo que podría prestarse a risa, os lo aseguro. Pero no, no he mentido. En la llanura hay unas ruinas, un antiguo convento; creo que allí es donde están los rusos. De lejos se les puede ver. Se me ha explicado el plan. ¡Oh! puedo contaroslo. Es este: los polacos marchan sin desconfiar… ¡Precisamente ahora creo que ya no marchan!

Una descarga de metralla acaba de sacudir el aire y llegaban los ecos del estrépito.

–¡Dios sea obedecido!–gritó Élisabeth Boleka, – moriré con mi hijo.

Y bruscamente, se lanzó hacia la llanura. Pero Sonia dijo:

–¡Ah! no, yo no lo concibo de ese modo.

Y a una señal que hizo, los cuatro cosacos se precipitaron fuera de la posada, atrapando a la castellana que huía hacia la muerte.

Se debatía en vano; ellos la mantuvieron solidamente. Sonia continuó:

–¿Esto no os recuerda nada? ¡Qué poco memoria tenéis! Vos aquí, entre las manos de mis cosacos, como estaba el conde Boleski hace diecisiete años entre las de vuestros campesinos. ¡Comprobad que no estoy loca más que a medias, y que sé prever las cosas! Pero no tengo modales brutales. Poneos cómoda, dejad a la castellana, ella sabe que no puede escapar y me ahorrará el tener que tratarla con rigor. Incluso pienso, señora Élisabeth, que sería prudente entrar en el albergue para evitar las balas que podrían llegar hasta aquí. ¿No? ¡Oh! no quiero contrariaros en nada; en lo que a mi respecta, este uniforme de guerrera me infunde un coraje inaccesible al temor.

Ahora unas ráfagas de fusilería esparcían sus secos ruidos en la noche y Élisabeth se dejó caer sobre las rodillas y se recogió en oración.

Entonces la otra madre se acercó y habló con rechinar de dientes:

–¡Ah! ¿no dices nada, no dices nada ahora? ¿Ves lo que has hecho de él, verdad? ¡cómo me he vengado, cómo tengo mi corazón bajo mis pies! ¿Pero que haces? No es a Dios a quién debes rogar, es a mi. Debo decirte que si quisiera, tal vez aún esté a tiempo, podría enviar una orden. El combate cesaría, o tu Étienne se salvaría. ¡Bien! veamos, humíllate; implórame, ¡llora sobre mis manos! ¿quién sabe? tal vez me conmoviese. ¿Por qué no me hablas de mi hijo, de mi devoción por él? Pues tengo un hijo, ¿sabes? es guapo mi Iván. Hélyonne lo ha visto mal porque estaba enfadada. Pero, cuando el otro muera, ella lo amará y nosotros los casaremos, ¿quieres? En este momento, mientras yo hago que tu hijo muera, Iván está en Troki. ¡Oh! ¡no somos

madres de la misma especie! ¡Yo no lo he enviado a la guerra! habría podido caer herido. Como se emborrachó la mañana de la partida, le he hecho encerrar con los arrestados. El pataleaba, ¡el niño mimado! ¿comprendes? ¡no poder estrenar en batalla su uniforme nuevo! Pero al fin y al cabo no se le matará. ¡No te imaginas lo guapo y valiente que es! Envidio a Hélyonne, realmente. Pero tú, ¡oh! ¡te compadezco! Tu hijo, pobre mujer, va a morir, ¡tal vez ya esté muerto! ¿Oyes los disparos? Pero, vamos, te lo ruego, ¡llora! Quiero verte llorar. ¡Cómo! despreciable, ¿me niegas eso? – ¡Ah! ¡miserable madre, ¿es que vas a robarme mi venganza no amando a tu hijo?

Élisabeth Boleska se levantó violentamente:

–Solo se llora por los vencidos, – dijo ella. – ¡Y puesto que se combate, los polacos triunfan!

–Mil contra tres mil.

–¡Mil héroes!

–Mil cadáveres.

–El tiroteo continúa con encarnizamiento. Así pues, la derrota no está aún consumada. Tú has contado con una emboscada; eso es una batalla. Te digo que estás vencida.

Sonia se estremeció; pero de pronto dijo:

–Mira, alla a lo lejos, esos hombres que huyen… sí, hacia nosotras, ¿los ves?

–¿Son polacos?

–¿Acaso piensas que sean rusos?

–¡Nosotros no tenemos por costumbre huir!

–Nosotros os la daremos.

Pero de repente, Élisabeth dijo:

–¡Glorifiquemos a Nuestra Señora! ¡Por mi vida, esos son rusos!

En efecto, por grupos enloquecidos, unos húsares sin caballos, unos ucranianos sin armas, se precipitaban desde la llanura, atravesaban la encrucijada, penetrando en el bosque, y, en la vorágine de su pánico, arrastraron a los cuatro cosacos que vigilaban a la castellana.

Élisabeth corrió, levantó a la prometida de su hijo:

–¡Ven, ven, triunfamos!

–¿Está vivo Étienne? – preguntó Hélyonne.

Mientras tanto, Sonia, que por fin había dejado de sonreír, intentaba detener a los fugitivos:

–¡Cobardes! ¡oh! ¡cobardes! ¿qué hacéis?

Entre los soldados en fuga vio un uniforme de oficial,y corrió con la mano levantada queriendo abofetear a ese hombre que había tenido miedo.

Él se volvió hacia ella, pálido, con una herida roja en el cuello.

–¡Hijo mío!

Era Iván.

–Mamá, mamá – dijo él – quise luchar, he desobedecido. ¡Oh! ¡mira mamá, cómo sangro!

Cayó desfallecido en sus brazos, y la castellana que pasaba detrás de ellos, gritó con una carcajada salvaje:

–¡Tu hijo! ¡tu hijo! ¡ah! ¡pobre mujer!

Luego arrastró a Hélyonne hacia la batalla ganada, diciendo:

–¡Polonia será libre! ¡Vamos a abrazar a vencedor!

IX

Los nobles confederados, espoleando sus monturas, habían continuado su camino a través de la estepa; campesinos con sus guadañas, leñadores con sus hachas, cazadores y judíos armados con carabinas, se apresuraban a seguir el escuadrón de los nobles, y el duro suelo sonaba bajo sus hierros y los zuecos de madera.

Allí se erigía, a la inmensa palidez de la luna, un enorme y negro convento en ruinas.

El estaroste dijo:

–¿Crees que escaparemos, hijo mío?

–¡Por el cerdo negro! es cierto – replicó muy aprisa el panetero.

–¡Bala! ¡bala! – añadió el oficial escanciador, sin más palabras.

Pero Étienne Boleski respondió:

–No escaparemos. Llanura o bosque, no importa, el enemigo nos vigila.

–¿Por qué no has regresado sobre tus pasos?

–El regreso solo está permitido después de la victoria.

–Te ponía a prueba; abrázame, hijo mío.

Y el padre Dominique, elevando la cruz, exclamó:

–¿Qué hemos de temer? ¡Estamos en el buen camino porque Dios está ante nosotros!

Una cuádruple descarga de artillería tronó en el silencio; los caballos se encabritaron ante una explosión de tierra sacudida, y, a lo lejos, una bala de cañón pareció doble porque llevaba una cabeza.

Todo el grupo se detuvo de estupor, observando el emplazamiento informe del monasterio derruido desde donde la artillería enemiga hizo fuego por segunda vez; los polacos distinguieron, en los cuatro resplandores de los cañonazos, los uniformes rojos de la milicia ucraniana.

Luego, nada más; solo la humareda que espesaba las sombras.

La tropa había hecho alto; pero no hubo movimientos de replegarse.

Se presentaban dos alternativas: una, prudente, consistía en la dispersión, la huida; la otra, temeraria, era asaltar la fortaleza improvisada. Los jefes, sin ser consultados, gritaron:

–¡Viva Polonia! ¡Adelante!

Y el padre Dominique dijo a Jesús:

–¡Carguemos!

En amplia fila, instintivamente estrechada para ofrecer menos blanco a los cañonazos, con gritos, levantando las guadañas, alzando las hachas, armando los fusiles, los patriotas se lanzaron al ataque. Ahora veían movimientos confusos por todas partes entre las piedras sombrías del convento, como si la ruina hubiese sido alguna bestia viva colosal.

Una tercera descarga de artillería iluminó toda la longitud de la columna, abatiendo a un cazador que, cayendo, dijo a un leñador:

–Toma mi carabina.

Todos se dieron prisa con más furia. El panetero gruñía entre sus bigotes:

–¡Esos malditos rusos! siempre tienen cañones.

–Por fortuna, – dijo Étienne – puesto que vamos a tomárselos.

Los nobles, en apretado escuadrón, se acercaban a las ruinas, ofreciéndose magnánimamente a la metralla, seguros de su causa y seguros de su dios, pues una bala de cañón lanzada sin duda por una carga insuficiente, chocó con uno de los brazos de la cruz, pero no fue más allá y cayó inútil.

–¡Milagro! – gritó el sacerdote.

–¡Milagro!– repitieron los nobles, persignándose al aire de sus sables.

–¡Patria! – dijo Étienne.

Y de un doble golpe de espuela, obligó a su caballo a pasar el primero.

Sin embargo, sobre las almenas de piedra hormigueaban los aceros de las carabinas; una ráfaga de fusilería estalló, muy nutrida y siempre renovada; era como si entre la humareda trepidasen unos troncos de árbol en llamas.

Cayeron cuatro caballos; los cuatro jinetes se convirtieron en cuatro soldados de infantería, de pie, con el sable siempre levantado, heridos sin duda pero sin reparar en ello.

Entonces, como los proyectiles pasaban por encima de las cabezas de los polacos más cercanos, cazadores y judíos se desplegaron a derecha e izquierda, sin interrumpir su marcha de avance, y, siempre corriendo, se encaraban, tiraban y recargaban sus carabinas. La furiosa esperanza de la victoria llevaba en volandas a los confederados; balas por balas, heridas por heridas, matar consuelo de morir; dejaban tras ellos una sombría estela de cadáveres, pero el número siempre disminuido no hacia que el ardor del impulso fuese menor: y las almas de los muertos cargaban aún con los vivos.

–¡Pie a tierra! ¡al asalto! ordenó el estaroste.

Pues ya se veían con claridad, entre las ruinas, los bocas negras de los cañones.

Los nobles obedecieron. Los caballos no son buenos más que para la carga o para la huida; ahora se había cargado y ya no se huiría.

El grupo, espaciado ahora, presentaba un frente bastante amplio; con la cabeza agachada se abalanzaron con un furor de carneros hacia las murallas donde se encontraban los moscovitas.

Pero, de las tinieblas que el viejo convento dejaba vislumbrar bajo la estepa pálida de luna, se levantó, en un tumulto aullador, una hilera completamente erizada de lanzas. Eran los húsares negros del coronel Drèwic, que, hasta ese momento, se habían mantenido allí, ocultos, invisibles, bajo las murallas desmoronadas.

–¡Traidores!

–¡Viva Rusia!

–¡Viva Polonia!

–Volved bajo tierra, malditos! – aulló por encima del estrépito el panetero Syruc, cuya hacha lanzada se hundió en un cráneo.

El cuerpo a cuerpo fue formidable. A pesar de la furia del doble arrebato, nadie retrocedió tras el primer choque: se produjo un instante de feroz inmovilidad, casi silenciosa, jadeante de empujes sin resultado, inmovilidad de dos luchadores que cruzan el cuello y resoplan. Luego, de común acuerdo, los combatientes se echaron hacia atrás y se estableció entre las dos multitudes un entrechocar de lanzas y sables, un duelo de innumerables destellos. Pero, apenas disjuntas, se volvían a agrupar; más lugar entre los pechos para hacer uso de la longitud de las armas; se mordían en los hombros, se tiraban de los cabellos. La fusilería había cesado; las balas no hubiesen podido usarse en ese furiosos cuerpo a cuerpo, donde polacos y rusos se estrechaban, herida contra herida, intercambiando sangre.

Sin embargo los rusos, poco a poco, iban retrocediendo hacia los escombros; tal vez los confederados iban a escalar las ruinas sobre escaleras de heridos y muertos, cuando, de pronto, éstos debieron girar, emitiendo gritos de rabia. Durante el combate, los ucranianos, que por la izquierda y por la derecha habían abandonado el convento, se habían reunido en semicírculo; ahora, nobles, campesinos, leñadores, cazadores y judíos, un puñado augusto de héroes, estaban por todas partes rodeados de fusiles, de picas, de espadas, y sucumbirían, sangrando del pecho y por la espalda, en un espantoso abrazo de heridas.

¡Escapar o romper el círculo! ¡Imposible! Tenían a su alrededor toda una emboscada, como un cinturón de hierro.

Pero este grito se oyó:

–¡Los cañones! ¡los cañones! ¡Victoria!

Levantaron la cabeza. ¡La sotana blanca del padre Dominique estaba de pie sobre el amontonamiento de los escombros! Ocho o diez nobles abatieron a los artilleros moscovitas, y el panetero Syruc, enorme bajo la luna, tenía entre las piernas una pieza del ocho, que golpeaba con sus talones gritando:

–¡Por el cerdo negro! ¡he encontrado un caballo!

Así pues, algunos habían hecho una agujero en la muralla viva; habían plantado la cruz de Polonia sobre la ruina conquistada.

Entonces Étienne Boleski gritó:

–¡A los cañones!

El grueso de confederados se lanzó sobre el mismo punto, penetrando en el montón de húsares, abriendo a golpes de hacha y bastonazos la resistente grieta, y pasaron, y detrás de ellos, desgarrados, cortados, no importa, iban subiendo de piedra en piedra hacia los cañones, persiguiendo al enemigo que retrocedía por instantes entre los desprendimientos de rocas y de cadáveres.

Los primeros que se levantaron sobre el montón de escombros fueron, junto a Étienne Boleski y el estaroste, los cazadores armados de carabinas.

–Ocho hombres en las cuatro piezas – ordenó el joven castellano.

Y al mismo tiempo una violenta fusilería obligaba a un movimiento de retroceso, entre caidas de muertos, a los moscovitas estupefactos por el giro que habían tomado los acontecimientos.

Los húsares retrocedían empujando la espalda de los ucranianos, y más de uno se preguntaba, turbado por una supersticiosa aprensión, qué era esa forma blanca que de repente había aparecido de pie sobre las ruinas, semejante a la visión de Polonia resucitada, y levantado en las claras tinieblas la imagen del Crucificado.

¡De pronto las cuatro piezas de artillería hicieron fuego, destrozando a las masas moscovitas! La batería, a causa de la cruz, parecía una especie de formidable altar; y era como el cuádruple trueno de un dios que se venga.

Los rusos seguían retrocediendo, más inquietos, mirando siempre al sacerdote inmóvil, luego, bruscamente, bajo el fuego de una nueva descarga, se volvieron de espaldas y comenzaron a huir hacia Pruzani, todos a la vez, sin gritos, sin palabras, arrastrando a sus oficiales en un irresistible ataque de pánico.

La locura de la victoria extasió a los confederados. Sangrantes, sucios, felices, se precipitaron fuera de las ruinas sin que ningún jefe lo hubiese ordenado. Esos hombres que ya no eran más que quinientos o seiscientos, persiguieron sable en ristre, guadaña hacia adelante, hachas levantadas, a la espantada desperdigada de tres mil moscovitas, y marchaban sobre los cadáveres de aquellos que no habían huido lo bastante aprisa.

Finalmente se detuvieron, vencedores, abrazándose uno al otro con los brazos ensangrentados y este inmenso grito: «¡Patria!» subió gloriosamente hacia el cielo. Los heridos polacos, esparcidos por la llanura que no gimieron más, se arrastraban hacia el heroico grupo, y querían besar antes de morir las armas de sus hermanos triunfantes.

–¡Mirad! – dijo Étienne de repente.

En efecto, una masa negra, en movimiento, acababa de surgir, a lo lejos, sobre el lindero de la Selva Negra.

El panetero dijo:

–Si fuesen rusos se verían relucir los galones del uniforme.

–¡Bala! ¡bala! – dijo el oficial escanciador de Lida, – creo que son los leñadores de mi dominio. Muchos no han querido seguirme, pero se habrán arrepentido y he aquí un refuerzo que nos llega.

–Es probable. – dijo el estaroste, – ¡Que el cielo sea alabado! vienen a propósito; sin ellos habríamos llegado a Kowno en poco número, por desgracia.

–Pero victoriosos, – dijo Étienne.

Sin embargo la tropa que habían percibido se aproximaba rápidamente. El oficial escanciador, que tenia muy buenos ojos, afirmó que veía relucir hachas y horquillas; eras sus leñadores, desde luego. Los demás estuvieron de acuerdo y ninguno se percató de que en lugar de marchar en línea recta, los recién llegados se dirigían lateralmente hacia el convento, como con el deseo de tomar posición entra las ruinas y los confederados.

Éstos, llenos de confianza, pues ahora distinguían bajo la luna unos gorros de oveja negro y aperos de campesinos, se adelantaron para saludar a sus amigos.

Pero de repente, la tropa que había hecho alto se abalanzó furiosamente hacia ellos, numerosa, compacta, negra, con aullidos de bestias feroces – ¡un ejército de lobos más que una multitud de hombres! – y cuando estuvo cerca, alguien a caballo, que cargaba el primero, gritó formidablemente en la noche:

–¡Nobles! aquí están los siervos; ¡amos! aquí están los esclavos; ¡sacerdotes! aquí están los ignorantes; ¡y tú, Jesús! he aquí a los desatendidos. ¡Justicia! ¡Justicia! Lo que va a golpear al noble, al sacerdote, al dios, no es el sable, o la guadaña o el hacha, es el hambre, la sed, el trabajo para el prójimo, los impuestos, el arrodillamiento sin recompensa, es el antiguo martirio de la Polonia sierva. Los nobles de Lituania han triunfado sobre los soldados de Rusia; pero no triunfarán sobre sus propios esclavos; ¡y ha llegado la hora en la que los criminales, por fin serán vencidos por sus crímenes!

X

Oculto con sus hombres en un barranco de la Selva Negra – pues hubiese sido imprudente dejar el bosque completamente libre – Rhodzko había esperado el desenlace del encuentro entre los confederados y los rusos. Tal vez había visto sin pena la derrota de los extranjeros, y ahora surgía él, terrible y alegre, prefiriendo ese combate sin aliados del esclavo contra el señor.

La refriega fue espantosa. Menos numerosos, cansados ya de batallar, golpeando con brazos que sangraban, heridos en sus heridas, los confederados lucharon magnánimamente. El que caía se volvía a levantar a menos que hubiese muerto. Pero los siervos, ebrios de un feroz odio, se encarnizaban despiadadamente; las hachas seccionaban los miembros como ramas de robles, giros de guadañas dejaban de pronto sangrientos claros, y los cadáveres se amontonaban en tenebrosas gavillas. Los esclavos que no tenían armas abrazaban hasta el ahogo, al modo de los osos, o saltaban a las gargantas como perros.

Sin embargo, sobre su encabritado caballo, que rompía cráneos con sus patas, Rhodzko, con la frente en alto, dominaba todo la oscura y furiosa confusión, y, entre el estrépito de los aceros, los clamores de los combatientes y los gemidos de los que ya no combatían, su sable, yendo y viniendo siguiendo un ritmo salvaje, parecía dirigir la odiosa sinfonía de la batalla.

Los primeros que miraron hacia atrás fueron algunos campesinos confederados. ¿Habiendo visto caer a tantos compañeros, comprendían que su muerte estaba próxima? Tal ves les repugnase combatir contra hombres vestidos como ellos, hombres nacidos sobre la tierra en la que ellos mismos había nacido; tal ves también las palabras de Rhodzko, antes, habían despertado en sus almas no se sabe que oscuro eco. El grito de

un fugitivo fue seguido de veinte gritos semejantes, y los jefes intentaron en vano detener la desbandada. Rogaban y decían:

–No huyáis, venceremos.

–¡Dejadme pasar, señor!

–Regresa, Michel.

–Tengo una hija, Excelencia.

–Quédate.

–Estoy herido.

–¿No ves que yo también sangro? – dijo Étienne Boleski.

Inútiles palabras. Fue la desbandada del que no piensa, no escucha, no quiere morir, eso es todo; y el fragor de la huida arrastró a los propios nobles.

XI

Pero hete aquí que de pronto, ante ellos, sobre una elevación de la llanura, vieron erigirse una alta figura blanca: era el padre Dominique, herido, que recogía y levantaba frente a la huida la imagen de su Dios.

–Golpearé con esta cruz – dijo – al primero que dé un paso más.

–¡Nos persiguen!

–Esperémosles.

–¿De que sirve luchar cuando la victoria es imposible?

–Cuando no se puede vencer, dijo el cura, basta morir. ¿Quién os pide más? ¡De rodillas, todos, a mi alrededor!

Muchos campesinos pasaron aún, pero los nobles, y con ellos algunos judíos, – veinte hombres apenas, todos sangrando, – se detuvieron sobre el cerro, ante el sacerdote, bajo la cruz. Los judíos permanecieron de pie, los nobles se arrodillaron, y, muy rápido, en voz baja, recitaban oraciones. « ¡Hélyonne, llena eres de gracia! » decía muy bajo Étienne.

Sin embargo el grupo de siervos insurgentes estaba a punto de alcanzar a esos hombres en oración, cuando una numerosa cabalgada sonó sobre el suelo de la estepa: era la caballería cosaca, que, tras el paso de los confederados, había tomado posiciones detrás de Pruzani. Advertida por los moscovitas en dispersión, acudía a galope tendido. El escuadrón se detuvo ante el grupo de los confederados.

–¡Entregaos! – exclamó un oficial cosaco.

Étienne respondió:

–No.

Entonces los confederados se levantaron, y, con los brazos levantados, cantaban el antiguo himno religioso y guerrero de Polonia:

¡Origen de los seres,
Señor de los señores,
Terrible con los traidores,
Propicio a los buenos!

¡Claridad bendita
Gracia infinita
En la agonía
Te imploramos!

–¡Entregaos! – repitió el oficial.
–¡No! – dijo Étienne.
Los confederados cantaban:

¡Nuestra patria
Sangra, muere
Y llora y clama
Hacia ti, mi Dios!

A demasiadas pruebas
Tú nos sometes.
¡Ah! ¡cuántas viudas
Bajo tu cielo azul!

–¡Entregaos! – repitió el oficial.
–¡No!
Seguían cantando:

¡Ven y vénganos!
¡Que tu arcángel
Siegue y vendimie,
Con tu espada en la mano!

¡Que la sangre lave
La tierra esclava!
¡Rompe tus trabas,
Patria, por fin!

–¡Fuego! – ordenó el oficial cosaco.
La ráfaga, casi a bocajarro, asesinó de ocho a diez polacos. Étienne permaneció de pie. Pero el padre Dominique estaba caído, y sobre él la gran cruz.
–¡Oh! – dijo el panetero, – el padre Dominique ha muerto y el Cristo está en tierra.
– Tal vez hiciésemos bien rindiéndonos, – dijo el oficial escanciador.
–Sí, sí, – se oyó en un confuso murmullo.
Pero alguien bajó hacia la cruz.
–¿Qué haces? – preguntó uno de los judíos.– ¡Tú, un rabino, tocando la cruz de Jesús!
El rabino se puso de pie en el lugar que había ocupado el padre Dominique, y, levantando el enorme crucifijo, dijo:
– ¡Vuelvo a levantar el estandarte de Polonia!
Entonces el oficial cosaco ordenó de nuevo:
–¡Fuego!
Pero, bajo las balas, con la frente al cielo y el pecho hacia el enemigo, los confederados, siempre menos numerosos, cantaban, y los estertores de los moribundos trataban de cantar aún:

¡Origen de los seres,
Señor de los señores,
Terrible con los traidores,
Propicio a los buenos!

¡Claridad bendita
Gracia infinita
En la agonía
Te imploramos!

Tercera parte

EL FIN DE UNA RAZA

LIBRO PRIMERO

LA DERROTA DE LOS VENCEDORES

I

Seis meses habían transcurrido desde la magnifica hora en que los señores de Polonia, ofreciendo sus pecho a las balas de los cosacos, cantaron bajo la cruz.

En San Petersburgo, en el Palacio de Invierno, en un salón estilo Pompadour con colgaduras estampadas de alegres florecillas, Catalina II, apoyando el codo en los cojines, dictaba un cuento árabe a una de sus damas favoritas.

A veces interrumpía el frívolo relato entremezclado de apólogos filosóficos, para sumirse en alguna ensoñación; y la niebla de el aburrimiento le pasaba por los ojos. Entonces uno de sus brazos colgaba, – uno de esos brazos que con una señal conmociona a las naciones, – como con la fatiga de la todopoderosa harta. La gran emperatriz sangrienta y lujuriosa, por fin conocía el tedio de los viejos Tiberios y las viejas Mesalinas. No desear nada es la consecuencia final de un poder absoluto; la certeza de obtenerlo todo hace el deseo fastidioso. Además, ya no eran tiempos en los que la Sémiramis del Norte era glorificada por Voltaire por haber humillado a Diderot; donde su gloria resplandecía bajo el cielo de Grecia, en los incendios provocados por los bellos Orloff. Ahora, hacia Francia, crecía una rara aurora, que apagaba los rayos de la estrella septentrional; y, desánimo supremo, Catalina sentía que su antigua belleza ya no era ensalzada más que por la complacencia ávida de los últimos favoritos. A causa de eso, el recuerdo de jóvenes glorias, de amores y fiestas, no le permitían poner una sonrisa en los labios; no esperando ya, casi había olvidado; e incluso el recuerdo de los crímenes antaño cometidos había dejado de turbar su cansada conciencia; incluso experimentaba el tedio de los remordimientos.

Dictaba:

«El califa de Bagdag no era precisamente uno de esos soberanos que sacrifican a placeres culpables la felicidad de sus vasallos. Educado entre filósofos, le gustaba proclamar los soberanos derechos de la humanidad. Lo que quería era que bajo su imperio, los más humildes fuesen los iguales de los más orgullosos, que la tolerancia acabase con las disputas de las diversas religiones y que la sangre de los pueblos no corriese en las batallas para el simple placer de sacerdotes y reyes. Ese califa era muy justo, concedía muchas gracias, abría las prisiones, no permitía que se erigiesen cadalsos; era conocido en todo el universo por esas nobles prácticas y había merecido el cariño de los hombres sensibles y la admiración de los filósofos. »

Mientras dictaba de este modo, haciendo el retrato de un príncipe que tal vez, engañándose a sí misma, pensaba que era el suyo, un Voltaire de mármol, situado muy alto sobre el mármol incrustado de oro de una consola, miraba a la anciana culpable y reía.

Ella continuó:

«Y como acontece con todas las glorias verdaderamente puras, la de ese buen califa fue calumniada por la envidia, pero no se vengó de los miserables, concediéndoles favores; y firme en su resolución de ser justo y tolerante, continúo ofreciendo bienes aún, apagando odios, haciendo caer hierros… »

Dejo de dictar porque la puerta se había abierto, y el chambelán de servicio anunció que un enviado de Stanislao Augusto, rey de Polonia, solicitaba el honor de una audiencia.

Ella bostezó y dijo:

–Que entre.

Entró Rhodzko, con la frente alta como si la tuviese rodeada de invisibles coronas y el brillo de la victoria en los ojos.

–Traigo buenas noticias a Vuestra Majestad.

Ella respondió, levantando un brazo:

–En mi presencia hay que arrodillarse.

–Es cierto, – dijo él.

Y, doblando una rodilla con torpeza, continuó:

–Buenas noticias. La insurrección lituana, a su vez apagada y vuelta a alimentar durante seis meses, a esta hora ya no es más que un montón de cenizas sobre las que sopla el viento. En cenizas los castillos, en cenizas los bosques. Los de los nobles de Polonia que no han muerto sobre los campos de batalla esperan sus castigos en las fortalezas de Troki y de Wilna, o imploran gracia desde fondo de sus moradas saqueadas. Lo que queda de Polonia en Polonia pertenece a partir de ahora a Vuestra Majestad.

–Ya lo sabía, – dijo ella, – y el conde Poniatowski (llamaba así a Stanislao Augusto, como en los tiempos de sus primeros amores) habría podido ahorraros la fatiga del viaje.

–Vuestra Majestad no sabe todo.

–¿Ah? – dijo ella.

– Ella ha sabido que los polacos han sido vencidos; pero ignora a quién debe su victoria.

–A mis cosacos, a mis ucranianos, al conde André Boleski, gobernador de Troki.

–No, – dijo él.

–¿A quién, entonces?

–A mí.

Ella lo miró, se asombró de ese rostro atrevido y rudo.

–¿Quién sois vos? – decidme vuestro nombre.

–Mi nombre no importa. ¿Qué os aportarían dos sílabas? Lo que he querido, lo que he realizado, eso es lo que vos debéis saber.

–¡Pues bien! ¿Qué habéis querido?

–Ser libre, ser poderoso.

–¿Y qué habéis hecho?

–He merecido serlo. Vuestros cosacos y vuestros ucranianos habrían sido vencidos por los nobles de Polonia, y en cuanto al conde Boleski, él hubiese traicionado a la patria rusa para salvar a su hijo polaco. Pero he surgido yo, terrible. He azuzado, contra la tiranía de los desahogados, el hambre, la sed y todos los rencores de los miserables; bajo mis órdenes, ¡el pobre ha golpeado al rico, el campesino ha atacado al magnate, el siervo ha vencido al amo! Al principio un puñado de hombres, pronto una multitud; hemos supuesto una rebelión formidable y triunfadora, y vos finalmente habéis salido victoriosa, vos, la gran zarina, gracias a nosotros, los siervos.

–Ya entiendo, – dijo ella, – y vos contáis con alguna recompensa, vos y vuestros compañeros?

–Solicito la recompensa prometida.

–¿Prometida?

–Jurada. En presencia del rey Stanislao Auguste, el embajador de Vuestra Majestad…

–¿El conde Platow?

–El conde Platow, en presencia del rey Stanislao, juró que, el día en el que la insurrección fuese vencida, todos los siervos polacos serían rusos libres.

–¿Él ha jurado eso?

–Por los santos Evangelios.

–Es un juramento muy serio. Pero, decidme, señor, ¿vuestros compañeros y vos no habéis saqueado los castillos de vuestros amos?

–Los hemos saqueado.

–¿No habéis matado a un buen número de magnates?

–Los hemos matado.

–¿No habéis comido y bebido en las salas señoriales?

–Hemos comido y bebido.

–Pues bien, he ahí lo mejor del mundo; saquear, matar, comer y beber es para los rebeldes de vuestra especie, una recompensa muy conveniente; y me digno a añadir el favor de cerrar los ojos al mal ejemplo que vos habéis dado en vuestra revuelta contra vuestros señores legítimos. Retiraos, daré las órdenes para que no seáis molestados.

–Señora, –exclamó Rhodzko, – habéis entendido mal.

Ella hizo sonar un timbre por dos veces y dijo al chambelán, que entró seguido por dos guardias cosacos.

–Haced salir a este hombre.

–Señora, – insistió Rhodzko con voz más alta todavía, – nos hemos ganado ser libres.

Ella repitió:

–¡Que este hombre salga!

Lo agarraron.

–¡Cómo! – aulló Rhodzko, con los ojos rojos como si toda la sangre de las victorias culpables hubiese afluido bajo sus párpados, – ¡cómo! mis hermanos muertos, tantas mujeres viudas, y Polonia traicionada…

–¿Inútilmente? – dijo riendo la emperatriz. No. Vosotros erais siervos polacos y ahora sois siervos rusos; eso ya es algo.

Se lo llevaron.

La zarina dijo a su dama favorita:

–Continuemos. ¿Dónde estaba?

La dama releyó:

«… continúo ofreciendo bienes aún, apagando odios, haciendo caer hierros…»

–Bien. Continuad.

Catalina dictó:

« Un día incluso, ese gran califa, para recompensar el celo que le habían mostrado los siervos de una de sus provincias, no dudó en concederles la libertad y distribuirles tierras. Como eran muy numerosos, supuso para él una gran pérdida; pero lo que perdió en riquezas lo ganó en estima en opinión de la humanidad. Además el premio que le resultó más querido, fue la idea de que cada día él estaba bendecido por tantos hombres a los que él había concedido el más legítimo de los derechos, ¡quiero decir la libertad!»

II

Troki resplandecía bajo la blancura invernal, completamente iluminada por el sol. Alrededor del gran lago ahora helado, los árboles enguirnaldados con gotas transformadas en luminosas perlas, balanceaban en el aire claro unas suspensiones de racimos que eran como lámparas; y, más alta que las casas pálidas de la ciudad, donde se iluminaban los cristales, donde brillaba el granizo de los tejados, la ruda fortaleza, bajo inmóviles torrentes de nieve, parecía en esta fría y brillante magia, el palacio en fiestas de algún genio septentrional.

Con gestos locos, con colores extravagantes, una multitud llena de alegría hormigueaba sobre toda esa blancura: hombres, mujeres, niños, burgueses, funcionarios, campesinos, – polacos antaño, ahora rusos, satisfechos en su decadencia. Los pobres se habían puesto sus harapos menos sucios. Algunos, ricos, llevaban trajes de carnaval, vestidos verdes, azules, rojos, que destacaban como estandartes; sobre la clara superficie del lago había unos círculos de pastoras encintandas; unos pierrots que se deslizaban sobre pendientes de nieve confundiéndose con su blancura; un arlequín golpeaba sobre un montón de hielo pálido su trenzado multicolor. Y mil voces de todas partes cantaban, reían, gritaban con halos de aliento.

–¡Bueno! ¡bien! ¡bueno! ¡esto si que es una buena jornada!

–¡Por aquí, hermanos! Ante la casa de hielo, se pusieron alineados cincuenta cubas de aguardiente de Dantzig.

–¡Cincuenta cubas! ¡Urra!

Unos grupos se formaban delante de la fortaleza.

–Padrecito, vos que sabéis leer, leednos el programa de las diversiones.

–Veamos, veamos – dijo el hombre que sabía leer.

Y recorriendo con la mirada el cartel de tela ondulante encima de un bastidor rojo y blanco:

–¡De acuerdo! sí, ¡de acuerdo!

Luego leyó:

– «Gobierno de Troki. Programa de fiestas de Su Excelencia la condesa Sonia Ivanowna…»

–¡Que el cielo nos la conserve!

–«… Y organizadas por Su Excelencia el príncipe Yégor Ivanowitch…»

–¡San Nicolás lo proteja!

–«… con motivo de la celebración de la victoria sobre los rebeldes…»

–¡Que la Panagia[4] los condene!

–«… y con ocasión de la curación de Su Excelencia el conde Ivan Boleski.»

– ¡Que los santos estén con él!

El hombre continuó leyendo entre las interrupciones y los hurras de alegría. Se escuchaban estas palabras de vez en cuando: «Distribución de víveres y bebidas. Por la noche, alrededor del pabellón de hielo, cascadas de luces artificiales. Trescientos cañonazos para terminar la fiesta.»

A decir verdad, un burgués prudente objetó que el aguardiente prende fuego, que la nafta quema, que la pólvora hace saltar los muros, y que se habría podido, le parecía a él, elegir diversiones menos peligrosas al lado de una fortaleza donde estaban encerrados cien prisioneros audaces; «tanto o más, cuando la mayoría del ejército estaba aún acampada en los alrededores de Pruzani, y que la ciudad, en consecuencia, estaba mal preparada para resistir un asalto.»

[4] La Santísima Trinidad en el rito ortodoxo. (N. del T.)

Pero se abucheó a ese cobarde, y, alrededor del cartel se produjo un baile improvisado de máscaras.

Una mujer, vieja, curvando su cabeza de donde colgaban unos cabellos grises, se acercó a los bailarines y preguntó a alguien:

–Perdón, señor, ¿los condenados saldrán pronto, verdad?

–Sí, abuela. Tendremos la satisfacción de verlos a nuestras anchas. Es una diversión que está en el programa de los festejos.

– En cuanto a mi, – dijo un campesino – tengo sobre todo curiosidad por ver al viejo estaroste Kilinski y a Étinne Boleski, que era castellano de Mikalina. Parece que son dos hombres muy peligrosos, que han hecho mucho daño a los rusos; se han tomado todas las precauciones del mundo en hacerlos prisioneros vivos.

–Sí – dijo la viaje mujer, se han defendido.

Preguntó aún:

–¿Serán ejecutados mañana?

–Mañana, al despuntar el día, en el patio de la fortaleza. hace tiempo que debería haberse hecho justicia, pero se esperaba el regreso del gobernador que había ido a Varsovia.

–¿Y regresó finalmente?

–Llegó hoy.

–¡Ah! os lo agradezco, señor.

Dicho esto, la vieja señora fue a sentarse sobre el borde de una acera, frente a la puerta por donde debían salir los condenados.

–¡Pobre criatura! – dijo una joven del brazo de su enamorado. Hace mucho tiempo que la veo merodear alrededor de la ciudadela; sin duda tiene a su marido o a su hijo al otro lado de esas murallas.

–¡Bueno! – dijo el burgués que tenía miedo de la nafta y de la pólvora, – una espía a la que habría que detener.

La espía era Élisabeth Boleska.

III

Sí, Élisabeth Boleska, la castellana vencida, la madre dolorosa. Los suyos muertos o dispersos, su hijo prisionero, juzgado, condenado; Hélyonne, su hija también, cautiva de Sonia Ivanowna; y ella sola libre en apariencia, –¡ah! se sabía bien que ella no se evadiría de sus desesperación; – sus bosques y sus llanuras mancilladas por los moscovitas, que, por la noche cantan y beben alrededor de hogueras; su castillo incendiado, destrozado, sobre cuyas ruinas merodearían los zorros y los osos cuando los rusos hubiesen partido, – eso era a lo que habían reducido diecisiete años de orgullosas esperanzas y su largo recogimiento en augustos rencores. Ahora estaba allí, delante de esos muros de prisión, abatida, también indignada, y estupefacta. Sería como el arcángel Miguel bajo el talón de Satán.

Los dos batientes de la puerta de bronce se separaron lentamente con una cascada de nieve, con un crujir de hielo alrededor de los goznes, y aparecieron los prisioneros encadenados, entre una doble fila de ucranianos de uniformes rojos.

Estaban tranquilos y serios. No había desafío en su mirada, ni oración tampoco. Estos mutilados, aquellos ampliamente marcados, se les hubiese tomado por heridos o casi muertos, tal era esta actitud que significa la aceptación del destino después del deber cumplido.

El populacho en fiestas se arremolinó contra su miseria, con risas y abucheos; es una tristeza de la naturaleza humana que la alegría no tenga siempre bondad.

–¡Aquí están! ¡Ay de ellos!

–¡A muerte! ¡a muerte!

–¡Qué pidan perdón!

–¡Que se les haga poner de rodillas!

–¡Se atreven a mirarnos de frente!

–Eso es indecente.

–¡A muerte! ¡A muerte a los rebeldes!

Un niño dijo:

–¡Qué mala pinta tienen!

–Hijo mío – dijo el burgués prudente, – así son todos los insurgentes.

– Pues bien, – dijo con socarronería un bailarín en traje de polichinela, y precisamente dirigiéndose a Étienne Boleski, que sonrió con melancolía – habéis sido hechos prisioneros esta vez, y no volveréis ya a cortar las piernas de los soldados rusos para alimentar a los cuervos, ¡asesinos!

Y toda la muchedumbre con sus millares de voces:

–¡Asesinos! ¡asesinos!

Pero una mujer, rápido, con gesto altivo, se hundió entre la multitud, y, con uno de sus brazos alrededor del cuello de Étienne, gritó

–¡Sois todos unos cobardes!

–¡Madre!– dijo Étienne.

Élisabeth añadió:

–¡Ni uno de vosotros se hubiese atrevido siquiera a mirarlo de lejos cuando pasaba sobre el campo de batalla a la cabeza de los nuestros!

Entonces, a pesar de los ucranianos que trataban de defender a los polacos, preservándolos para el hacha o las fustas, se produjo contra Élisabeth Boleska y contra los prisioneros un odioso abucheo de amenaza, con los puños cerrados, el insulto en los dientes y la rabia en los ojos.

–¿Qué sucede?

–¿Qué dice?

–¿Quién es esta mujer?

–¿De dónde sale?

–¡Detenedla!

–¡A prisión!

–¡A muerte!

Y los soldados se veían impotentes rechazando esta turba, cuando Étienne Boleski dio un paso adelante, y, hablando con voz tan dulce que los demás, para escuchar, se vieron obligados a hacer silencio:

–Señor, – dijo al polichinela que había reído antes – ¿por qué nos insultáis? Estamos vencidos. Si nos creéis culpables os equivocáis. Nosotros hemos querido liberar nuestra patria; no hay nada de malo en ello. ¿Acaso vos no amáis vuestro país? La prueba de que no somos unos miserables es que yo os ofrezco mi mano, aunque vos me hayáis hablado sin bondad.

Los que escuchaban esto se sorprendían. Esas palabras, repetidas de individuo en individuo, recorrían toda la multitud en un inmenso rumor, y se produjo un movimiento de retroceso, sin cólera, a causa de esa dulzura. La mar que rompe furiosamente contra las rocas, descendió apaciguada a lo largo de las pendientes de arena.

–Es muy joven – dijo una mujer.

–Y muy triste – dijo otra.

Un hombre pensó en voz alta:

–Tiene razón en lo que dice.

Étienne continuó adelantándose un poco más:

–Y ahora, mirad. Esta fiesta es brillante; id pues a divertiros, vosotros que sois libres, ¡vosotros que viviréis todavía mucho tiempo! y dejadnos sufrir en paz. Adiós. ¡Que os divirtáis!

Nadie respondió. Las cabezas vueltas no se atrevían ya a mirar a ese joven que tenía en la voz tanta melancolía y ternura. Algunos balbuceaban palabras de disculpa. La mayoría de aquellas que estaban allí les hubiese gustado no haber estado. Experimentaban incomodidad y casi vergüenza a causa de ese rebelde, de ese condenado, que no se les enfrentaba que parecía ser tan cabal. Retrocedieron más, poco a poco, saludando; la muchedumbre se apartó, se disgregó, fue desapareciendo quedando solo grupos dispersos conversando en voz baja.

–Todo el mundo es bueno, – dijo Étienne, soñador.

Y levantando los brazos con gesto dulce y los ojos llenos de ideales, parecía un joven rey que, presa de cansancio, hubiese despedido a sus cortesanos en medio de una fiesta.

Pero el jefe de los soldados le puso la mano sobre el hombro.

–¡Vamos!

–Os sigo, señor. ¡Adiós madre! Decid a Hélyonne que mi última oración unirá vuestro nombre y el suyo al nombre de mi país.

Iba a alejarse; ella lo detuvo en un abrazo, y mientras los ucranianos reagrupaban a los prisioneros:

–¡Oh! ¡no! ¡no! ¡no! ¡tú no te irás! Espero este momento desde hace mucho tiempo. Y mañana es el horrible día, no te volveré a abrazar, nunca más, nunca más! Espera un poco más, mi Étienne.

Él respondió en voz baja, pero con tono firme:

–¿Qué pasa, madre? ¿Ya no sois aquella que me envía a combatir por una noble causa?

–¡Soy aquella cuyo hijo va a morir!

–¡Cuyo hijo ha cumplido con su deber! Secad vuestras lágrimas, nada de llantos. Vos debéis el ejemplo a las madres.

Ella se dominó.

–Es verdad. Dios me absuelva de un instante de debilidad. Sin embargo ven aquí, muy cerca de mi, aléjate de ellos. Hablaremos muy bajo.

El jefe de los guardias ucranianos se había aproximado y ella le preguntó:

–¿Me permitís, señor, que bendiga a mi hijo una última vez?

El oficial hizo una señal afirmativa y ella atrajo a Étienne un poco aparte; podía vérseles, pero no escucharles.

–¡Dame tu mano, hijo mío! – dijo ella, desfalleciente.

–¡Oh madre!

Ofreciendo la espalda a los soldados y a los prisioneros, se encontraban abrazados el uno con el otro, de lado y con las manos unidas; ella habló casi sin mover los labios:

–Se pueden decir estas cosas, cuando nadie escucha: es espantoso dejarse.

–¡Me volverás a ver, madre!

–Sí; pero déjame abrazarte sin que se vea, asi.

Ella inclinó la cabeza lentamente, sin girársela, y bajó furtivamente la bella frente de su hijo.

Él se estremeció. Por fin se dirigió hacia sus compañeros que se ponían en marcha.

–¡Adios!–dijo él.

Y la castellana, victoriosa de sus angustias, dijo con voz sonora:

–¡Bien! sí, marcha, ¡adiós! ¡Y hazme enorgullecerme de tu muerte como lo estaba de tu vida!

Se alejaron; ella quedó sola, ante la puerta de la prisión; permanecía inmóvil y de pie con los ojos sin lágrimas, ni sollozos en los labios, igual a las madres que cantan en los funerales de sus hijos:

« ¡Gloria a Dios! mi hijo ha muerto. Su armadura caída brilla como la escarcha de otoño, su porte es orgulloso y magnífico como el de un árbol abatido por el rayo.

« ¡Lo he educado con mucho amor! ¡Cuántas penas y cuidados para criarlo, hasta la adolescencia! Ahora, mientras está caído en el campo de batalla, los arcángeles de la patria hacen a su alrededor un gran ruido de alas victoriosas, y dicen: «¿Quién es este difunto con una frente tan altiva y con tan rojas heridas? ¡Bienaventurada la madre que llorará sobre este cadáver! »

IV

Durante todo ese tiempo, Sonia Ivanowna, ante el vestidor de su salón con tonos de pastel, no sabía si se pondría un traje de color rosa té o bien color azufre para la fiesta de esa noche en el pabellón de hielo que había hecho edificar sobre el lago de Troki.

Estaba radiante y nada ensombrecía la alegría de sus victorias: Mikalina ya no existía, la castellana estaba vencida y mañana moriría su hijo. En cuanto a Iván, tras varios días y noches de dolores, ya no sufría casi por su herida, y pronto se casaría con Hélyonne, su amor. La polaca todavía se resistía; en vano Sonia había tratado de dulcificarla con caricias; sin palabras y ya sin lágrimas, Hélyonne pasaba su tiempo soñando, con la frente sobre el cristal y los ojos fijos en la fortaleza, en la exquisita habitación llena de sedas y encajes que le servía de prisión. Pero algún día se enternecería y amaría a Iván, cuando el otro ya no existiese. Y, en verdad, la elección entre los dos vestidos, uno color azufre y el otro color rosa té, era el único motivo de serias preocupaciones que tenía ese día Sonia Ivanowna.

–¡Ah! ¿eres tú, Yégor? – dijo a su hermano que entraba; llegas a punto porque me urgen tus consejos.

–Lamentablemente – dijo él – estás viendo, hermana mía, al hombre más miserable que hay en el mundo.

–¡Bueno! ¿Qué ha ocurrido? Creía que estabas satisfecho por completo. ¿No he pagado tus deudas? ¿No posees mi granja de Grodno, que te reporta cuatro mil rublos al año?...

–No, solamente tres mil.

–Al menos te has divorciado hace cinco meses de tu insoportable Nadine, que era el diablo en persona.

–¡Oh¡ ¡oh!, hermanita, ¡Nadine no es tan insoportable!

–¡Bueno! ¿Estás bromeando?

–No; ella es muy bonita.

–¡Bah! pasable.

–Rubia.

–Tú tenías predilección por las morenas.

–Joven.

–No pensabas que se fuese mujer antes de los treinta años.

–Una simpática gordura.

–Un pequeño tonel, querrás decir.

–Nada tonta.

–¡Caramba! ¡el diablo!

–Un poco charlatana, es cierto.

–Eso, eso es.

–Pero no hay nada más divertido que el parloteo de una boca bonita.

–Además, te engañaba.

–¡Eh!, hermanita, ¿me tomas por un palurdo? Cuando se es un mundano no se comete la estupidez de estar celoso.

–De modo que Nadine te parece…

–Adorable en todo punto.

–¡Ah! ¡qué loco estás! Ella ya no es tu esposa, eso es todo.

–¡Pues bien, sí! Desde que Nadine ha dejado de pertenecerme, desde que se ha casado con ese grueso oso de Grégor Grégorowitch, descubro en ella un singular número de encantos y ventajas. Búrlate de mí, no te lo prohibiré. Ya no la tengo y la quiero. Ahora parlotea con otros y yo languidezco por no poder escucharla. Es a otro a quien hace sentir ridículo… y yo me muero de no ser engañado por ella, y aquí tienes ante ti al noble más lamentable que puedas encontrar desde Versalles hasta Petersburgo.

–Yo soy una buena hermana, Yégor, y trato de compadecerte. ¿Pero que remedio puedo aportar a tu aflicción?

–¡El más eficaz de los remedios!

–¡Ah! ¿no iras a exigir, supongo, que separe a los recién casados, ni que te vuelva a casar con Nadine Petrowka?

–¡Oh! no. Volvería a tenerle aversión si me volviese a casar.

–Está bien conocerse y tú eres un hombre con talento. ¿Te bastaría tal vez que hiciese destinar a Tobolsk Grégor Grégorowitch, para dar a la gente la escandalosa impresión de ser el amante de tu esposa?

–¡Eh! ¡eh! eso sería bastante picante. Pero no tengo intención de que Grégor regrese a Siberia, pues no quiero hacerle daño. Este excelente Grégor, bajo su envoltura osuna, posee un tierno corazón de paloma. Viendo mis penas, él se ha conmovido; y en consideración a los vínculos, apenas rotos, que me unieron a Nadine, él ha considerado oportuno no prohibirme ciertas privacidades amistosas junto a ella.

–Sorprendente condescendencia.

–¡A veces le he visto lágrimas en los ojos! Como recompensa a esta concesión, yo, el antiguo marido, he establecido con el nuevo, una alianza defensiva contra todas las personas por las que Nadine no experimenta un horror insoportable.

–¡Pobre Nadine! Pero eso es una espantosa maquinación.

–¡Hay que ayudarse un poco! De modo que Grégor y yo somos los mejores amigos que se puedan imaginar, y no es contra él por lo que reclamo tu ayuda.

–¡Eh! ¿contra quién, por Dios?

–Hermanita, Nadine muestra una impertinente ternura por el coronel Wladimir, y Grégor y yo no lo podemos soportar.

–¿Y bien, hermano?

–Pues bien, el conde Boleski regresa hoy de Varsovia…

–Sí, – interrumpió Sonia con una bonita sonrisa, – para asistir al suplicio de los prisioneros polacos.

–Ahora bien, el hace lo que tu ordenas y lo que tú quieres, la emperatriz no tarda en quererlo. No tienes más que decir una palabra para que el coronel Wladimir vaya a comandar un regimiento de cosacos o de ucranianos en Turquía o en Finlandia.

–¡Vaya modo de desembarazarse de un rival! Eso es poco digno de un príncipe como tú.

–¡Te lo ruego!

–No, no.

–¡Sufro mucho!

–¡Bah!

–¡Grégor se lamenta!

–Pues consuélale.

Yégor Ivanowitch, realmente desmaquillado, con la peluca en desorden, olvidando hacer volar de un golpe de uña algunos granos de tabaco de España guardados en los encajes de su pechera, habiendo arrojado su tricornio bajo el brazo derecho, y no sobre el izquierdo! tenia con que conmover los corazones más insensibles; no había duda de que Sonia Ivanowna acabaría por prometer algo; pero detrás de la puerta del salón se produjo un violento ruido de muebles apartados, y la colgadura levantada, apareciendo Iván, muy pálido, con sangre en las mejillas.

–¡Mamá! ¿dónde está mamá?

–¡Iván! ¿Dios! ¿Qué quieres? ¿Qué ocurre?

–Nadie me ama. Debo morir.

Ella se lanzó ardientemente, desesperadamente; el se apretaba contra ella, mordiéndose los puños, con sobresaltos por todo el cuerpo.

–¡Mi hermano! ¡mi hermano! – repetía él rechinando los dientes bajo sus labios mordidos.– Tengo un hermano, ¿verdad? ¿Está en prisión? ¡Bien! voy allí. El hacha del verdugo para él, ¡vamos! ¡Yo tengo mi espada!

–¡Ah! ¡esto es un delirio!

Luego, en un grito:

–¡Tu herida se ha abierto!

–No es por la herida por lo que sufro.

–¡Ah! ¡Dios mío! Hay que llamar al médico. Yégor, vete, date prisa, que venga en ayuda de mi hijo.– ¡Agitarte de ese modo cuando no estás curado del todo! ¡Puede matarte una imprudencia de esta naturaleza!

–¿Crees que quiero vivir?

–¡Ayudadme! mi hijo está loco. Vamos, Iván, escúchame, tranquilízate, habla, dime que te ocurre.

–¡La detesto!

–¿A Hélyonne?

–¡A quién sino, puesto que la adoro!

–¡Ah! sí, – respondió Sonia Ivanowna, un poco más serena; – ¿ella te ha dicho algo malo, como siempre? Tu le rogabas y ella te ha rechazado. Ya entiendo. ¡Vaya con la extravagante que no quiere a mi Iván!

–¡Escucha, madre! desde hace algunos días, ella tenía el aire un poco menos desdeñoso. En cuanto me acercaba a ella, no sonreía, – ¡oh, me hubiese muerto de alegría si me hubiese sonreído! – Pero me parecía, – tú sabes que a veces uno tiene esa impresión cuando se esta muy enamorado, – me parecía que había en ella unas miradas un poco menos iracundas, un poco menos despreciativas. Cuando sus ojos se desviaban de la ventana, – casi siempre miraba fijamente hacia esa ventana, – yo creía ver que ella experimentaba por mí no sé que comienzo de piedad, y era como si me hubiese entrado en el corazón unas sonrisas, unos pájaros, unas flores y toda una primavera de vientos refrescantes.

–Ves, ves, ¡acabará amándote!

–Mamá, ¡me odia! Antes estaba sentado cerca de ella, diciéndole palabras llenas de humilde ternura. ¡Una palabra, solo esperaba una palabra! Entonces, por la ventana que ella había dejado abierta a pesar del gélido viento, entró de repente un pájaro, un pichón con las alas abiertas; se posó arrullando sobre el hombro de Hélyonne. Yo al principio sonreía, pues encontraba natural la familiaridad de esa rama con esa paloma. Pero vi que

el pájaro tenía una nota atada mediante una cinta bajo el plumón de su ala, y esa nota aquí está, mira, lee, – ¡pero lee la carta mamá!

Sonia tomó el papel plegado que le mostraba su hijo y comenzó a leer:

–¡Oh! ¡es de Étienne Boleski! – dijo ella.

–¡Sí, sí, de mi hermano!

Leyó:

« ¡Oh dulce Hélyonne! ¡mi prometida! Polonia está vencida, y yo voy a morir. Pero me siento menos triste porque muero amado. Lo sé, mi bello ángel, nunca llevarás en tu dedo otro anillo que no sea el mío y tú serás mi fiel viuda. Adiós, querida! ¡Hasta pronto, alma mía! La muerte no es más que un instante. Sé que estarás allí cuando me despierte. »

Sonia dijo:

–¡Qué importa!

–¡Ah! ¿No lo comprendes? Le ordena morir; y ella obedecerá, puesto que lo ama, ¡puesto que me odia!

–¿Morir? No; se hacen esas promesas pero no se tienen demasiado en cuenta. Por lo que respecta a su odio, no te alarmes. Un odio de una joven muchacha, te lo digo yo, se puede convertir en amor. Ten paciencia, Iván.

–¡Paciencia! ¿después de esto?

El volvió a tomar la carta, la rompió en pedazos con uñas y dientes.

–No, no más paciencia, que me deteste o no, yo la quiero.

–¡La tendrás! sí, la tendrás. Pero, ven, tiemblas de fiebre. Quiero acostarte sobre mi cama, yo misma, como antaño.

Ella trató de arrastrarlo. El se agarraba a la espaldera de una silla; dijo muy bajo con la mirada fija:

–¿Es cierto lo que se dice? ¿que si se arranca la venda puesta sobre una herida, el herido puede morir?

Ella emitió un grito terrible.

–¡Iván! ¿ya no me quieres? Retira la mano de tu cuello. ¡Cielo! retira tu mano de ahí. Te lo ruego. Escucha, se razonable. No sé como haré para decidirla, pero te prometo que ella se casará contigo antes de un mes, ¿me escuchas? Ahora vas a meterte en la cama tranquilamente. Vamos, ven conmigo. ¡Ven querido!

–No quiero esperar más y quiero morir aquí.

–¡Oh! por piedad, ¡no toques tu herida! Dentro de un mes os casaré, eso es dentro de unos días. Mañana, sí, mañana, no más tarde. Déjame tomar tus brazos. Tengo una idea. Haré por ti algo que jamás creí que me fuese posible pensar siquiera! Algo extraordinario. Pero Hélyonne te pertenecerá, te lo juro. Puedes contar con ello. Ve a dormir. Enseguida la conduciré a tu lado y te dirá: « ¡Quiero ser vuestra esposa! » La escucharás decir eso, ¿estarás contento, verdad? ¡Oh! lo que haré es terrible, pero no importa, te la entregaré.

Iván dijo:

– Me engañas para que te obedezca.

– ¡Por tu vida, te juro que digo la verdad! ¡Mira! si mañana Hélyonne no es tu esposa, te dejaré morir.

Ella se había envuelta con una pelliza y se dirigió hacia la puerta.

–¿A dónde vas? – preguntó Iván.

–¡No importa! espérame.

–¿Estás segura?...

–Te digo que sí.

Y, dispuesta a salir, lo abrazó diciendo en un sollozo:

–¡Ah! cruel, cruel niño, ¡si supieses lo que tu amor va a costar a mi odio!

V

¿A dónde iba? Cuatro cosacos la seguían, como una especie de criados militares, buenos a la vez para fusilar polacos y abrir portezuelas de carrozas. Abandonó el palacio del gobierno a pie, rápido, sin preocuparse de la nieve que crujía bajo sus botines, ni de sus mejillas rosadas por la frialdad. Saludada, no devolviendo los saludos, atravesó la multitud en fiesta, ganó la orilla del lago, hacia la fortaleza. De ese lado había escasos paseantes; la alegría pública se apartaba de ese lugar angustioso. Cando llegó ante la puerta de la prisión, Sonia se detuvo y los cosacos tras ella hicieron un alto. Ella murmuró:

–Lo sabía. Ella debía estar aquí.

En efecto, sobre un banco de nieve y hielo, cerca del lago, Élisabeth estaba sentada, con las manos unidas entre sus rodillas, considerando con mirada taciturna la ciudadela, de donde su hijo acababa de salir para ser dado en espectáculo a la curiosidad morbosa del populacho, donde él regresaría para morir.

Sonia dijo:

–¡Élisabeth!

La otra se estremeció y se levantó.

–¡Ella!

–Yo.

Se miraron friamente, terribles.

–Sí, – dijo Sonia, – tengo que hablaros.

Élisabeth desvió la cabeza y quiso alejarse.

– Quedaos.

–¿Soy prisionera?

–Sea. Prisionera.

Élisabeth se volvió a sentar sobre el montón de hielo.

–¡Hablad pues! – No creo que responda.

–Responderéis.

Teniendo a su lado a los cuatro cosacos, Sonia Ivanowna tomó sitio a su vez sobre el banco de nieve y dijo con voz breve y baja:

– En la vida ocurren cosas extraordinarias, realmente; estoy sentada a vuestro lado.

La polaca se apartó. La rusa dijo:

–No. Acercaos, al contrario.

Ella continuó:

–Nos odiamos mucho, ¿verdad? Pues bien, vamos a hacernos una a la otra un servicio inapreciable. Unas hermanas no lo harían mejor que nosotras. Es horrible. Vais a salvar a mi hijo y yo voy a salvar al vuestro.

Sin palabras, Élisabeth hizo un movimiento de labios de desdén y rechazo.

–¡Oh! pensad que si me ofrezco a liberar a Étienne Boleski es que me veo obligada a ello. ¡No lo he aborrecido tanto como en este momento! Pero hay fatalidades a las que no se puede decir que no. Vais comprendiendo. Iván ama a esa muchacha que es vuestra tutelada: Hélyonne Kilinska. Sí, es bonita, un poco fría, con modales de provinciana; no importa, él la ama. Si no la tiene, muere. Es así. Un niño mimado. Le he acostumbrado a satisfacer todas sus fantasías. Escuchad pues. Vos tenéis todo el poder sobre Hélyionne; ella tal vez se resistiese a su padre, a vos no. Lo sé. Ordenadle que se case con Iván y que jure obedeceros: vuestro hijo se evadirá esta misma noche. ¡Ah! ¡jamás creí que yo le abriría las puertas de su celda!

Tras un gesto de asombro, Élisabeth se levantó, tranquila.

–¿Soy prisionera, no es así? Me gustaría que se me condujese a mi prisión.

–¿Es que no me habéis escuchado?

La castellana dijo:

–¿Aún no me conoces? – ¡Ah! realmente, esta mujer que un día llegó frívola y graciosa con flores en su blusa, a robar en mi cama a mi esposo, y el padre a su hijo, y el honor a mi raza, esa fatal transeúnte cuya risa ha dejado en mi soledad un eco que sollozó veinte años, la sabía malvada y vil, ¡pero no loca hasta el punto de creerme tan infame como ella!

– ¿Infame, cuando os ofrezco la salvación de vuestro hijo?

–¡Loca! cuento me lo ofreces al precio de una cobardía.

–¡Cómo! ¿No aceptáis?

–¡Vamos! veo que hay que explicarle las cosas. Que la conciencia existe y que el deber sea, no lo comprende fácilmente.

Caminó hacia Sonia.

– Un viejo compañero de armas de mi padre me ha entregado con sus generosas manos a su hija todavía niña bajo la custodia de mi cariño y mi buena fe; seguro de que conservaría intacta a esa joven alma para la patria y para Dios, partió para el combate, confiado, tranquilo, como si no la hubiese dejado; y yo, ¿yo te cedería, para que fuese mancillado según tus deseos, el sagrado depósito del amigo? ¿Yo te la entregaría, para que hicieses una rusa a esa polaca? ¿para que hicieses una hereje a esa cristiana? ¿y a esa virgen, descendiente de un héroe, para que amamantase en tu casa el deshonor de su padre? ¡un hijo! que tal vez emplearía un día para esclavizar a su patria la sangre libre de sus antepasados.

–¡Qué importa los que nazcan! Piensa en el que va a dejar de vivir.

–¿Crees que él consentiría el pacto que propones? ¡Gracias a Dios he engendrado a mi igual! Y se estoy aquí esta noche para decirle: « Parte, se libre, al precio de Hélyonne entregada, » él me respondería: «¿Quién sois vos, mujer? No os conozco. »

Sonia, estremeciéndose, respondió:

–¿Así que lo dejarás morir?

–¡Que muera estimando a su madre!

–¡Ah! tú no lo amas, ¡orgullosa! Por Iván yo he sacrificado mi odio.

–Por Étienne, yo no sacrifico el honor. ¿Cuál de nosotras es mejor madre?

Con un crujir de dientes bajo su apagada sonrisa, la otra profirió sordamente:

–¿Por última vez, te niegas?

–He hablado.

–¿Sabes que tu obstinación puede costar la vida de mi hijo, y te niegas?

–¿Crees que me importa conservarla?

–¡Tiembla pues!

–¡Ah! loca, ¿qué he de temer? Mi fardo de desesperación es de los que no se pueden pesar más.

–¿Tú crees? ¿tú crees? Escucha. La muerte de tu hijo puede no ser todo tu suplicio. El verdugo, cuando se le advierte, sabe imaginar torturas.

–¡Torturas!

– Al principio hay ignominia.

–¡No!

–El knout.

–¡El castigo de los esclavos a quién muere por la libertad!

–Algunas veces se hacen agujeros con un cuchillo en el pecho del condenado…

–¡Étienne!

–Y se le cicatrizan las yagas con plomo fundido.

–¡Harías eso!
–La carne grita, el alma desfallece…
–¡Cielo todopoderoso!
–Algo mejor aún. Se arrancan por fragmentos la piel del culpable…
–¡Del culpable!
–… Y sobre los miembros sangrantes…
–¡Basta!
–… Se deja comer a los insectos y los animales que pululan por el estiércol.
–¡Basta! ¡basta!
Y la castellana, sentía que se le desgarraban las entrañas.
–Pues bien, – dijo Sonia, inclinada, – ¡entréganos a Hélyonne!
Pero la polaca recobró su fuerza:
–¡Vete! no me vencerás. El ultraje a los vencidos no deshonra más que a los vencedores; y es en las angustias del martirio donde se mide la gloria.
Entonces la madre de Iván comprendió que nada convencería a la madre de Étienne, y bajando la frente a su pesar, crispando los dedos, mordiendo sus labios, se dio la vuelta y marchó.
En el muro de la fortaleza, al lado de la elevada puerta, bajo el techo azul plagado de estrellas de oro, había un nicho de la imagen de santa María, a quien las gentes de ese país llaman la Panagia.
Élisabeth Boleska caminó hacia la imagen, y, arrodillada, dijo:
–¿Verdad, oh Virgen santa, oh Madre dolorosa, que vos no habríais entregado a Marta o a María para librar de la cruz a vuestro divino hijo?

VI

Dejó de orar porque oyó llorar a alguien detrás de ella. Se volvió. Era Tzoryl.
Pálido, delgado, con sus bucles claros deshechos que eran largos mechones que colgaban, y tenía como una capa de polvo bajo los colores alegres de su uniforme de pajarero.
La desesperación tiene piedad de la pena.
–¿Por qué lloras?–preguntó ella.
–¡Han matado a Gris-Plata! – dijo él.
Y mostró el cadáver del pájaro que tenía en sus dos manos juntas, como en una pequeña cuna.
–¡Querido pequeño! era tan dulce y fiel. No fue culpa suya que no hubiese llegado a tiempo la noche de la batalla; él golpeó bien con su pico y sus alas en la ventana de Thaddéus el Manco; pero Thaddèus no se encontraba en su casa, habiendo ido a reunirse, con la guadaña al hombro, con las tropas de los confederados. ¡Ah! ¡mi pobre Gris-Plata! alguna vez le regañaba. Pero era yo quién se equivocaba. ¿No es natural, cuando se es un joven pichón, demostrar el amor a las bellas tórtolas? Y si se regresa un poco tarde al palomar familiar, no hay gran mal en ello. Habría debido dejarle ser más libre; no, fue severo con él; apenas salido del huevo ya quise que fuese serio y reservado como el primer Gris-Plata, su padre. Por desgracia, se acabó, ya no arrullará más por las palomas enamoradas. El que lo ha matado fue Iván Boleski. Sí, estrangulado. Mirad: le sale del pico todavía una gota de sangre algunas veces, que se desliza sobre las plumas del cuello y se extiende completamente rosa. ¡Ah! ¡pobre! Volaba todos los días desde la fortaleza donde está cautivo el señorito Étienne, al palacio del gobierno, donde retienen a la señorita Hélyonne; llevaba mensajes, intercambiaba consuelos; pero hete

aquí que un día Ivan Boleski lo sorprendió entrando por una ventana, y el miserable estranguló a mi dulce compañero. Lo he visto porque estaba bajo la ventana, esperando a Gris-Plata, y recogí el bonito cadáver, su pequeño corazón todavía latiendo. ¡Ah! ¡Dios mío! ya no alisará en mi oreja las plumas de su ala. Con seguridad le ocurrirán desgracias a Iván Boleski. A los ángeles no le gusta que se haga daño a los pájaros.

Hablando de este modo, Tzoryl besaba al pichón muerto en el cuello colgante, en las alas tiesas, y mojaba con sus lágrimas las pequeñas manchas de sangre.

Pero levantó la cabeza, diciendo:

–Perdonadme, Excelencia; cuando se sufre se olvida todo lo que no es el dolor que se tiene. Yo os buscaba, señora Élisabeth: un hombre ha venido a veros y está aún allí esperando; dice que debe hablaros enseguida en relación con los intereses del señorito Étienne.

– ¡Los intereses de Étienne! – exclamó la castellana. ¿Qué hombre? ¿Lo conoces?

–No, no creo. Va envuelto en una pelliza, su sombrero le cubre la mitad del rostro; además yo tenía los ojos llenos de lágrimas debida a Gris-Plata.

– ¡Por desgracia – pensó en voz alta la triste madre, – alguna vana esperanza aún! No importa, vamos.

Se alejó rápidamente.

A orillas del lago, la casa de postas donde Hélyonne fingió estar muerta estaba completamente blanca por la nieve caída, al lado de la cruz inclinada, cubierta de escarcha dándole la apariencia de un gran crucifijo de plata.

Era allí donde Élisabeth se había alojado, según las indicaciones de Tzoryl.

Se sorprendió de ver ante la puerta un rico trineo de viaje, tirado por tres caballos cosacos, humeantes, con las narices rojas, como tras una larga marcha.

¿Quién la esperaba? Entró en la planta baja del albergue y vio a un hombre que estaba sentado delante de la chimenea.

Él se volvió vivamente y dijo:

–No os sorprendáis. No gritéis. Ni un gesto, ni una palabra inútil. Soy André Boleski, el traidor, el renegado, sea; pero he hecho esto: herido, enfermo, no importa, he partido para Varsovia; he visto al rey Stanislao y he obtenido el indulto para vuestro hijo y sus compañeros. Id, señora, y llevadle la carta real. Sin haberla leído, sé que lo que contiene: indulto total, permiso para reconstruir las propiedades destruidas. Tomad, id. Vos sois digna de llevar este mensaje de alegría. Yo, no. Ignoradme, olvidadme. No os pido siguiera la dicha de abrazar a mi hijo.

Salió precipitadamente, tras haber dejado sobre la mesa la carta de Stanislao Auguste, y la castellana escuchó, entre chasquidos de fusta, la huida deslizante del trineo.

VII

Todo estaba en su sitio. Él había servido a su hijo sin traicionar a Rusia. Su hijo vivo y Rusia victoriosa, era el desenlace de la terrible tragedia. Se sentía feliz. Viendo las calles en fiestas, aprobó a Sonia Ivanowna el haber ordenado esos festejos. Él también se regocijaba. Bendecía la clemencia de Stanislao. Stanislao Auguste se habia dejado conmover; no encontraba culpable ni extraño que un padre tuviese piedad de su primogénito; había dicho: « Esta bien. Os compadezco. Vuestro hijo es libre y con él sus amigos. Son unos valientes. ¡Qué vivan! » En realidad a ese rey se le calumniaba. Un poco frívolo, y demasiado ocupado de reminiscencias amorosas, pero con el corazón de un auténtico caballero. La zarina no habría tenido piedad. ¡Las mujeres son tan

crueles! Sobre todo Sonia. ¿Qué iba a decir cuando supiese que los polacos habían salvado la vida? ¡No importa! él estaba contento, él, André. Había cumplido su doble deber de padre polaco y de funcionario moscovita. Por segunda vez, Michel Sawa habia salvado a Étienne Boleski.

El trineo se deslizaba rápidamente. Dentro de algunos instantes el gobernador estaría de regreso en palacio. Entonces el conde André pensó que era cruel hacia sí mismo, rechazando la felicidad de ver la alegría de su hijo. Esta alegría de la que él era la causa le pertenecía de algún modo y sin duda merecía al menos ser espectador. No hacía falta exagerar el castigo; el daño que había hecho antaño no le prohibía gozar del bien que hacía ahora. Asi pues, él no regresaría todavía a palacio, iría a la fortaleza, vería a Élisabeth Boleska llevar a Étienne la vida y la libertad. Vería – desde lejos, oculto si era necesario – iluminarse la esperanza en los queridos ojos de su hijo.

Se apeó del trineo, se dirigió hacia la ciudadela, solo. Caminaba aprisa, con paso orgulloso; tenía llamas en los ojos.

Supo por el comandante Grégor Grégorowitch que los condenados habían salidos bajo custodia, estando ese paseo de los rebeldes en el programa de los festejos.

–Mirad, Excelencia, – dijo el comandante, – el convoy de los prisioneros atraviesa el lago en este momento. Regresan. Dentro de un instante estarán aquí.

André Boleski dijo: « ¡Está bien! » y fue a su encuentro. Envuelto en su pelliza, mezclado con la multitud, le sería fácil observar sin hacerse notar. Iba hacia su hijo y sentía el corazón lleno de un gozo creciente.

Lo reconoció. Étienne marchaba el primero; tenía el aspecto, no de un cautivo que se lleve, sino de un joven jefe dando ejemplo. Sin embargo, ¿por qué tenía esa mirada gris y fría? ¿Por qué no estaba ya libre? ¿Es que Élisabeth Boleska no había entregado aún la carta de indulto?

El conde pensaba de este modo, lleno de inquietudes renacientes, cuando la castellana, que precedía a los prisioneros, se levantó ante él, de repente:

–¡Toma! – exclamó ella, – he aquí su respuesta.

Había arrojado al rostro del conde la carta de indulto rota en mil pedazos.

–¡Oh! – dijo– ¿no quieren vivir?

–¡No quieren vergüenza! – ¡No llevar más las armas por su país! ¿Cómo has podido pensar que aceptarían esa condición? Has creido que querrían regresar a ese precio a su casa, que vivirían allí satisfechos con su apacible ignominia, haciendo fructificar sus dominios, dando fiestas donde se olvida y respondiendo a aquellos que les mostrarían la patria humillada y las mujeres de luto: « ¿Qué queréis? hemos salvado la vida, levantad vos a otros; eso ya no es asunto nuestro! » ¡Miserable! – Pero, en efecto, tú has debido creer eso, y te sorprendes sin duda de que en este momento no estén rendidos a tus pies, alegres y agradeciendo a su bienhechor! – ¡Ah! ¡vuelves la cabeza! ¡Haces bien! ¡vete si tienes algo de prudencia, pues helos aquí y podría ocurrir que esos héroes, ultrajados en su martirio, te destrozasen el cráneo con sus cadenas!

VIII

Era de noche, la sombra se proyectaba gris sobre la nieve, y a lo lejos se iluminaban sobre el lago en fiestas, unos farolillos rojos en la bruma, semejantes a dos enormes ojos de animales invisibles que se persiguiesen en las tinieblas.

Ante la casa de postas, bajo la cruz del camino, Élisabeth Boleska meditaba, con las rodillas sobre la tierra helada.

Un hombe que pasaba se detuvo y le dijo:

–Élisabeth Boleska, soy Rhodzko, tu siervo. ¿Quieres que tu hijo viva, que tus enemigos perezcan y que Polonia resucite?

LIBRO DÉCIMO

EL PADRE

I

Sobre el lago, en el vaho lunar, alrededor del pabellón de hielo que, iluminado de llamas interiores, con sus muros de nieve y sus esculturas de escarcha, daba la idea de algún gran iceberg cerrado sobre un sol cautivo, el movimiento de los patinadores, la curva limpia de los trineos, arrojando gritos, mezclando risas, dibujaban cien líneas fantásticas, donde reían los colores imprevistos de los disfraces; y a causa de las numerosas antorchas, sobre la superficie gris y clara, había allí sombras desmesuradas y grotescas.

Envuelta al modo de los lapones, con una sola piel de animal, pero una piel de zorro azul y no de reno, Nadine Petrowka iba, venía, trazaba círculos; y, como no había dejado de ser gorda, el hielo chirriaba profundamente bajo la quilla de sus patines.

Alguien la seguía sin descanso – un esbelto militar, en uniforme engalanado con entorchados de oro – y, aproximándose algunas veces, le reía cerca de la nuca con palabras galantes.

–¡Concededme una cita, alma querida!

–¿En Troki? ¡Dios me guarde!

–Por favor.

–¡Bah!

–¿Por piedad?

–De ningún modo.

–¡Ah! ¡inhumana! responded mejor, – insistió el conde Wladimir.

–Leed lo que escribo sobre el hielo.

Con una rara destreza, el patín derecho de Nadine marcó dos letras sobre la dura superficie.

–¿No? – leyó melancólicamente el cariñoso coronel.

–¡No! – dijo ella huyendo,– y manteneos a distancia: alguno de mis celosos podría sorprendernos.

Pero él la volvió a alcanzar.

–¿Uno de vuestros celosos?

–¡Eh! ¿no sabéis que tengo dos maridos, en efecto? peor que dos maridos, dos Argos con ojos feroces. Uno a la izquierda y otro a la derecha, siempre. Y no podría consentir en las más inocentes bromas, sin que…

–¡Ah! Nadine, ¡sois tan exquisita que concibo sus celos!

–¡Bueno! poneos de su parte. Sin duda valgo lo suficiente para ser vigilada por tres monstruos.

–¿Un monstruo, yo?

–Por desgracia, si lo fueseis – dijo ella deteniéndose para suspirar y para tomar aliento; – no tendría necesidad de huir.

Con gesto rápido, el a punto estuvo de abrazarla; pero ella se desprendió en un impulso de golondrina que rasea por el suelo. Luego, cuando él volvió de nuevo a estar a su lado:

– Mirad, – dijo ella, – para escapar de vos, dejo la fiesta…

–¡Oh, barbarie suprema!

–Y voy a encerrarme en mi castillo de Sawina.

–Cuando salgáis, mi muerte será la primera noticia que se os dará.

–¿Tenéis pues tan fácil la muerte? Quiero contaros una historia para aderezar vuestros últimos momentos. Ese castillo de Sawina es una fortaleza temible, propicia para resistir asaltos bien provistos de escalas y sirgas; pero la puerta es menos rebelde a las personas que se presentan con dulces intenciones y sin armas. La leyenda cuenta que una amable castellana se refugió allí antaño para huir de la vigilancia de un marido celoso, – ¡de uno solo, la feliz mujer! – y que recibía allí de muy buena gana a un joven noble al que había distinguido. Él llegaba por la noche, bajo una ventana, golpeaba tres veces con las manos, y, conducido por una misteriosa doncella… A decir verdad, son bonitos cuentos y creo que no daréis crédito a ello.

–¡Sois divina! – exclamó el coronel.

–Ya lo sé – dijo ella.

–¿Así que en Sawina?

–Bien, sí.

–¿Esta misma noche?

–Puesto que es necesario…

–¿Golpearé con mis manos?

–Tres veces.

–¿Bajo que ventana?

–La única iluminada.

–¿Y una doncella discreta?...

Ella no respondió. Había tenido un pequeño sobresalto: ese traje violeta que se aproximaba hacia ella, entre la muchedumbre, era el príncipe Yégor Ivanowitch.

Ella se volvió, creyó que huiría, pasando desapercibida; pero se encontró de frente con un disfraz púrpura que era el comandante Grégor Grégorowitch.

Entonces, considerándose tomada, dijo a Wladimir muy aprisa:

–Desapareced.

Y sola, entre sus dos celosos, que avanzaban hinchados de igual cólera, les arrojó a los ojos el impertinente estallido de una doble carcajada.

Ambos abrieron la boca al mismo tiempo; pero ella, tanto hacia uno como hacia el otro, con la volubilidad de un chorro de agua inagotable que fuese a derecha y a izquierda:

–¡Hola, Yégor! – ¡Hola, Grégor! –¡Ah! príncipe, ¡que barullo! – ¡Que multitud, comandante! – pero no importa, –¡puesto que es divertido! – ¿Mi traje de lapona os parece picante, Yégor? – ¿Es que Grégor hubiese preferido un vestido menos llamativo? – Por un instante pensé en un traje de paje, – según el diseño que Yégor envió a Francia. – ¡Bueno! Gregor me lo habría reprochado – debido a las botas altas, es un poco corto. – Pero ¿por qué esa cara enfurruñada, comandante? – y vos, príncipe, ¿por qué ese aire furioso? – ¡Ay! ¿vais a hacerme una escena? – ¿me vais a colmar de reproches? – Está bien, Grégor, no me opongo a ello. – ¡No os enfadéis,Yégor! – Sabeis que soy la paciencia personificada, – y que jamás interrumpo a las personas. – ¡Continuad! – ¡Proseguid! – ¡Insultadme! – ¡Ultrajadme! – ¡Todavía! – ¡Siempre! –

¡Vamos, Grégor! – ¡Vamos, Yégor! – Os dejaré decir todo, – No responderé ni una palabra. – ¿Se acabó? – ¿Habéis acabado? – Si os queda algo en el corazón, – si tenéis otras quejas, – aprovechad la ocasión, – no temáis cansarme. – ¿Nada más? – ¿Nada más? – ¡Magnífico! – ¡Esto es una maravilla! – Y ahora que me habéis abroncado a gusto, – ahora que vuestro mal humor ha perdido la palabra, ¡buenas noches, Yégor! – ¡buenas noches, Grégor! – Voy a reunirme con el coronel Wladimir – que me ha prometido empujar mi trineo.

Ya no estaba allí. ¿Seguirla? Imposible. No hay viento que siga a los pájaros. Rojos de cólera, llenos de palabras reprimidas, los dos hombres se agitaban con gestos furibundos, luego, dejando caer sus brazos se condieraron con un aire de tierna piedad.

–¡Grégor Grégorowitch! – dijo Yégor.

–¡Yégor Ivanowitch! – dijo Grégor.

Él añadió:

–¿Crees que nos engaña?

–¡Eh! ¡eh!

–Con ese coronel, – suspiró el comandante, – con ese Wladimir que no te llega a la suela de los zapatos, amigo mío!

–Que no te iguala, hermano!

– Pero han hablado de Sawina, hay que detenerlos.

–Llegaremos demasiado tarde.

–¡Cómo! ¿si en pocos instantes?...

–Por desgracia tu sabes que ella es rápida.

–¡Pues bien, nos vengaremos!

–De acuerdo. Vamos.

Se dirigían violentamente hacia la orilla izquierda del lago, cuando un transeúnte los detuvo con una señal y les dijo:

–Esperad.

Quisieron pasar, no reconociendo a ese hombre. Él repitió:

–Esperad.

Entonces, habiéndolo reconocido, se inclinaron humildemente.

Era Rhodzko.

El se alegró de verlos humillarse. Los poderes que le había confiado el rey Stanislao Auguste no le habían sido retirados todavía; se había omitido sin duda publicar su desgracia.

Pero la deferencia del príncipe y del comandante le causo también asco.

–¡Demasiado bajo! – dijo – soy un espía.

Ellos se levantaron vivamente.

–¡Demasiao alto! – dijo – soy el amo.

Continuó:

–Acabo de llegar de los bosques de Polonia donde acosaba a los últimos rebeldes mientra que vos pasabáis el tiempo disfrutando, y encuentro que las cosas aquí van mal. Yégor Ivanowitch, vos sois el organizador de esta fiesta; ¿por qué no estáis en vuestro puesto? ¿Estáis seguro de que en este mismo instante los polacos rebeldes, con ayuda de algún disfraz, no se apoderan del nafta y de la pólvora reservadas para los festejos? Sois un imprudente, señor.

Yégor Ivanowitch quiso responder.

–Callaos, – dijo Rhodzko.

Luego, dirigiéndose hacia Grégor:

–Comandante, ¿dónde está acampada la guarnición de Troki?

–En la Selva Negra, señor.

–¿A quince verstas de la ciudad? Otra impurdencia más. ¿Cuántos prisioneros hay en vuestra ciudadela?

–Cien.

–¿Cuántos hombres para vigilarlos?

–Cien.

–¡Cada prisionero vale por dos guardias, señor! por los menos ¿son los subterráneos profundos?

–Hasta el punto que he podido aplicar el knout a cincuenta esclavos fugitivos sin que un solo grito se oyese en el exterior.

–Bien.

–Pero los prisioneros no están en los subterráneos – dijo Grégor tímidamente.

Rhodzko exclamó:

–¿Os han pagado bien vuestra connivencia?

–¡Oh! ¡señor! No hay nada que temer, os lo aseguro; están encadenados.

–¡Con cadenas se hacen armas! Tenía razón, todo va mal. Regresad a la ciudadela, comandante; vigilad las disposiciones de la fiesta, príncipe. Id ambos.

Ellos permanecieron confusos. Quedar en Troki mientras Nadine recibiría en Sawina al coronel Wladimir, les resultaba una idea insoportable; y Yégor, menos tímido que Grégor, se atrevió a revelar a Rhodzko que esa misma noche estaban obligados a una corta ausencia.

El espía sonrío. Tal vez esperaba esa objeción. Respondió con un leve alzamiento de hombros:

– Caballeros, vuestra preocupación me interesa. Puesto que lo queréis os permito abandonar Troki, por algunas horas solamente. Yo me quedo y me basto. En vuestra ausencia yo vigilaré la fiesta y tomaré el mando de la ciudadela. Príncipe, advertid a vuestros criados que tendrán que obedecerme como a vos mismo, y vos, comandante, advertid a los oficiales de servicio.

Ellos se inclinaron, agradecidos, y se alejaron campo a través.

Rhodzko dijo:

–¡Lo que tienen los desenlaces humanos! Mi venganza se abortaría si esos dos imbéciles no estuviesen enamorados de una loca.

II

En el gran patio de la ciudadela, enlosada de nieve gris, rodeada de pálidos muros de escarcha, bajo la triste frialdad del cielo claro, los prisioneros esperaban la hora de morir.

Algunos caminaban a paso lento, sin reposo, con ruidos de cadenas que suben y bajan; la mayoría, acostados, no sacudían sus ropas, rígidas como una armadura, que la noche invernal les metía en el cuerpo y parecían estar muertos ya. Étienne Boleski se mantenía de pie, con el codo en un saliente de la muralla, no lejos de una puerta baja de bronce. ¿Por qué estaba cerca de esa puerta? ¿Para estar tan próximo como fuese posible de la imposible libertad? ¿Para sorprender el paso de algún ser qureido, merodeando en las tinieblas, alrededor de la prisión? Los únicos pasos que se hicieron oir fueron los del centinela cosaco en la callejuela vecina, pesados, regulares, terribles en medio del silencio, semejante al sordo tictac de un siniestro reloj.

Uno de los que marchaban moviendo las cadenas se acercó a Étienne Boleski, poniéndole la mano sobre el hombro:

–¿Compañero? – dijo.

Era el oficial escanciador de Lida; copos de nieve fundida, luego congelados, con manchas de sangre no lavadas manchaban su hermoso traje, que antaño le hacía parecerse a una brocheta de azafrán la víspera de Navidad.

–¿Étienne?

Entonces el otro, con un sobresalto:

–¡Heme aquí!

Luego sonrió:

–No, todavía no es el verdugo. Perdón, señor escanciador; este frío me entorpece. ¿Qué decíais?

–Nada en especial. Tenía ganas de oir una voz, sobre todo la vuestra, que me es tan querida. Vos sois un verdadero polaco, un noble honrado. A propósito, parece que la hora de la ejecución ha sido adelantada y será a medianoche.

–Bien– dijo Étienne.

–Muy bien. Se dice también que podremos escuchar misa una última vez; se ha hecho venir a un sacerdote católico.

–Bien – dijo Étienne.

–Sí, sí, muy bien, – repitió el otro.

Añadió con una voz más sorda:

–Para medianoche. ¿Qué hora es?

–Escuchad, – respondió el joven castellano.

En efecto, un sonido de reloj se oía en la noche, un poco lejos.

–Las once sin duda – dijo el escanciador.

–Contad.

–No, prefiero no estar seguro…

Étienne Boleski lo miró con asombro.

–¡Oh! ¡no temo el suplicio! Pero morir en una noche de invierno, glacial… ¡Tengo frío hasta en mis venas pensando que mi sangre va a correr sobre esta nieve!

–No importa, apagarse en la oscuridad es lo mejor; la claridad del despertar nos parecerá bella.

El oficial escanciador bajó la cabeza con un estremecimiento traicionado por el ruido de hierros, y con un tono que vacila, dijo:

–¿Estáis seguro de ese despertar?

–Como estoy seguro de ser llorado por mi madre y por mi prometida, – dijo con seriedad el castellano de Mikalina.

–¿Así que en esta hora suprema, nada os inquieta?

–Nada.

Él rectificó:

–Me equivoco. Una cosa inquieta mi conciencia, una sola.

–¿Cuál?

El oficial escanciador había pronunciado estas palabras cuando el viejo estaroste Kilinki se había aproximado a ellos mientras conversaban cerca de la muralla, y preguntó una segunda vez:

–¿Qué es lo que perturba vuestra conciencia, Étienne Boleski?

El castellano respondió:

–Señor padre, tengo una duda. ¿La causa por la que he sufrido con vos es absolutamente pura y buena? ¿Nuestra derrota es una prueba impuesta por el Señor a su pueblo electo, o lleva implícita una parte de castigo?

–¿Dios nos castigaría por haber combatido por nuestro país? Tú blasfemas, hijo mío.

–Comprendedme, – dijo Étienne. – El día en el que deliberamos a caballo en un claro de la Selva Negra, un hombre se dirigió a nosotros, un siervo, ofreciéndose por aliado, por jefe; nosotros los nobles rechazamos a ese palurdo; a veces me pregunto si

hemos actuado bien es esa ocasión. ¿Qué quería? ser libre. ¿Qué queríamos nosotros? la libertad. Lo que él reclamaba para él y los suyos era lo que queríamos reconquistar para nosotros y los nuestros; si nuestra causa era buena, la suya también lo era pues. Ahora bien, lo dejamos atado a un tronco de árbol, en el bosque, presa de los animales que merodean. Pienso en ello a menudo.

–Hijo, ese hombre era de los que nacen para obedecer; un noble que rompe sus cadenas es un héroe que se libera, un siervo que rompe sus hierros no es más que un reo que se evade.

–¿Reo? ¿por qué crimen? ¿según que condena? Dios no ha dicho a unos: « Vosotros seréis los señores, » a los otros: « Vosotros seréis los criados. » Como el aire del cielo, la libertad es un bien común. « No hagas a los demás lo que no quisieras que te hagan. » Nosotros tenemos amos porque tenemos esclavos.

–Muchacho, tú vienes de Francia.

–Sí, – dijo Étienne.

–Lo que es bueno en un país no lo es en otro; las diferentes razas quieren leyes distintas; un campesino polaco no puede ser igual a su señor. Por añadidura, el hombre del que hablas no es solamente unsiervo, es un traidor; fue él –¡lo he reconocido! – quién cargó sobre nosotros cobardemente, con sus compañeros traidores y rebeldes como él, y quien nos ha golpeado, aprovechando nuestra fatiga de la batalla previa.

–Sí, un traidor. Pero porque una causa sea servida por hombres indignos de ella, no se convierte a los ojos de la justicia eterna en peor. ¿Y quien sabe si el Dios equitativo que advirtió a las conciencias no ha querido dar una lección en el hecho de que los nobles de Lituania, vencedores de los moscovitas, fueron vencidos por sus esclavos?

El estaroste y el escanciador se disponían a responder, pero vieron que el joven castellano habia descendido a una profunda ensoñación; Kilinski dijo:

–Se acerca para nosotros la hora en la que el hombre sabrá la verdad sobre todas las cosas.

Luego se alejó, seguido del oficial escanciador, dejando soñar a Étienne.

De repente, éste se estremeció; la manija de la puerta de bronce se había abierto desde el exterior, chirriando, y el prisionero veía dos ojos brillar en los intervalos de las barras que se cruzaban.

El que lo miraba habló rápidamente:

–¡Sois Étienne Boleski!

–Sí.

–No os sorprendáis. No hagáis ni un movimiento.

–¿Quién sois vos?

–Un soldado al que han puesto de guardia ante esta puerta y que tiene frío.

–¿Qué queréis?

–Advertiros de algo de parte de alguien.

–Hablad.

–Pronto, vuestros compañeros saldrán del patio para ir a escuchar misa.

–Lo sé.

–Vos no salgáis. Fingid no escuchar la llamada; semejad dormir en un rincón oscuro. No se contarán los prisioneros, no advertirán que habéis quedado aquí.

–¿Quedar? ¿Por qué?

–Lo ignoro.

–¿Qué me ocurrirá?

–No me lo han dicho.

–¿Quién os envía?

–No lo sé.

–¿Una mujer?

–Un hombre.

–¿Al que conocéis?

–Que me ha dado dinero para que os diga, a través de esta puerta, las palabras que os he dicho. He ganado dinero; beberé vodka para calentarme después de la guardia. ¡Que la Panagia os proteja!

La boca se calló, los ojos se apagaron, el centinela había cerrado la puerta; Étienne Boleski se preguntaba:

–¿Quién me habrá hecho llegar ese mensaje? ¿Mi madre? ¿Hélyonne? Ambas sin duda. Pero el soldado ha hablado de un hombre. Es extraño. ¿Un amigo desconocido me está ofreciendo una evasión? Sí, una evasión, tal vez.

Atravesó el patio y fue derecho hacia el estaroste,que, de pie bajo la luna, desgranaba entre sus dedos las cuentas de un rosario.

–Padre mío – dijo Étienne bruscamente, – si os ofreciesen evadiros ¿qué haríais?

–Aceptaría.

–¿Aun cuando debierais evadiros solo?

–Incluso en ese caso.

–¿Abandonaríais a vuestros compañeros, los dejaríais morir sin vos?

–Sí, para vengarles. Muriendo, no salvaría a mis hermanos; viviendo, podría servir a mi país. La vida de un valiente es un bien común; yo la conservaría no para mí, sino para todos. ¿Por qué me preguntáis eso, hijo mío?

–Por nada. Adiós. No os sorprendáis si no estoy con vos cuando el sacerdote oficie la misa. Estoy cansado, voy a tratar de dormir, esperando el otro sueño.

Regresó al lado de la puerta, se envolvió en su pelliza y se acostó sobre el suelo helado, esperando en silencio con los ojos cerrados.

Se produjo una movimiento en el patio a causa de un hombre que empujó los dos batientes de una cancela y entró, seguido de carceleros, gritando:

–¡Vamos, en pie, en pie! ¡os digo!

Los prisioneros se sacudieron, estiraron sus miembros fríos. El hombre dijo:

–Los que no son de la religión ortodoxa pueden ir a la capilla; escucharán la misa y comulgarán según su fe; es un favor que les es otorgado por la clemencia de Su Majestad el rey Stanislao.

Étienne permaneció inmóvil, confundiéndose con la sombra del muro; sin embargo había levantado la cabeza; había creído reconocer la voz del que hablaba y pensó: « Me confundo » y volvió a cerrar los ojos.

Por parejas, a paso lento, en largo fila alineada, los prisioneros entraban bajo una bóveda oscura donde humeaban las antorchas de los carceleros.

El hombre que los había llamado salió el último del patio, murmurando entre sus dientes apretados:

–¿Es el frío o el horror a una muerte próxima que los abate de ese modo? ¿Tendrán la suficiente fuerza aún para una acción audaz?

III

Desde el momento en el que la tropa desapareció por completo – Étienne tan solo oía el ruido mezclado de pasos lejanos – el ventanuco en la pequeña puerta de bronce se volvió a abrir bruscamente y los dos ojos reaparecieron. La voz del centinela dijo:

-¿Estáis ahí?

–Sí.

–¿Estáis solo?

–Sí.

– Esta bien. Esperad. Disponeos a todo.

Étienne se levantó y esperó. ¿Qué iba a suceder? ¿Era cierto que tenían intención de liberarlo? Un pensamiento le acometió, y el nombre de un hombre subió o a sus labios; pero rechazó la idea y no profirió dicho nombre.

Se produjo, muy cerca de él, un cuchicheo sin palabras claras; probablemente al otro lado de la muralla alguien se concertaba con el soldado de ronda. Luego el prisionero creyó oír como un chirrido de metal contra la resistente piedra; ese ruido se renovó varias veces, a iguales intervalos; y cada vez que se producía parecía alejarse, subiendo. Étienne comprendió que un hombre se deslizaba a lo largo de la muralla, por medio tal vez de una escala flotante o de una cuerda con nudos, ayudándose de alguna punta de hierro fijada en los intersticios de las piedras. Tembló por su salvador desconocido; la muralla era alta, de unos cuarenta codos aproximadamente, las piedras eran casi lisas y estaban estrechamente unidas; tal ascensión exigía una fuerza sorprendente, una destreza poco común; el prisionero iba tal vez a oír de repente el ruido sordo de una caída, de un descalabro sobre el suelo con un grito de angustia. Se estremecía; un sudor, pronto helado, le discurría por las sienes, introduciéndole en los ojos lágrimas inmóviles.

El ruido metálico siempre subía, haciéndose menos perceptible; al mismo tiempo la mirada de Étienne se elevaba a lo largo del muro, y el joven castellano se sentía sofocado, en tanto él seguía con un inmenso esfuerzo impotente la peligrosa ascensión.

Por fin, una sombra opaca, que formaba una silueta de hombre, se destacó en la clara noche, entre dos almenas de la muralla; con una gran capa, como dos alas negras. Luego, una cuerda recogida en un largo nudo se desenredó bruscamente hasta llegar a rozar las losas del patio; y el hombre descendió, de nudo en nudo, rápidamente, sin ruido.

Apenas hubo tocado el suelo, fue derecho hacia Étienne; no había quitado la capa; un casco de ucraniano con visera baja le ocultaba la mitad del rostro.

Dijo, de una sola expiración:

–Silencio. Gracias a esta cuerda, que está solidamente atada a la almena, y ayudándoos de este puñal cuya hoja no se dobla, podréis subir hasta lo alto del muro. Allí, recogeréis la cuerda y la dejaréis caer del otro lado. En una palabra; lo que he hecho para entrar, vos lo haréis para salir; la ascensión es penosa; pero vos sois joven y robusto; en cuanto al descenso, vos lo habéis visto, nada más fácil. Marchad pues, no perdáis más tiempo. En la esquina de la callejuela, encontraréis un trineo tirado por tres rápidos caballos, bajo la guardia de un fiel servidor; hay armas y dinero bajo un cojín del coche.

Étienne preguntó:

–¿Quién sois?

–¡No importa! daos prisa. ¡Ah! lo olvidaba; tomad esta capa y este casco de uniforme. Si os sorprenden en la callejuela se os tomará por un ucraniano de ronda alrededor de la ciudadela. Tomad. Primero la capa, ahora el casco, huid.

Cuando el hombre estuvo desprovisto de la capa y el casco, Étienne vio un uniforme de general moscovita y reconoció el rostro del que hablaba.

Retrocedió, exclamando:

–¡Michel Sawa!

–¡Ah! ¡me reconocéis! – dijo alegremente el conde. ¡Reconocéis a vuestro amigo! Sí, Michel Sawa, que os quiso antaño, en Paris. Vamos poneos ese disfraz y franquead esa muralla.

–No– dijo Étienne.

–¿Por qué?

–Vos sois mi padre.

–¿Vuestro padre? ¿Yo? ¡no! ¿Quién os ha dicho eso? Os han engañado, yo soy un pobre noble urbano; no tengo hijos.

–Conde André Boleski, gobernador de Troki nombrado por el traidor rey Stanislao Auguste, vos sois mi padre.

–¡bien! puesto que lo sabéis, lo confieso. Vuestro padre, es cierto. Pero esa no es una razón para que os resistáis, sin moveros, en lugar de huir enseguida. Voy a explicaros. No es culpa mía si estoy obligado a estar aquí. Antes de la batalla de Pruzani fui a Mikalina para salvaros; Rhodzko me golpeó, a punto estuve de morir, no he podido advertiros de la emboscada. Hoy, regresé de Varsovia trayendo vuestro indulto; lo habéis rechazado; habéis hecho bien, es posible; no quiero discutir eso. Yo, sin embargo, ¡no debía dejaros morir! y para arrancaros al suplicio, mi poder no tiene valor; el juicio esta hecho; ¿qué hacer contra un juicio, sobre todo después de un indulto rechazado? No había más que una solución, la evasión. Pero no me he atrevido a confiar en nadie; y fue necesario que viniese yo mismo. Ahora, sabéis todo, sed libre.

Étienne dijo:

–Yo no puedo deberos nada.

–¡Ah! sí, ¡me despreciáis! Tenéis razón, he sido muy culpable hacia vuestro país, hacia vuestra madre, hacia vos. Pero no os pido que me perdonéis; solo que salgáis de aquí, eso es todo lo que quiero.

–Vos me habéis dado la vida una vez, ya es demasiado.

–¡Ah! ¡Dios! ¡pero esto es una locura! no se trata de mí, es de ti de quién se trata. La salvación que te traigo la aceptarías de un extraño, de un transeúnte, ¡de no importa quien! Supón que yo no significo nada en todo este asunto, que la cuerda se encuentra ahí por azar, toma el disfraz y vete aprisa.

–No – dijo Étienne Boleski.

–Esto es espantoso. ¡No poder salvar a este muchacho porque soy su padre! Vamos, Étienne… no, no Étienne, ¡señor! – os hablo como a un desconocido para complaceros, –¡apresuraos! Hay personas que pueden escuchar: el verdugo va a venir dentro de un instante… ¡Oh! concibo que me odiéis, que dudéis en darme la alegría de haber formado parte de vuestra salvación. Pero vos amáis a vuestra madre; en este momento ella llora; por firme que quiera parecer, os digo que llora; ella se dice que os van a matar, que todo se ha acabado, que no os sobrevirá. ¿Quién sabe? ella merodea tal vez alrededor de la prisión. ¡Apuesto que está allí, al otro lado del muro, tendiendo los brazos! En fin, señor, vos tenéis buenos motivos para encontrarme indigno de salvaros, pero no podéis rechazar abrazar a vuestra madre; esta asumido que vos no me abrazareis nunca. La cuerda está ahí; subid. ¡También está vuestra prometida, Hélyonne, en quien no pensáis! ¿En qué se convertirá ella cuando no estéis? Se la obligará tal vez a casarse con otro hombre. Podríais impedir eso huyendo. ¡Ah! Dios mío, he aquí un muchacho bien cruel que no ama ni a su madre ni a su prometida. – ni a su país, ¡al que todavía podría servir! ¡Oh! te lo ruego de rodillas, sí, de rodillas, yo, casi un anciano, no quedes aquí, sal, vete. ¡Ah¡ ¿ no te afecta este pobre hombre que te ha engendrado y que llora?

Étienne respondió, volviendo sus ojos, tal vez húmedos por las lágrimas:

–Si consintiese en huir, ¿podríais salir vos? Siendo funcionario moscovita, es un acto muy audaz ser cómplice en la evasión de un prisionero polaco; ¿no estaríais en peligro por haberme ayudado a escapar?

El padre se estremeció.

«¡Ah! ¡él piensa en mi! No me odia tanto como creía! ¡Qué bueno es, incluso para un pobre hombre que le ha hecho tanto daño!»

– ¡No, no, Étienne! no corro ningún peligro, y yo velaré por mi vida puesto que te preocupas por ella! La capa, rápido!

Le puso la capa del uniforme sobre los hombros.

–El casco también.

Le colocó el mismo el pesado metal, añadiendo:

–El trineo esta en la esquina de la callejuela; ¿has comprendido?

Étienne Boleski agarró fuertemente la cuerda con nudos, luego volviendo la cabeza dijo:

–Señor, – dijo con una voz que temblaba y que era dulce – yo rogaré a mi madre que os perdone.

–Y tú, tú, ¿me perdonas?, dime.

–¡Padre! – exclamó el joven castellano.

–¡Ah! ¡por fin tengo un hijo!

–Se abrazaron. Fue un profundo abrazo, lleno de palabras confusas, de gritos de alegrías sofocadas, y, pecho contra pecho, sentían sus corazones latir poderosamente.

El padre tartamudeaba:

–¡Un hijo! ¡tengo un hijo! como los demás tienen. Me siento como si no hubiese hecho nunca ningún daño; mi hijo me abraza. No me llama Michel Sawa; él sabe que desciende de mi, y me abraza. ¡Estas son cosas que no ocurrirían si no hubiese un Dios en el cielo!

–Vamos, ven – dijo Étienne.

Y habiendo el hijo comenzado a subir, el padre tomó la cuerda a su vez. La ascensión era penosa, en efecto; pero eran dos hombres robustos; alcanzaron la cima del muro. Luego la salvación.

Pero hete aquí que un gran ruido salió de pronto del interior de la ciudadela; entre gritos y estertores, se produjo un estrépito creciente de cadenas entrechocadas, de caídas, de puertas de hierro que se golpean.

–¡Oh! –dijo Étienne, – ¿qué sucede?

Había saltado a tierra.

–¡Nada! ¡nada! Una disputa, no es nada, huyamos.

–Están asesinando a mis amigos!

–¡Qué idea!

–¡Ah! ¡moriré con ellos! Mi huida era la de un cobarde.

–¡Tú no iras! ¡no te perderás!

Había agarrado a su hijo. Ignoraba lo que sucedía en la prisión, pero no quería que Étienne se mezclase en esa aventura, en ese peligro, sin duda; además, un minuto perdido significaba una evasión imposible.

Luchaban.

–¡Étienne, te lo ruego, huyamos!

–¡Ah! padre, vos me deshonráis!

El estrépito se acercaba: de pronto aparecieron los polacos con sus cadenas en la mano, salvajes, en tumulto, y Rhodzko entre ellos gritaba con voz formidable:

–Cerrad la verja tras vos. Todo va bien. Aquí están las llaves de la puerta principal y las de la puerta pequeña, allí a la derecha. Partid. Amordazad a los centinelas; si se resisten matadles, luego dispersaos. Iros.

En un furioso desorden, se precipitaron hacia las puertas.

Algunos se percataron de la presencia de André Boleski, en traje de general moscovita y de Étienne Boleski, bajo su casco y su capa de uniforme. Antes de que el padre y el hijo hubiesen podido emitir un grito, pronunciar una palabra, fueron envueltos, atados con cadenas, rodeados con cuerdas, amordazados y reducidos. Luego, con las puertas abiertas, los prisioneros desaparecieron en una violenta huida. Y se escuchó el estertor de un centinela degollado, pasos dispersos… nada más.

André Boleski y Étienne Boleski, solos, estaban allí, no pudiendo ni levantarse ni gritar, sobre el suelo helado del patio, en la dura claridad de la noche.

IV

La zarina había dicho a Rhodzko: « Erais siervos polacos y ahora sois siervos rusos.»

Vencido en sus esperanzas, engañado, Rhodzko al principio se había sentido como el jabalí herido invadido por una estúpida rabia. La ambición sutil y perspicaz que lo dirigía antes, su salvaje amor por sí mismo y unos miserables, habían dado paso a un deseo de venganza, terrible, ciego, que corría desbocado, no importa a donde. Sí, vengarse, ningún otro pensamiento. ¿De quién? De todos. De esos polacos que no habían querido su ayuda, de esos rusos a los que había servido en vano. El sueño de alguna enorme catástrofe donde perecerían confusamente aquellos que lo habían rechazado, aquellos que se habían burlado de él, ocupaba toda su alma. Tenía visiones de bosques incendiados, de palacios saqueados, incendiados por él, saqueados por él; entre el crepitar de las ramas, bajo el desmoronamiento de las techumbres, miraba retorcerse a esos orgullosos nobles lituanos, a esos imprudentes; oía los estertores de esos cortesanos moscovitas de promesas incumplidas; y, de pie sobre todas las ruinas, levantado por todas partes donde otros caían, se aparecía a sí mismo como no sé que salvaje genio de destrucción y duelo, como el negro Siva, de las leyendas de la India, con un collar de cráneos.– Y a veces acababa su esperanza en un ronco estallido de risas de hiena, pensando que una de sus víctimas, tal vez, se decidiría a implorarle.

Así fue durante los primeros días. De regreso en Polonia, su colérica ansia de tantos esfuerzos y crímenes inútiles no se moderó, pero se hizo menos extravagante, menos loca, más acorde a las necesidades reales.

No, no se saquean ciudades cuando no se tiene ejército, – y el de Rhodzko, el de los rebeldes salvajes, se había desperdigado a lo lejos en los bosques, en las soledades; – no, no se incendia fácilmente los grandes robles fríos que rodean los vivaques de los moscovitas; ¿pero quién sabía si, mediante sabías estrategias, él no obtendría algún resultado menos brillante, pero también fatal? Para vengarse, sabría dividir; servirse de los polacos contra los rusos, luego de los rusos contra los polacos, era un plan realizable. Se detuvo a pensar combinando las alternativas, dispuesto a aprovechar las ocasiones.

¿Lo conseguiría? Sí. Su desgracia aún no había sido divulgada, conservando un poder del que hizo uso, como se ha visto, para hacerse con la comandancia de la ciudadela. Pero había hecho más que eso. Habiendo prometido a Élisabeth Boleska la salvación de Étienne Boleski y quizás la liberación de Polonia, había obtenido de ella que, mediante una carta, aconsejase a los prisioneros creerle y obedecerle. Éstos habían creído y habían obedecido. Durante la misa él había ido de uno a otro diciéndoles: «Levantaos todos juntos, y saltad sobre los soldados. Ellos son cien, vos sois cien. ¿Vuestras cadenas? A mi orden, dentro de un instante, vuestros guardianes vendrán a quitároslas; pues yo ordeno aquí y daré como razón que los católicos no comulgan encadenados. Una vez caídos esos hierros, será la señal. ¡Agarrad, atad a los rusos! A los que no matéis encerradlos en los subterráneos; son profundas esas cuevas cerradas con puertas muy sólidas, y nadie podrá escuchar los clamores de los cautivos!» Lo que Rhodzko había ordenado se había producido; y ahora, jefe de una banda valerosa, exasperada por la derrota y la prisión, esparcida a través de los rusos en fiestas y sin

desconfianza, en la ciudad sin guarnición, ¿qué idea siniestra iba a intentar? ¿cuál era el crimen que Dios iba a permitir?

V

Solos, mordiendo sus mordazas con estertores, sordos y mudos, padre e hijo se retorcían bajo sus ataduras. En torno a ellos el silencio del patio desierto no era roto más que de vez en cuando por el vago y profundo ruido de los soldados encerrados en los subterráneos.

Corroído por la angustia, el conde Boleski pensaba:

– Huyen. ¡Étienne habría podido huir con ellos y escapar al suplicio! Por mi culpa morirá; debido a la capa y al casco, sus compañeros lo han tomado por un ruso, y pronto los guardianes van a venir y comprobarán que es un polaco. ¡Ah! ¡qué miserable soy! Me creía perdonado, creía que Dios quería emplearme en la salvación de mi hijo; solo soy útil para su pérdida. ¡Qué cruel es la eterna justicia, y que severa castigando! Todo lo que he intentado por Étienne se ha puesto en su contra. Es espantoso: cuando se hace daño ya no se puede hacer el bien; y porque he abandonado a mi hijo antaño, hace falta que lo mate hoy. ¡Matarlo! Dios mío, ¿y si estuviese muerto ya? ¿Si esos hombres, al derribarlo, lo hubiesen golpeado? No. Oigo sus quejidos, veo que se mueve, ¡vive! ¡Oh! si pudiese hablarle, animarle. Como debe sufrir con los miembros atados con esas cadenas; tal vez una cadena le apriete el cuello y lo estrangule. ¡Cielo justo! no había pensado en eso, ¡qué terrible sería!; tal vez crea que yo he premeditado lo sucedido; que la evasión ofrecida y que el disfraz ocultaban una trampa en la que ha caído. ¡Qué desgracia si creyese eso! ¿Por qué no? A sus ojos, ¿qué soy yo, a pesar de su clemencia de un instante? Un traidor. Puede suponer que soy un traidor con una nueva traición. ¡Oh! esta tela que me llena la boca, debo romperla o quitármela. ¡Cómo me la arrancaría si mis manos estuviesen libres! ¡Hablar! ¡hablar! ¡quiero hablar!... ¡No se le hará prisionero de nuevo antes de que me haya justificado!

Le subían a la garganta otros pensamientos que hubiese querido convertir en palabras, y en su impotente rabia sentía todo el rostro mojado de lágrimas.

Sin embargo era necesario mantenerse sereno; se dominó, trató de analizar las cosas con frialdad. Mediante la destreza, sino por la fuerza, no era imposible tal vez desatarse. Una vez liberado podría desatar a Étienne; y la salvación de su hijo todavía podría ser una esperanza.

Pero las cadenas lo rodeaban fuertemente, inmovilizándole las piernas y los brazos; a cada movimiento, la dureza del hierro le penetraba en la carne a través de la tela. ¡No importa! lentamente intentó encoger lo más posible que pudo su puño, para desprender su mano derecha del brazalete que la estrechaba. Sus huesos crujieron bajo la presión; no se detuvo, se esforzó más, más, y bruscamente con las falanges desgarradas y sangrando, agitó su mano libre. Entonces plegando su cuerpo, a pesar del múltiple abrazo de hierro, con espantosos sufrimientos y el vientre lacerado, los riñones rasgados como con una enorme sierra, aproximó su mano liberada a su boca muda; agarró la mordaza y la arrancó gritando: « ¡Hijo mío! » Un quejido le respondió. Sin embargo había recuperado el valor. Apoyándose en la irregularidades de la nieve sobre su mano, se arrastró como un pesado animal sobre un muñón sangriento. ¿Quién sabía si, colocándose como era debido, no podría desatar con sus dedos heridos, los nudos de hierro que atenazaban a Étienne? Reptaba, se acercaba, iba a tocar a su hijo…

De pronto oyó un ruido de pasos. ¡Dios! uno de los soldados, sin duda, había conseguido escapar del subterráneo; venía, daría la alarma. ¡Étienne sería capturado, sin defensa posible!

Pero no, no era en el interior de la prisión donde sonaba ese ruido de pasos. Procedían de detrás de ellos; el supervisor había debido entrar, no por la cancela siempre cerrada, sino por la puerta del patio que los fugitivos habían dejado abierta. Tal vez un transeúnte, que se adelantaba con precaución, asombrado, preocupado por la ciudadela desierta.

André Boleski giró la cabeza; era Iván el que allí se encontraba.

¡Iván! ¿por qué? ¿Cómo? ¿Qué venía a hacer él allí? Pero no era momento de preguntar ni de dar explicaciones; solo había una cosa urgente: la liberación de Étienne.

–¡Tú! – dijo el conde Boleski –¿Es Dios quién te envía? Sí, Dios. Escucha, olvida tu odio, ayúdame a desatar a tu hermano.

–¡Mi hermano! – dijo Iván en un grito salvaje.

Inclinándose, reconoció a Étienne, en efecto, y, con los puños en los dientes lo miraba con los ojos enrojecidos.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! – pensaba el padre.

Pero Iván dijo con una voz casi dulce:

–¡Eh! bien, sí, lo liberaré.

Rápidamente, con manos diestras, como una mujer desata los cordones de un vestido, deshizo los nudos y aflojó la presión de las cadenas que finalmente cayeron.

Étienne estaba de pie, estirando sus brazos.

–Ahora, – le dijo el padre, – huye, reúnete con tus compañeros.

–¿Y vos?

–No te preocupes por mí. Tu hermano me quitará estas ataduras; no tengo nada que temer; marcha.

–¡Adiós!– dijo Étienne.

Iba a alejarse, pero Iván le cortó el paso.

–¡No saldréis de aquí!

–¡Cielo justo! – dijo el conde.

–¡Eh! –dijo Iván– creo que ambos estáis locos. Él polaco, yo ruso; él hijo de Élisabeth Boleska, yo hijo de Sonia Ivanowna; él amado por Hélyonne, yo odiado por ella. ¿Pensáis acaso que le concederé la libertad y la vida? Caramba, como dice mi tío Yégor Ivanowitch, esto si que es el colmo de la extravagancia. ¿Sabéis por qué merodeaba alrededor de la prisión, por qué soñaba con introducirme en ella? Para matarlo yo mismo. ¡El verdugo me habría sustraído mi más querida alegría! La puerta estaba abierta y he aprovechado para entrar; pero, ¡os doy mi palabra de que no la usaréis para salir!

–Sin embargo, lo has desatado – dijo el padre.

–¡Eh! sin duda. ¿Acaso soy un asesino? Espero que se defienda.

Al mismo tiempo Iván desenfundó su sable.

–¡Hijos míos!– sollozó el conde Boleski, agitando los hierros que lo atenazaban.

Y reptaba hacia ellos, con lágrimas en los ojos, levantando una mano suplicante.

–Estad tranquilo, padre,– dijo Étienne;– yo no lucharé contra vuestro hijo.

–¡Tú te batirás! Yo he secuestrado a tu prometida.

–¡Cállate! –gimió el padre.

–Ella no os ama –dijo Étienne, fríamente.

–La haré mi esposa.

–No.

–O mi amante.

–Miserable.

–¡Oh! ¡Étienne! – suplicaba André Boleski.

Iván continuó, mordiendo sus labios, dispuesto a saltar:

–Yo odio tu país, lleno de cobardes como tú.

–¡Es tu hermano, desgraciado!

–¡Él! ¿vuestro hijo? tal vez. Se sabe lo que vale su madre.

–¡Ah! te mataré, – dijo Étienne.

–¡Por fin quieres batirte! ¡magnífico! y si no tienes armas, toma ésta.

Iván se había inclinado, y con gesto rápido había tomado el sable del conde que Étienne le ofrecía.

Se pusieron en guardia.

Pero el padre se había levantado, con las cadenas colgando en torno a él, a medio desatar por algún enorme esfuerzo.

–¡Caínes! ¡Caínes! – gritó – no os mataréis más que a través de mi.

Se interpuso entre ellos, pálido, suplicante, piadoso.

–¡Veamos, muchachos, esto es una espantosa locura! Batiros los dos, ¿por qué? Me desgarráis el corazón; siento aquí dentro, en mi pecho, todos los golpes que os dirigís. Dos hermanos, pensad en ello, ¡ah! sí, vuestras madres, vuestras patrias, y esa joven que amáis, son fatalidades horribles. ¡Pero eso no es razón para que os matéis así, ante vuestro padre!

Decía cien palabras aún, no se atrevía a ordenar a causa de Étienne, cuyas antiguas y serias afrentas conferían a ese joven, por una inversión de los derechos naturales, una especie de superioridad moral, limitándose a rogar, a llorar, como una mujer…

Étienne, fue el primero en mitigar su cólera, curvó la frente, bajó el arma y la arrojó a lo lejos.

–¡Ah! está bien, está bien,– dijo el padre.– Tú, Iván, devuelve el sable a la vaina.

Cosa extraña, Iván obedeció, y mientras el pecho de André Boleski se henchía de una inmensa alegría, añadió:

–Tenéis razón, estábamos locos los dos, y yo, yo era culpable. Me arrepiento. Escuchad, he liberado a Étienne Boleski pero haré algo mejor: lo acompañaré en su huida, lo ocultaré si lo persiguen, lo defendería si lo atacasen. Vos, padre mío, mientras nos alejamos, quedareis aquí; los guardias de esta prisión no tardaran sin duda en lanzarse tras nuestras huellas; pues bien, vos, gobernador de Troki, estaréis aquí, deteniéndolos, despistándolos, dándonos tiempo para alcanzar algún escondite. ¿Creéis tal vez que os hablo así para que me dejéis ir con Etienne y poder batirnos solos, lejos de vos? No, mirad.

Él también arrojó su arma.

–Ya veis, estoy desarmado. Ahora pido pedón.

Se volvió hacia Étienne Boleski:

–Señor, yo amo a Hélyonne y no soy amado. Eso es lo que me hace miserable. Nuestro padre os dirá que tengo momento de ira, pero que en el fondo no soy malo. He hablado mal de vuestro país, me he equivocado; me arrepiento sobre todo de haber insultado a vuestra madre. Permitidme reparar mi falta ofreciéndoos mi ayuda, y dejadme seguiros hasta que estéis en lugar seguro.

Hablaba con voz dulce, no tenía malos pensamientos en los ojos.

–¡Hijos míos! ¡mis bien amados!

Pero André Boleski se estremeció, y observando a Iván:

–¿Eres sincero?

–Os lo juro por mi honor.

–¡Ah! Dios sea loado y que os bendiga, hijos míos, por la alegría que me habéis dado!

Los abrazó a los dos, apasionadamente, sobre su gozoso pecho.

–El tiempo se nos echa encima – dijo Iván.

–Sí, pero puedo ir con vosotros.

–Escucha, padre.

En efecto, subía desde los subterráneos un ruido más amenazador, que parecía más cercano.

–Sea, me quedo; partid aprisa.

Los abrazó una vez más. Se desprendieron de sus brazos y huyeron. Ebrio de alegría, se apoyaba contra la muralla, cerca de la puerta, diciendo:

–¡Ah! ¡cielo clemente! ¡tal vez acaben queriéndose!

Pero desde el momento en que estuvieron fuera de la ciudadela, cuando comprendieron que el padre no podía verles ni escucharles, Iván se detuvo apartando su pelliza:

–He tirado mi sable – dijo – porque tengo dos pistolas.

–Ya las había visto, – dijo Étienne.

LIBRO TERCERO

EL PABELLÓN DE HIELO

I

En medio de la fiesta nocturna, el pabellón de hielo erigía su magia blanca y luminosa, y de él salían ruidos de bailes, de músicas y de risas; pues ya se estaba acabando el baile de Sonia Ivanowna.

Merodeando alrededor del palacio de cristal, y alzándose sobre los talones para mirar por las ventanas el esplendor de los vestidos en el esplendor de las salas, una muchedumbre modesta veía, escuchaba, admiraba e intercambiaba cien expresiones al unísono:

–¡Qué hermoso!

–Brilla como un sol que se surgiese de noche.

–¡Todo es de hielo! las paredes…

–El techo…

–Los muebles…

–¡Y las puertas! Lo que no les impide ser también sólidas, gracias a su espesor, como las puertas de bronce.

–¡Ah! sí, muy hermoso – dijo un burgués con una gran risa, – soberbio, en efecto; pero un poco frío. En el verano sería más agradable.

–¡Bueno! nuestros amos no sienten demasiado la frialdad; bailan para calentarse y beben champán.

–Helado también.

–Los señores jamás tiene frío.

Otras mil palabras destacaban sobre el barullo de la fiesta, ingenuas, llenas de asombro, a veces de amargura; pero, poco a poco, las voces se callaron, pues ya se hacía tarde y para los burgueses era hora de regresar a sus tiendas abandonadas, para los campesinos ir a dormir sobre el calefactor de sus chozas ahumadas.

En el interior también, la fiesta no tardaría en apagarse. Algunos nobles, ya envueltos en pellizas, daban órdenes para que sus trineos se acercasen. Sin embargo, aquí y allá, continuaban los bailes, y, en la sala, ante un buffet de hielo esculpido, donde se derramaba a menudo la espuma de las copas, Nadine reía con una hermosa risa roja.

–¡Ah! Sonia Ivanowna – decía – ¿conocéis la historia de mis dos maridos? Reiría hasta mañana. ¿Adivináis donde están? En Sawina, delante del castillo, con los pies en la nieve. Vigilan mi llegada, ¡los muy celosos! He visto lo que proyectaban y no he abandonado la fiesta. Pero ved a lo que me reduce su vil conducta: me veo obligada a hacerme acompañar hasta Troki por el coronel Wladimir.

–Eso es muy agradable, en efecto, – dijo Sonia, con aire de no haber escuchado.

Pero continuó, inquieta:

–Busco a Iván. ¿No lo habéis visto?

–¿Al conde Iván? No sé, ¡ah!, sí, lo he visto, ya me acuerdo; hemos bailado juntos… ¡e incluso me ha dicho al oído las cosas más locas del mundo!

Sonia sonrió. Pensaba:

–¡Vamos! su dolor y su cólera no eran más que caprichos de niño enfermos. Vivirá, y el otro no.

Iba y venía entre los grupos, buscando siempre a su hijo, pero tranquila. En el salón vecino advirtió una figura pálida, desolada y gris, en traje de baile sin embargo; era Hélyonne, quién considera una prisión todas esas alegrías, a la que un calabozo hubiese sido menos cruel que todas esas fiestas.

Sonia, pensando que Iván no tardaría en aparecer donde se encontraba Hélyonne, fue a sentarse sonriente junto a la polaca, que se estremeció al verla.

Sin embargo Nadine, siempre estallando en risas, se había escapado del brazo del coronel Wladimir; los invitados, en una lenta procesión, se alejaban; y, de pie sobre el umbral de la gran sala, André Boleski, que no se había mostrado antes, saludaba ceremoniosamente a sus huéspedes. Tenia un aspecto relajado, casi feliz. Como Sonia no estaba preocupada por la suerte de Iván, él estaba tranquilo, seguro de la suerte de Étienne; se decía, contento:

–En este momento se ha reunido con sus compañeros y huye con ellos.

Finalmente se vio solo; se disponía a advertir a Sonia que ya era hora de regresar al palacio del gobierno, cuando de pronto la puerta de los batientes de hielo se abrió violentamente y una mujer apareció, grande, salvaje, con sus cabellos grises dispersos, y gritando:

–¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

Era Élisabeth Boleska. Sonia también había entrado y escuchaba.

II

–¡Mi hijo! – repitió la castellana.

–¡Y bien! – dijo André Boleski – yo lo he salvado a pesar vuestra. Ha huido con los suyos.

–¡Evadido!–dijo Sonia en un chirriar de dientes.

Pero ellos no la escucharon.

–¿Con los suyos? – dijo Élisabeth.– No, mentís, yo los he visto, les he hablado. Están todos. Solo él está ausente y no saben lo que le ha ocurrido. ¿Quién me lo ha tomado? ¡Vos! pero aquí estoy y vais a devolvérmelo.

–¡Oh! – dijo el conde, – ¡Iván me ha engañado! Se están batiendo.

–¿Quién se bate? – preguntó Sonia Ivanowna, con un brinco.

–¡Por desgracia, mi hijo con mi hijo!

Entonces los tres se miraron, horrorizados por esa confrontación donde su antiguo rencor tenía por fin un desenlace mediante un combate fraticida.

Se produjo un silencio terrible.

Pero Sonia gritó la primera:

–¡Asesinan a Iván! ¡Qué alguien acuda!

Aparecieron dos criados.

–¡Iván! ¡mi hijo! Id, corred, que lo encuentren, que me lo traigan!

Luego, volviéndose hacia Élisabeth:

–¡Ved bien a esta mujer! Su hijo va a morir y ella permanece aquí sin pedir siquiera que lo busquen.

La castellana dijo, dueña de sí misma:

–Étienne combate y estoy tranquila.

–¿Acaso crees que Iván no vencerá?

–¡Nadie es más valiente que mi Étienne!

–¡Iván es hábil, a Dios gracias! Fíjate, ha sido su padre quien le ha enseñado esgrima.

–Étienne ha tenido un maestro mejor, ¡su valor!

–¡Serás viuda de tu hijo!

–¿Quieres mis vestidos de luto?

Mientras ellas hablaban de ese modo, muy próximas entre sí, en su vehemente odio, André Boleski, caído sobre un asiento, sollozaba con los puños en los dientes. Por desgracia, él las envidiaba: cada una de ellas tenía una esperanza pero él no podía hacer más que temer.

Entonces, en el silencio de la noche, se escucharon dos disparos; lo que debía ocurrir había ocurrido. Mudos, esperaron.

Unos ruidos de pasos sobre las escalinatas de hielo, la puerta abierto bajo un fuerte empujón… fue Iván el que apareció.

–¡Hijo mío! – exclamó Sonia en una risa salvaje.

–¡Ah! ¡desgraciado! ¿qué has hecho de tu hermano? – dijo André Boleski.

–¡He matado a mi rival!

Élisabeth recibió el golpe sin desfallecer; pero, levantando los brazos al cielo, exclamó:

–¿Sois justo, Señor? – dijo.

III

Iván dijo:

–Venid, madre; hay que dar la voz de alarma. ¿Vos no lo sabéis? Los prisioneros se han evadido. Poneos un abrigo. Venid.

La arrastró hacia la puerta. Cosa extraña: la puerta por la que acababa de entrar ahora estaba cerrada.

–¿Qué sucede? Habrán creído que hemos salido.

Golpeo con el puño sobre los batientes de hielo.

–¡Serge! ¡Ladislao!

Ninguna respuesta. Iván miró a su alrededor; ninguna otra puerta, sino la que daba al salón vecino, pero ese salón no tenía salida al exterior.

–¿Qué sucede? ¿Comprendes esto madre? ¿Es que vamos a pasar aquí la noche? Mañana estarás muerta de frío, mamá.

Élisabeth dijo:

–Lo que ocurre os lo diré yo; estáis todos perdidos.

–¿Nosotros? – dijo Sonia.

El conde André Boleski había levantado la cabeza.

–Mirad por esa ventana.

Iván corrió hacia la ventana y dijo alegremente:

–Hay hombres alrededor de la casa de hielo. Están transportando barriles. Son de los nuestros. ¡Hola! ¡Venid a abrirnos!

Élisabeth prorrumpió en una terrible carcajada.

–¡Son los polacos y mi hijo va a ser vengado!

–¿Estás loca? – dijo Sonia.

–¡Sí, de alegría! ¿Quién os defenderá? ¿Los soldados, los oficiales? Están en los subterráneos de la ciudadela, de donde no pueden siquiera hacerse oír. ¿Vuestros criados? Están en poder de mis amigos. En cuanto a los invitados a vuestra fiesta, a esta hora los transportan sus trineos hacia sus castillos. ¡Ah! Rhodzko es temible, y estáis perdidos.

–¡Mamá! – gritó Iván abrazando a Sonia.

Luego a Élisabeth:

–¿Y os creéis que voy a dejarla morir de frío, aquí, entre estas paredes de hielo?

–¿De frío? no. ¿Están trasportando barriles, decíais? Sí, los barriles del incendio. Dentro de poco el nafta y el alcohol inflamados habrán envuelto el pabellón de la fiesta, que la pólvora hará saltar. Entre los muros derrumbados y fundidos, los bloques del techo os destrozarán, el suelo se hundirá bajo vuestros pies en el lago entreabierto, y se producirá la gran debacle antes de la primavera, y moriréis todos quemados entre el hielo, y ahogados en medio de las llamas.

Entonces Sonia, presa de un temblor, dijo:

– ¿Pero tú morirás también?

–¿Acaso piensas que quiero sobrevivir a mi hijo?

Iván y el conde Boleski se precipitaron hacia la puerta.

–¡Oh! ¡hundiré esas paredes! dijo el joven.

Pero Élisabeth:

–¡Permanecerán inquebrantables hasta que caigan para destrozaros! Una sola criatura en el mundo podría salvaros.

–¿Quién? – preguntó Sonia, cuyos dientes castañeaban.

–Yo. Sí, no tendría más que acercarme a esa ventana y gritar: «Estoy aquí; ¡no prendáis la mecha, abrid las puertas! » para que estemos todos fuera de peligro, al instante. ¿Pensáis que haría eso?

André Boleski se volvió, con los puños sangrando por haber golpeado la dura puerta; miró por la ventana, vio que era demasiada alta para que fuese posible una evasión; y por otra parte una amenazante multitud rodeaba el pabellón. Dijo a Élisabeth:

–¡Élisabeth! ¡la fatalidad, o más bien yo mismo, ha sido la causa de vuestra desesperación! Moriré si así lo queréis, ¡pero salvad a mi esposa!

–¿Tu esposa? Yo he sido tu esposa.

–¡Salvad a mi hijo!

–¿Tu hijo? ¡Él ha matado al mío!

Él comprendió que nada obtendría. Se calló y con la cabeza mirando hacia el pecho, lloró silenciosamente.

Iván se aproximó:

–Señora, haréis de mi todo lo que os plazca. Si os conviene seré un siervo en vuestra casa, se me golpeará con el knout a una señal vuestra, ¡pero no permitáis morir a mi madre en este espantoso suplicio!

Ella lo agarró por un brazo violentamente, y mirándole a los dedos, dijo:

–¿No tienes sangre en las manos?

Y añadió:

–Antes de una hora todo habrá acabado.

Y, ahora, se mantenía de pie en miedo de ellos, altiva, seria, con la mirada fija, con aire de no ver ni escuchar nada, fatal.

Pero en ese momento Hélyonne, deslizándose a lo largo de las frías paredes salió de la sala vecina y dijo con dulzura:

–Madre mía, ordenad que se vuelvan a abrir las puertas.

–¡Tú aquí, hija mía!

Luego, con una triste mirada donde el dolor se refleja:

–¿Quieres vivir, Hélyonne?

–¿Yo? No, puesto que él ha muerto.

–Entonces, ¿en qué estás pensando?

Hélyonne respondió:

–Vos no debéis deshonrarle mediante una venganza criminal. Esos hombres que están ahí, exasperados por la derrota y la prisión, dirigidos por un hombre sin ley ni conciencia, premeditan una acción siniestra de la que la memoria de Étienne no debe ser cómplice. Si pudiese volver a la vida, él os lo diría, y yo, su viuda, os lo digo en su lugar: « No hace falta sobre mi tumba más sangre que no sea la mía. Jamás he padecido una ofensa sin tener la esperanza de perdonar; no hagáis lo que yo no hubiese hecho; y pensad que un tal crimen haría, a partir de ahora, odiosa a las naciones e indigna de las ayudas de la Providencia la buena causa por la que tantos héroes han muerto.» Decid que abran las puertas, madre.

Élisabeth, bajo esas palabras bajaba la frente; enrojecía y palidecía a la vez invadida por un combate interior; y sus manos, tendidas hacia delante, se abrían y se cerraban crispándose, como las de alguien que agarra y afloja una presa.

–¿Crees que él me rogaría de ese modo? – dijo ella.

–Él no rogaría, él ordenaría, pero con esa voz tan dulce que daba al mando el poder del ruego.

Élisabeth todavía vacilaba; se aferraba a la venganza, no quería abandonarla. Por fin, desfalleciente, caminó hacia la ventana, mientras sus enemigos, temblando de esperanza, la seguían con la mirada, el gesto y la muda súplica de sus labios.

Ella observó eso y exclamó:

–¡Ah! ¡no me roguéis! Me impediríais obedecer a mi hijo.

Y se detuvo.

Pero Hélyonne dijo:

–Daos prisa, madre.

–¡Bien! sí – dijo la castellana, – que sean salvados por su víctima.

Corrió hacia la ventana, se inclinó para hacer alguna señal… Pero una llamarada, como bajo un golpe de borrasca, invadió toda la sala, y se oyó el ruido como de una gran cascada de agua.

–¡Es demasiado tarde!– dijo.– Dios no quiere que vivan.

En efecto, era el desastre completo, prodigioso, increíble, desconocido incluso a los sueños de las más furiosas venganzas – una especie de catástrofe que parecía imposible de emanar de una mano humana – uno de esos cataclismos que se reservan a la ira celestial. Solamente los habitantes de Gomorra y Sodoma que, bruscamente despertados en las tinieblas vieron llover el incendio y fluctuar las aguas brillantes del cielo habían, hasta esta hora, conocido lo que experimentaban esos dos hombres y esas tres mujeres inmóviles de estupor ante la ventana abierta.

Una irresistible elevación de llamas, que chocaba invenciblemente contra una larga cascada de olas – especie de danza entre un torrente de agua y un torrente de fuego ascendiente – eso era lo que veían; y no era solamente delante de la ventana donde ardían los barriles de nafta y alcohol; pues de todas partes los muros transparentes estaban atravesados por grandes fulgores rojos, lenguas del incendio con mil cabezas; y por el efecto del calor exterior, las losas de hielo comenzaron a temblar, a crujir, a separarse. Pronto los crujidos se convirtieron en un estrépito multiplicado, creciente, cada vez más siniestro. Peor sostenidos por las murallas, algunos bloques disgregados se deslizaron, girando y dejando fluir arroyos; el techo se desmoronó con rugidos, se tambaleó, se hundió a medias en una esquina, y bajo el contragolpe de esa catapulta, una pared cedió, dando entrada al furor azul y rojo del nafta.

Luego, el suelo tembló a su vez, sin duda porque el calor había atacado y derretido la superficie endurecida del río; y las criaturas que allí estaban, no evitando las quemaduras más que para encontrar la aspersión helada, chocaron contra los desprendimientos, tambaleándose sobre los témpanos en movimiento, yendo y viniendo, huyendo y agarrándose con gritos de animales a la inestabilidad de todo lo que los rodeaba.

Pero Élisabeth, de pie, en medio de la sala, sobre un amplio témpano que todavía no se movía, mantenía entre sus brazos a Hélyonne, menos altiva pero también serena, y, con los ojos elevados, esperaba que el techo se desmoronase por completo, para mirar el cielo de frente antes de morir.

Ella decía:

–¡Alégrate, hija mía! vamos a ver a Étienne.

Luego volviéndose hacia André Boleski:

–¡Traidor, tu raza se ha extinguido! – dijo.

Entonces, bruscamente, se produjo un ruido formidable, – y fue como si toda la edificación de hielo hubiese sido lanzada fuera del cráter de un volcán.

Los sombríos obreros de esta debacle mediante el incendio habían juzgado que su obra tardaba demasiado en acabarse; el nafta, a pesar de la intensidad de su furia, no fundía lo suficientemente rápido los techos, las paredes, la dura superficie del río y habían recurrido a la pólvora: el pabellón de hielo había saltado por los aires.

Tras la inmensa explosión, se produjo la caída pesada en el lago roto donde el agua borbolloneaba entre los témpanos sacudidos, y a los que lamían por todas partes unas llamaradas.

Aquellos que antes vivían estaban muertos, cadáveres destrozados, mutilados, pecios espantosos.

Sin embargo, los polacos huían lejos de la ruina en movimiento, horrorizados de su acción, pensando: «¿Perdonará Dios este crimen a nuestra patria?»

Un solo hombre no se había alejado del desastre.

Era Rhodzko.

Cerca de la orilla, sobre un cerro de duras nieves, casi a pico, contemplaba el vasto sepulcro donde circulaban, entre los bloques de hielo entrechocando, las víctimas de su rabia, y sonreía con los brazos cruzados.

Dijo en voz alta:

–El comienzo de las venganzas.

E iba a retirarse.

Pero alguien que se encontraba detrás de él lo empujó bruscamente. Antes de haber podido reconocer a Tzoryl, Thodzko había caído, con una blasfemia, contra una esquina de un témpano que se hundió bajo el peso del cuerpo, se arremolinó y desapareció, volvió a emerger más lejos, rojo de sangre, bajo las heladas estrellas, mientras que el pajarero Tzoryl, triste y dulce, acariciando con la mano y besando a su vez las plumas frías de Gris-Plata, descendía del cerro de nieve y regresaba allá, a lo lejos, a Mikalina, castillo en ruinas, sin anfitriones a partir de ahora, y, con la pajarera destrozada, sin pájaros.

FIN